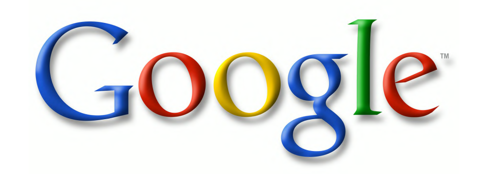
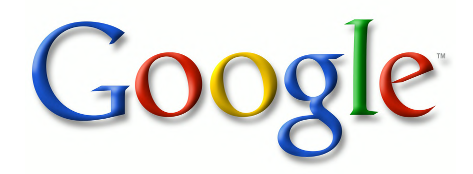
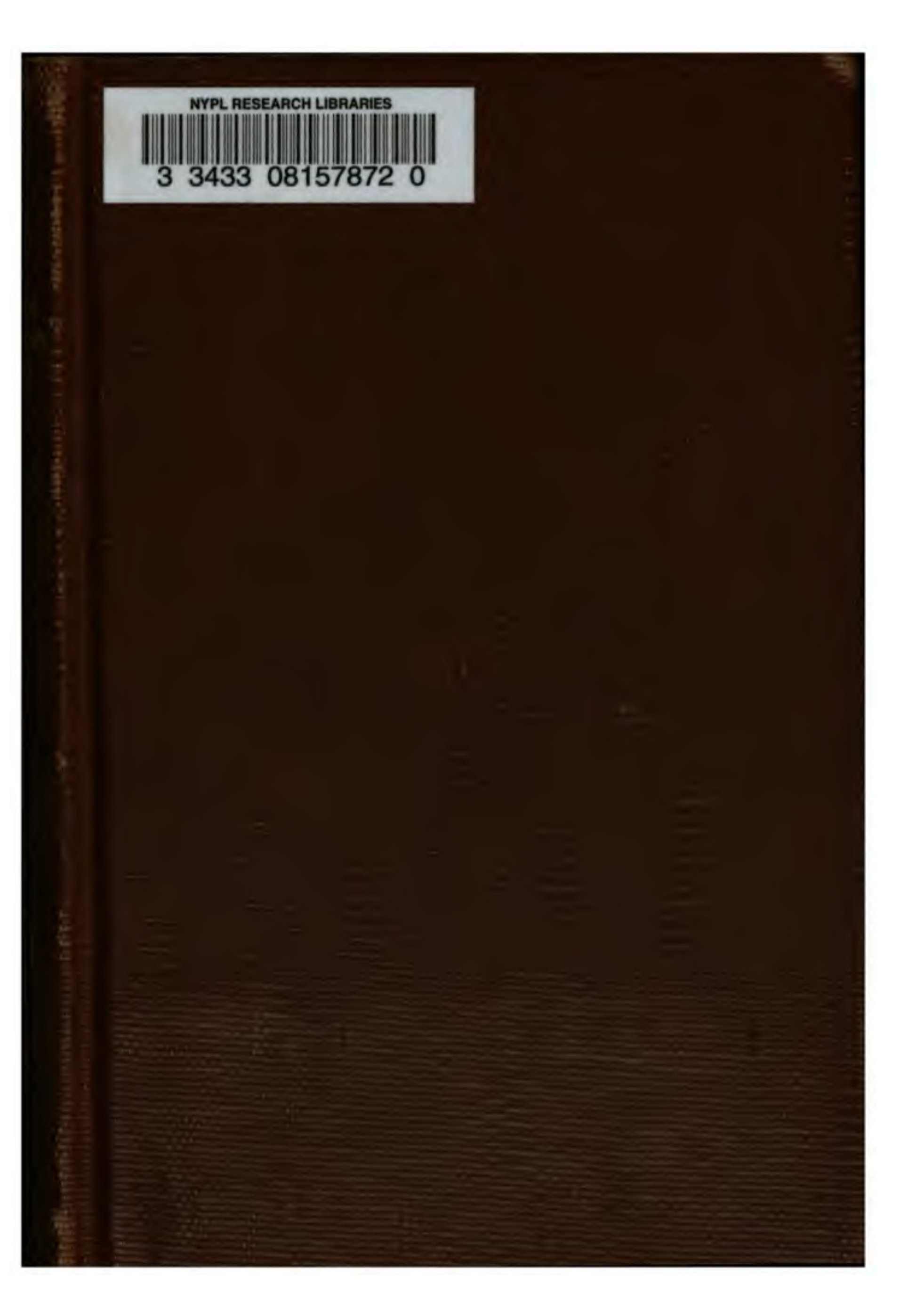
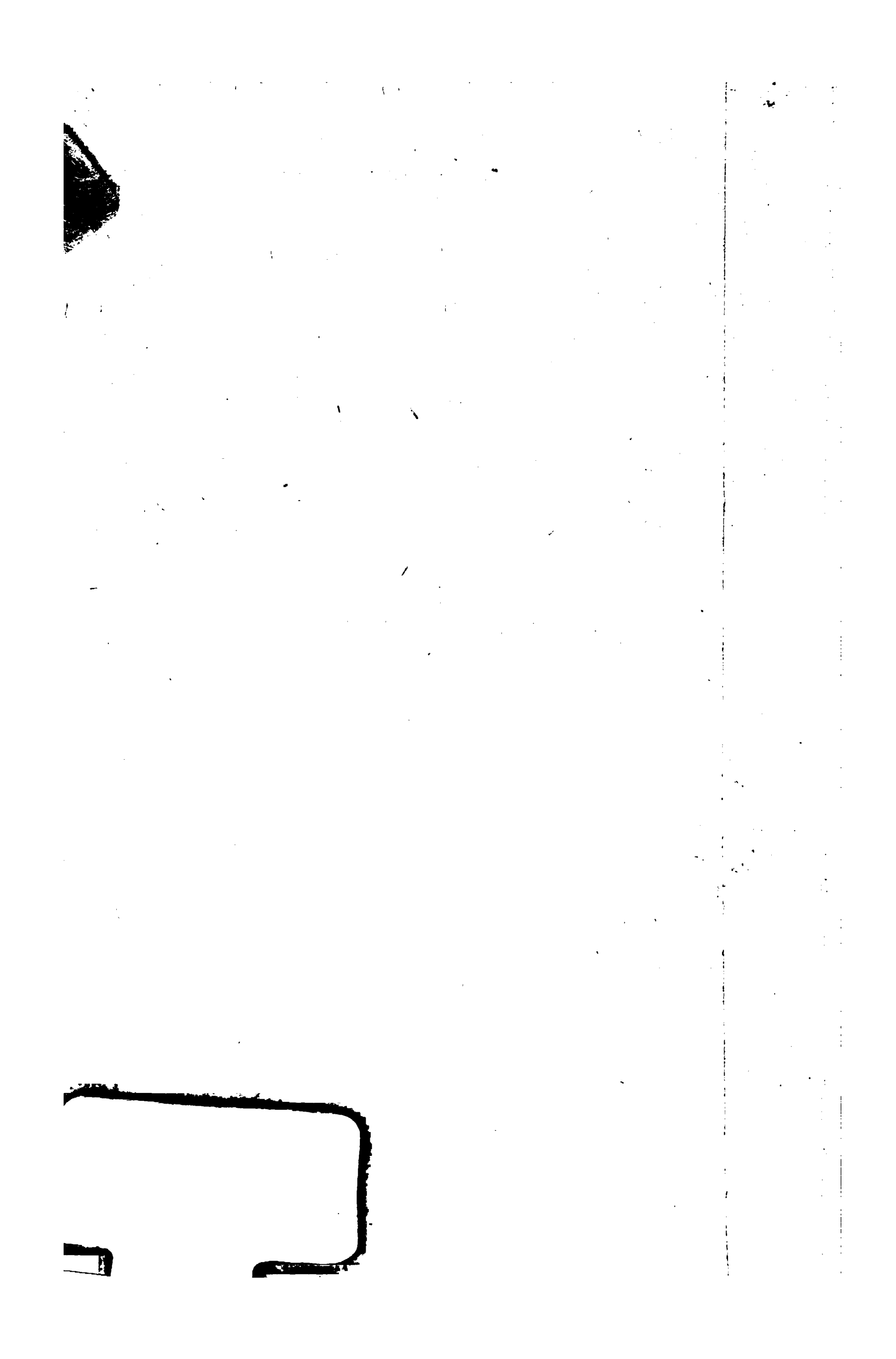
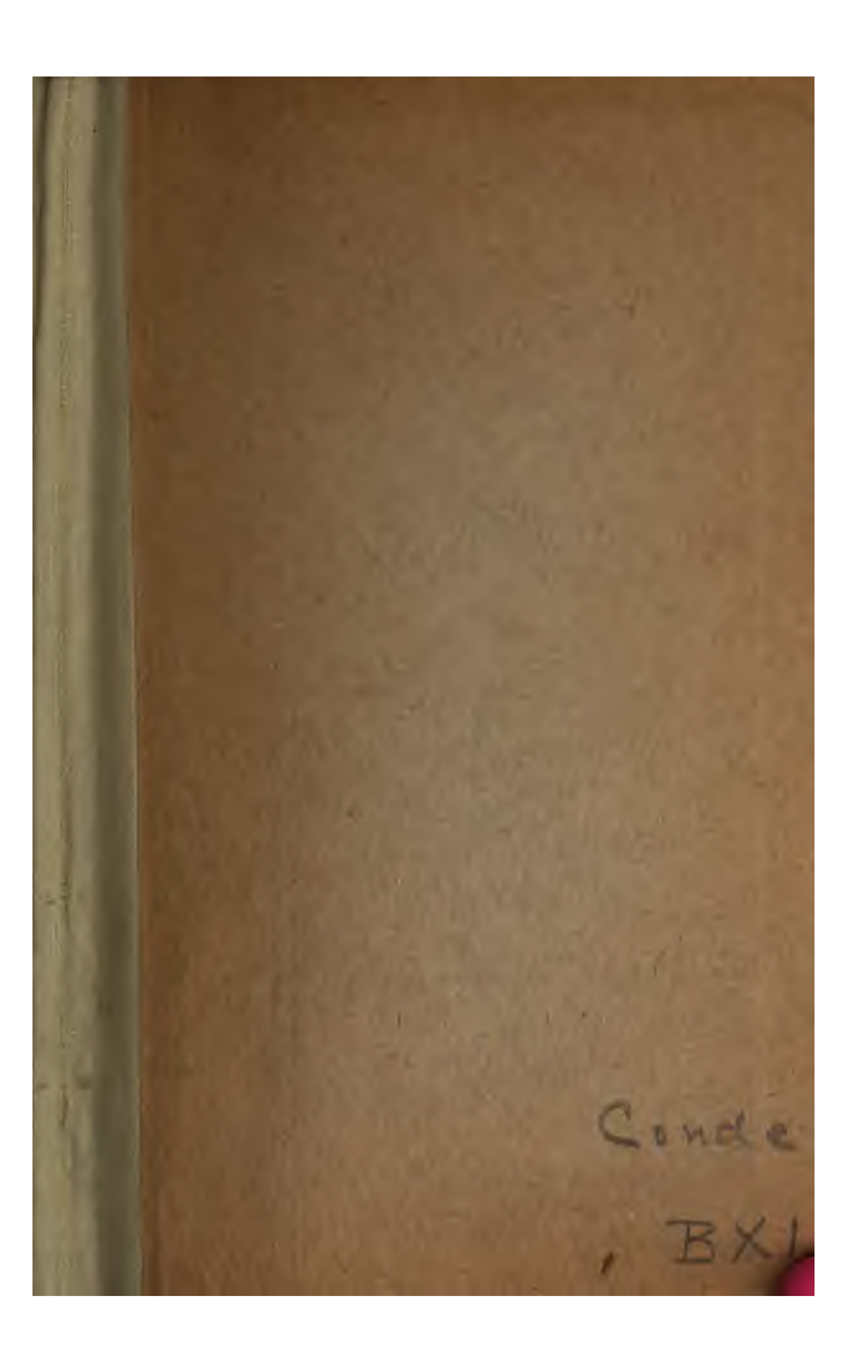





NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08157872 0




Conde

INSCR

Pag.ª 48.

HISTORIA

DE LA

DOMINACION DE LOS ARABES

EN ESPAÑA,

SACADAS DE VARIOS MANUSCRITOS Y MEMORIAS ARÁBIGAS

POR EL DOCTOR

D. José Antonio Conde.

NUEVA EDICION.

Con las inscripciones de varios monumentos.

TOMO II.



Barcelona.

IMPRENTA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

1844.

CONTINUACION DE LA SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

De la venida de Abu Alayxi á España y otros sucesos.

En el año trescientos cuarenta y siete dió Abderahman Anasir el gobierno de Tanja y de sus confines á Jaali ben Muhamad el Yaferini; y viendo Abu Alayxi Ahmed ben Alcasim Kenuz ben Edris el poder de Abderahman, y que ya era dueño de todo Almagreb, escribió sus cartas pidiéndole licencia para venir á España para hacer su algihed, y el rey Abderahman se la concedió. Cuando supo su venida mandó el rey prepararle todas las posadas desde Algezira Alhadra con tanta comodidad y magnificencia que no echase menos sus alcázares; y ademas del servicio, mantenimiento y gastos necesarios, señaló mil doblas de oro al dia para regalos extraordinarios, y así se hizo desde Algezira Alhadra hasta Córdoba, que fueron treinta mansiones: en Córdoba fue recibido con mucha honra, y salió á recibirle el príncipe Alhakem y sus hermanos con muy lucida caballería, y fue hospedado en el palacio real: se holgó algunos dias en Córdoba y en Medina Azahra, y despues partió á la frontera oriental para hacer en ella su algihed, y allí quiso Dios que lograse la corona

de los guerreros: éste fue el último de los Edrises que reinó en Almagreb. Habia dejado en su ausencia por wali de sus estados á su hermano Alhasan ben Kenuz, que continuó bajo la proteccion del rey de España.

En este mismo tiempo Maad ben Ismail, señor de Africa, deseoso de vengarse de los daños que le habian hecho los Andaluces y Zenetes en sus tierras de Africa, y envidioso del poder de los Omeyas en Almagreb, envió á su caudillo Gehwar el Rumi con veinte mil caballos de las cabilas de Ketama y Zanhaga, y muchos mas de otras, con ánimo de ocupar los estados de Almagreb. Salió Gehwar de Cairvan con infinita chusma: llegó la nueva de su invasion á Jaali ben Muhamad el Yaferini wali de Almagreb por el rey Abderahman de Córdoba, y reuniendo sus cabilas Yaferini, de los Zenetes y de Masamuda, allegó numerosa caballería y salió al encuentro de los enemigos en cercanías de Medina Tahart, pelearon los campeadores de ambas huestes con varia fortuna, evitándose por unos y por otros el venir á una batalla campal. Ofreció Gehwar grandes premios á los caballeros de Ketama si quitaban la vida al wali de Almagreb, y habiéndose trabado una sangrienta escaramuza, que sin pensar vino á ser una batalla de mas de treinta mil caballos, en lo mas recio de ella una banda de caballeros de Ketama rompió impetuosamente hasta llegar adonde peleaba Jaali el Yaferini como un bravo leon, y arremetieron todos contra él, y le pasaron á lanzadas, y cayó muerto entre ellos, le cortaron la cabeza, y á su muerte se siguió el desórden de sus Zenetes, que fueron vencidos con gran matanza por los de Ketama y Zanhaga: llevaron éstos la cabeza de Jaali á su caudillo Gehwar el Rumi, que les pagó el concertado premio: la cabeza fue enviada á Maad ben Ismail, que la mandó llevar en una lanza por todas las calles de Cairvan. El hijo de Jaali reco-

gió las reliquias del vencido ejército, y se retiró á las fortalezas.

Despues de esta victoria revolvió Gehwar contra Sigilmesa, donde se habia alzado con el gobierno un alcaide llamado Muhamad ben Feth, conocido por Wesuc ben Maymon ben Medarar Ataferi, que se apellidaba amir amumenin, y tambien Jakirala, y labraba moneda en su zeca, que se llamaba Jaqueria: aunque vano era hombre justo, y muy esforzado, y de la secta de Malec: contra este señor fué Gehwar, y le cercó en su ciudad, y despues de recios combates la entró por fuerza de espada, y tomó preso al Jaquir, y toda su gente fue degollada, y él encadenado siguió la expedicion de su vencedor.

960 Al principio del año trescientos cuarenta y nueve pasó este ejército vencedor á tierra de Fez, y puso cerco á la ciudad combatiéndola de dia y de noche por todas partes, y al cabo de trece dias la entró por fuerza de espada, y los Andaluces y Zenetes la defendieron hasta morir: saqueó las casas, y encadenó al gobernador de ella Ahmed ben Becri el Zenete, que gobernaba la ciudad y su provincia por el rey de España Abderahman: destruyó los muros y torres de sus puertas: fue esta entrada de Gehwar en Fez en el dia veinte de ramazan; y en pocos meses se apoderó de todas las ciudades de Almagreb, fuera de los presidios de Cebta, Tanja y Telencen, que defendian las tropas de Abderahman. Se volvió Gehwar á Mahedia, llevando en triunfo al wali de Fez, y al señor de Sigilmesa, y quince caballeros de Fez, y los entró encadenados sobre los lomos desnudos de los camellos, y puso sobre sus cabezas unos andrajos largos de lana con entrelazados cuernos, y los paseó por escarnio por las calles y plazas de Cairvan y de Mahedia, y en esta ciudad los encarceló, y perecieron en sus calabozos.

Estas desagradables nuevas llenaron de pesar al rey Abderahman, y acrecentaron la amargura de sus penas, pues todavía lloraba la muerte de su tio Almudafar, la de su hijo y la de su hagib Sehid, que acababa de suceder; y así no podia disimular su dolor y su melancolía. Para reparar los males de Africa, y tomar en ella venganza de sus enemigos, mandó preparar numerosa flota de naves para enviar grandes huestes á Fez, y desde luego principiaron grandes aprestos en Sevilla, Algezira Alhadra y en Almería.

Entretanto no descuidó el rey Abderahman la defensa de las fronteras en España oriental: hacian los Cristianos de los montes algunas entradas impetuosas y rápidas, que no podian impedirse por ser tan inesperadas como breves; pero los walíes de Zaragoza, Wesca, Afraga y Tarragona entraron de órden del rey en tierra de cristianos de los montes con mucho daño de aquellos infieles. En Andalucía se enviaron con indecible diligencia tropas de á pie y de á caballo á Cebta y Tanja, y los caudillos del rey en Almagreb unieron sus tropas y caballería á la de España, y en pocos meses: peleando con mucho valor y próspera fortuna, recobraron las ciudades y fortalezas perdidas, y se apoderaron de Medina Fez á fuerza de espada, haciendo gran matanza en los de Ketama y Zanhaga, y subyugaron toda aquella tierra, y se aclamó en todos los alminbares de Almagreb al poderoso rey Abderahman Anasir de Córdoba con general alegría de los pueblos y cabilas zenetes.

CAPITULO II.

De varias obras del rey Abderahman, y de su muerte.

En este año mandó el rey construir en Tarragona el Mihrab ó adoratorio interior de la mezquita principal, y en la fachada sobre el arco y á sus lados se puso esta inscripcion, (1) grabada en precioso mármol: En el nombre de Dios: la bendicion de Dios sobre Abdala Abderahman, príncipe de los fieles, prolongue Dios su
960 permanencia, que mandó que esta obra se hiciese por manos de Giafar, su familiar y liberto, año trescientos cuarenta y nueve.

Así tambien en este año mandó Abderahman reparar la aljama de Medina Segovia, y la adornó con muy bellas columnas, y de esta obra se puso una elegante inscripcion en las columnas del Mihrab; y en otras varias ciudades se edificaron mezquitas, baños, fuentes y hospitales. Se celebraban en este tiempo en Córdoba las poesías de Chalaf ben Ayub ben Ferag, y en especial sus elogios al rey, y se leían en las academias que tenia el príncipe Alhakem en el palacio Meruan, y en las que tenia en su casa el wazir Obeidala ben Yahye ben Edris, á las cuales concurrían los hombres mas insignes en erudicion y poesía. Era de los mas célebres, y muy familiar y estimado del rey, su consejero Abu Becri Ismail ben Bedr, el que envió al rey Abderahman unos elegantes versos en ocasion que se celebraban al-

(1) Véase la lámina 4ª.

gunas de sus últimas conquistas: viendo al rey que estaba como triste y distraido, y entregado á sus pensamientos, sin atender á la conversacion ni tomar parte en la alegría de los convites, le escribió estos versos:

Del aura de tus victorias volaron cuidados tristes,
Y el grato estrépito suena de los festivos convites:
De la aromática copa dulce fuego en mi reside,
Aunque religion severa á tristezas me destine.

Recibió el rey estos versos; pero continuó en su melancolía y distraccion, y Ismail envió estos en el mismo ritmo y consonancia á una de sus esclavas:

Luz, que en su consejo mandas por qué de sombras le ciñes?
Será algun dia en que acaben los pesares que le afligen,
Y el hijo de las batallas solo por amor suspire?
Resplandecen como fuego todas las armas que viste,
O son lámparas que alumbran para que vele y medite!
Que tu rey de sus cuidados siquiera al yantar se olvide,
Que en el torbellino gira de mas que sangrientas lides.

Cuando el rey vió estas repetidas insinuaciones y consejos de su buen amigo Ismail, le respondió con estos versos, siguiendo sus mismos números y consonancia.

Cómo no ha de suspirar quien en tristes ansias vive?
Cómo esperará bonanza del mal temporal que sigue?
Si dura piedra acabó con la pompa de mis vides,
Cómo disipar cuidados en las copas apacibles?
Estoy con temor ya sabes, ni estrañes que me intimide,
Si lo que mi gloria fue ya por la partida gime:
Cierzos de penas llevaron de mis rosas los matizes,
Temo que mis azucenas el bravo huracan marchite.
Mis claros dias pasaron y llega mi noche triste,
No esperes que alegre aurora sus negras sombras disipe.

Manifestaba en estos conceptos que temia la decadencia de su fama y gloria militar, y la fuga de su flo-

rida juventud. Pasaba Abderahman la mayor parte del año en Medina Azahra en la frescura y amenidad de sus jardines, porque ya descuidaba los negocios del gobierno en su hijo Alhakem, ya jurado sucesor del trono, que despues de la muerte de Sehid no quiso tener otro hagib. Conversaba frecuentemente con Suleiman ben Abdelgafir el Firexi, que era de la principal nobleza, y habia sido gran soldado, y ahora hacia una vida ascética y retirada; era en estremo austero y despreciador del mundo, solo vestia lana vellosa y andaba descalzo, lloraba de temor de Dios, y por contínua memoria de la muerte: era notable lo que respondia á los que le preguntaban por su salud: ¡cómo ha de estar, decia, quien el mundo es su casa, el Iblis (1) su vecino, y le estan escribiendo todos sus hechos, palabras y pensamientos! Así respondia á los buenos que le saludaban: se apellidaba Abu Ayub, y se ocupaba sin cesar en bien de los pobres y consuelo de los afligidos; y el rey Abderahman por su mano socorria muchas pobres familias. En una conversacion con este buen Muslim dijo el rey Abderahman, que ajustada bien la cuenta de los momentos de perfecta y pura tranquilidad de ánimo en los cincuenta años de su reinado, apenas contaba catorce dias de sincera felicidad. Permaneció en Medina Azahra los últimos meses de su vida entretenido con la buena conversacion de sus amigos, y en oir cantar los elegantes conceptos de Mozna su esclava secretaria, de Aixa doncella cordobesa, hi-

(1) Los Muslimes de vida ascética y contemplativa cuentan cuatro enemigos del alma, Iblis, el dunia, el nefs y el hewa, esto es, el diablo, el mundo, el apetito y el amor.

Cuatro diestros arqueros me combaten
Con flechas de sus arcos voladoras,
Iblis y el mundo, amor y mi apetito:
Señor, tú solo hacerme salvo puedes.

ja de Ahmed ben Cadim, que cuenta Aben Hayan que fue la mas honesta, bella y erudíta de su siglo, y de Safia, hija de Abdala el Rayi, asimismo en estremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noiratedia: con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosquecillos que ofrecian mezclados racimos de uvas, naranjas y dátiles: en sus últimos dias estuvo algo melancólico, pero siempre afable con cuantos le rodeaban: allí con una leve indísposicion le trasladó la mano irresistible del ángel de la muerte de sus alcázares de Medina Azahra á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles dia
961 dos de la luna de ramazan del año trescientos y cincuenta, á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta años, seis meses y tres dias de su reinado, que ninguno de su familia reinó mas largo tiempo: loado sea aquel señor cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.

CAPITULO III.

Del reinado del rey Alhakem Almostansir Bilah.

Al siguiente dia tres de la luna de ramazan fue aclamado rey el príncipe Alhakem, tenia ya cuarenta y siete años: otros dicen que eran ya cuarenta y ocho, dos meses y dos dias, que el largo tiempo del reinado de su padre se sumergió los años de su florida juventud, y el mismo Abderahman solia decirle: mi tiempo se prolonga y defrauda al tuyo, ó Abulasi: la madre que

le parió se llamaba Mergan: era de mediana estatura, pero bien formado y dispuesto, de hermosos ojos, grave y agradable aspecto. Su jura y aclamacion fue de gran pompa: sus hermanos y sus primos rodeaban su trono, luego estaban los capitanes de las guardias, así Eslabos como Andaluces y Africanos: el hagib y los wazires estaban al frente, y la guardia de Eslabos puesta en dos filas cercaban la gran sala con su espada desnuda en una mano, y sus grandes escudos en la otra: los esclavos negros con vestidos blancos formaban otras dos filas con hachas de armas á los hombros: en el patio esterior estaban las guardias de Andaluces y Africanos con magníficos vestidos y brillantes armas; y los esclavos blancos con sus espadas en la mano: le juraron obediencia sus hermanos, los wazires y caudillos sin reserva ni condiciones, y fue aclamado con general alegría de todo el pueblo. Acabada esta ceremonia en Medina Azahra el jueves, envió al dia siguiente á Córdoba el cadáver de su padre con grande acompañamiento, y se le puso en un magnífico sepulcro en el panteon de la Rusafa: fue seguido su féretro de toda la nobleza de la ciudad, y honrado con las lágrimas de innumerable pueblo, que decia: murió nuestro padre, faltó su espada, la espada del Islam, el amparo de los débiles y menesterosos, y el terror de los soberbios.

Los sabios astrólogos y los poetas anunciaron en sus predicciones y en sus versos, así en Córdoba como en las demas ciudades del reino, la continuacion de las prosperidades del reinado de su padre Abderahman Anasir Ledinala, y llenaron la España de agradables esperanzas: entre otros el wali de Sevilla Ismail ben Badr ben Ismail ben Ziadi Abu Becri, liberto de gracia de los Omeyas, hizo este dia de la jura de Almostansir muy elegantes versos, que se conservan en la co-

leccion de Aben Ferag, llamada los Huertos, y dice de él que venció en los certámenes poéticos á los mayores ingenios: fue algun tiempo rawi ó novelista del rey Alhakem Almostansir, y le contaba sucesos de armas y de amores con muy estraños lances, y en elegante estilo, pero ya era viejo, y falleció pocos años despues. Así como su padre mandó poner su nombre y el augusto título de imam y príncipe de los fieles en sus monedas de oro y plata, y debajo el de su hagib, que era tambien prefecto de las casas de moneda. Fue Alhakem tan amante de las letras y conocimientos útiles desde su mas florida juventud, que no tenia otra pasion que adquirir los mas preciosos libros de artes y ciencias, y las mas elegantes colecciones de poesía y de elocuencia, y toda especie de obras y memorias de historia y de geografia. No perdonaba diligencia ni gasto para esto: hacíalos traer de todas partes, y tenia encargados en todas las principales ciudades de Africa, Egipto, Siria y en las Iracas y en Persia, expresamente enviados á recoger las obras mas célebres: llenó de ellas el palacio Meruan, que ya no habia en él sino libros, ni hubo príncipe Muslim que acopiase libros con mas ansia que este: tenia todas las genealogías de las cabilas Alárabes de Arabia y de Africa con sus procedencias y emigraciones: su casa estaba siempre abierta á los hombres doctos é ingeniosos, y de ellos á los mas sabios y críticos enviaba á procurar nuevas y escogidas adquisiciones. Entre otros tenia en Egipto á Abu Ishac Muhamad ben Alcasim el Jeibani, y en Siria á Abu Omar Muhamad ben Jusuf ben Jacub el Kindi, y otros ademas de estos dos: escribió por sí mismo ó Abulfaragi el Isfahani el Coreixi de los Meruanes, rogándole que le enviase una copia de su libro intitulado el Agani, coleccion muy preciosa de canciones, y para gastos de la copia le dió letra franca y mil

escudos de oro: este le envió su copia, y una historia genealógica de los Omeyas, muy cumplida y cincunstanciada de todos los de esta prosapia, la mas noble de los Coreixis, y una elegante casida de versos en elogio de los príncipes de esta familia. En Bagdad tenia encargado para estas cosas y compras de buenos libros á Muhamad ben Tarhan, y para que le copiasen los mas raros escritos tenia en todas partes muy diestros copiantes. Su biblioteca estaba ordenada con especial distincion por ciencias y conocimientos, y todas sus salas y alhacenas notadas con elegantes inscripciones, que manifestaban los libros que contenian, y las ciencias ó artes de que trataban. En sus índices se notaban las obras, los nombres de sus autores, sus genealogías y patria, el año de sus nacimientos y de su muerte, y todo con mucha verdad y crítica. Era en esto muy sabio y curioso, y tenia escritas con mucha prolijidad y esmero las genealogías de los Arabes de todas las regiones de España. Ayudaba al rey en estos útiles trabajos y averiguaciones su secretario Galib ben Muhamad ben Abdelwahib, conocido por Abu Abdelselem, y dice Razi que este fue quien empadronó los pueblos de toda España. Cuenta Abu Muhamad ben Huzam en su universal de prosapias, que este príncipe en los quince años de su reinado fue el protector de los sabios, y las delicias y amor de sus pueblos: Aben Hayan dice, que los índices de su biblioteca Meruania, por estar en el palacio Meruan, eran cuarenta y cuatro tomos, y cada uno de cincuenta folios, con los nombres solos de los autores ó de las colecciones: que segun Telid el Feti el índice general no se acabó hasta el tiempo del rey Hixem su hijo.

Desde que su padre le confió los cuidados del gobierno, ya no fueron los libros su principal atencion, y solamente se ocupaba en ellos y en la comunicacion

de los sabios en aquellos ratos que hurtaba á las obligaciones severas de su estado. Con todo eso no se olvidó en el trono de favorecer á los buenos ingenios, y de convidar á los sabios mas célebres de Oriente y de Africa á que viniesen á establecerse en España. Encargó su biblioteca á su hermano Abdelaziz por su aficion á las buenas letras y á la poesía, y á su hermano Almondhir el especial cuidado de los doctos y de las academias. Pasaba mucho tiempo en Medina Azahra, gozando con mas tranquilidad que su padre de las amenidades de aquellos vergeles. Amaba á la hermosa esclava Redhiya por sus gracias y erudicion, y la llamaba Estrella feliz. Era tambien muy familiar y privado suyo Muhamad ben Jusuf de Guadalhajara, que escribió para el rey la historia de España y de Africa, las vidas de sus reyes y sus guerras, y otras de ciudades, como la de Wahran, Tahart, Tenes, Sigilmesa y Nacor: asimismo fue estimado del rey Alhakem el célebre poeta Muhamal ben Yahye, llamado el Calafate, por ser de los mas elegantes y floridos ingenios de Andalucía: vino á sus instancias á Córdoba Sabur el Persiano, que en sus pocos años era ya docto á maravilla, y le hizo el rey su camarero.

CAPITULO IV.

De la entrada del rey en fronteras de Galicia.

En los primeros años de su reinado no hubo sino algunas leves correrías y cabalgadas en las fronteras, y

los Muslimes peleaban con harta fortuna, y tenian arredrados y atemorizados á los Cristianos de los montes. Eran tambien de poca importancia las entradas de los Muslimes en tierra de infieles. En el año trescientos
963 cincuenta y dos ordenó el rey Alhakem hacer entrada en fronteras del Duero, y para dar mayor prisa á las disposiciones de esta jornada pasó á Toledo, y fue recibido en aquella ciudad con grandes demostraciones de alegría.

En esta entrada de Santisteban declaró el rey Alhakem las obligaciones de los Muslimes cuando van en algihed, ó á mantener frontera en esta órden: es deuda de todo buen Muslim ir en algihed ó guerra contra infieles enemigos de nuestra ley: los enemigos serán requeridos con el Islam, salvo cuando ellos, como ahora, principien la invasion: en otro caso se les propondrá que se hagan Muslimes, ó que paguen las parias establecidas que nos deben pagar los infieles de nuestro señorío. Si en las lides no fueren los enemigos de la ley dos tantos mas que los Muslimes, el Muslim que huyere en la pelea es vil, y peca contra la ley y contra nuestra honra. En las entradas en la tierra no mateis á las mugeres, á los niños, ni viejos sin fuerzas, ni á los monges de vida apartada, salvo cuando ellos hicieren daño. No mateis ni prendais á quien disteis seguro, ni quebranteis sus condiciones y posturas. El seguro que un caudillo diere, todos lo mantengan. Todos los despojos, sacado el quinto que nos pertenece, se partirán en el mismo campo ú lugar de la lid; el caballero tendrá dos partes, y el de á pie una: de las cosas de comer tomad cuanto tuviereis necesidad. El Muslim que conociere en el despojo alguna cosa suya, jure antre los cadíes de la hueste que le pertenece, y se le dará si reclamare antes de la particion, y si despues de hecha se le dará su justo precio. A los que sir-

van en la hueste, aunque no sean gente de pelea, y sean de otra creencia, los caudillos usarán de albedrio para premiar sus servicios; y eso mismo á los que hicieren en la lid ó fuera de ella alguna hazaña muy noble y de importancia. No vengan en huèste de algihed, ni á mantener frontera, aunque sea de mayor mérito, los que tienen padre ó madre sin licencia de ellos ambos, salvo en ocasiones de súbita necesidad, que entonces la principal obediencia es ocurrir á la hora á la defensa de la tierra, y á la obediencia de los walíes que los llamaren. Esta órden mandó publicar á los caudillos en sus banderas que se congregaron en Toledo de todas las provincias.

Allí preguntó el rey por un doncel de los de su guardia que se llamaba Abdala ben Muhamad ben Mogueith, hijo del cadi Abulwalid Junas ben Abdila, conocido por Aben Alsafar; era este mancebo de mucha erudicion, y se ocupaba en ilustrar las poesías de los reyes Beni Omeyas, y las que se habian compuesto por grandes ingenios en elogio de ellos: se presentó éste Abdala, y le suplicó al rey que le permitiese quedar allí ó en Córdoba, escusándose de ir en aquella expedicion por su falta de salud. El rey dijo á Ahmed ben Nasar, capitan de su guardia: quédese en buen hora Abdala, yo sentiria que este doncel enfermase, pues espero de él muy importante y agradable servicio: yo espero, Abdala, que tu obra no me deje envidiar á la que han presentado á los califas de Beni Alabas, será conveniente que vuelvas á Córdoba y cuides de tu salud, y para continuar tu obra con mayor comodidad, sea en tu casa, ó si mas quieres en la casa real de Almotilla, á la orilla del rio, toda estará á tu disposicion: Abdala dió gracias al rey, y dijo que en su propia casa trabajaria con mas quietud, que no tardaria en acabar su obra: y así fue que la presentó al rey antes de su vuelta de la expedicion de Galicia.

Congregadas las banderas de las provincias con los walíes y alcaides de ellas partió el rey Alhakem á Galicia, para manifestar á sus pueblos que no solo era rey sabio y prudente, sino tambien diestro y esforzado caudillo. Entró con numerosa hueste en tierra de Cristianos, y puso cerco al fuerte de Santisteban: vinieron los Cristianos con inumerable gentio al socorro, y peleó contra ellos, y Dios le ayudó, y los venció con atroz matanza: entró por fuerza de espada la fortaleza, y degolló á sus defensores, y mandó arrasar sus muros: ocupó Sedmanca, Cauca, Uxama y Clunia y las destruyó: fue sobre Medina Zamora y cercó á los Cristianos en ella, y les dió muchos combates, y al fin la entró por fuerza, y pocos de sus defensores lograron librarse del furor de las espadas de los Muslimes: se detuvo en aquella ciudad con toda su hueste, destruyendo sus muros. Con muchos cautivos y despojos se tornó vencedor á Córdoba, y entró en ella con aclamaciones de triunfo; y se apellidó Almostansir Bila por su confianza en el auxilio de Dios. Mientras el rey estuvo en esta expedicion vino á España la tribu Chazarag, noble y antigua de Medina, y se estableció y avecindó en Córdoba y en sus cercanías.

Pocos meses despues vinieron á Córdoba enviados del rey de Galicia y señores de Castela, rogando al rey Alhakem que quisiese hacer con ellos paz, y como de su natural era pacífico holgó mucho de estas peticiones, y trató con mucha honra á los mensageros que se detuvieron algun tiempo en Córdoba, y el rey los recibia con mucho agrado en sus jardines, y estuvieron en Medina Azahra muy contentos y festejados, y se maravillaban mucho de la hermosura de aquella ciudad y de la riqueza y magnificencia del real alcázar. Cuando partieron á su tierra envió el rey con ellos á un wazir de su consejo con sus cartas para el rey de

Galicia, con dos hermosos caballos ricamente enjaezados, con sendas espadas de Córdoba y de Toledo, y dos halcones de los mas generosos y altaneros para presentarlos al rey de Galicia en su nombre: así otorgaron
965 sus paces, y fue esta avenencia hecha el año trescientos cincuenta y cuatro.

CAPITULO V.

De varios acaecimientos y providencias del rey Alhakem.

En este tiempo vinieron á Córdoba muchos caballeros de España oriental y de los montes de Afranc y de Galicia y de Castela, y todos eran bien recibidos y honrados, por la justicia y bondad y mucha nobleza del rey Alhakem; algunos de estos Cristianos solicitaban por sus parcialidades que el rey declarase guerra á los otros Cristianos, y muchos wazires de su consejo y los walíes de las fronteras deseaban ocasiones de rompimiento, sabiendo que los Cristianos traian guerras entre ellos; pero el rey Alhakem les respondia con aquellas palabras del libro de Dios: sed fieles en guardar vuestras posturas que Dios os pedirá cuenta de ellas. En el año trescientos cincuenta y cinco hubo un fuerte huracan que arrancó los árboles y destruyó muchos aduares y edificios, y mató mucha gente; pero hizo mayor estrago en Magreb que en España. En la noche del mártes veinte y ocho de la luna de regeb de este año parció en el mar una llama ó luz saltante, como una gran columna, que alumbraba de noche tanto con su

resplandor, que vencia la obscuridad, y se acercaba á la claridad del dia. En este mismo mes hubo eclipse del sol y de la luna; el eclipse de la luna fue en la noche catorcena de ella, y el sol amaneció eclipsado el dia veinte y ocho de la misma luna.

Por mala costumbre y licencia introducida en España por los de la Iraca y otros extrangeros se habia hecho libre y como lícito el uso del vino, que el vulgo y aun los alfaquíes lo bebian, y se permitia en (1) walimas y convites con escandalosa libertad; pero el rey Alhakem, que era religioso, abstinente y docto en las exposiciones aprobadas del Alcoran, juntó sus alimes y alfaquíes, y les preguntó en qué podia fundarse el general abuso que habia en España, que no solo se usaba el beber el ghamar, vino rojo, sino que se bebia el sahba, vino claro, el nebid, vino de dátiles y el de higos y otras bebidas fuertes que embriagan: respondiéronle que desde el reinado del rey Muhamad se habia hecho comun y recibida opinion que estando los Muslimes de España en continua guerra con los enemigos del Islam, podian usar del vino, por lo que esta bebida acrecienta el valor y el ánimo de los soldados para las batallas: que así en toda tierra de fronteras era lícito su uso para tener mayor esfuerzo en las lides. Reprobó el rey estas opiniones, y en odio del abuso mandó arrancar las viñas en toda España, y que solo quedase una tercia parte de las vides para aprovechar el fruto de la uva en su sazon, en pasas y en arrope ó miel de uvas, y otras diferentes composiciones saludables y lícitas, hechas del mosto espesado. Era en este tiempo cadi mayor de las aljamas de España Abdel-

(1) Llamaban walimas nuestros Muslimes á las comidas de dias de boda: se celebraban éstas con asistencia de parientes varones y hembras, con alegre zambra; esto es, música y baile, con canciones amorosas cantadas por mugeres con grandes pausas de verso á verso.

melic ben Mondbir ben Said el Boluti, hombre insigne por su sabiduría y su justicia, y á este confiaba el rey los mas graves negocios. En el año trescientos cincuenta y seis recibió el rey Alhakem un legado de preciosos libros con la noticia de la muerte del autor de ellos Abulfaragi (1) Ali ben Alhasan ben Muhamad ben Alhaitam de la familia de Omeya, y descendiente del último califa de ellos en Oriente, fue de Bagdad donde habia nacido el año doscientos ochenta y cuatro, hombre docto en todas ciencias, y muy entendido en política y sucesos de príncipes, y en historias genealógicas: compuso el libro de las canciones, obra de cincuenta años; y lo presentó al soldan de Halepo, que le dió mil escudos de oro, escusándose de su corta dádiva: compuso otras muchas obras muslímicas y curiosas, y la historia de los califas Omeyas, así de Oriente como de los que reinaban en España, habia enviado de secreto esta obra al rey Alhakem siendo príncipe, y habia recibido de él muy preciosos presentes, y grandes cuantías de escudos de oro: el libro de los reyes de España se intitulaba orígen de los Omeyas: el otro emigraciones y conquistas de los Arabes: otro relacion general genealógica, otro los hechos y aventuras de Aben Jeiban. En este mismo año en la luna de rebie postrera falleció en Córdoba el sabio Ismail Abu Ali el Cali, maestro de erudicion del rey Alhakem, habia nacido en Cala, aldea de Menargerd en Diar Becri, al año doscientos ochenta y ocho: vivió mucho tiempo en Bagdad, y por eso se le conocia por el Bagdadi, fue

(1) En los anales de Aben Sohna están los nombres y prosapia de este insigne escritor, y le llama Abulfaragi el Isfahani Ali Aben Husein ben Muhamad ben Ahmed ben Alhaitam ben Abderahman ben Meruan ben Alhakem ben Alasi ben Omeya: su obra mas célebre fue Kiteb el Agani, libro de cantigas ó canciones con la música y modo de cantarlas.

muy favorecido del califa Metuakil, que le consultaba aun cuando pasaba una mosca sobre su cabeza: vino á Córdoba á instancias del rey Anasir para maestro del príncipe su hijo, y este le amó y distinguió toda su vida, y honró su memoria con un magnífico sepulcro.

Nombró el rey cadi de la aljama de Córdoba al docto Aben Zarbi, y cadíes wazires del mismo cargo á Aben Thaalba, y á Ibrahim ben Harun ben Chalaf el Masamudi, que habia venido de Berbería, y era cadi de Alisbona, y Abu Becri ben Wefid, todos muy acreditados por su integridad y sabiduría.

CAPITULO VI.

De las nuevas guerras en Magreb.

En la otra banda en tierra de Almagreb no habia en este tiempo la paz que se gozaba en España: Alhasan ben Kenuz, señor de Medina Biserta, con el auxilio de los caudillos y tropas de Andalucía estaba apoderado de todas las provincias de Almagreb: manteníase este amir en obediencia de Alhakem rey de España mas por temor de su mucho poder y cercanía, que por lealtad y confianza. En el año trescientos cincuenta y siete vino con poderosa hueste desde Africa oriental, Balkin ben Zeir ben Menad de Zanhaga, con deseos de venganza contra los walíes zenetes: su entrada fue imprevista y rápida, y venturosa para sus intentos; venció tres años seguidos á los walíes de Magreb el Wast y en ellos deshizo cuantas tropas se le opusieron

así de los zenetes como de los Andaluces, y en el año trescientos y sesenta se apoderó de las principales fortalezas del estado, aclamando en las ciudades de Almagreb al príncipe Fatemi Maad ben Ismail, como antes habia hecho el wali Gehwar el Rumi. En este año trescientos sesenta y uno Giafar ben Ali el Menusi, andaluz, wali de Sale y Erab, venció y mató en batalla á Jusuf Zeiri el de Sanhaga, y envió á su hermano Yahye ben Ali á Córdoba con la nueva de esta victoria, y el rey Alhakem le honró mucho: los caudillos zenetes, temiendo que Balkin ben Zeiri vengase la muerte de su padre, intentaron prender á Giafar, y entregárselo, para sosegarle y ganar su voluntad; pero lo entendió Giafar, y se pasó á España quejándose al rey Alhakem de la perfidia y beleidad de los caudillos zenetes: el rey le recibió bien y le hizo su hagib, y conservó este cargo hasta que murió en tiempo de Hixem. En este mismo año cuenta Aben Sohna que el príncipe Maad pasó á Egipto y llevó entre sus familiares al poeta andaluz Alhasan Aben Heni ben Muhamad, que fue alevosamente muerto en el camino; y refiere de este célebre ingenio, que en sus desmedidos elogios á Maad solia decir impiedades: Maad entró en el Cahiro á quince de ramazan del año siguiente. En estas revueltas el primero que siguió este partido fue el amir Alhasan ben Kenuz, olvidando su homenage y antigua clientela, y cuanto debia á los Omeyas de España, y por sí y por sus pueblos aclamó en sus estados á Maad, y auxilió á Balkin contra los Andaluces en aquella sangrienta invasion y obstinada guerra.

Ofendióse mucho el rey Alhakem cuando tuvo nuevas de esta deslealtad del amir Alhasan, y ordenó qué sin dilacion se aprestasen naves en todos los puertos de Andalucia para enviar numerosas huestes contra Balkin ben Zeir, y contra el pérfido y desagradecido Al-

hasan ben Kenuz. Con mucha diligencia se reunieron tropas de las costas de Tadmir, de Elbira de Rayá, y de Algarbe, y se embarcaron mandadas por el wali Muhamad ben Alcasim de los Meruanes, y pasaron de Algecira Alhadra á Medina Cebta en la luna de rebie primera del año trescientos sesenta y dos. Poco tiempo descansaron estas tropas de Andalucía, que luego salió contra ellas el amir Alhasan ben Kenuz con muchas cabilas berberiscas. En confines de Tanja se encontraron estas huestes en un lugar conocido por Alfohos Beni Masrag, y se dieron cruel batalla, en que fueron vencidos los Andaluces, y murió peleando el wali Muhamad ben Alcasim con muchos caballeros de su hueste, y parte de ella se acogió á Tanja, y parte huyeron y se encerraron en Cebta. Los caudillos andaluces escribieron á Córdoba pidiendo al rey que les enviase gente para poderse oponer á los enemigos, que eran muchos y muy aguerridos. Pesó mucho al rey Alhakem de la poca ventura de las armas y de la desgraciada batalla de Tanja. Mandó á los walíes de las provincias enviar sus banderas, y allegada la gente de guerra y muchas provisiones de armas y dinero encargó la expedicion al caudillo Galib, llamado Sahib Garuba, hombre de mucho valor y muy práctico en las cosas de la guerra. Dió á este wali sus instrucciones, y le dijo que esperaba de él no solo el vencer en batalla á sus enemigos, sino recobrar todas las fortalezas y sojuzgar aquellos pueblos rebeldes, y á la despedida le dijo: no te doy licencia para que vuelvas sino vencedor ó muerto: el fin es vencer; pero no seas avaro ni escaso en premiar á los valientes. Partió Galib de Córdoba con mucha caballería y grande aparato y provisiones en fin de la luna de jawal del año trescientos sesenta y dos.

Voló la fama del paso de estas tropas, y el amir Al-

hasan ben Kenuz temió, y al punto abandonó la ciudad de Biserta, y sacó de ella su harem y todos sus tesoros, y los llevó á Hisn-Hijar Anosor, ó peña de Aguilas, fortaleza inaccesible, y allí aseguró sus riquezas y su familia. Entretanto pasó Galib el mar desde Alhadra á Alcázar de Masamuda: allí se le opuso Alhakem ben Kenuz con sus cabilas berberiscas, y pelearon algunos dias con varia fortuna. Logró Galib con secretas comunicaciones con los jeques y alcaides de aquellas cabilas á fuerza de presentes muy cuantiosos y de mayores promesas, que muchos de ellos abandonaran el partido de Alhasan, y que algunos se pasaran á su propio campo: fueron tantos los que dejaron la hueste del amir Alhasan, que en una noche quedó con solos sus caballeros, y antes de venir el dia huyó y se acogió á la fortaleza de Peña de Aguilas. Siguió Galib con toda su caballería, y cercó aquella roca con mucha vigilancia: llegó despues toda la hueste, y les cortaron el agua á los de la fortaleza. Por sugestion de gentes que creian en agüeros y estrellería persuadieron á Galib que si dentro de un cierto plazo no tomaba la Peña de Aguilas, que se perdería con toda su hueste. Llegaba aquel término, y Galib por no desanimar á sus tropas para la continuacion de la guerra, apretó los combates, y al mismo tiempo propuso al amir Alhasan una avenencia que aceptó, porque ya estaba en sumo apuro: dióle seguro para él, su familia y bienes que allí tenia, ó en otros depósitos; pero con la forzosa condicion de ponerse en manos de Galib, y pasar con él á España cuando Galib volviese á ella: se concertó esto en la luna de muharram del año trescientos sesenta y tres; y en el mismo dia salió con su familia y entregó la fortaleza.

Entonces escribió Galib al rey Alhakem este suceso, que fué muy celebrado en Córdoba, y continuó la re-

duccion de los rebeldes y los venció en muchas escaramuzas, y subyugó todos los pueblos de Almagreb, y ocupó sus fortalezas, y no quedó en aquella tierra ningun alcaide de los de Sanhaga. Vino despues á Medina Fez, y la ocupó, y puso en ella por gobernador á Muhamad ben Ali ben Fesus en el barrio de los Cairvanes, y en el de los Andaluces á Abdelkerim ben Thaalba: asegurado el imperio de Almagreb volvió Galib á España, y con él el amir Alhasan ben Kenuz y otros muchos señores de la familia Edrisia y Caduta de todas las provincias de Almagreb el Wast, y quedaron los Omeyas de España apoderados de todos aquellos estados. Salió Galib y esta taifa de caballeros de Medina
973 Fez á fines de ramazan del año trescientos sesenta y tres, y llegó á Cebta, donde se embarcaron con los caudillos y tropas de Andalucía en las naves de España, y aportaron en Gezira Alhadra. Escribió Galib desde allí al rey Alhakem informándole de su llegada y pidiéndole licencia para pasar á Córdoba con el amir Alhasan, y los caballeros y familia que con él venia: el rey envió sus forénicos dándole licencia para llegar á Córdoba con toda su gente, y dió órdenes para que se les aposentase con mucha honra en toda su marcha.

CAPITULO VII.

De la venida del amir de Africa á Córdoba, y otros sucesos.

Cuando ya se acercaban á la comarca, mandó el rey á su sobrino Abdelaziz ben Almondhir, que era

capitan de su guardia de caballería de andaluces, que con otros principales jeques y wazires se adelantase á recibirlos, y el rey mismo montó á caballo, y con los otros caudillos de su guardia y muchos nobles de su corte salió á cierta distancia de la ciudad. Cuando se avistaron, descendió Amir Alhasan de su caballo y los otros jeques, y se humilló á los pies del rey Alhakem, que le dió su mano y le mandó cavalgar, y le tuvieron el estribo los jeques de Almagreb, y entraron juntos seguidos de toda la caballería, y salió toda la gente de la ciudad á recibirlos, y el caudillo Galib, se puso de órden del rey á su lado, y así entraron hasta el alcázar; y fue este dia grande y célebre en Córdoba el primero de muharram del año trescientos sesenta y cuatro: era innumerable el gentío que concurrió á ver esta entrada y triunfo de Galib y de la caballería de Andalucía. Cuando llegaron al alcázar, el rey Alhakem ofreció al amir su proteccion y amparo, y le mandó hospedar en el palacio Mogueis con toda su familia, y á los jeques y caballeros de Beni Edris y de Caduta en otras casas principales. Señaló el rey grandes cuantías á Alhasan y á los suyos, y todos quedaron muy contentos de la generosidad del rey Alhakem: cuentan que gastaba con setecientos caballeros lo que solia darse á siete mil, y así muchos de ellos se establecieron en Córdoba, y quedaron en servicio de Alhakem.

El amir Alhasan no estuvo mucho tiempo en Córdoba, y pidió al rey que le permitiese volverse á Africa con su familia: manifestó Alhakem displicencia de esta resolucion, y aunque contra su gusto y voluntad le concedió licencia á pesar de los consejos de sus wazires; pero no le permitió que fuese á morar en Magreb, sino en la parte oriental de Africa, y le ofreció sus naves para conducirle con toda su familia y riquezas: Alhasan le dió gracias por su dignacion, y apresuró su partida.

Tenia el amir entre sus preciosidades un trozo de ambar de extraña grandeza, que en tiempo de su reinado se halló sobrenadando en las costas del mar de Magreb; y como Alhakem tuviese noticia de esta maravillosa pieza de ámbar, manifestó su deseo de verla, y fue forzoso al amir Alhasan ofrecerle, aunque á su pesar, la posesion de esta rareza como regalo de despedida: el rey la mandó guardar entre las preciosas alhajas de su casa, y se conservó hasta el fin de la dinastía de los omeyas, en que volvió á los Alhasaníes. Salió amir Alhasan con su familia y sus riquezas, y se embarcó en Almería en naves del rey, y pasó con venturosa navegacion á Tunez año trescientos sesenta y cinco. Desde Tunez partió á Egipto con los hijos de su tio al amparo de Nazar ben Maad, soldan de Africa y Egipto: le recibió muy bien y le ofreció su proteccion y ayuda contra todos sus enemigos. Permaneció allí Alhasan largo tiempo, y el soldan escribió el mismo año una carta muy soberbia al rey Alhakem amenazándole con todo su poder y llamándole usurpador de los estados de Magreb; y es lo bueno que él mismo acababa de apoderarse de Egipto, tratando con estraña crueldad á sus pueblos.

En este año hizo el rey capitan de su guardia de caballería á Giafar, hijo de Otman Abulhasan su hagib, que en el año anterior habia venido del gobierno de Mayorca. Nombró cadi de aljama de Córdoba al docto sevillano Ahmed ben Abdelmelic ben Haxem, conocido por el Mocui: ya dos veces habia sido electo para este cargo, y no lo habia admitido: estaba en el consejo de estado con mucha estimacion del rey, á quien habia presentado una obra muy docta de política de príncipes y máximas de buen gobierno, que tenia cien capítulos, y habíala compuesto en compañía del sabio Obeidala el Moaiti, y fue la obra tan grata al rey Alha-

kem, que á los dos los hizo del Mexuar, y eran dignos socios del sabio cadi Aben Zarbi que los presidia. Dió en Zahra una hermosa casa al célebre historiador Ahmed ben Said el Hamdani, que se ocupaba en escribir la historia de España: asimismo dió el rey casa cerca del alcázar á Jusuf ben Harun el Arramedi, conocido por Abu Amar, el mejor ingenio de cuantos en este tiempo florecian en Córdoba: habia presentado al rey dos elegantes poemas, uno de la caza, y otro de caballería. Refiere de él Abulwalid ben el Fardi, que él mismo contaba esto: salí un dia despues de la sala del juma y pasé el rio de Córdoba, y andaba en los jardines de Beni Meruan, y encontré en ellos una doncella esclava que nunca en toda mi vida habia yo visto otra de tal gentileza ni tan hermosa como ella: la saludé, y me respondió con mucha gracia, pues no solo era afable, sino tambien en extremo discreta: el tono de su habla era de tanta dulzura, que regalaba los oidos y se entraba por ellos en el alma, de suerte que su gentileza, su hablar y sus razones me rindieron el corazon. Le dije yo: por Alá, ¿te podré llamar hermana ó madre? y ella me respondió: madre, si quisieres: y dije entonces: ¿de gracia mereceré saber cómo te llaman? y me respondió: llámanme Halewa: con buenas (1) fadas, dije yo, te pusieron tan dulce nombre. Como se iba acercando la hora de alazar se volvió á la ciudad, yo seguia sus pasos, y á la entrada del puente

(1) Hacer buenas fadas entre nuestros Muslimes era una fiesta doméstica al octavo dia del nacimiento de una criatura, varon ó hembra, para ponerle nombre: degollaban una res buena á la hora de adohar del dia anterior, se juntaba la familia, y el abuelo ú el padre de la criatura, invocando el nombre de Alá, le decia al oido el nombre que habia de tener: comian todos de la res y daban de ella á pobres: los ricos pesaban ademas sus cabellos, y daban su peso de oro ú plata por amor de Dios.

me dijo: por Alá que vayas adelante ó mas detrás, que será mas bien visto, y no mal pecado: le dije yo entonces; ¿y será esta, por mi corta ventura, la última conversacion contigo? y respondió: no cierto, si tú quisieres: ¿pues cuando, dije yo, tendré la dicha de encontrarte? Cada juma, dijo ella, en el mismo lugar y á la misma hora, y con esto se fue. Decia Aben Amar: no hay que preguntarme si acudí al siguiente juma, que me pareció que tardaba en llegar un año. Salí por el puente á los jardines de Meruan, y en ellos la encontré, y me pareció mas hermosa que la vez primera, nos saludamos, se acrecentó nuestra confianza. Volvíamos á la ciudad, y al apartarme de ella le pregunté: ¿qué precio pediría por tí tu dueño si codicioso te quisiese vender? y me respondió: trescientos mitcales de oro: no es mucho, dije yo para mí. En esta ocasion me fue forzoso ir á Zaragoza, visité al gobernador Abderahman ben Muhamad, le presenté una casida de versos bien conocida, y en ella describí las gracias de la linda Halewa, y referí al wali mis aventuras, y me regaló los trescientos mitcales de oro, de los cuales solo disminuí la costa del camino: volví volando á mi deseada Córdoba y á mis suspirados huertos de Meruan; pero, triste de mí, ya no hallé rastro de lo que buscaba. Perdidas mis esperanzas dispuse mi partida para mi patria, y despidiéndome de un amigo á su puerta, me entró en su casa y en su estancia, y me hizo sentar en su estrado: luego se levantó á sus negocios, y yo no habia osado mirar con curiosidad á una muger que allí estaba cubierta con su velo; pero ella se levantó presurosa, y alzando su velo, dijo: ¿es posible que ya no me conoces? y entonces me deslumbró la hermosura de la misma Halewa, y dije temblando: cielos, ¿qué veo? ¿qué oigo? ¿no decias que eras esclava de fulano? Sí en verdad, respondió ella con voz turbada, y queria

proseguir: cuando llegó su dueño, ella calló, y yo tambien enmudecí; y porque mi palidez no manifestase la alteracion de mi ánimo, pedí á Dios esforzase mi corazon, y excusándome con una súbita novedad que en mí sentia, me despedí y salí de su casa. Esta fue la ocasion de escribir aquella casida de las siete canciones á esta hermosa esclava, que cuanto agradó á mis amigos, tanto mas ofendió al dueño de Halewa, y fueron causa de su desventura y de la mia. Deseó el rey Alhakem ver tan celebrada doncella, sabiendo que la tenia en su casa Abu Ali el Cali, y logró visitarla mientras la azala del juma, dia señalado para la entrada del enviado del rey de los Cristianos: predicaba aquel dia en la aljama el cadi Mondhir ben Said el Boluti, así llamado del nombre de una aldea de Córdoba que decian Fohos Albolut, hombre elocuente y de sonora voz: previno el rey al cadi que alargára su plática mientras la entrada del enviado de los Cristianos, sabiendo que Abu Ali, dueño de la hermosa esclava, no dejaria de asistir como acostumbraba á la aljama: hízolo así el cadi, y tal vez con malicia dijo al fin de su oracion: hoy ha sido largo mi discurso, porque falta la juventud que no gusta de largas pláticas, que hoy la tiene el rey como arrinconada en una sola parte de la ciudad; y si no fuera por el rey, prolongue Dios sus satisfacciones, yo que tambien deseo ver cosas nuevas y extrañas no estaria donde apenas queda nadie. De esta visita resultaron zelos y resentimientos: el poeta Arramedi cayó en desgracia del rey, y la doncella en la de su dueño. Cuenta Homaidi que Aben Amar estando en prision escribió elogios al rey Alhakem y el libro de las aves, en que trata de sus propiedades en elegantes versos, y acaba con súplicas al principe Hixem para que intercediese por su libertad con el rey su padre, y añade que habia visto un egemplar de gran perfeccion y precio de esta obra ingeniosa.

CAPITULO VIII.

De la jura del príncipe Hixem, y memoria de los sabios de Andalucia.

Para complacer á la sultana Sobiha, madre del príncipe Hixem, se celebró con mucha magnificencia en Córdoba la declaracion de futuro sucesor y jura del príncipe Hixem, aunque muy niño: se congregaron los walíes de las capitanias principales y los wazires y alcatibes, y caudillos de coras de todas las provincias, y hubo con este motivo grandes fiestas y alegrías. Con esta ocasion se presentaron al rey, que amaba la poesia, elegantes composiciones en verso de muchos célebres ingenios de España. Se admiraron los versos de Aben Amar Arramedi, los de Ahmed ben Ferag de Jaen, y los de su hermano Abdala: sin embargo Ahmed no logró como Aben Amar salir de su prision; y se decia de estos dos famosos ingenios que eran como los ruiseñores, que por su dulce y admirable canto pierden su libertad. Aben Ferag de Jaen habia sido el compilador de la escogida coleccion de poesías intitulada los Huertos, que presentó al rey Alhakem al principio de su reinado, y fue muy agradable al rey, y recibió por ella grandes premios y distinciones de especial favor, y los sabios de todas partes de oriente y occidente la estimaban mas que la coleccion de Abi Becri ben Daud el Ispahani intitulada las Flores, pues aunque la de los Huertos tiene mucho de esta, y es seme-

jante en la division porque tambien está distribuida en cien capítulos, y en cada uno hay cien composiciones; pero en la de los Huertos no hay un solo verso que no sea de poeta español: el triste Ahmed ben Ferag continuó en desgracia del rey y en prision el resto de su vida. Ademas de los buenos ingenios que florecian en Córdoba, se distinguieron ahora muchos de las provincias, como Abu Walid Jonas ben Abdala, cadi de Badalyox: sus versos fueron muy celebrados, y por la fama de su virtud el rey le mandó venir á Córdoba, y poco tiempo despues cansado del ruido y vanidad de la capital, pidió al rey licencia y se retiró á una soledad de Algarbe, y allí escribió sus obras ascéticas y de menosprecio de las cosas humanas. Tambien manifestó su ingenio y gratitud al rey en esta ocasion el granadino Aben Isá el Gasani, que acababa de llegar de Egipto y de otros paises de Oriente, donde habia viajado de órden del rey Alhakem, y le presentó su geografía y una elegante descripcion de las comarcas de Elbira. Se distinguieron en esta misma ocasion dos insignes eruditos de Guadalhajara, Ahmed ben Chalaf ben Muhamad ben Fortun el Madyuni, y Ahmed ben Muza ben Yanqui, que despues de haber estudiado en su patria con el famoso Wahib ben Masera, y en Toledo con Abderahman ben Isá ben Modareg, pasaron á Oriente, y estuvieron en Egipto y en Mecca, y en este tiempo llegaron á Córdoba con el Sadic ben Chalaf ben Babil de Toledo, vecino de Bargas, que venia de visitar el templo de Alacsa: se aplaudieron los conceptos de Ibrahim ben Chaira Abu Ishac, apellidado Aben Asbag de Sevilla, célebre ya por sus poesías descriptivas, y los de Suleiman ben Batal de Badalyox, el conocido por Ain Gudi, porque muchos versos suyos principiaban con esta expresion: ojos dichosos: dieron tambien brillantes muestras de su in-

genio y existencia Suleiman ben Chalaf ben Amer, conocido por Aben Gamron de Córdoba, que habia sido cadi de Ezija, y ahora vivia en Córdoba en el Chandac ó fosa del arrabal de Aragegila, y el rey le hizo wazir de su consejo, y Yahye ben Hixem el Meruani, y el docto poeta de Córdoba Yahye ben Hudheil, y Jonas ben Mesaud de la Rusafa de Córdoba, autor de la descripcion de los jardines, y Yaix ben Said de Baena, el que copiaba con maravillosa elegancia las poesías que lograban la preferencia y distinguida aprobacion del rey Alhakem. Como en este tiempo era tan estimada la erudicion y la poesía en España, hasta las mugeres en su retiro eran estudiosas, y muchas se distinguian por su ingenio y buenos conocimientos. El rey tenia en su alcázar á Lobna, doncella muy hermosa, docta en gramática y poesía, en aritmética y otras ciencias: escribia con singular elegancia y muy bellas letras, y el rey Alhakem se valia de ella para escribir sus cosas reservadas: no habia en el palacio quien la igualara en agudezas de conceptos y suavidad de metros. Fátima hija de Zacaria el Jableri, doméstico de la casa real, escribia con mucha perfeccion y copiaba libros para el rey. Ayxa, hija de Ahmed ben Muhamad ben Cadim de Córdoba, era tan docta, que refiere Aben Ḥayan que no habia en España doncella mas sobresaliente en belleza y loables costumbres, ni en discrecion, elocuencia y poesía: escribió elogios á los reyes y príncipes de su tiempo: todos los sabios admiraban sus composiciones y sus hermosos caractéres, así en carta como en vitela: tenia una preciosa coleccion de libros de artes y ciencias. Cadiga, hija de Giafar ben Noseir el Temimi, hacia en este tiempo muy buenos versos, y los cantaba con muy dulce voz. Maryem, hija de Abu Jacub el Faisoli de Jilbe, enseñaba erudicion y poesía á las doncellas de familias principales con

gran celebridad en Sevilla, y de su escuela salieron algunas insignes en estas gracias que fueron las delicias de los alcázares de los príncipes y grandes señores. Radhia, la llamada estrella feliz; liberta del rey Abderahman Anasir, que la cedió á su hijo el príncipe Alhakem, era la admiracion de su siglo por sus versos y elegantes historias: despues de la muerte del rey viajó á Oriente, y en todas partes fue aplaudida de los doctos.

A ejemplo del rey los walíes, wazires y jeques principales de la capital y de las provincias protegian á los sabios y honraban á los buenos ingenios, y no perdian ocasion de manifestarles su aprecio y la estima que hacian de sus conocimientos. El cadi de Córdoba Muhamad ben Ishac ben Selim, hombre austero, pero docto y afable, cuenta Alcasim ben Asbag el Baeni, que referia de él el cadi Jonas que Aben Safaran Jeibani vivia en Córdoba á la orilla del rio en las fuentes; y sucedió que salió el cadi Aben Selim á caballo, y le cogió una lluvia que le obligó á entrar con su caballo en el dihliz ó patio del Jeibani, que este salió y le rogó que se apease, y le entró en su habitacion, y despues de los cumplimientos y de haberse sentado en su estrado, le dijo el Jeibani: tengo en casa una muchachacha de esta ciudad, de la mas suave voz que puede oirse, si te place cantará una (1) axara del libro de

(1) Los Muslimes dividen el Alcoran en ciento y catorce suras ó capítulos muy desiguales, y cada sura en varias hizbes ó secciones, y estas en cierto número de axaras ó divisiones menores de á diez versos: al verso alcoránico llaman aleya: al principio de cada sura se expresa su título, el número de versos que contiene, y si fue publicada en Mecca ó en Medina: le llaman libro de Dios, y tanzil ó descendido del cielo: Alcoran es la leyenda por excelencia, y el ser Mocri ó lector de Alcoran en las aljamas era empleo distinguido: leian con voz entonada y sonora, y á este modo de leer llaman tala.

Dios, ó algunos versos; y le respondió el cadí: enhorabuena: vino la doncella mas linda que humanos ojos vieron, y le mandó el Jeibani leer, y despues cantó unos versos, y todo le pareció muy bien al cadi, y sin que fuese visto sacó una bolsa y la puso debajo de su asiento, y alzada la lluvia, dió gracias al Jeibani y se despidió y montó á caballo, y salió el Jeibani á despedirle y luego entró y halló debajo del estrado una bolsa con veinte doblas de oro. Ahmed ben Said ben Cautir el Ansari de Toledo, docto alfaqui en aquella ciudad, hombre rico y respetado en ella en este tiempo, se cuenta de él que solia juntar en su casa hasta cuarenta amigos y aficionados á las buenas letras, así de Toledo como de Calatrava y otros pueblos, y en los meses de noviembre, diciembre y enero se reunian en una gran sala, el pavimento estaba cubierto de alfombras de lana y seda, y almohadones de lo mismo, y las paredes asimismo cubiertas de tapices y paños labrados; y en medio de la gran sala habia un grueso cañon de altura de un hombre lleno de carbon encendido, y todos se sentaban al contorno á la distancia que les agradaba: leian su hizbe ó seccion de Alcoran, ó algunos versos: conferenciaban sobre ellos: les traian perfumes de almizque y otros arómas gratos, y se rociaban de agua de rosa: luego les servian una mesa con abundancia de carnes de cabritos tiernos y carnero, con otros diversos manjares compuestos con aceite; despues leche cuajada y en espuma, manteca, variedad de dulces, algunas frutas y dátiles. En los dias cortos de la estacion pasaban lo mas del dia en la mesa, y duraban estas conferencias hasta fin de enero, y esto era todos los años: no llegó á la generosidad de este alfaqui ninguno de aquella ciudad, aunque habia en ella otros muy ricos. Le nombró el rey prefecto del juzgado de la ciudad, y por envidia de su fama y po-

pularidad le hizo matar Yaix ben Muhamad, cadi del mismo juzgado, y entró el asesino en su casa, donde era muy conocido, y Aben Cautir leia en su Alcoran, y conoció á lo que iba, y le dijo: ya sé á lo que vienes, haz lo que te han encargado, que Dios está en el cielo, y lo ve todo y lo sabe todo: y el asesino le ahogó, y fingieron que habia muerto de accidente natural. Hayan dice que fue emponzoñado en Santerin el año cuatrocientos y tres.

CAPITULO IX.

De cosas notables del gobierno del rey Alhakem, y de su muerte.

Procuró el rey Alhakem Almostansir que su hijo único el príncipe Hixem tuviese los mas doctos maestros que en Oriente y en Occidente se hallasen entre otros buscó á Muhamad ben Alhasan ben Abdala ben Mezhag el Zubeidi, originario de Sevilla y vecino de Córdoba, se apellidaba Abu Becri, habia sido discípulo de Casim ben Asbag, y de Said ben Fahlon y de Ahmed ben Said en la lengua, y en la poesía de Abu Ali el Babdali: era este Zubeidi el hombre mas docto que entonces se conocia en la lengua arábiga y en su gramática; y fue su especial encargo enseñar esto al príncipe. Escribió varias obras muy curiosas y el compendio (1) del célebre diccionario intitulado Ain: le ayu-

(1) Una antigua copia de este compendio del Zubeidi está en la real biblioteca de Madrid.

daban en este trabajo de órden del rey el capitan de su guardia Muhamad ben Abi Husein, y el insigne poeta Abu Ali el Bagdadi: fue el Zubeidi prefecto del juzgado de Córdoba, y despues el príncipe Hixem le honró con otros principales cargos. Alcasim Aben Asbag de Baena le enseñaba historias tradicionales, y Muhamad ben Chateb el Lezdi varia erudicion y la métrica, y lo mismo el Tobni de Zab, insigne poeta de este tiempo y wali jarta del rey Alhakem.

Era el rey Almostansir muy amante de la paz, y la procuró conservar aun con los Cristianos á pesar de algunos de sus walíes de frontera; y cuentan que los consejos que solia dar á su hijo Hixem concluian siempre con decirle: no hagas sin necesidad la guerra manten la paz para tu felicidad y la de tus pueblos, no saques tu espada sino contra los injustos: ¿qué placer hay en invadir y destruir pueblos, arruinar estados y llevar los estragos y la muerte á los confines de la tierra? ten en paz y en justicia los pueblos, y no te deslumbren las falsas máximas de la vanidad: sea tu justicia un lago siempre claro y puro, modera tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confia en Dios, y llegarás con serenidad al aplazado término de tus dias.

Mandó empadronar los pueblos de sus estados, y habia en España seis ciudades grandes, capitales de las capitanías, ochenta de mucha poblacion, trescientas de tercera clase, y las aldeas, lugares, torres y alquerías eran innumerables: solo en las tierras que riega el Guadalquivir habia doce mil: dicen algunos que se contaban en Córdoba doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas, y novecientos baños para el comun. Las rentas del estado, valian cada año doce millones de mictales de oro, sin contar las rentas de azaque que se pagaban en frutos. Se beneficiaban muchas minas de oro,

plata, y otros metales por cuenta del rey, y otras por particulares en sus posesiones: eran muy ricas las de los montes de Jaen, Bulche y Aroche, y las de los montes del Tajo en Algarbia de España. Habia minas de piedras preciosas, dos de jacut rojo, ó de rubíes á la parte de Beja y de Málaga. Se pescaban corales en las costas de Andalucía, y perlas en las de Tarragona. En la larga paz que mantuvo el rey Alhakem se fomentó la agricultura en todas las provincias de España: se labraron azequias de riego en las vegas de Granada, Murcia, Valencia y Aragon: se construyeron albuheras ó lagos para riego, y se hicieron diversas plantaciones de toda especie como convenia á la calidad y clima de las provincias. En suma este buen rey mudó las lanzas y espadas en hazadas y rejas de arado, y convirtió los ánimos guerreros é inquietos de los Muslimes en pacíficos labradores y pastores. Los mas ilustres caballeros se preciaban de cultivar por sus manos sus huertos, y se holgaban los cadíes y alfaquíes en la apacible sombra de sus parrales: todos iban al campo y moraban en las aldeas dejando las ciudades, cuales en la florida primavera, cuales en el otoño y al tiempo de sus vendimias. Muchos pueblos siguiendo su natural inclinacion (1) se entregaron á la ganadería, y conser-

(1) Desde la mas remota antigüedad fueron los Arabes moradores del campo, que vagaban pastoreando sus rebaños: Isaías anunciando la desolacion de Babilonia decia que aquella ciudad vendria á ser un yermo espantoso; we lo yahel sam Arabi, we roim lo yarbizu sam: que ni acamparia allí el Arabe, ni pastores sestearian allí: como decia Cotaiba no saben vivir sino buscando pastos á sus ganados, mudando sus ranchos á mas ó menos distancia, por dar tiempo á que se renueven las yerbas, y para buscar en la mesaifa ó estacion de verano las alturas frescas hácia el Norte ú Oriente, ó volviendo al fin de la estacion para la mesta ó invernadero, hácia los campos abrigados del Mediodía ó Poniente, imitando á las grullas que, como decia Damir, tienen su mesaifa

vaban la antigua vida de los Bedawis, y trashumaban de unas provincias á otras, procurando á sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones.

Jusuf ben Hamud el Sadfi, cadi de Cebta su patria, informó al rey Alhakem de la sabiduría y celebridad que tenia en Oriente Abdala ben Ibrahim el Omaya de Asila la de Tanja: este era originario de Sidonia en Andalucía, y de la mas ilustre prosapia: habia pasado á Cairvan y á Egipto, y estaba en la Iraca y solicitado del cadi de Cebta, y por cartas del rey Alhakem se vino á España en este tiempo, y desembarcó en Almería. Hizo el rey Alhakem muchas obras públicas en las provincias de España: reparó mezquitas y menciles ó posadas públicas, entre otras la célebre y antigua de Libla, que se llamaba Menzil Haxemia, construyó fuentes en poblado y en caminos públicos, y reparó puentes y acueductos. Encargó el gobierno de Badalyox y de sus comarcas al persiano Sabur su familiar y camarero, hombre docto y de mucha política. En este tiempo murió Muhamad ben Abdelwahib, gobernador de Jaen, hombre de grande ingenio, que mereció la confianza del rey Anasir y de su hijo el rey Alhakem: en su juventud habia tenido competencias con el wazir Abdelmelic ben Gehwar sobre precedencias de asiento con notables lances: este Aben Gehwar fue wali bait el mal ó prefecto de la tesorería, y cuenta Razi que sus composiciones poéticas eran de tanta elegancia que se atribuian á Zeidun de Córdoba: sobre todas se celebraba su cancion de las excelencias de la rosa, que algunos decian que se aventajaba á la primavera, y á

en la Iraca ó Caldea, y su mesta en Egipto y tierras de Poniente. Estos Arabes se llamaban Moedinos vagantes ó trashumantes, y es fácil que alterado este nombre de él haya procedido el de nuestros ganados merinos, que conservan esta vida alárabe.

la descripcion de la lluvia de Abdala el hijo de Alhakem el Coreixi.

El rey Alhakem no solo era justo apreciador del mérito de los buenos ingenios, sino tambien muy buen poeta, pues como en aquel tiempo era la poesía una de las prendas de educacion de los caballeros, la entendia bien y se ejercitó en su juventud en toda especie de metros, y quedan unos versos suyos, que dice Hayan que los hizo á la partida y separacion suya de la sultana Sobeiha, madre de Hixem, con ocasion de la jornada de Santistefan de Gormaz, que los repetia Abu Ali el Hasan ben Ayub, y con algunas variantes Muhayer el Dilemi, y son estos:

De tus ojos y los mios en la triste despedida
De lágrimas los raudales inundaban tus megillas:
Líquidas perlas llorabas, rojos zafires (1) vertia,
Juntas en tu lindo cuello precioso collar hacian.
Estraño, amor, al partir como no perdí la vida:
Mi corazon se arrancaba, el alma salir queria,
Ojos en llanto anegados, aquellas lágrimas mias
Si del corazon salieron en su propia sangre tintas,
Este corazon de fuego ¿cómo no se deshacia?
Loco de amor preguntaba ¿dónde estás bien de mi vida?
Y estaba en mi corazon y con su encanto vivia:
A sin razon me querello de amor que en ansias suspira,
Y de los ojos que lloran, y del corazon que hechizas.

Seria menester dilatarse mucho para referir las virtudes y grandeza de ánimo de este sabio rey, y la mucha prosperidad de España en su tiempo; pero pasaron sus dias como pasan los agradables sueños, que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones: pasó á las moradas eternas de la otra vida, en donde hallaria, como todos los hombres, aquellas moradas que la-

(1) Es decir que sus lágrimas eran de sangre, que salian del corazon.

bró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras:
976 falleció en Medina Azahra á dos de safar del año trescientos sesenta y seis, á los sesenta y tres años de su edad, y quince años, cinco meses y tres dias de su reinado. El féretro del rey Alhakem fué acompañado de todos los caballeros de la ciudad, y de infinita gente que acudió de la comarca: fue enterrado en su sepulcro del cementerio de la Rusafa: hizo oracion por él su hijo Hixem, que descendió al sepulcro, y salió de él sin poder contener sus lágrimas.

CAPITULO X.

Del reinado de Hixem el Muyad Bila.

Acabada la pompa funeral del rey Alhakem fue aclamado su hijo Hixem, de edad entonces de diez años y meses: fue hijo único del rey Alhakem: fue su madre la sultana (1) Sobeiha, y le apellidaron el Muyad Bila, ayudado ú protegido de Dios: se celebró su jura solemne con gran concurrencia de walíes, cadíes, wazires y otros principales ministros del estado, en dia lú-

(1) Sobeiha es aurora: nuestros Arabes ponian á sus hijas nombres de significacion agradable, como Radhia, apacible ó plácida, Niama gracia, Noeima graciosa, Saida feliz, Soeida venturosa, Selima pacífica, Amina fiel, Zahra flor, Zahira florida, Zohraita Florinda, Boriha clara, Safia escogida, pura, Nowaira Lucinda, Leila hasana, seat, golis, noche buena, horabuena, feliz alba, Naziha cándida deliciosa, Kerima, Honoria ú Honorinda, Kinza tesoro, Kethira fecunda, Lulu perla, Lobna lactea, Maliha hermosa.

nes cinco de la luna de safar: hizo la lectura de la inauguracion Giafar ben Otman el Mashafi, el hagib, conocido por Abulhasan, el Berberí, que habia sido wali de Mayorca en tiempo de Anasir, y wazir del rey Alhakem, y en este dia fue nombrado hagib del rey.

La sultana madre de Hixem con su discrecion y hermosura habia ganado tanto el corazon del rey Alhakem, que por mas de diez años no se habia hecho cosa alguna de poca ó mucha importancia, así en la casa del rey como en la corte y en las provincias, sin consultar su voluntad, y sus mas leves insinuaciones eran soberanos mandamientos que se obedecian sin escusa ni dilacion. Era secretario de la sultana Muhamad ben Abdala ben Abi Amer el Moaferi, hombre que por su afabilidad, gentileza, valor y consumada prudencia habia merecido la estimacion y confianza del rey y de la reina, y el respeto y consideracion de todos los wazires de la casa real, de los capitanes de la guardia, de los walíes y gobernadores de las provincias. El padre de este, Abdala ben Muhamad ben Abdala ben Amer ben Abi Amer Muhamad ben el Walid ben Yezid ben Abdelmelic fue de Córdoba, aunque originario de Algezira Alhadra, y se apellidó Abu Hafs, fue muy honrado del rey Anasir, pasó á Oriente para hacer su alhig ó peregrinacion santa, era hombre docto, discípulo de Muhamad ben Omar ben Lubeba, y de Ahmed ben Chalid, y de Muhamad ben Foteis de Elbira, y del célebre Muhamad el Begi: de vuelta de su peregrinacion enfermó en Trabolos, y dicen (1) Hayan, Aben

(1) Cuenta Hayan que Abdala, el padre de este Muhamad Almanzor, fue nieto de Abdelmelic de Wasit, que entró en España con Taric ben Zeyad al principio de la conquista: que la madre de Almanzor era Boriha, hija de Yahye ben Zacaria el Temimi conocido por Aben Bartal.

Afif y Aben Fayad, que falleció en Roqueda al fin del reinado de Anasir, y allí fue sepultado con mucha honra: su hijo Muhamad habia nacido en Toros, aldea de Algezira Alhadra, el año trescientos veinte y siete, y siendo mozo de poca edad vino á Córdoba, y en ella estudió humanidades, y á la muerte de su padre estaba entre los donceles del rey Alhakem, y se distinguia por su ingenio y gentileza, y la sultana Sobeiha le hizo su secretario, y despues su mayordomo. Considerando la sultana la poca edad del rey Hixem su hijo, encargó á Muhamad el cuidado del gobierno, y le nombró su primer hagib, para que fuese como tutor de su persona y primer ministro de estado y guerra. No hubo quien no aplaudiese esta eleccion, sino Giafar ben Otman el hagib y sus hijos, que miraron la elevacion de Muhamad ben Abi Amer como menosprecio de sus grandes y antiguos servicios; pero disimularon su secreto resentimiento.

El rey Hixem, así por sus pocos años como por su natural inclinacion, no pensaba sino en sus juegos é inocentes placeres, no salia de sus alcázares y deliciosos jardines, ni deseaba otras distracciones ni recreos que no conocia: en su retiro estaba siempre rodeado de esclavillos de su edad, que vivian encerrados con él y á nadie comunicaban. Sabur el persiano, que habia sido camarero del rey Alhakem, y habia venido de Mérida para la jura del rey Hixem, quiso hablar con él antes de su partida, y la sultana Sobeiha le escusó la visita de acuerdo con el hagib Muhamad, y luego partió para Algarbe; y los demas walíes á sus provincias. Desde el principio de su privanza supo ganar el favor y amistad de todos los principales de la corte y de fuera de ella, haciéndoles notables honras, y usando con ellos de mucha cortesía y afabilidad: trataba con especial estimacion á los sabios, y les hacia gran-

des mercedes, y admitia en su casa á los que se distinguian por su ingenio y erudicion: á todos los hombres de crédito de cualquiera clase procuraba tenerlos obligados y agradecidos: aun los infieles y enemigos le honraban, respetaban y temian. Desde el primer año de su gobierno quiso señalarse con hechos insignes, y previno á los walíes y caudillos de las fronteras que pensaba romper las treguas que habia con los Cristianos, á quienes juró perpetua guerra, y no pensaba menos que en subyugar á cuantos tenian este nombre en los términos de España. Estas ideas fueron muy gratas al vulgo de los Muslimes, y no se oian sino alabanzas del hagib Muhamad, y anticipados anuncios de sus futuras victorias.

Fue de las primeras providencias del hagib Muhamad ben Abi Amer el concertar avenencia y paz con el señor de Zanhaga Balkin ben Zeiri, que corria tierra de Magreb, y tenia puesto cerco á Medina Cebta, deseando vengar la muerte de su padre Zeiri ben Menad, á quien habia muerto en batalla Giafar ben Ali, siendo gobernador de Sale y Erab por el rey Alhakem: otorgaron sus avenencias en este año de trescientos sesenta y seis, y Balkin levantó el cerco de Cebta, y se retiró á su ciudad de Tunez. El hagib Abulhasan Giafar ben Otman el Mushafi, y Abu Becri el Lului y otros de su parcialidad, censuraban y murmuraban, no sin ocasion y buenas razones, que Muhamad ben Abi Amer hiciese paces con los mas constantes enemigos del rey Alhakem, y declarase la guerra á los de Galicia y de Afranc que habian sido por tantos años fieles á los tratados que habian otorgado con el rey. Al mismo tiempo Giafar ben Ali el Andalusi, señor de Mezila, estaba cercado en Alcazar-alocab por los Berberíes, y escribió á Muhamad ben Abi Amer pidiéndole socorro y manifestándole que si hasta cierto plazo no

fuese el auxilio que pedia, se veria forzado á entregar aquella fortaleza. Envió sus cartas con su wazir Abulwalid ben Gehwar, que era favorecido del hagib Muhamad ben Abi Amer: cuando recibió Muhamad estas cartas ya tenia concertada su avenencia con el señor de Sanhaga, y no cuidó de la suerte de Giafar ben Ali, y la pérdida de Alcazar-alocab sirvió de pretexto para perder á estewali, que envolvió en su desgracia á toda su familia.

CAPITULO XI.

De las primeras expediciones de Almanzor.

977 En principios del año de trescientos sesenta y siete partió el hagib Muhamad ben Abi Amer á visitar las fronteras de la España oriental, dando sus órdenes á los walíes y alcaides de aquella tierra para tener dispuestas sus gentes para hacer cada año dos entradas en tierra de Cristianos, cuando por una parte cuando por otra: luego pasó por Zaragoza, y visitó aquella frontera de los montes de Afranc, dando allí las mismas órdenes á los fronteros, y subiendo por el Ebro vino á las tierras de la frontera del Duero y en ella con la gente de Mérida y Lusitania hizo entrada en tierra de Galicia, talando los campos y quemando algunas poblaciones, sin hallar resistencia en ninguna parte: tomó algunos cautivos y ganados, y se volvió á Córdoba contento de la visita y del suceso venturoso de estas primeras algaras, que por tan rá-

pidas é imprevistas no pudieron ser estorbadas ni costaron sangre. En este mismo año se acabaron en Ezija los acueductos que allí se hacian de órden de la reina madre, y se grabó una inscripcion en piedra (1) que decia: « En el nombre de Dios clemente y piadoso mandó edificar esta azequia la señora, engrandézcala Dios, madre del príncipe de los creyentes, el favorecido de Dios Hixem, hijo de Alhakem, prolongue Dios su permanencia, esperando por ella los premios de Dios copiosos, y las mercedes grandes: y se acabó con ayuda de Dios y su auxilio por manos de su artífice y prefecto Sahib Jarta, cadi de los pueblos de la cora ó comarca de Ezija y Carmona y dependencias de su gobierno Ahmed ben Abdala ben Muza, y esto en la luna rebie postrera del año trescientos sesenta y siete. » En el fin de este año desembarcaron en Algezira Alhadra las tropas de caballería que enviaba Balkin ben Zeiri, señor de Tunez, para las guerras contra Cristianos, como tenian concertado; y habiendo llegado Giafar ben Ali fue puesto en prision, y poco tiempo despues mandó el hagib Muhamad ben Abi Amer cortarle la cabeza, y la envió á su amigo Balkin, que la estimó como el mas precioso presente. Los parientes y parciales de Giafar miraron esta precipitada justicia como la señal del rompimiento contra ellos, y principio de las venganzas y rivalidades del hagib Muhamad.

Ziad ben Aflag, liberto que habia sido del rey Anasir, y en este tiempo sahib almedina de Córdoba, dió sentencia de muerte contra Abdelmelic ben Mondar, convencido de graves delitos por liviandades de mocedad: consultada la sentencia para su ejecucion, la revocó el hagib Muhamad ben Abi Amer en este año

(1) Véase la lámina 5.ª

trescientos sesenta y siete, y en principio del siguiente año falleció Ziad.

En el año siguiente de trescientos sesenta y ocho partió Muhamad con la caballería africana y la de Andalucía, y con las gentes de Mérida, y entró en Galicia: venció á los Cristianos que le salieron al paso con cruel matanza, y tomó muchos despojos, y cautivó muy florida juventud de ambos sexos, y volvió vencedor á Córdoba, donde fue recibido con grandes demostraciones de alegría. Fue apellidado en esta ocasion Almanzor, insigne vencedor y auxiliador del pueblo muslime, defensor ayudado de Dios, y con el tiempo acreditó que merecia estos ínclitos títulos. Repartió los despojos de su expedicion entre sus soldados, sin mas reserva que el quinto que tocaba al rey, y la estafa ó derecho de escogencia que pertenecia á los caudillos, así de los cautivos hombres ó mugeres: como de la presa de ganados de toda especie: renovó la antigua costumbre de dar convite á las tropas despues de las victorias, y él recorria todos los ranchos de las banderas, y era tal su memoria que conocia á todos sus soldados, y conservaba los nombres de los que se distinguian, y los convidaba á su mesa y les hacia especiales honras. Desde estas primeras entradas contra Cristianos tuvo Muhamad Almanzor esta costumbre, que siempre que volvia á su pabellon del campo de batalla hacia que le sacudiesen con mucho cuidado el polvo que traia en sus vestidos, y lo guardaba en una caja dispuesta para esto, y decia él que cuando llegase la hora de su muerte le cubriesen en su sepulcro con aquel polvo: en todas sus expediciones hacia llevar esta caja con mucho esmero, como las cosas mas preciosas de su recámara. Usaba de clemencia con los vencidos, y no permitia herir ni ofender con violencias á la gente pacífica y desarmada.

978 En el mismo año de trescientos sesenta y ocho volviendo de su entrada en la frontera de España oriental, que fue tan venturosa como las precedentes, y la liberalidad de Almanzor con sus caballeros y fronteros excesiva, mucho mayor que otras veces, de suerte que el wazir encargado de las presas pertenecientes al rey por su quinto percibió de esta expedicion muy poco, y sabiendo esto el hagib Abulhasan Giafar ben Otman, como prefecto de la tesorería, dijo á sus wasires: paréceme que las excursiones del hagib Muhamad, aunque sea como dicen sus amigos, muy gloriosas, son en verdad de muy poca utilidad y ventaja para el estado, pues no saca de la inquietud en que se halla sino pérdida de gentes y de caballería: mas bien lo entendia nuestro buen rey Alhakem. Así dijo este Abulhasan, ó por ofendido y enemigo de Almanzor, ó por ser naturalmente franco y duro, que no sabia acomodarse al tiempo ni seguir el viento que soplaba. Era en este tiempo dañoso y mal seguro el no ser amigo de Almanzor, ó tibio siquiera en sus alabanzas. Luego fue informado de las palabras del hagib Abulhasan Giafar ben Otman, y pocas horas despues recibió este hagib el mandamiento de prision, y privado de sus cargos fue conducido á una torre de la muralla, y sus bienes aplicados al fisco.

En este tiempo Maron hijo de Abderrahman ben Maron, viznieto del rey Abderahman Anasir, conocido por el Toleic, mozo de diez y seis años, muy erudito y de buen ingenio en la poesía, hirió de muerte á su padre por esta causa: habiase criado este mozo en su infancia con una niña, hija de una cautiva esclava de su padre; se amaban al principio como niños, pero crecieron ellos y crecieron sus amores, que no podian vivir el uno sin el otro: ignoraba esto Abderahman el padre de Maron, y cuando le pareció conveniente sepa-

ró á la doncella de la compañía de su hijo. Con este apartamiento se acrecentó su recíproca pasion. Impaciente el mozo y deseoso de ver á su amada logró entrar furtivamente en los jardines donde solian holgarse las esclavas de su padre. Al principio de la noche entre unos mirtos vió á la doncella, y le dijo: no es tiempo de mucho hablar, hagamos presto lo que debemos hacer: ella que no tenia mas deseo que de complacerle, tan grande era el amor que le tenia, luego le siguió y huian juntos, pero por desgracia cuando llegaban á las puertas del jardin los encontró su padre Abderahman, y el atrevido y loco enamorado, sin mirar que era su padre, y que no podia ser otro en tal puesto y á tales horas, le pasó con su espada: á las voces de Abderahman acudieron todos sus siervos, y aunque Maron quiso abrirse paso por entre ellos, la doncella se desmayó, y por sostenerla fue desarmado y preso. El prefecto de la justicia urgente mandó poner en una torre á Maron, y el cadi de los cadíes, averiguada esta desgracia y sus circunstancias, consultó á la reina madre del rey, por ser Maron de la casa de Omeya, y primo del rey: Almanzor estaba en sus expediciones, y los cadíes con licencia de la reina tomaron conocimiento de la causa, y atendidos los pocos años de Maron, le sentenciaron á tantos años de prision como tenia de edad: y la reina y el rey confirmaron esta sentencia. Cuando vino Almanzor de Galicia manifestó al rey Hixem que habia juzgado como mozo y enamorado, y no como padre de familia. Permaneció Maron en la torre hasta el año trescientos ochenta y cuatro, y en su prision escribió muy buenas canciones enamoradas y tristes que le dieron gran celebridad.

CAPITULO XII.

De otras entradas de Almanzor en Galicia.

978 En fin del año trescientos sesenta y ocho Abdelmelic ben Ahmed ben Said Abu Meruan, gobernador de Toledo, dió muerte en desafio al alcaide de Medina Selim, Galib, hombre de mucho valor y muy estimado de Almanzor: por esto Abdelmelic fue privado de su gobierno, y fue puesto en su lugar Abdala ben Abdelaziz ben Muhamad ben Abdelaziz ben Omeya, apellidado Abu Becri: era este caballero muy favorecido de la reina madre de Hixem, y era muy rico que tenia en tierra de Tadmir muchas tierras y aldeas: cuentan que pasaban de mil alquerías: fue llamado de los Cristianos en su lengua piedra seca, por su dureza y condicion avara. Se distinguia entre los donceles del rey el hijo de Almanzor Abdelmelic, y le llevaba su padre á las expediciones y entradas en tierra de Cristianos, para que se acostumbrase á las fatigas y trabajos de la guerra, y aprendiese el acaudillamiento de las huestes á su lado, y en varias ocasiones dió claras muestras de su valor y destreza en las armas.

Estaba Almanzor en tierra de Galicia á la vista de una poderosa hueste de Cristianos de Galicia y de Castilla en el año trescientos y setenta: trababan los campeadores de ambas huestes varias escaramuzas mas ó menos sangrientas y porfiadas: preguntó en esta ocasion Almanzor al esforzado caudillo Mushafa, ¿cuántos

valientes caballeros te parece que vienen en nuestra hueste? Y le respondió Mushafa: tú bien lo sabes; y añadió Almanzor: ¿te parece que serán mil caballeros? Y respondió Mushafa: no tantos: ¿serán quinientos? dijo Almanzor: y le dijo Mushafa: no tantos; y entonces dijo Almanzor: ¿serán ciento ú siquiera cincuenta? Y le dijo Mushafa: no confio sino en tres: maravillóse Almanzor de su respuesta. En esto salió del campo de los Cristianos un caballero bien armado en un hermoso caballo, y dijo: ¿hay quien salga á pelear conmigo? Salió luego contra él un caballero Muslim, y antes de una hora el cristiano le mató, y dijo: ¿hay otro que salga contra mí? Y salió otro Muslim, y pelearon menos de una hora, y el cristiano tambien le mató, que era muy buen caballero: los Cristianos daban grandes voces de aplauso y alegría, y los Muslimes gemian de despecho y de indignacion. Dijo el cristiano: ¿hay otro que salga contra mí, y sino dos ó tres juntos? Y luego salió un esforzado Muslim, y á pocas vueltas el cristiano le derribó de su caballo de un bote de lanza. Los cristianos aplaudieron con gran algazara y vocería, y el caballero se tornó á su campo, y mudó de caballo, y salió en otro tan bueno como el primero, y le traía cubierto de una gran piel de fiera, cuyas manos pendian anudadas á los pechos del caballo y sus uñas parecian de oro; y dijo Almanzor que no saliese ninguno contra él: llamó á Mushafa y le dijo: ¿no has visto lo que ha hecho este Cristiano todo el dia? Lo ví por mis ojos, respondió Mushafa, y en ello no hay engaño, y por Dios que el infiel es muy buen caballero, y que nuestros Muslimes están acobardados: mejor dirias afrentados, dijo Almanzor. En esto el caballero con su feroz caballo y su preciosa cubierta de piel de fiera se adelantó y dijo: ¿hay quién salga contra mí? y entonces dijo Almanzor: ya veo, Mushafa, ser cierto lo que me

decias, que apenas tengo tres valientes caballeros en toda la hueste: si tú no sales, irá mi hijo, y sino iré yo mismo, que ya no puedo sufrir esto. Entonces le dijo Mushafa: verás que presto tienes á tus pies su cabeza, y la herizada y preciosa piel: así lo espero, dijo Almanzor, y desde ahora te la cedo (1), para que despues entres con ella pomposo en la batalla. Salió Mushafa contra el Cristiano, y éste le preguntó: ¿quién eres tú de los nobles Muslimes? Y Mushafa blandiendo la lanza le respondió: hedhe ginsi, hedhe nasbi, ésta es mi nobleza, esta es mi prosapia. Pelearon ambos caballeros con mucho valor y destreza, hiriéndose de crudos botes de lanza, revolviendo sus caballos y evitando los golpes, entrando y saliendo el uno contra el otro con admirable gallardía; pero Mushafa que era mas mozo y suelto, y estaba mas descansado, revolvia su caballo con mas presteza, y le hirió de una mortal lanzada por un lado, y cayó muerto de su caballo: saltó Mushafa del suyo y le cortó la cabeza, y despojó al caballo de la piel, y se tornó á Almanzor, que le abrazó y le dió aquella preciosa piel. Dada la señal, ambas huestes trabaron sangrienta batalla, que separó presto la venida de la noche. Al dia siguiente los Cristianos no quisieron volver á la pelea, y al rayar el dia se retiraron, y Almanzor volvió á Córdoba triunfante.

En este tiempo llegó á Córdoba Abdala ben Ibrahim el Omeya Africano de Asila, originario de Sidonia, que por la fama de su sabiduría le llamó el rey Alhakem Almostansir, y vino de Egipto y desembarcó en Almería al mismo tiempo de la muerte del rey: an-

(1) Era antiguo derecho del caudillo de los Muslimes en la guerra, cuando en los desafios que solian preceder á las batallas un caballero de su hueste vencia ó mataba al contrario, el hacer de los despojos á su arbitrio, ó quedarse con ellos, ó donarlos al vencedor, ó añadirlos á la presa comun.

duvo errante y pobre algun tiempo: luego que Almanzor tuvo noticia de su mérito y poca fortuna le distinguió y le hizo del Mexuar, y poco tiempo despues le dió el cargo de cadi de Zaragoza; era de los hombres mas doctos de este siglo, pero de la secta de los de las Iracas, y le llamaban en Zaragoza zaque del Ebro, y se le motejaba tambien de avaro y tenaz. La reina Sobeiha, madre de Hixem, mandó construir en Córdoba una magnífica mezquita, que se llamó de su nombre, y mas comunmente de la madre de Hixem, y fue prefecto de la construccion Abdala ben Said ben Muhamad ben Batri, que era sahib jarta (1) de la ciudad, y estaba encargado de los reparos de la grande aljama por órden del hagib Almanzor.

981 Al año siguiente de trescientos setenta y uno fue la entrada en tierras de Galicia con muchas y muy escogidas tropas de á pie y de á caballo: acompañó á Almanzor en esta gazua el wali de Toledo Abdala ben Abdelaziz: talaron los campos y pusieron cerco á Medina Zamora, y la entraron por fuerza de espada, y ocuparon otras fortalezas, y mas de cien lugares, robaron los ganados y cautivaron mozos y doncellas: hizo Almanzor destruir los muros de los pueblos que los tenian, y en esta jornada fue tan copiosa la presa que todos los soldados de las provincias y los fronteros saciaron su codicia, y fueron generosos con sus amigos. Almanzor entró triunfante en Córdoba precedido de mas de nueve mil cautivos, que iban en cuerdas de á cincuenta hombres. El wali Abdala entró en Toledo con cuatro mil cautivos á principio del año tres-

(1) Sahib jarta, prefecto de la guardia pretoriana, gefe de la gente de armas que habia en las ciudades principales para mantener el órden y seguridad pública, y el sahib jarta tenia el mando de la ciudad en ausencia del wali ó gobernador.

cientos setenta y uno, y cuentan que en el camino habia cortado otras tantas cabezas de infieles.

En el otoño del mismo año volvió Almanzor con Abdala, y pasaron el Duero, y corrieron la tierra y fronteras de Galicia sin que los Cristianos se les opusiesen al paso ni viniesen á batalla; pero de léjos los seguian y observaban ocupando las alturas. La experiencia enseñó en esta ocasion á los Muslimes que no debian despreciar las pocas fuerzas de los Cristianos, que aunque pocos en número eran muy aguerridos. Llevaba Almanzor su ejército dividido en dos huestes, y como acampasen en un valle muy vicioso de pastos á la orilla de un rio, sus campeadores se emboscaron en unas alamedas donde con descuido apacentaban sus caballos, como si estuviesen muy distantes sus enemigos. Los Cristianos aprovecharon esta ocasion, y como estaban atalayando vieron tan favorable oportunidad, y descendieron de súbito, y cayeron sobre los Muslimes con terrible ímpetu y vocería: todo el campo se llenó de espanto y confusion: los mas animosos acudieron á sus armas y se pusieron en defensa; pero la multitud dió á huir desatinada y sin saber adonde, y unos á otros se atropellaban y oprimian: llegaron los infieles á lo interior del primer campo rompiendo y desbaratando á cuantos se les oponian con gran matanza. Los fugitivos de la primera hueste llevaron el terror á la segunda; entonces Almanzor, que estaba en su pabellon, se puso á caballo, y con su guardia de caballería corrió al encuentro de los enemigos llamando á sus esforzados caudillos por sus nombres: todos los valientes le siguieron denodados, y pudo tanto su presencia que reunió su gente, y aunque con trabajo logró rechazar á los Cristianos y quitarles la victoria que ya tenian por segura. Reprendió á los campeadores y caballería de su repentino temor y vergonzosa fuga, y de tal manera enarde-

ció los ánimos de sus tropas, que deseosas de venganza persiguieron á los Cristianos hasta encerrarlos en Medina Leyonis; y si las lluvias del invierno no hubiesen sobrevenido, hubieran entrado aquella ciudad. Tornó Almanzor á Córdoba, y fue recibido con mucha honra; pero las alegrías y fiestas que se hicieron por sus victorias no le hicieron olvidar de sus meditadas venganzas, y mandó quitar la vida en la prision á Giafar ben Otman: si bien otros dicen, que murió de des-
982 pecho y afliccion de espíritu, al fin del año trescientos setenta y dos. En este tiempo por órden de Almanzor reparó los muros y fortaleza de Maqueda y de Wakex el arquitecto Fatho ben Ibrahim el Omeya, conocido por Aben el Caxeri de Toledo, célebre por sus conocimientos y sus viajes á Oriente: habia edificado poco antes en Toledo dos grandes mezquitas, la de Gebal Berida y la de Adabegin. Al fin de este año salió para Oriente Chalaf ben Meruan el Omeya el Sahari, así llamado de Sahara Haiwat, pueblo de Algarbe de España, era de los hombres mas doctos de su familia.

983 En el año trescientos setenta y tres temerosos los Cristianos de Galicia de las entradas de Muhamad ben Abi Amer Almanzor sacaron todas sus riquezas de las ciudades de Astorica y de Leyonis, y de otras muchas, y con sus familias y ganados se retiraron á los montes: en verdad no se engañaron en sus recelos, que venida la primavera partió Almanzor con los caballeros de Andalucía, de Mérida y de Toledo. Todos iban contentos y confiados en la buena ventura de sus caudillos: llegados á la frontera pasó alarde á su gente, repartió las banderas y fueron á poner cerco á la ciudad de Leyonis, que era muy fuerte y bien guarnida con altos y torreados muros, y sus puertas de bronce, que cada una parecia una fortaleza. Ordenó Al-

manzor el cerco, y dió cinco dias de recios y contínuos combates con ingenios y máquinas estrañas: al cabo de los cinco dias rompió las robustas puertas y aportilló los muros por varias partes: tres dias dió asalto falso á la parte de Mediodia, y verdadero á la de Occidente, por donde Almanzor, cansado de la resistencia de aquellos valientes Cristianos, fue el primero que con una bandera y su espada entró atropellando cuanto delante se le ofrecia, por su mano mató al esforzado alcaide de los Cristianos, y todos á su ejemplo murieron peleando: acabóse de entrar la ciudad al anochecer, y los Muslimes estuvieron en vela y con las armas en la mano toda la noche: al dia siguiente fue saqueada la ciudad, los Cristianos que se obstinaron en defenderse fueron degollados, y los demas y las mugeres y niños cautivos: destruyó Almanzor los muros de la ciudad, y por no detenerse mas tiempo quedaron á medio arruinar las torres que eran fuertes á maravilla. La misma suerte tuvo la ciudad de Astorica: su defensa fue obstinada, y los defensores trabajaron en vano, que Dios destruyó sus fuertes muros y gruesos torreones, en que se confiaban. Al paso destruyó tambien la ciudad de Sedmanca, y contento con estas ventajas se volvió á Córdoba, y en todas las ciudades por donde pasó fue recibido con aclamaciones de triunfo.

CAPITULO XIII.

De como Almanzor honraba á los doctos, y de otros sucesos.

Se detenia poco tiempo Almanzor en las fronteras, y mientras estaba en Córdoba su casa era como una

academia de sabios y de hombres de ingenio: la frecuentaba el Malagueño Obada ben Abdala ben Measemai Abu Becri, que era de los mejores poetas de este tiempo en Andalucía, y escribió la historia de los poetas españoles, y una célebre borda ó elogio de Anabi Muhamad, y para pedir licencia para visitar al wazir de Almanzor Ahmed ben Soaid ben Hezam hizo unos versos muy elegantes de improviso, y le dió el wazir cien dinares de oro, y su casa franca á todas horas: tambien concurria á casa de Almanzor Abdelwariz ben Sofein, y muchos otros de las familias ilustres de Córdoba. Estableció Almanzor una academia de humanidades, y solo tenian asiento en ella hombres doctos, ya conocidos por obras útiles ó ingeniosas de varia erudicion en prosa ó verso. Visitaba las madrisas ó escuelas, y las aljamas y colegios, y se sentaba entre los discípulos, y no permitia que se interrumpiese la enseñanza á su entrada ni á su salida; daba premios á los maestros y á los discípulos mas sobresalientes. Por este medio acertaba en la eleccion de mocríes y alchatibes, lectores y predicadores para las mezquitas, y de doctos cadíes para las aljamas principales del reino. El rey Hixem continuaba en el retiro de sus alcázares holgándose en sus deliciosos jardines: ninguna persona podia visitarle sin licencia de la reina su madre, ó del hagib Muhamad ben Abi amer. No se hacia mencion de él sino en la chotba ú oracion pública del juma, en las monedas é inscripciones, precisos y únicos testimonios de su existencia. Cuando concurria en las pascuas y otras fiestas á la mezquita no salia de la Macsura (1) hasta que todo el pueblo habia ya salido de la

(1) Macsura era una tribuna un poco levantada sobre el pavimento en la parte principal de la mezquita, rodeada de verjas doradas, donde se ponian los reyes cuando asistian á la zala. Los mozos estaban en las mezquitas detrás de los viejos, y las mugeres

mezquita, y entonces salia rodeado de su séquito y guardia, y se volvia á su alcázar, que estaba cercano, apenas visto de la gente.

Desde el año trescientos sesenta y cinco estaba Alhasan ben Kenuz en la corte del Soldan de Egipto Nazar ben Maad, y ahora entrado el año trescientos setenta y tres escribió Nazar al caudillo Balkin, que mandaba en su nombre en Africa, para que favoreciese á Alhasan en sus empresas en tierra de Magreb. Llegó Alhasan á Tunez, y le recibió con mucha honra Balkin ben Zeiri ben Menad, y vistas las cartas del Soldan le dió tres mil caballos, y le siguieron algunas alcabilas de Berberíes voluntarios, y con ellos entró en Almagreb, y fue aclamado en varios pueblos. Vino esta nueva á Córdoba, y al punto envió el hagib Almanzor á su wazir Abu Alhakem Omar ben Abdala ben Abi Amer con muy escogida caballería, y le dió el gobierno de Almagreb y sus dependencias. Luego que Alhasan tuvo noticia del paso de estas tropas vino á encontrarlas á cercanías de Cebta, y las acometió en el momento de su desembarco, y en la misma costa del mar se dieron sangrienta batalla, y los Andaluces quedaron vencidos, y se acogieron á la ciudad de Cebta, y en ella los cercó Alhasan algunos dias. Escribió Omar su desgracia á Córdoba, y el hagib Almanzor ordenó que luego partiese á Africa su propio hijo Abdelmelic Abu Meruan, aunque muy mozo ya bien acreditado por sus prendas militares. Pasó sin tardanza al auxilio de su tio Omar con muy buena hueste.

Entretanto Almanzor hizo entrada con grandes fuerzas en España oriental, salió con él la caballería de

detrás de los muchachos apartadas de todos los hombres; y no se movian los hombres hasta haber salido las mugeres: y las doncellas no iban á la mezquita donde no habia lugar apartado, y todas las mugeres iban muy bien tapadas y cubiertas de sus velos.

Córdoba, pasó por Garnata, Baza, Lorca y Tadmir: en esta ciudad se detuvo esperando que llegasen las gentes de Algarbe y las naves de aquellas costas: se hospedó en casa del amil de la ciudad Ahmed ben Alchiteb ben Dagim, que en veinte y tres dias que allí estuvo dió de comer espléndidamente á todos los caballeros y caudillos que acompañaban al hagib, y á toda la caballería y peones que llevaban, sirviendo á los principales con delicados baños de agua de rosa, y con profusion de aromas en sus concurrencias y comidas cada dia, y se les ponian á todos estos ricos lechos de preciosos paños de seda y oro, y á todos en general muy cómodas posadas. A la despedida dijo Almanzor delante de sus caudillos y caballeros: en verdad que Ahmed no sabe aposentar gente de guerra, yo me guardaré de enviar por aquí tropas de algihed ni fronteros, para quien sus arreos son las armas, y el descanso el pelear; pero tambien es cierto que no ha nacido para vulgar pechero un hombre de tan generosa condicion, y así en nombre de nuestro señor el rey Hixem yo le hago franco de pagar tributos durante su vida. Fue es-
984 to el dia doce de la luna de dilhagia del año trescientos setenta y cuatro, en la vigésima tercera expedicion de Almanzor contra Cristianos. Se refiere que cuando esta jornada de Muhamad ben Abdala ben Abi Amer Almanzor, salio con él desde Córdoba Abu Omar Ahmed ben Chateb, llamado Alhazin, y los hospedó en su casa en Murcia cuando Almanzor pasaba á la expedicion de Barcelona con su séquito y hueste, y tuvo en su casa á todos los príncipales, y á Aben Sohaid prefecto de asadaca; y el hijo de este Ahmed llamado Abulasbag Muza hospedó al hijo de Almanzor y á sus caballeros en su viage, y por esto tuvieron franquezas en las puertas de Córdoba que les concedieron los Meruanes, y en el dia esta insigne familia

está tal vez despreciada, y viven pobres y obscuros como miserables Alarabes: Dios lo sabe. Cuenta Hayan, en su historia de los Alameríes, que la jornada de Almanzor á Barcelona fue en el año de trescientos setenta y cinco, y era la vigésima tercia de sus entradas, y llevó su camino por la parte oriental de España por Elbira, Basta á Tadmir, y se hospedó en Murcia, alcaidía de Tadmir, en casa del alcaide Aben Chateb, que los obsequió trece dias á el, sus criados y caballeros, llevándoles á sus posadas pan, carne y frutas con mucha abundancia cada dia, sin interés alguno, que todo lo pagaba Aben Chateb, y se servia á Almanzor y á sus caudillos cada dia diferentes y espléndidas comidas, sustancias, conservas y frutas, que era maravilla. Como entendiese Almanzor á la partida que todo lo habia suplido y pagado Chateb por las relaciones de los wazires que llevaban las cuentas del gasto, á nombre de su señor le dió gracias: refiriendo esto á su vuelta al rey Hixem le propuso el hacer libres de derechos á Chateb y á su familia. Convidó Almanzor á Chateb á Córdoba, y le honró mucho, y le llamaba el obsequioso, y á su partida le regaló una linda esclava de su alcázar, y luego se tornó á su amelia ó gobierno de Tadmir, y conservó sus derechos y privilegios. Cuenta Abu Becri Ahmed ben Said ben Abilfayadh en su historia, la traducida en hebreo, que para la gazua de Almanzor á Barcelona salió de Córdoba dia mártes trece de la luna de dilhagia del año trescientos setenta y cuatro, que fue cinco de mayo, y estuvo en Elbira, de allí pasó á Basta, á Lorca y á Murcia donde estuvo veinte y tres dias hospedado en casa de Ahmed ben Dagim ben Chateb, y en la de su hijo Abulasbag Muza ben Ahmed, que ninguno de la hueste gastó ni un dirham, que cada dia sirvieron á Almanzor con diversas comidas y frutas en diferentes y preciosos vasos, y se le ponia el baño siem-

pre de agua de rosa: que maravillado de esto Almanzor le dió muchas gracias, y le confirmó en su amelia, y se celebró mucho su hospitalidad. Acompañaba entonces al hagib Almanzor Omaya ben Galib el Morori, de su patria Moror, uno de los buenos ingenios en poesía, que celebró la generosidad del Tadmiri en elegantes versos. Allegó Almanzor en su marcha gente y caballería de Valencia, Tortosa y Tarragona, y fue á los campos de Barcelona. Salió contra él con infinito gentío el rey (1) de Afranc, y aunque doblaban el número de los Muslimes, el valor de estos, la pericia de Almanzor y la ayuda de Dios hizo que fácilmente rompiesen y desbaratasen aquella muchedumbre de gente montaraz y baldía, que nunca pelea bien, y menos cuando tiene cerca algun asilo, que presto busca su seguridad en la fuga: acogiéronse con desórden á la ciudad, y los Muslimes los cercaron en ella con tan resuelto empeño y ardor, que el señor de Afranc no esperando poderla defender, ni que le llegase socorro de ninguna parte, huyó de noche por mar favorecido de la oscuridad, que no le pudieron ver las naves de Algarbe que guardaban la marina. Dos dias despues se entregó la ciudad por avenencia, salvas las vidas, pagando el tributo de sangre por cabeza. Aseguró la frontera, y se volvió á Córdoba por enmedio de España, despedidas las tropas de Valencia y de Tadmir: visitó al paso las ciudades, y en todas quedaron memorias suyas por las obras que mandó hacer en ellas para su seguridad y comodidad. Cuando llegó á Córdoba movido de la celebridad y fama de Said ben Edris ben Yahye, el Salemi, mocri de la al-

(1) Era este rey de Afranc, ó de los Francos, Borel conde de Barcelona: todo el Pirineo y sus valles y vertientes, así á la parte de España como á la de Francia, estaban en estos tiempos divididos en pequeños señoríos, y nuestros Arabes á todos los llamaban reyes y señores de Afranc.

jama de Sevilla, hombre muy docto que habia viajado á Oriente y hecho su alhig ó peregrinacion santa, y era admirable por su virtud y excelencia de su sonora voz, le hizo prefecto de azala en la mezquita del rey Hixem, y en este cargo de imam permaneció hasta la guerra civil en que se retiró á Sevilla, y allí fal eció lleno de años en fin del cuatrocientos veinte y ocho.

En Almagreb cuando Alhasan ben Kenuz, que tenia cercado en Cebta á Omar ben Abdala ben Abi Amer, supo que iba contra él Abdelmelic el hijo del hagib Almanzor con escogida gente, se tuvo por perdido, y mal aconsejado se quiso poner en manos de sus enemigos, y así envió á la ciudad pidiendo avenencia y seguro para sí y para su familia, ofreciendo á Omar que pasaria en España á la merced del rey Hixem: respondióle Omar como deseaba, y avisó á Abdelmelic de esto, y este lo consultó por medio de los forénicos con su padre Almanzor, que les escribió que apresuraran aquel negocio dando á Alhasan ben Kenuz cuantas seguridades pidiese, y que viniese á Córdoba. Así se hizo, y este príncipe luego pasó á Andalucía: avisado Almanzor de su hijo de como ya estaba en su poder, escribió el hagib que sin embargo de lo concertado convenia al servicio del rey que luego le cortasen la cabeza y la enviasen á Córdoba, y sin atencion al seguro y palabra dada le cortaron la cabeza en el campo, cerca de Alcazar al Ocab en tierra de Tarifa, y dicen que al mismo tiempo que le descabezaban se movió un bravo viento que arrebató el gaban de los hombres del príncipe Alhasan ben Kenuz, y desapareció que no se halló despues. Enterraron allí su cuerpo los de su desconsolada familia, y los caballeros encargados por Almanzor entraron en Córdoba con su cabeza, en la luna giumada primera, año trescientos setenta y cinco. Fue el imperio de Alhasan ben Kenuz diez y seis años la pri-

mera vez, desde el trescientos cuarenta y siete hasta el de trescientos sesenta y cuatro, y despues la segunda un año y nueve meses. Los parientes de Alhasan se establecieron en Córdoba en la aljama de Magarawa, y en el divan del rey, hasta que reinó en Córdoba despues de los Omeyas Ali ben Hamud, y se renovó la memoria de esta insigne familia. Con la muerte de este Aben Kenuz acabaron los Edrises en Almagreb, dinastía que habia principiado el dia de la jura de Edris ben Abdala ben Hasan en Medina Velila, en jueves á siete de rebie primera, año ciento setenta y dos, hasta ahora cuando fue asesinado alevosamente este Alhasan Aben Kenuz, en giumada primera de este año trescientos setenta y cinco, y fue todo el tiempo de este imperio doscientos y dos años y cinco meses. Era la extension de su estado desde Sus Alacsa hasta Medina Wahran, y fue cabeza del imperio la ciudad de Fez, y despues la de Biserta. Estaba este imperio como en el corazon de las dos poderosas dinastías que lo rodeaban por Oriente y Occidente, por Oriente la de los Beni Obeid señores de la provincia de Africa, Barca y Egipto, y por Occidente la de los Beni Omeyas señores de España y de Almagreb, y por esta causa siempre estuvieron en inquietudes y guerras, ya señores de casi todo Almagreb, ya dueños solo de algunas fortalezas como Azila, Hijar Anosor y Biserta, y hasta Telencen, hasta que acabó su soberanía: solo Dios es eterno, y señor de eterna dominacion.

El hagib Almanzor mandó construir en Fez para ornato de la aljama una alcoba ó capilla, y su cúpula sobre columnas en medio del gran patio, donde estaba la torre vieja, y puso sobre su altura un talisman como los que habia antes sobre la cúpula de la capilla del Mihrab, que era de los que sabian hacer los antiguos, como aquellos que se hicieron en tiempo del Jiyei. Se

puso el talisman sobre una barra de hierro encima de la cúpula: uno era el del Alfar ó del raton, y con él nunca se halló raton alguno en la aljama, y si entraba no andaba que luego se descubria y moria: el del Acrab ó alacran era otro, y con él nunca se vió entrar alacran en la aljama, y el que entraba quedaba como helado y perecia; y de esto hay testígos fidedignos como el alfaqui Aben Haron: el talisman de la columna de metal amarillo tenia una figura de haya ó serpiente, y nunca se vió serpiente alguna en la aljama. Estos eran conocimientos de los Genios. El hijo de Almanzor Almudafar Abdelmelic edificó el hospicio y le surtió de agua por una acequia que labró, que la tomaba de Wadilhasan que corre fuera de la ciudad á la puerta de hierro. Mandó labrar para la aljama un alminbar ó púlpito de madera de onab y de ébano de preciosa labor con esta inscripcion: (1) En el nombre de Dios clemente y misericordioso, bendiga Dios á Muhamad y á los suyos con perfecta felicidad: esto mandó que se hiciese el califa vencedor, espada del Islam, siervo de Dios, Hixem el Muyad Bila, prolongue Dios su permanencia, por manos de su hagib Abdelmelic Almudafar, hijo de Muhamad Almanzor ben Abi Amer, manténgalos Dios altísimo; y esto en luna giumada
985 postrera año trescientos setenta y cinco.

Sosegadas las cosas de Almagreb, en el mismo año de trescientos setenta y cinco entró Almanzor en las fronteras de Galicia, corrió la tierra, puso cerco y entró por fuerza de espada en Medina Coyanca, destruyó sus muros, y valiéndose de algunos Cristianos principales que estaban en su compañía como refugiados por desavenencias que entre ellos habia, fomentó sus discordias, y entró por sus tierras hasta las maris-

(1) Véase la lámina 6ª.

mas de Galicia, y robó la iglesia de Zacum, y tomó de ella muchas riquezas: en el otoño taló y corrió las tierras de Nahara y los montes Albaskenzes, y á la vuelta castigó á los de Uxama, Alcoba y Atincia, que se habian levantado, y volvió á Córdoba cargada su gente de despojos. En esta ocasion el erudito poeta Zeyadatala ben Ali le presentó su Kiteb Alhimam, libro de la muerte, lleno de elegantes y conceptuosas poesías. En este tiempo Almanzor nombró cadi de Toledo al walixuri de Córdoba Ahmed ben Hakem ben Muhamad el Ameri, conocido por Aben Lebana de Córdoba, hombre docto y de mucha celebridad; y puso en su lugar á Ahmed ben Abdelaziz ben Fareg ben Abi el Hubeb; cordobés muy erudito, que habia sido maestro de su hijo Abdelmelic.

En este año trescientos setenta y cinco, avisado el hagib Almanzor de haber entrado Balkin ben Zeirí en Almagreb, luego ordenó que partiese el caudillo Ascaleha con gente africana y de Andalucía, y fueron á Medina Fez, y la entraron por fuerza, y apoderados de ella se hizo otra vez la chotba por los omeyas de España, que se habia interrumpido con las novedades de los Zeiríes de Sanhaga: quedó por amil de los Obeidíes en el barrio de los Alcairvanes Muhamad ben Omar de Mekinez, que no pudieron los Andaluces ocuparle hasta el año siguiente.

CAPITULO XIV.

De las bodas del hijo de Almanzor, y de sucesos de Magreb.

Al principio del año trescientos setenta y seis vino

á España Ahmed ben Ali Arabei el Begani, por la fama de su erudición fue llamado para leer en la aljama de Córdoba, y el hagib Almanzor le encargó la educacion de su hijo Abderahman, y poco tiempo despues le nombró cadi, y era de treinta y seis años. En la primavera de este año se celebraron en Córdoba las bodas de Abdelmelic, el hijo de Almanzor, con Habiba, hija de Abdala ben Yahye ben Abi Amer, y de Boriha, hija de Almanzor: hubo con este motivo grandes fiestas y regocijos públicos: se hicieron las bodas en los hermosos jardines de la Almunia llamada Alameria, contiguos á los alcázares de la Zahriya, Almunia que regaló el rey Hixem á su hagib Almanzor cuando le pidió licencia para celebrar en ella estas bodas. La nobleza toda de Córdoba concurrió á estas alegrías: la linda novia fue conducida en triunfo por las calles principales de la ciudad, acompañada de todas las doncellas amigas de la familia, precedidas y seguidas del cadi, y de los testigos, los señores, jeques y caballeros de la ciudad: las doncellas todas armadas de bastones de márfil y de oro guardaron la entrada del pabellon de la novia todo el dia: el novio acompañado del gran séquito de los nobles mancebos de su familia, á la venida de la noche, protegido de los estoques dorados de sus amigos, logró la entrada á pesar de la bizarra defensa de las doncellas: todos aquellos jardines estaban iluminados, y en todos sus bosques y fuentes y en los barcos de sus claros lagos resonaban apacibles músicas, y las alabanzas de los desposados eran el asunto de las canciones: los versos y las músicas duraron toda la noche hasta la hora del alba, y los regocijos continuaron todo el siguiente dia. Los mas aplaudidos versos que cantaron las doncellas en estas bodas fueron de Abu Hafs ben Ascaleha, y los de Ben Abilhebab y de Abu Tahir el Esturconi. Repartió Almanzor en esta ocasion

á sus guardias preciosos vestidos y armas, dió muchas limosnas á los pobres de las Zawiyas (1), casó y dotó huérfanas pobres de su aljama, y regaló á los buenos ingenios que celebraron á su hijo y nieta: no se vieron en Córdoba dias mas grandes que estos, ni walimas ó convites nupciales mas espléndidos.

En la luna de jaban de este mismo año trescientos setenta y seis, saliendo Yahye ben Malic ben Ayadh de la aljama de Córdoba, despues de la azala de anochecer, acompañado de algunos amigos, llegaron á su casa, y se sentaron en su patio que era grande y ameno con frondosos jazmines y naranjos, y allí en tanto que reposaban rogó Yahye á uno de ellos llamado Aben Abi Hebab, que le cantase unos versos que habian oido ambos en Bagdad Mungmi, y se los cantó: que se despidió entonces Abu Hebab deseándole larga vida y olvido del plazo fatal, y le correspondió y partió, y antes de llegar al cabo de la calle le dieron voces que volviese; volvió y le halló muerto. Era de los hombres sabios y generosos de este tiempo, y muy filósofo, y habia estado en la India y en diversas ciudades de Asia y en Egipto, y fue su muerte sentida de todos los buenos: su féretro fue acompañado de mucha gente ilustre, y oró por él el cadi de la aljama el Jaboki.

En Magreb el caudillo Ascaleha unió sus tropas con las de Abu Bies llamado el Jatut ben Balkin el Magaravi, y fueron á Fez y entraron por fuerza en el barrio de los Alcairvanes, y se apoderaron de él, y murió peleando en sus puertas Muhamad ben Amer el de Mekinez amil del barrio; y se aclamó en él al rey Hixem por no desagradar á los Andaluces: avisaron estas ventajas á Córdoba y á Tunez, y fueron muy celebradas

(1) Zawiyas eran hospicios para pobres de profesion: cada casa de estas tenia su wakil ó mayordomo que cuidaba de la conservacion y policía de ella.

En el año siguiente hubo gran plaga de langosta en Almagreb, y en sus primeros meses vino á Fez el señor de las cabilas zenetes Zeir ben Atia el Magaravi, que llamaban el Chazeri, y entró en Fez, y fue recibido de Ascaleha y de Abu Bies: entretanto en la provincia de Africa se hacian cruel guerra Abulbehar ben Zeiri ben Menad de Sanhaga, y su sobrino Mansur ben Balkin, señor de Tunez: este abandonó el partido y amistad que le ofrecia Almanzor, como la habia tenido con su padre, y proclamó á los Obeidies en todos sus estados; el caudillo Abulbehar entró aquellas provincias y las subyugó y proclamó en ellas á los omeyas de España, ocupó la ciudad de Mahedia y otras de Zab, y se hizo chotba por el rey Hixem el Muyad de España en todos los alminbares de las provincias de Africa y Magreb, y envió su jura de obediencia en este mismo
987 año trescientos setenta y siete. Se celebraron en Córdoba estas nuevas, y luego envió Almanzor las cartas de proteccion y los títulos de amir de las provincias que tenia Abulbehar en su poder, unos hermosos caballos, la espada y el vestido de amir, todo muy precioso. Apenas habia recibido Abulbehar estas cartas, cuando, sin ocasion ni motivo alguno, se puso en obediencia y bajo el amparo de los Obeidies, y prohibió en sus mezquitas la oracion por el rey de Córdoba. Cuando Almanzor recibió estas nuevas de la veleidad y perfidia de Abulbehar, escribió luego á Zeiri ben Atia encargándole la venganza de este desprecio, y autorizándole á ocupar y poseer todas las tierras de las provincias de Africa y Zab que tenia Abulbehar. Correspondió Zeiri ben Atia ofreciendo hacerle cruel guerra hasta acabarle y despojarle de estado y vida.

En España corrió Almanzor las fronteras de Castilla y Galicia, quemó y destruyó Oxman y Alcoba, volvió por Atincia y derrotó sus muros. Acompañaban en sus

expediciones al hagib Almanzor los dos célebres ingenios de este tiempo en España, Abu Amer Ahmed ben Derag el Castali, ó de Cazalla, que era alcatib del divan al ata, ó caja de la gente de guerra, y Abu Meruan Abdelmelic ben Edris, que se le conocia por Aben Harizi. En el año de trescientos setenta y ocho volvió Abderrahman á las fronteras de España oriental y peleó con los de Afranc, que en gran número habian descendido de sus montes, y los venció y aseguró la frontera, y vino á Córdoba con muchos despojos: le acompañó en esta gazua Muhamad ben Abi Husam de Tadmir, hombre austero y virtuoso, que habia viagado en Asia y en Africa mucho tiempo. Al año siguiente visitó la frontera de Galicia, y ocupó Medina Colimria, y llegó á Santyac, destruyó sus muros, y tomó grandes despojos y muchos cautivos, y volvió vencedor á Córdoba por Talavera y Toledo.

En África el Zeiri Aben Atia con sus tropas de Zenetes y Andaluces y otras cabilas berberiscas fue contra Abulbehar, que no osó esperarle, y huyó siempre delante, se le allegó su sobrino Mansur ben Balkin, y le abandonó sus tierras y la defensa de ellas. Aben Atia fue tan venturoso en esta guerra, que se apoderó de Medina Telencen y de todas sus dependencias, y de cuanto poseia Abulbehar, y estendió sus estados desde Sus Alacsa hasta Zab en todo Almagreb, y dió parte de sus victorias al hagib Almanzor, y le envió en fin del año muy preciosos presentes, entre otras cosas cien caballos generosos de noble raza, cincuenta grandes camellos de carga y carrera, mil adargas de Lamta, muchas acémilas de arcos hermosos, y de alfanges de fino temple, cargas grandes de aljabas bordadas llenas de flechas, muchas girafas, y diferentes fieras y aves de los desiertos de Lamta y de otras regiones, mil cargas de frutas diferentes y muy exquisitas: varias acé-

milas cargadas de ricos y delicados paños de lanas finas. De todo esto se complació mucho Almanzor, y le escribió en nombre del rey y de su parte, dándole gracias, y renovándole los pactos de proteccion sin mas condiciones ni cargos que los de homenage de obediencia y respeto. Entraron en Córdoba estos presentes el año trescientos ochenta y uno al principio; y fue este un dia grande de fiesta en Córdoba. En este año salió de Sevilla Abu Abdala ben Abed, caballero principal de Andalucía, para Oriente, y para hacer la peregrinacion de las casas santas iba en su compañía Said ben Raxic de Córdoba, apellidado Abu Otman, hombre muy erudito y religioso, y en su peregrinacion conversó con todos los sabios de Oriente: ambos caballeros eran de los que concurrian á las conferencias académicas de hagib Almanzor: en ellas tenia el primer asiento, y hacia la propuesta de lo que se habia de tratar el docto Ibrahim ben Nasar el Saracusti, ó de Zaragoza; á quien llamaban el Malic ben Anas de su siglo, era uno de los mas sabios Mufties de la aljama de Córdoba.

En este mismo año, un sabado dia doce de la luna de ramazan, Said ben Otman ben Meruan el Coraixi, conocido por Aben Bolita, presentó al hagib Almanzor una casida ó composicion larga de versos muy elegantes en su elogio: era una memoria de sus pasadas expediciones y felices victorias: la leyeron los concurrentes á la academia de humanidades aquel dia con grande aplauso: contenia cien versos, y le envió Almanzor al otro dia trescientas doblas de oro.

A la fama de los sabios de España, y en especial de los de Córdoba, venian á ella gentes de todos los paises, así de Africa, Egipto, Siria, las Iracas y Persia, como de tierras de Rum, y de Afranc y Galicia. En el año anterior de trescientos y ochenta vino á Córdoba

Said ben el Hasan el Rebai, conocido por Abulola, docto en lenguas y en toda erudicion, era originario de Diar Musul: habia estudiado en Bagdad, se le tenia por el mejor poeta de su tiempo, era humano y afable de muy cariñoso trato: Almanzor le honró mucho, y le colmó de beneficios, le señaló sus alimentos del fondo destinado para los literatos, si bien esta renta no era suficiente para su natural dadivoso y desprendido: era este Abulola muy astuto y mañoso para lograr favor y premios con sus gracias y versos, y no perdia ocasion para esto. Entró un dia en la Maglisa de Almanzor con una sobreveste deshilada y sutil que se clareaba el vestido interior, y era dia célebre y de mucha concurrencia, y al verle así le dijo Almanzor: ¿qué es esto, Abulola? Y respondió en tono humilde y lastimoso: esta fue dádiva de nuestro Soberano, que Dios guarde, Dios se lo pague: yo no tengo gala alguna mas estimable, y por eso hoy la he vestido: Almanzor le dijo, tú haces bien, y para que la conserves mañana enviarémos otros vestidos que suplan, y este se guarde como merece. Dedicó este sabio al hagib muchos libros, como el Kiteb Fusus ó de los topacios, el Nuedirwelgarib, exposicion de la obra de Abu Ali el Cali, el de los Proverbios ó fábulas, el de las profundidades, el de los escuadrones, que agradaba mucho á Almanzor, y otros muy elegantes. Daba respuestas muy prontas, y no cuidaba de otra cosa, y decia lo que le venia á la boca. Cuentan que un dia entró á visitar á Almanzor, que tenia en sus manos un libro de cultivo de jardines, que le acababa de presentar un amil de cierto pueblo de España llamado Mabroman ben Boreid, en que se mencionaba el calab y el tarbil, que son nombres de las desigualdades de la tierra antes de semblarla, y le dijo Almanzor: Abulola, y respondió él: labaika ye mulena ¿qué place á mi Señor? y dijo

Almanzor: ¿acaso viste en Bagdad, entre tantos libros como iban á tus manos, el libro de los cuelib y de los ruelib de Mabroman ben Boreid? y respondió: sí, señor, lo ví en Bagdad en copia de Abu Becri ben Deweid, de letra de zanca de hormiga, y tenia estas y estas señales en sus lados, y tal y tal; y le replicó Almanzor: ¿no te averguenzas, Abulola, de mentir así? Este libro se ha escrito en tal parte, por tal autor, y trata de esto, y esta es la verdad; pero él respondió, que él no negaba que aquello fuese cierto, ni era falso lo que habia dicho: era alchatib ó predicador en la mezquita aljama Azahira de Córdoba.

Permanecia Zeiri ben Atia en Fez, habia establecido allí á sus parientes y amigos, y en su comarca muchos de sus familiares y domésticos. Escribióle Almanzor el año trescientos ochenta y dos, y le ordenaba que viniese, porque el rey Hixem el Muyad le habia nombrado wali de Córdoba. Luego se puso en camino dejando en su lugar á su hijo Almaan, al cual mandó residir en Telencen, y puso por sahib del barrio de los Andaluces de Fez á Abderahman ben Abdelkerim ben Thalba, y por sahib del barrio de los Alcairvanes á Ali ben Muhamad Casim ben Ali ben Casus, y nombró cadi de ambos cuarteles al docto alfaqui Abu Muhamad Casim ben Amer el Lezdi. Dispuestas estas cosas partió para Andalucía, y llevó consigo algunas cosas y presentes de precio: muchas alhajas, muchas acémilas cargadas, pájaros estraños, algunos de los que hablan enseñados al berberí y á la algarabia, animales del almizcle, camellos silvestres como yeguas, acebias y panteras y grandes leones en sus jaulas de hierro, dátiles muy preciosos como los de Azarfan, y grandes nueces como tazas. Llevó tambien en su compañía trescientos caballeros de su familia y servidumbre, y trescientos escuderos gente muy escogida. Cuando Almanzor supo

su llegada previno un ostentoso recibimiento, y le hospedó en el alcázar del hagib Giafar, y el rey Hixem le recibió con mucha honra, y le concedió franquezas y honores muy notables: Almanzor le mandó dar el título de wazir Quibir, y en estos cumplimientos y delicadezas de cortesanía se vinieron á ofender y enemistar uno con otro, porque naturalmente se avienen mal, y no pueden vivir juntos dos genios grandes y soberbios como estos. Poco tiempo despues, con noticias que llegaron de Africa, pidió licencia al rey para volver á su Amelia, y el rey se la concedió, y á su partida le renovó Almanzor los pactos de homenage sobre los estados de Magreb, y cuanto habia conquistado en aquellas provincias.

Pasó Zeiri ben Atia el mar, y al saltar entrando en la tierra de Tanja dijo, puesta la mano en la frente, ahora entiendo para que me ha llamado Almanzor. Como algunos al hacer la chotba le conservasen el tratamiento de wazir Quibir, que le habian dado en Córdoba, los reprendió y dijo: No wazir, por Dios, sino amir hijo de amir; y no disimulaba cuan poco contento venia de Almanzor, y decia que en su viaje habia logrado ver que no era lo que la fama decia.

Durante su ausencia en España, las cosas de Africa no permanecieron como las habia dejado. El amir Jadoc ben Jali el Yaferini vino con poderosa hueste, y entró por sorpresa en Fez, y por fuerza en el barrio de los Andaluces, y se apoderó de toda la ciudad en
992 la luna dilcada del año trescientos ochenta y dos. Cuando Zeiri llegó á Tanja supo la entrada de Jadoc en Fez, y luego apresuró su marcha contra él, y pelearon y pasaron entre ellos grandes batallas con varia fortuna, que Jadoc era muy esforzado caudillo, y muy valientes las cabilas de Yafur, y deseaba vengar la muerte de su padre; pero prevaleció Zei-

ri ben Atia, y le venció y deshizo sus tropas cerca de Fez, y peleando con él mató y cortó la cabeza, y la envió á Almanzor á Córdoba entrado el año de trescientos ochenta y tres. Con esto se apoderó de la mayor parte de Magreb sin temer á nadie.

En el año trescientos ochenta y dos, al anochecer del jueves tres de la luna de jawal concurrió el hagib Almanzor á un certamen poético en la academia de humanidades: en él se leyeron excelentes versos en elogio del rey Hixem y del mismo Almanzor, los mas aplaudidos fueron del secretario Ahmed ben Derag el Castali, y los del wazir Alcatib Abdelmelic ben Edris de Algezira, el apellidado Abu Meruan: éste hizo esta noche los versos de la luna entre nubes: tambien asistió el célebre Muhamad ben Elisai, poeta muy favorecido de Almanzor, que tenia en su casa un jardin con rosales que daban rosas todos los meses del año, y las enviaba al hagib como en tributo con elegantes y sútiles conceptos: el caudillo Jali ben Ahmed ben Jali solia hacer el mismo obsequio á Almanzor, y en una ocasion escribió estos versos:

Cuando yo de mi jardin te envio las rosas bellas,
Lo estraña la gente, y dice con admiracion de verlas:
Feliz se apresura el año, flor temprana el prado lleva,
O es que el tiempo de Almanzor es perpetua primavera.

Y el docto Ibrahim ben Muhamad el Axarafi alchatib ó predicador de la aljama de Sevilla, su patria, pues él era del axarafe en las alturas del señorío de aquella ciudad, y le habia traido Almanzor á Córdoba, y era tan discreto predicador como poeta, y Ismail ben Abderahman el Coraixi Alameri de los hijos de Amer ben Lowi cordobés muy sabio, que habia estado en Egipto mucho tiempo, y vivia en Córdoba vecino del cadi Abulabas ben Dekuen: repartió Almanzor la asig-

nacion de á cien doblas de oro que tenian por el establecimiento de la academia, y mandó hacer coleccion de las poesías mas escogidas.

Solia llevar á sus expediciones á dos ó tres de estos buenos ingenios, como llevó á la de Galicia y conquista de Santyac á Abdelmelic el Harizi, y á Aben Derag, y estos escribian á la sombra de los pabellones en buenos versos las batallas y circunstancias de las conquistas, compitiendo en la facilidad, copia y elegancia. Hubo ocasion en que el Harizi al anochecer del dia mismo de una gran batalla dió concluida su composicion, y diciendo Almanzor á Ben Derag: ¿y tú harás lo mismo? Y en aquella noche hasta el alba le presentó las marchas, la descripcion del pais, y todos los incidentes de la expedicion, y aquella última batalla, con admiracion de todos los doctos, y decian: no cedemos á ninguna nacion en buenos poetas, y con solo nuestro Aben Derag podemos competir con Habib y Motenabi. Fue tambien de esta academia, y favorecido de Almanzor Ibrahim ben Edris el Olui Alhasani el Munios, llamado Mubal, que hizo una buena composicion en elogio de Ben Hudheil ben Razin, señor de ciertos castillos en Santa Maria de Oriente, que llamaban Santamaria de Aben Razin, y era especial amigo del hagib Almanzor. Estaba en este tiempo preso por el cadilcoda, uno de los buenos ingenios de España, llamado Casim ben Muhamad el Meruani, conocido por el Jibenisi por su patria, y cansado de su larga prision escribió una súplica en versos muy elegantes al hagib Almanzor, y por ellos consiguió su deseada libertad.

CAPITULO XV.

De la entrada de Almanzor en Galicia, y prision del rey García.

Venida la primavera del año trescientos ochenta y cuatro allegó Almanzor sus banderas de Andalucía, Mérida y Toledo, y partió con poderosa hueste de caballería á la frontera de Galicia: venció las tropas de los Cristianos que se le opusieron al paso, destruyó sus fortalezas, y quemó sus templos, tomó grandes despojos de los pueblos, y cautivó mozos y doncellas: llegó á las marismas de Galicia y Bortecala, y saqueó el templo de Santyac y le quemó; y como antes de su llegada los Cristianos lo hubiesen despojado de sus riquezas, por eso destruyó la ciudad cercana, y mandó traer á Córdoba las campanas de aquella iglesia, y volvió á Córdoba con muchos cautivos y ganados, y entró en triunfo en la ciudad precedido de cuatro mil cautivos mozos y doncellas, y fue dia de gran fiesta en la ciudad, y las campanas fueron puestas en el patio de la grande aljama. A la pascua de las víctimas de este año se dió libertad al Toleic Maron ben Abderahman, que habia estado en prision diez y seis años. Celebraron con muchos versos este suceso los poetas de Andalucía, entre otros Nafe ben Riadhi el de Algezira, y Abderahman ben Jablac el Hadrami de Sevilla, competidor en la elegancia métrica de Abu Amar Jusuf ben Harun el Ramedi: este erudito ingenio Jablac, que otros llamaban Jibrac, es el que referia de sí cuando

ya era viejo, pues vivió larguísimo tiempo hasta el reinado de los Beni Hamud, que vió en sueños que estaba en una macbora ó cementerio muy florido á la sombra de muy frondosos árboles verdes y con flores, y allí habia un sepulcro rodeado de espesos arrayanes y mirtos, y muchas gentes que allí bebian recostados sobre las delicadas flores y verdes yerbas con estraña alegría y bullicio, que les reprendió diciéndoles: ¿así haceis vosotros caso de las sabias amonestaciones? Por Alá que no profaneis este respetable lugar de sepulcros; y ellos le respondieron: ¿tú no sabes de quién es este sepulcro? No, respondí yo, y me dijeron: este sepulcro es Abu Ali el Hakemi Alhasan ben Heni, y no debes ir de aquí sin elogiarle; y fue así que hice unos versos que son harto conocidos.

995 En el año de trescientos ochenta y cinco partió Almanzor de Córdoba á correr tierra de Cristianos en la frontera oriental: acompañabale en esta expedicion el wasir Abdelmelic Abu Meruan, hombre de gran consejo y experiencia, y Abulola el de Musul y otros insignes caudillos: pasó Almanzor á las fronteras con tanta celeridad, que antes que los Cristianos entendiesen su salida de Córdoba ya estaba en sus tierras. Habian reunido sus fuerzas los Cristianos de los montes Albaskenzes y los de Galicia, y allegaron muchedumbre infinita de gente, y los acaudillaba García ben (1) Sancho, que era buen caballero y rey de los Cristianos de los montes. Aunque la intencion de los Cristianos no fue, al parecer, sino impedir las marchas de los Muslimes, y dar tiempo para reunir todas las gentes que ellos esperaban, fueron acometidos de la caballería, y

(1) En nuestros cronicones se le llama Conde García Fernandiz: in Era MXXXIII. præserunt Mauri Conde Garcia Fernandiz, et fuit obitus ejus die II. feriæ IV. kal. Aug. Estas fechas son exactas, y las confirman las memorias arábigas.

se trabaron sangrientas escaramuzas que de una y otra parte se mantenian con mucha constancia, y los Cristianos se ampararon de unas alturas en donde tenian ventaja: y mandó Almanzor retirar la caballería que peleaba, esperando que los Cristianos descenderian á la llanura. En este dia por la tarde presentó Alhasan Said de Bagdad al hagib Almanzor un ciervo atado y unos versos en que le presagiaba la victoria, y en ellos decia:

Asilo de mis temores, y de mis riesgos amparo,
De los humildes apoyo, benigno escucha mi canto:
Siempre fué favorecido de tu benéfica mano,
Cual lluvia que fecundiza las verdes yerbas del prado,
Y cual riegan los arroyos flores y plantas del campo:
Ampárete Dios del cielo con su auxilio soberano,
Y que te bendiga y libre de los del errado bando:
Si por mis ojos no viera tu valor é ingenio claro,
Tímido cual soy muriera del peligro amilanado:
Veo el polvo que levantan en el tarayal cercano
Dos leopardos feroces que por la presa dan saltos:
Tú, buen señor, aseguras mi timidez de su estrago,
Yo triste fuera su presa sin tu poderoso brazo.
Este siervo que plantaste de tu gracia en el cercado
Agradecido te ofrece un ciervo con fin estraño,
García le dí por nombre, y cual te le ofrezco en lazo,
Si el cielo mi agüero acepta, veré á García ben Sancho.
Feliz aurora, amanece, descúbrenos gozo tanto,
Y si tú mi don admites, yo quedaré bien pagado,
Y como nube tu aljaba flechas llueva en los contrarios.

Recibió Almanzor el ciervo y los versos, y holgó mucho de hablar aquella noche con sus caudillos de la facilidad con que podia verse cumplido el vaticinio de Said Abulola. Dió á sus caudillos las disposiciones y órden de batalla, y á la venida del alba hizo su azala, y despues recorrió las banderas de su hueste, y dada la señal de la pelea con anafires y trompetas se principió la batalla con igual denuedo y algazara, cubriendo el

aire el torbellino de flechas, y las espesas nubes del levantado polvo: los caudillos de la delantera, segun estaban prevenidos, se fueron retrayendo, como que cedian á su pesar el campo á los enemigos: estos animados con la aparente ventaja descendieron de sus cuestas como impetuosos torrentes con espantosa vocería que resonaba en los distantes valles, y cuando parecia en verdadero desórden la delantera de los Muslimes, y vacilante su centro de batalla para la confusa fuga, entónces la caballería de la zaga y de las alas de la hueste muslímica acometieron á los Cristianos por ambos lados, y aunque sus caudillos y caballeros peleaban con mucho valor, decayó el ánimo de la multitud con esta no esperada acometida, y turbados se desordenaron y huyeron por todas partes perseguidos de la caballería: la matanza fue grande, y el número de los cautivos mas importante por la calidad de las personas que por la muchedumbre sin cuento de la gente menuda. Pareció cosa extraña que como si Said Abulola hubiera alcanzado por ciencia á saber lo que Dios alto y poderoso tenia dispuesto en los eternos decretos de su providencia, salió cumplido su agüero poético, y entre los principales caballeros cautivos vino preso el rey de los Cristianos García ben Sancho, pero tan gravemente herido que murió pocos dias despues, sin que aprovechasen las medicinas y el cuidado con que Almanzor encargó su curacion. Fue está batalla memorable en la luna de rebie segunda del año trescientos ochenta
995 y cinco. Mandó Almanzor poner el cuerpo del rey García en una caja bien labrada, envuelto en un precioso paño de escarlata y de oro con buenos aromas para enviarlo á sus Cristianos, y luego llegaron unos caballeros de los suyos á buscar el cuerpo de García con muchas riquezas para rescatarle; pero Almanzor no quiso recibir nada de sus ricos presentes. En jawal del

mismo año venció otra vez á los Cristianos, y despues de la batalla el rey Bermond (1) de Galicia envió sus mandaderos y cartas para concertar sus avenencias con Almanzor, y volvió con los enviados Cristianos Ayub ben Amer de Gezira Saltis para tratar con el rey Bermond. Las lluvias principiaron impidiendo que Almanzor continuase la expedicion, y se vino á Córdoba, donde fue recibido con grandes alegrías.

Cuando Ayub ben Amer tornó á Córdoba de su embajada al rey de Galicia se disgustó Almanzor de los tratos que habia concertado con los infieles, y por sospechas que hubo contra él le encarceló, y no le dió libertad el hagib en sus dias, hasta que despues de la muerte de Almanzor le sacó de su prision su hijo Abdelmelic.

CAPITULO XVI.

De varios sucesos de Africa y de España.

Zeir ben Atia mantenia en público su amistad y buena inteligencia con Almanzor, hasta que engreido ya con su mucho poder principió á manifestar el odio que ocultaba en su corazon. Edificó la ciudad de Wahda, y la fortificó, muró y torreó sus puertas, y labró una alcazaba como fortaleza, y puso en ella todas sus riquezas y tesoros, y la pobló de gente suya, y la hizo casa real y cabeza de sus Estados, porque estaba en el centro de ellos: acabó de murarla en la luna de regeb del

(1) El rey Bermudo II. de Leon.

año trescientos ochenta y cuatro; en tanto que en esto se ocupaba, aunque tuvo algunas diferencias con Almanzor, disimuló hasta el año trescientos ochenta y seis, en que sabiendo Almanzor que Aben Atia habia mandado quitar su nombre de la oracion pública, y que apenas se mencionaba el de Hixem, y que sin respeto al rey habia despojado de sus gobiernos á los que tenia puestos en las ciudades de Magreb, y los habia enviado á Medina Cebta, mandó al caudillo Wada el Feti pasar contra él en Almagreb con gran hueste de á pie y de caballería. En la luna de safar del año trescientos
997 ochenta y siete hizo Almanzor entrada y talas en tierra de Alava, y repartió á sus tropas toda la presa y el quinto que al rey pertenecia, conforme á las posturas que el rey Hixem le otorgó para esta expedicion, por haberla hecho en tiempo de frio y lluvias.

Pasó esta hueste á Tanja, y allí se allegaron algunas cabilas de Gomara y Sanhaga y otras berberíes de los Zenetes, y Wadha el Feti les repartió armas, vestidos y dinero, y salió con poderosa hueste de aquella ciudad. Zeiri salió contra ellos de Medina-Fez con escogida gente, y se encontraron ambos ejércitos en Wadi Zedat, y se dieron sangrienta batalla que fue seguida de otras muchas muy crueles: pelearon tres meses con varia fortuna, hasta que la hueste de Wadha, como no se reemplazaba quedó flaca y débil y fue cediendo al número, y al cabo fueron forzados á retirarse huyendo á Tanja con grave pérdida. Alli se hizo fuerte Wadda y escribió al hagib Almanzor el estado de sus cosas, pidiéndole que le socorriese con gente dinero y provisiones que todo le faltaba. El hagib Almanzor con esta nueva salió de Córdoba y vino á Algecira Alhadra: mandó allegar mucha gente de guerra y envió con ella á su propio hijo Abdelmelic Almudafar. Toda la flor de la

caballería de España se juntó para esta expedicion y los principales alcaides. Almanzor quedó en Algecira para atender á lo que se ofreciese y enviar socorros á Cebta.

Cuando llegó la nueva del paso de Almudafar al amir Zeiri ben Atia luego temió y escribió pidiendo socorro á todas las cabilas zenetes y le vinieron gentes de Velad zab, de Telencen, Sigilmesa, Melia y otras de Wadi zeneta, y con estas partió á buscar á sus enemigos y pelear con ellos. Abdelmelic Almudafar salió de Tanja con sus tropas de Andalucía acompañado del caudillo Wadha el Feti, y se encontraron ambas huestes en Wadi-Mena en confines de Tanja y se trabó entre ellas atroz batalla que nunca se oyó de otra semejante: pelearon un dia entero desde salir el sol hasta ponerse; en lo mas recio de la pelea fue contra Zeiri un mancebo negro llamado Zalem, á quien Zeiri habia muerto un hermano, y viendo este mozo buena ocasion de vengarse, como le hubiese conocido por sus insignias, fue para él y le hirió con su alfange de tres crueles heridas, y no le acabó creyendo que fueran mortales. El negro se vino á Abdelmelic y le contó como habia herido de muerte á Zeiri, entonces Abdelmelic animó á los suyos y dieron con mayor esfuerzo en los contrarios: faltos estos de la asistencia de su caudillo y creyéndole muerto, se desordenaron y pusieron en fuga, haciendo en ellos los Andaluces gran matanza. La confusion y el desórden de los zenetes llegó hasta el real en donde curaban las heridas á Zeiri, que se vió forzado á huir con sus principales caballeros dejando su campo en manos de sus enemigos que se apoderaron de sus riquezas, tiendas, pabellones, armas, caballos, camellos y ganado innumerable. Corrió Zeiri hasta un sitio llamado las Angosturas de Wadilhaya entre término de dos ciudades de Mequinez: allí

se detuvo y se le fueron juntando los nobles de su gente y mucha parte de las tropas fugitivas. Esperó allí pensando rehacerse para volver contra Abdelmelic hijo de Almanzor: este caudillo sabiendo donde estaba envió con mucha diligencia á Wadha el Feti con cinco mil caballos escogidos de su hueste que fueron á tomarlos descuidados: la pelea fue brava y los Andaluces á pesar de la noche hicieron tanto que los vencieron y pusieron en fuga como que estaban asegurados de la cercanía de su campo y de su número. Fue esta derrota á mediados de la luna de ramazan bendito del año trescientos ochenta y siete: la matanza fue grande, quedaron muertos la mayor parte, y presos los nobles de Magarava, que serian como mil caballeros. Mandó Abdelmelic ponerlos en libertad, y aun les dió sus armas y caballos para que se fuesen si querian, pero muchos de ellos se quedaron en su hueste. Zeiri huyó sin parar hasta Medina Fez con pocos de los suyos, y los de la ciudad cerraron las puertas y no le dejaron entrar en ella: Zeiri les suplicó que dejasen salir á sus hijos y familia, y los echaron fuera dándoles caballerías y provisiones, y huyeron al desierto delante de Abdelmelic Almudafar el hijo de Almanzor. Corrió Almudafar la tierra de Sanhaga y pasó á Medina Fez y entró en ella con aclamaciones de triunfo: fue su entrada sábado, salida de la luna de jawal del año trescientos ochenta y siete.

Escribió Abdelmelic Almudafar á su padre Almanzor el suceso de su espedicion y sus victorias, y la carta se leyó en el alminbar de la grande aljama de Córdoba y de Azahra, y en todas las ciudades principales de España oriental y occidental, como se acostumbraba en las grandes victorias: aquel dia mandó Almanzor dar libertad á mil y quinientos cautivos y trescientas esclavas cristianas, para dar gracias á Dios de tan

señaladas mercedes, y repartió muchas limosnas á pobres, y pagó deudas de gente pobre y honrada.

997 En este mismo año trescientos ochenta y siete se reedificó el puente de Toledo por órden de Muhamad ben Abdala ben Abi Amer Almanzor hagib del príncipe de los creyentes Hisem el Muyad Bila por manos de su siervo y wasir Chalaf ben Muhamad Alameri. En dicho año fallecieron en aquella ciudad Abdelmenam ben Galbon el Mocri y Ahmed ben Sohli alfaqui, ambos naturales de Toledo y ambos insignes por su sabiduría: tambien murió en Medina Azahra el Muti de su aljama Ibrahim ben Abderahman el Tenesi, hombre docto y virtuoso. Una pobre viuda, madre de un delincuente, cuyos delitos graves habian sido famosos en Andalucia, presentó una súplica á Almanzor para que se le perdonase por el gran favor que en este tiempo se hacia á todas las pobres viudas y huérfanas: al leer Almanzor el memorial se dió una palmada en su frente y dijo: Gualá, á tiempo me lo has acordado y por escribir crucifiquese escribió suéltese: recibió el wazir el escrito para añadir el mandamiento de estilo hágase lo mandado, y pasar la órden al sahib jarta de la ciudad: péro informado de los graves delitos de aquel hombre envió á preguntar al hagib si era aquello lo que mandaba: se puso muy airado y volvió á escríbir la misma equivocacion: estrañó el wazir que hubiese tachado el hagib la sentencia precedente para repetirla en iguales términos, y volvió á consultarle y el hagib á tachar su equivocacion y á incurrir en la misma: el wazir vino entonces á su presencia y le dijo: ya tres veces has escrito que se suelte este delincuente, y es cosa bien estraña: miró atentamente Almanzor lo que habia escrito y dijo: sí, suéltese, aunque contra mi intencion, pues á quien Dios quiere que sea suelto, no debemos nosotros crucificarle: y luego fue puesto en libertad.

Escribió Almanzor á su hijo Almudafar dándole muy sabios consejos para gobernar aquellos pueblos con justicia y conveniente prudencia, y su carta fue leida en el minbar de la grande aljama de los alcarwanes en el último juma de la luna de dilcada: en esta misma carta iba su nombramiento de amil de Almagreb. Envió Abdelmelic Almudafar á España al caudillo Wadha el Feti con mucha caballería en la primavera del año trescientos ochenta y ocho de órden de su padre Almanzor para hacer guerra á los Cristianos. En este tiempo se construian los muros de Gebal Almina monte alto á la parte oriental de la ciudad de Cebta; se hacian estas fortificaciones de órden de Almanzor, que cuando pasó á esta ciudad le pareció bien aquella llanura que hay sobre el monte, y aun queria que se trasladase la ciudad á lo alto: pero por su muerte no llegó á mudarse la gente, y permanecieron en su antigua ciudad, y la de Almina vino á arruinarse. Abdelmelic quedó en Fez gobernando la ciudad y estado con mucha justicia sín dar ocasion de queja á nadie; pero á los seis meses le escribió su padre que se viniese á España, y envió para gobernar en su lugar á Izá ben Said, sahib jarta de la ciudad: este permaneció en el gobierno hasta la luna de safar del año de trescientos ochenta y nueve, en que le separó de allí y le privó de cuanto tenia, y envió en su lugar al caudillo Wadha el Feti, y se vino Izá ben Said á España en el mismo año.

En este mismo tiempo Galib ben Omeya ben Galib de Moron llamado Abulasi, erudito y célebre poeta estando á la orilla del rio de Córdoba y á vista del alcázar, distraido en sus meditaciones, hizo de improviso estos versos:

Alcazar cuantas delicias contienes en tu recinto!
De ruinas te preserve tu venturoso destino!

Cuántos reyes te habitaron de gloria y poder ceñidos!
Hoy sobre sus tristes fuesas voltea el celeste giro:
Dí al mundo y á quien admira sus aparentes prestigios
Por qué tanto nos engañas siendo engaño conocido!
No presumas permanencia que el tiempo sigue su estilo,
Y lo que un dia anhelaba otro lo desdeña esquivo.
Do fueron los poderosos dueños del imperio Siro
Columnas, arcos y torres, verjas de dorados brillos!
Débajo de los Oteros yacen de la hormiga nidos.
Mas vale en hundidos valles vivir humilde y tranquilo,
Que noblezas encumbradas en montes y precipicios:
A los discretos no engaña la ilusion de los sentidos.
Lóese al alva el secreto si el resplandor matutino
Ahuyenta las negras sombras en que estaba obscurecido.

Zeiri ben Atia llegó á tierra de Sanhaga que halló revuelta contra su señor Badis ben Mansur ben Balkin por discordias suscitadas despues de la muerte de su padre. Envió Zeiri á buscar gente de las cabilas zenetes, y vino mucha caballería de Magarava y de otras, y aprovechando esta ocasion invadió la tierra de Sanhaga y la subyugó y echó de ella las tropas, y entró en Medina Tahart y otras de Zab, y se apoderó de ellas y de Telencen y Jelf y Masila, y en todas proclamaba al rey Hixem el Muyad de Córdoba. Puso cerco á Medina Axiada cabeza de los pueblos de Sanhaga, y allí peleó con sus enemigos desde la mañana hasta la tarde y con la agitacion de la pelea se le encrudecieron las heridas que le habia hecho el negro Zalem, y de ellas murió el año trescientos noventa y uno.

CAPITULO XVII.

De la batalla de Calat Anosor y muerte de Almanzor.

En el año de trescientos y noventa hizo Almanzor entrada en España oriental y salieron contra él los Cristianos con numerosas huestes, y peleó con ellos y los venció y humilló á sus caudillos que ya le temian con el espanto de la parca: hizo en ellos grave matanza y les dejó infausta memoria de la batalla de Hisn Dhervera: estragó la tierra y les destruyó fortalezas y quemó sus poblaciones, y siendo antes aquella tierra muy poblada quedó yerma, porque los mismos infieles quemaban todas sus cosas, los lugares y las aldeas, porque los nuestros no se pudiesen aprovechar. Volvió Almanzor á Córdoba y entró en ella con aclamaciones de triunfo: en este tiempo le presentó sus versos Ahmed ben Bordi, llamado Abu Hafas, uno de los wazires mas eruditos de Córdoba, y Soleiman ben Golghal su libro de los médicos de España célebres por su sabiduría.

En este tiempo el wazir Hasan ben Melic ben Abi Obda, docto y elegante poeta, entró á visitar al hagib y le halló que tenia en sus manos los proverbios de Sohal ben Abi Galib, el conocido por Abu Serri, obra que se habia escrito para el califa Harun Raxid y le dijo Almanzor: yo gusto mucho de las elegancias de este libro; pero le falta un buen comentario: pidió Hasan el libro al hagib, y se retiró á su casa, y en una sema-

na hizo un docto comentario, trescientos versos y una bella copia que presentó á Almanzor que solia decir que la obra de Hasan era de lo mas elegante que se habia escrito en España. Lo mismo decia Husain ben Walid Abulcasim en las academias de Almanzor, y en ellas competia en improvisaciones poéticas con Abulola Said ben Alhasan, y con Gehuar el Tegibi, conocido por Aben Floriso de Almería. En el año de trescientos noventa y uno salió para Oriente Abderahman ben Cid Amon de Uclés, discípulo de Abu Otman ben Said ben Salem el Mageriti, así llamado de Magerit su patria en tierra de Toledo, hombre de gran celebridad por su saber y su loable vida en Africa, Egipto y en las Iracas. Estaba con el en Bagdad el Taglebi de Córdoba, y saliendo Taglebi de la ciudad llegó á unas quintas, y en una de ellas vió á un saqui ó aguador que tenia en sus manos un vaso de cristal abierto y grabado en estremo lindo, y en él agua pura y clara; y como era el principio de la estacion de las rosas, tomó algunas muy frescas y las puso en aquella agua cristalina, y parecia el agua purpúrea con el brillo de las rosas y la trasparencia del cristal, y como estuviese mirando atentamente, decia el Taglebi, me dijo el saqui: que miras Mogrebi; te maravillas de las rosas: sí, respondí, la belleza de las rosas me embelesa en este hermoso vaso: oye pues un concepto mio á esta flor y vaso, y dijo:

Ocupa la rosa el trono, que su imperio no declina;
Todas las flores son tropa la rosa su reina linda.

Mandó Almanzor que viniese mucha caballería de Africa para no dejar un año de reposo á los Cristianos, y desembarcó en Algezira y en Santa-Maria de Ocsonoba: Farhon ben Abdala ben Abdelwahid, gobernador de Santerin en Algarbe, reunió mucha caba-

llería: y los walíes de Mérida y de Badalyos allegaron toda la de su tierra, y el año de trescientos noventa y dos se reunieron todas las banderas de Toledo; y dispuso el hagib su entrada en tierra de Cristianos con una grande y numerosa hueste. Las asonadas de esta expedicion conmovieron á los Cristianos, y juntaron todo su poder para salir contra Almanzor. Partieron los muslimes divididos en dos batallas, en la primera estaba la caballería de la Andalucía, y en la segunda la de Africa: corrieron las tierras de la ribera de Duero, sin hallar en ninguna parte resistencia, siguieron Duero arriba hácia sus fuentes. Los Cristianos estaban acampados en cercanías de Calat Anosor, su hueste partida en tres almafallas que cubrian con su muchedumbre los campos como las esparcidas bandas de langosta. Cuando los campeadores muslimes descubrieron el campo de los infieles tan estendido, se horrorizaron de su muchedumbre, y avisaron al hagib Almanzor que con los mismos campeadores reconoció la posicion de los enemigos, y dió sus disposiciónes para la batalla: hubo aquel dia algunas escaramuzas entre los campeadores de ambas huestes, que suspendió la venida de la noche. En la corta tregua que les concedió á favor de sus sombras, los caudillos muslimes no gustaron el dulce sueño: inquietos y dudosos con el temor y la esperanza miraban á las estrellas y al cielo á la parte de la aurora; y la venida de aquel rubor y claridad del alba, que suele alegrar á los hombres, obscureció entonces los corazones de los tímidos, y el toque de anafires y trompetas estremeció los mas animosos y acostumbrados á los combates. Hizo el hagib Almanzor su oracion del Alba, los caudillos ocuparon sus puestos y se reunieron á sus banderas. Los Cristianos se pusieron en movimiento y salieron sus haces muy ordenadas: temblaba la tierra debajo de sus pies. Las

ataquebiras (1) y clamores de ambos campos, el estruendo de atambores y trompetas, el relinchar de los caballos resonaba en los cercanos montes, y parecia hundirse el cielo: la batalla se trabó con enemigo ánimo y con igual denuedo, y se mantuvo con admirable constancia por ambas huestes: los Cristianos con sus caballos cubiertos de hierro peleaban como hambrientos lobos, y sus caudillos en todas partes parecian animando á los suyos: Almanzor revolvia á todas partes su feroz caballo, que semejaba un sangriento pardo, atropelló con sus caballos andaluces á los armados de crugientes armas, y entrando en lo mas recio y ardiente de la pelea se indignaba de aquella desusada resistencia y bárbaro valor de los infieles. Sus caudillos hacian cosas de estremado valor, y los caballeros africanos rompieron muchas veces los apiñados escuadrones Cristianos: con el polvo que se levantó en toda la estension del campo de batalla el sol se obscureció antes de su hora, y la noche se anticipó con sus tenebrosas alas de obscuridad, y separó estos enemigos pueblos, sin que ninguno hubiese cedido un paso del campo de batalla. Quedó la tierra cubierta de cadáveres y regada de humana sangre. Aquella noche esperando Almanzor en su pabellon que se congregaran como solian los caudillos de su ejército, viendo que tardaban y que no parecian sino algunos pocos, informado de que la mayor parte de ellos habian muerto peleando, y otros estaban malheridos, conoció el estrago que habian padecido los suyos, y dió órden para levantar el campo antes de rayar el dia y pasar el Duero por los puentes de Andalus, llevando sus huestes en órden de pelea, por si los enemigos quisiesen seguirlos. Los Cris-

(1) Ataquebiras son loaciones á Dios, que usan los Muslimes al entrar en las batallas gritando: Ala hu acbar, Dios es el mas grande y poderoso.

tianos viendo el movimiento de los muslimes, recelando que fuese para renovar la sangrienta lid, se pusieron en órden de batalla; pero seguros de su retirada no se movieron cansados del trabajo del dia anterior, y por la gran pérdida que tambien habian padecido. Almanzor se sintió tan abatido y apesarado, que no cuidó de sus heridas y con la agitacion y tristeza de su ánimo sus heridas se encrudecieron, y conoció que se le acababa la vida: no pudiendo estar á caballo, le pusieron en una silla, y vino catorce leguas conducido en hombros de sus soldados hasta Walcorari, en las fronteras de Castilla en cercanías de Medina Zelim: allí le encontró su hijo Abdelmelic, que iba enviado por el rey Hixem á saber de su padre, y en aquel lugar falleció dia lunes (1) tres dias por andar
1001 de la luna de ramazan, año trescientos noventa y dos á los sesenta y cinco años de su edad. Cuando se divulgó entre sus tropas la voz de su su muerte, todos le lloraron con grave dolor y amargura, y decian: perdimos nuestro padre, nuestro caudillo, nuestro defensor, y todos decian verdad. Tomó el mando de la hueste su hijo Abdelmelic Almudafar. Llevaron á enterrar el cuerpo de Almanzor á Medina Zelim y le enterraron con sus propios vestidos, como que habia muerto en camino de servicio de Dios, y le cubrieron con el aromático polvo recogido en mas de cincuenta batallas venturosas contra infieles: acom-

(1) Edobi, Alabar y Hayan Homaidi dicen que murió en 25 de la luna de ramazan año trescientos noventa y dos; Abulfeda en sus anales dice que en el año trescientos noventa y tres, y lo mismo nuestro arzobispo D. Rodrigo: el epitafio de Almanzor lo repiten varios, y entre otros Abu teib ben Jarif el Rondí, en su libro de métrica: el analista de Fez menciona que fue cubierto con el polvo de sus batallas. Huscin ben Asim escribió la vida de Almauzor, con el título de proezas alamerias. Estos versos castellanos del epitafio los hizo mi amigo don Leandro Fernandez de Moratin.

pañó su entierro todo el ejército, oró por él su hijo Almudafar, tenga Dios misericordia de él. Su sepulcro está alli notable, y sobre él escritos estos versos:

No existe ya, pero quedó en el orbe
Tanta memoria de sus altos hechos,
Que podrás, admirado, conocerle
Cual si le vieras hoy presente y vivo;
Tal fue, que nunca en sucesion eterna.
Darán los siglos adalid segundo,
Que así, venciendo en guerras, el imperio
Del pueblo de Ismael acrezca y guarde.

Gobernó el hagib Muhamad ben Abdala ben Abi Amer Almanzor el estado con mucha gloria y ventajas del Islam veinte y cinco años. La reina Sobiha madre del rey Hixem le encargó todos los negocios de paz y de guerra, y no se hacia nada en el reino sin su consentimiento; de manera que no le faltaba sino el nombre de rey; pero en verdad, á su prudencia, valor y fortuna se debieron grandes prosperidades y conquistas. Siempre fue vencedor de sus enemigos, no vió hueste de infieles ó enemigos que no rompiese, ni cerco ciudad ó fortaleza que no se le rindiese; dilatando las fronteras de los Muslimes á los estremos de España de mar á mar. En todo el tiempo de su gobierno no padeció intercadencia la felicidad del estado, pues con el temor que todos le tenian no hubo quien suscitase la mas leve chispa de sedicion ni desobediencia, como las que habian antes abrasado á España; así en su tiempo el estado fue tan floreciente, que nunca habia llegado á tan alto grado de poder y grandeza. Pasaron de cincuenta las jornadas victoriosas que hizo contra Cristianos, tanto que sus reyes intimidados le enviaban á rogar la paz, y que no los acabase. Habia nacido el año trescientos veinte y siete, el año de la sangrienta batalla de Alhandac de Zamora, y escogió el Señor para

vengar el Islam el brazo de Almanzor, y fue su muerte en fin de ramazan del año trescientos
1001
noventa y dos en las fronteras de Castilla. Cuando la infausta nueva de su muerte se supo en Córdoba fue un dia de luto y general desconsuelo, así en esta ciudad como en las demas del reino, y en mucho tiempo no pudieron consolarse de tan grave pérdida. El vulgo de Córdoba repetia en este tiempo unos versos de Ibrahim ben Edris el Hasani, que pronosticaban mal de la prepotencia de Almanzor y de sus parciales, llamados por él los Alameries, y por ellos habia sido desterrado de Córdoba este noble africano poco despues de la muerte de Hasan ben Kenuz: los versos eran estos:

Ya vuestra creciente luna, insignes hijos de Omaya
De sus refulgentes luzes el cielo y la tierra baña:
A su plenilunio llega y á deshora está eclipsada:
Temo que el pálido eclipse que la obscurece no acaba:
Que la clareante estrella de su fortuna desmaya.

CAPITULO XVIII.

Del gobierno de Abdelmelic hijo de Almanzor.

La reina Sobiha, madre de Hixem falleció en este tiempo, y aconsejó á su hijo pusiese el gobierno en manos del hijo de Almanzor, confiando hallar en Abdelmelic las prendas de valor, prudencia y virtud que en su padre: así lo hizo el rey Hixem, y todos aplaudie-

ron tan acertada eleccion: pues en verdad Abdelmelic heredó el valor y prudencia de su padre; pero no su fortuna, contra las predicciones de los astrólogos que en su nacimiento pronosticaron que en sus dias llegaria la grandeza de España á su mas alto grado de gloria: si bien en algun tiempo de su gobierno hubo mucha prosperidad. El rey Hixem continuó en su retiro entregado á sus fáciles placeres.

En Africa, despues de la muerte de Zeiri ben Atia, hubo el mando su hijo el amir Alman ben Zeiri, las cabilas zenetes le juraron obediencia. Sabida la muerte de Almanzor escribió á su hijo Abdelmelic para que le nombrase amir de Magreb, y Abdelmelic le envió la confirmacion con un magnífico vestido, una espada y un caballo con preciosos jacces: permaneció Alman fiel al hagib Abdelmelic y al rey Hixem, que hizo proclamar en todos sus estados. Por acrecentarle en poder mandó Abdelmelic que viniese á Córdoba el wali Wadha el Feti, y puso en manos de Alman la gobernacion de Medina Fez y de sus dependencias. Ofreció Alman enviar á Córdoba cada año cierto número de caballos de raza, con sus jaeces correspondientes, armas y otras cosas, y con el primer presente envió Alman á su hijo Manser, como en rehenes de su lealtad y obediencia: esto en el año trescientos noventa y tres. Estaba el jóven Manser en Córdoba muy estimado de la nobleza, y permaneció en ella hasta las turbaciones y discordia civil, cuando acabó el estado de los Alameries, como veremos despues: que solo Dios es eterno y eterna su soberanía.

Se propuso el hagib Abdelmelic Almudafar seguir las huellas de su padre, y hacer cada año dos entradas en tierra de Cristianos, y en este año de noventa y tres vengó venturosamente la sangre de los Muslimes, y llegó en su primera gacia á la parte oriental de España,

y sobre las fronteras de Lérida dió cruel batalla á los Cristianos y los venció y se huyeron á sus montes: en esta atroz pelea murió Ayub ben Amer el de Saltis, y fue enterrado en la mezquita de aquella ciudad. Por sospechas de inteligencia con los Cristianos despues de la expedicion de Galicia del año trescientos ochenta y cinco le encarceló Almanzor, y Abdelmelic le puso en libertad, y habia venido á esta su primera entrada contra Cristianos, en la cual murió peleando con mucho valor. Volvió Abdelmelic á Córdoba, y fue recibido con demostraciones de la mayor alegría, concibiendo grandes esperanzas de sucesivos triunfos y victorias contra infieles. Encargó el hagib Abdelmelic Almudafar el cadiazgo de Toledo á Chalaf ben Meruan el Sahari por la celebridad de su sabiduría y virtud, á propuesta del cadi de Córdoba Aben Dhakuen: habia estudiado en Córdoba, y el año trescientos setenta y dos habia pasado á oriente. Recibió Chalaf este cargo con repugnancia, y poco despues pidió su dimision y se retiró á Córdoba, por entregarse con quietud á las meditaciones ascéticas. En este tiempo Suleiman ben Mohran de Zaragoza, célebre y erudito poeta de España oriental, vino á Córdoba y concurria á las academias de buenos ingenios en casa del wazir Abulasbag Isa ben Said, que era del consejo de Almudafar Abdelmelic, donde asistian muchos doctos despues de la muerte de Almanzor: pero Abulola no volvió mas á ninguna concurrencia, aun solicitado por los hijos del hagib. Un amigo mio, decia Hayan, oyó el año trescientos noventa y seis á este Abulola los versos de su elogio al hagib Almudafar Abdelmelic, hijo de Almanzor; y pocos años despues se pasó á Sicilia donde murió de su enfermedad el año cuatrocientos diez y siete. Asimismo vino á Córdoba en fin del año trescientos noventa y tres Chalaf ben Mesaud el Jarawi de Melila,

llamado el Malki, y conocido por Aben Amina, y aquí hizo sus estudios, y fue muy distinguido por su erudicion é ingenio del hagib Almudafar y del cadi Abu Dhakuen: Falleció en este año Abu Omar Ahmed ben Abdala, conocido por el Begi, que fue el hombre mas sabio de toda España en todas las ciencias en sus troncos y ramas, esto es, en sus elementos y procedencias: no hubo sabio de fama que su padre no le buscase para su enseñanza, viajó al Africa, Egipto, Siria y Chorazan, y estudió con los doctos de todos los paises de Oriente y de Occidente, y á los diez y ocho años era ya maravillosa su erudicion: vivió lo mas de su vida en Sevilla, donde habia nacido, y aun siendo muy jóven le consultaba el cadi de aquella ciudad Aben Faweris.

Tambien falleció este año en Córdoba Jali ben Ahmed ben Jali, de los mas célebres caudillos Alameries, y en las últimas horas de su vida, manifestó mucho sentimiento de morir en su cama, y no en el campo de batalla como buen caballero.

En el año de trescientos noventa y cuatro allegó Almudafar mucha caballería, y entró con gran hueste en fronteras de Galicia, haciendo en aquella tierra el estrago de las tempestades, venció á los Cristianos cerca de Leon, y se apoderó de la ciudad, y arrasó sus muros hasta el suelo, que ya antes su padre los había destruido hasta la mitad. Continuó sus entradas con harta ventura, y siempre vino vencedor y con muchos cau-
1003 tivos y ganados. En este año de trescientos noventa y cuatro apareció en el cielo una estrella muy encendida, de gran magnitud y de mucho resplandor. Cuatro años seguidos entró Almudafar en tierras de España oriental y occidental, destruyendo en el verano los pueblos y fortalezas que reparaban los Cristianos durante el invierno.

En el año trescientos noventa y seis, apareció una estrella grande de las que corren con grandes truenos, y era una de las doce notables que mencionaron los antiguos: observáronla los sabios con mucha atencion y opinaban que no aparecia astro de esta especie sino cuando Dios altísimo por especial providencia tiene destinadas grandes novedades en el mundo; pero solo Dios es sabedor de sus secretos. En este año las naves de los Muslimes de España fueron á Italia y saltaron en Salerno, y pusieron á contribucion aquella ciudad, y mientras los Muslimes esperaban descuidados en la playa el dinero concertado, los de la ciudad salieron de improviso contra ellos, y lograron embarcarse, aunque con pérdida de los mas esforzados.

Pasando el hagib Abdelmelic Almudafar por Toledo en el año trescientos noventa y siete, visitó al jeque Muhamad ben Ibrahim el Coxeri de Córdoba, hombre muy sabio y célebre por su mucha prudencia, austeridad y virtud, y menosprecio de la vanidad del mundo: fue Almudafar á su casa un dia despues de zala de juma, y estaba el doctor en su casa con algunos discípulos, pedida licencia para entrar, sabiendo que era el hagib, dijo á sus oyentes que no se levantaran á su entrada, y así lo hicieron como lo mandó: Almudafar entró y el jeque le hizo mucha cortesía, y el hagib honró su escuela y á la despedida le rogó que le encomendase á Dios en sus adoas ó súplicas, y luego hizo Muhamad ben Ibraim su oracion, diciendo: Allahoma (1), señor Ala, pon en los corazones de sus súbditos la perfecta obediencia, y pon en su corazon la begninidad y el amor para con ellos: y con esto partió Almudafar. Se detuvo en Toledo algunos dias, esperando que se

(1) Allahoma es una invocacion del nombre de Dios, del mayor afecto y reverencia, que envuelve la energía de la interjeccion sin espresarla.

allegase la gente, y luego partió á la frontera oriental, y corrió la tierra haciendo mucho mal á los Cristianos. En este tiempo vinieron á Córdoba algunos Cristianos muy principales, que por desavenencias huyeron de su tierra, y demandaron al hagib Almudafar que les diese licencia para morar en la ciudad ó fuera de ella: el hagib dió parte al rey Hixem que holgó mucho de ello, y les concedió que morasen dentro de la ciudad, y les mandó dar casas y jardines en que pudiesen vivir muy en seguridad y á su placer. Pidieron paces los Cristianos, y les respondió Almudafar que no podian hacer paces; pero que les otorgarian treguas por ciertos años y así se hizo á instancia del wali de Toledo Abdala ben Abdelaziz que era de los Meruanes, pariente del rey, y habia sido grande amigo de Almanzor, y le habia acompañado en sus entradas en Galicia. Tenia este Abdala trato y amistad con el rey de los Cristianos, que le enviaba muchos presentes y joyas de oro y plata por causa que Abdala habia enviado al rey de Galicia una cautiva muy hermosa, que habia tomado en sus algaras, y aunque por su gentileza y estremada beldad era muy amada de Abdala, sabiendo de los otros cautivos que era hija del rey la envió con otras doncellas sin recibir precio alguno por su rescate.

Pasados los años de la tregua entró Almudafar en tierras de Galicia, y por todas partes destruyó los fuertes que habian construido los Cristianos. Corrió y taló la tierra y tomó muchos ganados y cautivos: derribó los muros de Avila, llegó á Salamanca y pasó á lo interior de Galicia y Portugal: volvió por riberas del Duero y destruyó los fuertes de Gormaz y de Uxama, y vino vencedor á Córdoba el año de trescientos noventa y ocho. En este mismo año entró con mucha caballería en Galicia, y llevó en su compañía al jóven Manser hijo de Almaan el wali de Fez,

1007

y salieron contra ellos los Cristianos. Iba Almudafar al frente de cuatro mil caballos, armados de corazas y cotas de mallas brillantes como estrellas, los caballos con cubiertas y caparazones de seda de dobles forros; seguia la caballería de andaluces y africanos, gente aguerrida, que se habia distinguido en las mas peligrosas ocasiones, acaudillada del wali de Toledo y del de Badalyos y del jóven Manser que iba en un feroz caballo como un leon furioso, y lleno de la animosidad de sus valientes caballeros. Acometieron á los Cristianos; y aunque eran los héroes de su tiempo, que todos habian entrado en muchas batallas, y estaban avezados á los horrores de las peleas, los atropellaron y rompieron sus almafallas, y revolvieron sobre ellos como dragones, y se pusieron en desordenada fuga, dejando el campo regado de sangre. Siguió Abdelmelic el alcance con su caballería, y reparados los Cristianos en unos recuestos y pasos difíciles, se renovó la cruel batalla: los infieles pelearon como rabiosos tigres, y allí los Muslimes padecieron mucho. La venida de la noche puso fin á la sangrienta pelea: á favor de su obscuridad los Cristianos se retiraron á sus ásperos montes, y los Muslimes, viendo la notable pérdida que habian tenido, se volvieron á las fronteras, y de ellas á Toledo y á Córdoba. Poco despues de esta jornada enfermó Abdelmelic Almudafar, y de su grave dolen-
1008 cia falleció en la luna de safar del año trescientos noventa y nueve, no sin sospechas de haberle atosigado. Su muerte fue muy sentida de todos los buenos, y su entierro acompañado de la nobleza de la ciudad. Gobernó el estado seis años y cuatro meses con mucha prudencia y felicidad.

En este año falleció tambien Ahmed ben Abdelaziz ben Feragi ben Abi Hubab de Córdoba hombre sabio y virtuoso, maestro del hagib Almudafar, tenia ya no-

venta años, se enterró en la Macbora de la Arrusafa, oró por el Ahmed ben Dhecuen.

CAPITULO XIX.

Del gobierno de Abderahman hijo de Almanzor y de su muerte.

El rey Hixem, que no tenia mas voluntad que la de sus siervos, nombró á propuesta de estos por su hagib al hermano de Almudafar Abderahman, que era capitan de la guardia del rey, esperando hallar en él las prendas y fortuna de su padre y de su hermano: pero por lo comun los hombres se engañan en sus juicios y en sus esperanzas, que solo Dios es sabedor. Cuando Maan ben Zeiri supo la eleccion del nuevo hagib envió para él grandes presentes, y entre otras cosas ciento y cincuenta caballos generosos que le presentó su hijo Manser, que estaba en Córdoba, como en rehenes de su homenage. Agradecido el hagib Abderahman á estas espresiones, hizo grandes honras á los enviados de Almaan, y les dió preciosos vestidos y alhajas, y envió á Manser á su padre: esto obligó mas á Almaan y recogió los mejores caballos de Berberia y envió á Córdoba mil caballos, que nunca llegó de Magreb á España mas preciosa dádiva que esta. Era el hagib Abderahman mozo que andaba muy entretenido en sus gustos, y gastaba el dia en gentilezas de caballería, y la noche en festines y convites, dado á todo género de placeres y pasatiempos de la corte, no acostumbrado á severidad de costumbres, ni aplicado á los

graves negocios del gobierno. Era de su natural condicion apacible y franco, y no negligente ni para poco, como algunos decian, que le vituperaban por hombre sin brio, y vergüenza de su linage, y merecedor de ser privado del gobierno. Por sus grandes riquezas era en estremo liberal y casi pródigo, su estatura y fisonomía la de su padre Almanzor, y aun esto daba ocasion á que el pueblo le quisiese bien y aplaudiese sus gustos y ligerezas. Tenia la mas íntima privanza con el rey Hixem, pero suele ser fatal la privanza de los príncipes, que raras veces dura, ni tiene un venturoso término, sea que por haberlo dado todo, y los validos por no tener mas que desear se cansan y fastidian, ó porque vienen á perder la cabeza por locos pensamientos, ó que la envidia de los inquietos ambiciosos mina incesantemente y destruye estos edificios de la vanidad.

No tenia el rey Hixem el Muyad hijo alguno que le sucediese en el imperio, aunque todavía por su edad no estuviese sin esperanza de poderlos tener. El hagib Abderahman, sin atender á esto, ni á los parientes del rey, no consultando sino á su inconsiderada vanidad, y confiado en la mal segura inclinacion del pueblo que le amaba y bendecia por un ciego favor á la memoria de su padre, se atrevió á proponer y persuadir al rey que le declarase futuro sucesor del trono, suspendiendo esta declaracion hasta despues de su primera salida contra los Cristianos, que esperaba que fuese venturosa. Aunque estas cosas se trataban con secreto en las salas del alcázar, no dejaron de traslucirse excitando la indignacion y el odio de todos los Meruanes, y en especial se manifestó mas ofendido un primo del rey Hixem, llamado Muhamad ben Hixem ben Abdelgiabar ben Abderahman Anasir: era este mozo de mucho valor, y presumia suceder en el trono á falta de hijos del rey Hixem, y no pudiendo sufrir mas tiempo las

maquinaciones del hagib Abderahman, á quien llamaban Anasir, se salió de Córdoba, y pasó á las fronteras de Castilla, y allegó á su partido muchos alcaides de aquella tierra, y juntas sus banderas vinieron á Andalucía manifestando á los pueblos las vanas pretensiones del hagib Abderahman, que habia obligado al rey Hixem á que le declarase sucesor del trono de los Omeyas, sin respeto á la familia real. No fue dificil el concitar los ánimos de los nobles, que ya tenian de antes hartos motivos de envidia contra los Alameries, y en pocos dias formaron un buen ejército.

Cuando Abderahman entendió la tempestad que contra él se armaba con mucha diligencia salió de Córdoba con la caballería africana y guardia del rey para desbaratar á sus enemigos antes que fuesen mas poderosos. Apenas habia partido Abderahman de la ciudad, cuando fue avisado Muhamad por el wazir, Iza ben Said, y por otros muchos parciales suyos así de la salida del hagib, como del mal recaudo de guardias que habia en Córdoba. Con este aviso Muhamad dividió su gente, y con la flor de su caballería por caminos estraviados con gran celeridad entró en Córdoba, y se apoderó de la guardia del alcázar y de la persona de rey Hixem, publicó la deposicion del hagib Abderahman: así la fortuna comenzó de repente á perturbar las cosas en España. Avisado Abderahman de lo que pasaba en Córdoba, se llenó de saña, y contra el dictámen de algunos de sus caudillos, dió luego vuelta á la ciudad muy confiado en el aura popular, que no debiera: y entró en ella con su caballería sin resistencia: á la llegada á la plaza del alcázar, se le opusieron en gran número los partidarios de Muhamad con toda la gente principal de la ciudad, y mucha gente menuda: se comenzó una sangrienta y desigual pelea. Al primer acometimiento los de Abderahman rompieron y atro-

pellaron aquella muchedumbre; y viendo Abderahman que contra sus esperanzas la amontonada plebe no hacia caso de su voz, y antes con espantoso alarido gritaba muera, muera, á pesar del estrago que hacian sus caballos atropellando cuanto les estorvaba, acrecentando el gentío les fue forzoso retraerse para salir de la ciudad: procuraron abrirse paso haciendo atroz matanza en el pueblo: muchos de los suyos murieron peleando como bravos leones, el mismo Abderrahman retirándose se defendia y ofendia como hombre de valor, pero atajado de todas partes y herido de muchas lanzas cayó muerto su caballo, y él muy mal herido cayó tambien en manos de sus enemigos que le presentaron á Muhamad, que luego mandó que le crucificasen, y así fue ejecutado al momento, y espiró clavado en un palo Abderahman el hijo del grande Almanzor, el hermano del insigne Abdelmelic Almudafar: y todavía hay quien confie en el ingrato y variable pueblo. Fue su muerte dia mártes infausto á diez y ocho de la luna de giumada (1) postrera del año trescientos noventa y nueve, á los cuatro meses de su gobierno. En el momento fue vituperado el triste, que pocos dias antes era admirado y bendecido del pueblo: sus bienes fueron aplicados al fisco, su nombre no se mencionaba sino con apodos de menosprecio y le llamaban Sanchuelo: sus amigos no osaban parecer en público temerosos del inquieto vulgo.

Muhamad Abdelgiabar, despreciando á los Alameries, que no eran pocos, ni gente obscura, aprovechando la ocasion del favor popular, y á peticion de los de su bando, hizo que el rey Hixem le nombrase su primer hagib. Para congraciarse con el pueblo de Cór-

(1) Homaidi dice fue crucificado en la luna de regeb, esto es, en el mes siguiente; pero las fechas de los sucesos posteriores, confirman lo que asignan otros fidedignos escritores.

doba, sabiendo que la guardia de zenetes africanos eran aborrecidos de la multitud, ordenó que saliesen del alcázar y de la ciudad. Esta providencia le concitó el odio de estas tropas y de sus caudillos que eran de la principal nobleza de Africa. Hizo presidente del consejo de estado á Chalaf ben Meruan ben Omeya ben Haiwat, conocido por el Sahari de Sahara Kaywat, que era pueblo de su visabuelo en Algarbe de España, era cadi de Toledo, cargo que le dió Almudafar despues de sus viages á Oriente, y habia renunciado su empleo despues de la muerte de aquel hagib, y del wali de aquella ciudad Abdala ben Abdelaziz: fue propuesto para esta presidencia del mesuar por el cadi de la alajma de Córdoba Aben Dhacuen. Hizo así mismo walilcoda ó justicia mayor de la Algarbia de Córdoba al cadi Ahmed ben Abderahman ben Said el Huzami, hombre muy popular y de gran mérito por su virtud y sabiduría. Dió á su hijo Obeidala el gobierno de Toledo, y envió con él á su favorecido Suleiman ben Muhamah ben Batal, llamado Abu Ayub de Badalyox, célebre por sus poesías y su ingenio. Cuidó el hagib Muhamad de apartar del rey Hixem todas las personas de su íntimo servicio y confianza, y puso otras de su bando. Pocos dias despues por echar el resto al juego de su fortuna, divulgó que el rey Hixem estaba enfermo de grave dolencia: cuando vió el poco interés que el pueblo manifestaba en la peligrosa situacion del rey, y que los walíes wazires y alcatibes no dudaban que el seria el futuro sucesor del trono trató de asesinar al rey Hixem: pero Wadha el Alameri que era camarero del rey y le amaba, con mucha prudencia y valor le disuadió, diciéndole que para lograr lo que pretendia no era necesario quitar la vida al pobre rey, que retirado y oculto y bien guardado no estorbaria sus intentos: que á este fin podia tomar todas las segurida-

des conducentes, y él mismo le propondria lo que creyese mas oportuno. Persuadióse Muhamad, y de acuerdo con el eslabo Wadha le encerraron con gran secreto confiando su guarda á persona de íntima confianza. Dicen que le pusieron en casa del wazir Husein ben Hay, que buscaron un hombre muy semejante en edad, estatura y fisonomía al rey Hixem, que le arrebataron una noche y le ahogaron y colocado en el lecho del rey se divulgó la grave enfermedad, y como si fuese de su órden se celebró la declaracion y jura de futuro sucesor á su hagib Muhamad ben Hixem ben Abdelgiabar. Se congregaron los walíes y wazires y se publicó esta declaracion, y pocas horas despues la nueva del fallecimiento del rey Hixem. Pusieron en su ferétro al supuesto Hixem y fue enterrado con gran pompa y le pusieron su sepulcro en el primer patio del alcázar: esto en el dia veinte y cinco de giumada postrera del mismo año.

CAPITULO XX.

Del reinado de Muhamad el Mohdi Bila.

En el mismo dia fue aclamado rey en Córdoba Muhamad ben Hixem ben Abdelgiabar ben Abderahman Anasir, se intituló el Mohdi (1) Bila, se hizo oracion por él en todos los alminbares de España, y se acuñó

(1) El Mohdi, es decir el tranquilizador, el conciliador de los ánimos desavenidos, aunque los sucesos no correspondieron á las esperanzas de este nombre.

moneda en su nombre. Entronizado por estos medios hizo cumplir con mucho rigor la órden que habia dado para que saliesen de Córdoba todos los africanos de la guardia. Ofendidos los caudillos de esta resolucion se confabularon y convinieron en resistir la providencia á todo riesgo, tomaron las armas y el capitan de ellos Hixem Raxid ben Suleiman ben Abderahman Anasir animó á sus zenetes y berberíes á oponerse abiertamente á las órdenes del nuevo rey, tratándole de pérfido y asesino de su soberano. Fueron los conjurados á cercar el alcázar, pidiendo la cabeza del injusto usurpador del trono. Muhamad con mucho valor salió contra los conjurados con sus guardias de andaluces y se trabó sangrienta batalla entre ambos partidos: el pueblo acudió en inmensa turba contra los africanos, y les fue forzoso retirarse haciendo gran matanza en la gente de la ciudad que con mas ardor que inteligencia se ofrecia á la desigual pelea: duró esta aquella tarde, gran parte de la noche, y se renovó al alba del siguiente dia. Los africanos fueron forzados á dejar sus cuarteles y salir de la ciudad peleando con mucho valor conteniendo á la multitud que intentaba atropellarlos. En esta peligrosa retirada el esforzado caudillo de los africanos Hixem ben Suleiman cayó herido con su caballo entre un tropel de caballeros andaluces, y le llevaron preso á la presencia de Muhamad, que mandó cortarle luego la cabeza, y arrojarla por el muro á los africanos que ya habian salido de la ciudad. Cuando vieron la desgracia de su caudillo, bramando sedientos de sangre y de venganza, eligieron por su caudillo y terrible vengador á Suleiman ben Alhakem ben Suleiman ben Anasir, primo del sin ventura ben Suleiman Anasir: este caudillo considerando que sus fuerzas no bastaban para mantener cercada la ciudad, y resistir á los de Muhamad, levantó el campo juéves dia cinco de jawal

de este año trescientos noventa y nueve. Dice Homaidi que antes de partir entró por fuerza en Córdoba el dia seis de jawal, y luego se vió forzado á salir de ella y partió á las fronteras de Galicia, y concertó con el conde Sancho, rey de los Cristianos, que le ofrecia su amistad y le daria ciertas fortalezas de aquella frontera si le ayudaba contra Muhamad que se llamaba rey de Córdoba.

Otorgadas sus avenencias, vino Suleiman con ayuda de caballeros Cristianos, gente muy escogida, á las cercanías de Córdoba. Muhamad luego supo la venida de estas huestes, y salió con muy poderoso ejército contra ellas, y á mediados de la luna de rebie primera del año cuatrocientos se encontraron en Gebal Quintos, y trabaron cruel batalla que principiaron los Andaluces con su caballería. La pelea fue atroz, y en pocas horas quedaron tendidos en el campo veinte mil Cordobeses entre muertos y heridos. Cuenta Hayan que en esta batalla hubo de morir Abu Otman ben Algezar de Córdoba, que entró en la pelea, y no pareció despues vivo ni muerto, dice que la batalla fue en dia sabado á mediados de rebie primera: y lo mismo acaeció en ella al wazir Ali ben Fath de Córdoba, insigne poeta, que nunca mas pareció. Huyó Muhamad con las reliquias de su hueste atravesó los montes y pasó á los campos de Calatrava, y á tierra de Toledo donde era wali su hijo Obeidala: por medio de este buscó tambien el auxilio de los Cristianos de España oriental, y concertó por dinero que le ayudase el conde Bermond y el conde Armengudi, y vinieron en su ayuda con sus gentes estos esforzados caudillos de Afranc. Detúvose Muhamad en Toledo en estas negociaciones mas de seis meses.

CAPITULO XXI.

De Suleiman Almostain Bila.

Suleiman despues de la venturosa y sangrienta batalla de Quintos pasó con su ejército vencedor á Córdoba: los de la ciudad querian oponerse á su entrada; pero por consejo de Wadha el Alameri se abrieron las puertas al vencedor. Suleiman, desconfiando con razon de los vecinos de la gran ciudad, así por la enemistad antigua con sus Africanos, como por el terror y odio que habia producido la reciente matanza de Gebal Quintos, y por causa de sus auxiliares Cristianos, acordó con el mismo eslabo Wadha que mantuviese la ciudad en quietud pretestando que no entraba por no molestar al vecindario con tan desagradables huéspedes, y con otras escusas aparentes de conveniencia. Estuvo con sus huestes en las cercanías hasta el dia quince de rebie postrera del año cuatrocientos, en este dia entró en Córdoba con su caballería africana y fue aclamado Suleiman y apellidado Almostain Bila. En este mismo tiempo fue despedazado por el populacho de Malaga Chalaf ben Mesaudi el Havawi, llamado Aben Omaina, que en varias partes de Andalucía el pueblo se levantó contra los Africanos, que Chalaf les pidió que le dejasen hacer su oracion con dos postraciones, y que se lo permitieron, y antes que la acabara le rompieron la cabeza con una piedra: así lo cuenta Hayan.

Pasaba Suleiman lo mas del tiempo en Zahra y allí tenia sus auxiliares. Mudó los alcaides de algunas fortalezas, y puso otros de su confianza: visitaba las ciudades, y hacia justicia en ellas, y estaba en continua agitacion, y siempre desconfiado de la gente de Córdoba. Seguian su bando todos los pueblos de las fronteras y tierra de Toledo, y desde Tortosa en oriente de España hasta Alisbona en su occidente. Entre los caba lleros de su guardia africana estaban dos ilustres caudillos muy mozos llamados Ali ben Hamud, y Alcasim ben Hamud ben Meruan, ambos hermanos y de la familia real de los Edrises, á estos puso en los gobiernos de Algezira Alhadra al menor, y en el de Cebta y de Tanja al mayor, y así en otras ciudades á otros caudillos de su parcialidad.

Por suscitar discordia entre los Africanos hubo quien propuso á Meruan, primo de Suleiman, que se alzara contra él que ellos le ayudarían, y que toda la tierra estaria en su favor por ser Suleiman tan aborrecido. Entendió Suleiman estas conjuraciones, las averiguó y cortó las cabezas á cincuenta de los principales sediciosos: á su primo Meruan puso en una torre. Se indispuso Suleiman con los eslabos, porque estos maliciosamente le propusieron que degollase á los Cristianos, y ganaria el amor y confianza de los pueblos de Andalucía, que al fin eran sus naturales enemigos: pero Suleiman afeó sus propuestas, y dijo que no podia ni queria faltar á nadie al seguro y palabra dada, y mucho menos á los que tan bien le habian ayudado; pero rezelando, que contra su voluntad, los suyos instigados de facciosos los ofendiesen, los despidió con muchas dádivas y mayores promesas. Tambien resistió Suleiman á las insinuaciones y porfiados ruegos de Wadha el Alameri, que le descubrió el secreto de la vida del rey Hixem, y le aconsejaba que le manifestase al

pueblo, y le colocase en el trono, en lo que ganaria la afeccion de todos los buenos Muslimes, dicen que Suleiman le respondió: Wadha, mucho lo deseo, pero no es tiempo de ponernos en tan débiles manos: dejale estar, que ya llegará su hora: y solo mudó de lugar y carcelero.

En esto vino nueva de la llegada de Muhamad con escogida gente de tierra de Toledo, Valencia y Murcia y de los Cristianos de España oriental: era la hueste de Muhamad de treinta mil Muslimes, y nueve mil Cristianos. Luego partió Suleiman con su caballería africana y sus gentes de Algarbe y de Mérida, y aunque el número de sus enemigos era casi doble que los de su ejército, habiéndolos encontrado á diez millas de Córdoba les acometió con su acostumbrada intrepidez en un campo llamado Acbat al bacar, y pelearon con mucho valor sus gentes todo el dia; pero á la caida del sol cedieron campo á las numerosas tropas de Muhamad, y favorecidos los de Suleiman de la venida de la noche dejaron el campo de batalla y huyeron á Zahra, que no osó Suleiman entrar en Córdoba. Rocogió los tesoros que allí habia, y los Africanos, que no pensaban quedar mas tiempo en Andalucía, robaron contra la voluntad de Suleiman el alcázar y la principal mezquita, y se llevaron lámparas de oro y plata, cadenas y coronas preciosas, y ricos paños y pedrería de algunas casas principales. Lo que estos no pudieron llevar lo robaron despues los de Muhamad y los Cordobeses que entraron en aquellos alcázares. Suleiman á largas jornadas se retiraba hácia Algezira Alhadra con ánimo de pasar en Africa. En esta sangrienta batalla de Acbat albacar murió peleando al lado de Suleiman ben Alhakem el noble y virtuoso caballero Aboala ben Ahmed ben Kindi de Córdoba, el conocido por el Taital, tambien murió peleando al lado de Suleiman

el Mocri de la aljama de Córdoba Suleiman ben Hixem ben Walid ben Colaib, y Ahmed ben Beril con su señor el Mocri Aben el Camer. Esto era el año cuatrocientos, y tambien murió en aquella batalla Abdala ben Abdelaziz de Córdoba cadi de Elbira, y el ingenioso poeta Muhamad ben Mesoadi el Bacheni, que fue tan favorecido de los reyes de este tiempo, y sus graciosas poesías las delicias de Andalucía: venia en la hueste de Muhamad, y esta sangrienta batalla de Acbatalbacar y el año cuatrocientos se llamaron el año de los Francos por los que vinieron en aquella hueste.

CAPITULO XXII.

De la batalla de Guadiaro, y muerte de Muhamad.

Muhamad entró en Córdoba despues de su victoria y fué recibido en ella con aclamaciones de triunfo, llamándole el pueblo su vengador y libertador. Nombró al eslabo Wahda el Alameri hagib de su casa por las confianzas que le merecia: no se detuvo en Córdoba mas de dos dias, y partió con toda su gente siguiendo el alcance de los Africanos. Estaban estos acampados en las riberas del Wadiaro en campos de Algezira. Con el orgullo de la pasada victoria Muhamad les acometió sin dar tiempo al descanso de sus tropas: esto hizo mas venturosa la suerte de Suleiman que viendo esta ocasion de venganza, y de probar fortuna animó á sus Africanos, diciéndoles: forzados estamos á pelear hasta vencer ó morir: no hay otra esperanza que la de

nuestras espadas, y así antes de rendir el cuello á nuestros enemigos morir vengados. Ordenó sus haces y acometieron con desesperado ánimo: los de Muhamad pelearon con mucha constancia, pero no pudieron resistir el ímpetu de los caballos africanos mas descansados que los suyos. Así fue que Suleiman rompió y desbarató la hueste de Muhamad, que volvió brida y huyó esparcida hácia Córdoba. Suleiman siguió el alcance hasta las cercanías de la ciudad, y Muhamad entró en ella con pocos de su guardia, y pocos dias despues llegaron sus fugitivas tropas y auxiliares Cristianos. Muhamad para defenderse fortificó los muros de Córdoba, y reparó sus torres, y abrió un profundo foso al contorno de la ciudad. El eslabo Wadna su hagib era toda su confianza, y mandaba con absoluto poder en todo: los vecinos trabajaban de dia y de noche en las fortificaciones: los principales cargos se daban á los eslabos y alameríes por el hagib Wadha, el rey Muhamad no osaba oponerse á sus propuestas. Los sabios y la gente principal estaban descontentos de la prepotencia de los eslabos; la gente menuda cansada de las fatigas continuas que la oprimian, y los eslabos que seguian el aire de la fortuna, que ya era contraria á Muhamad, le principiaron á hacer odioso. Le aconsejaron que hiciese salir de Córdoba á muchos principales jeques y wazires con pretestos de discursos sediosos, de supuestas conjuras, y de desafectos á su bando. En la luna dilcada de este año cuatrocientos falleció en Córdoba Suleiman ben Abdelgafir Bengmel el Omeya, el Firexi, hombre de santa vida, y esforzado frontero en su mocedad; estaba ya ciego de viejo y de llorar por temor de Dios: habia nacido el año trescientos y uno, y tenia ya noventa y ocho años y medio, poco mas: fué su entierro mas acompañado y llorado de los pobres. Cuenta Abu Hayan que murió dia domingo, siete dias por

andar de la luna de dilcada, que fue enterrado lunes siguiente en Macbora del arrabal despues de azala alasar : que el acompañamiento fue muy grande, que no se vió otro igual en Córdoba : que asistió con los principales del estado el califa Muhamad ben Hixem el Mondi, que hizo oracion por él, y fue asesinado diez y nueve dias despues, Dios le haya perdonado. Al mismo tiempo persuadieron al caudillo de los Cristianos Armengudi que sacase sus gentes de Córdoba, porque el rey Muhamad trataba de faltarles al seguro y con pretexto de revuelta popular desarmarlos y quitarles la vida. El Cristiano sin despreciar este aviso, á pesar de las protextas y seguridades de Muhamad se despidió con varias escusas y partió á su tierra, con cartas para Obeidala el wali de Toledo para que allegase sus gentes y sin dilacion viniese á socorrer á Córdoba que estaba cercada de los Africanos. Escribió tambien á los walíes de Mérida y de Zaragoza, y á los alcaides de las fronteras; pero todos se escusaban, y el pueblo estaba persuadido que sus cosas iban mal por haberse aliado con infieles, y en todas partes le vituperaban por esto. La estimacion y amor del pueblo va al aire de la fortuna, no abona ni califica las acciones sino por los sucesos, el malvado que vence es un héroe; el hombre justo y bueno vencido es un infame y digno de un patíbulo.

Los Africanos llegaban con sus algaras á las alturas ó Alxarafes de Córdoba, muchos vecinos principales desaparecian de la ciudad, y se pasaban al campo de Suleiman. Muhamad veia que la fortuna le abandonaba, que cuanto su partido se disminuia, el de su enemigo se acrecentaba, que su misma guardia estaba dividida y en discordia. En esta ocasion, en que falto de consejo no sabia que hacer ni á quien acudir, el eslabo Wadha Alameri aprovechó esta ocasion, le aumen-

tó el temor y la desconfianza de sus guardias, le insinuó sospechas y secretas conjuraciones, y en fin, á persuacion de este hagib, como el absoluto dueño de Córdoba, sin esperar especial mandato de Muhamad, sacaron al escondido rey Hixem el Muyad de su prision dia domingo siete de la luna de dilhagia año cuatrocientos, y le presentaron al pueblo en la Macsura de la grande aljama. Toda la ciudad se conmovió al oir que su rey Hixem vivia, y al verle, á todos parecia un sueño cuanto por ellos pasaba. Acudió inmenso gentío delante de la mezquita, y el eslabo Wadha les presentó su rey, y le aclamaron con las mas sínceras demostraciones de alegría: y le acompañaron con estruendosa algazara á su alcázar. Muhamad confiado en los eslabos se ocultó en el alcázar; pero el dia de la pascua de las víctimas á diez de dilhagia el eslabo Anbaro le presentó á los pies del trono del rey Hixem, que poco antes habia ocupado. Le reprendió el rey con aspereza su deslealtad, y le dijo: ahora gustarás el amargo fruto de tu desmedida ambicion, y mandó que allí le cortaran la cabeza, y un wazir la llevó por las calles en la punta de su lanza corriendo á caballo. El cuerpo fue arrojado en la plaza y despedazado, y á los tres dias lo enterraron en el patio de una mezquita. Mandó el rey que enviasen la cabeza de Muhamad á su rival Suleiman que estaba en Citawa, creyendo el rey Hixem que este escarmiento le intimidase y pusiese en su obediencia. Fue el mando de Muhamad desde que se levantó hasta que fue descabezado diez y seis meses, de esta suma los seis meses estubo Suleiman en Córdoba y sus cercanías, y Muhamad estuvo en Toledo y en sus fronteras: se le apellidó el Mohdi, y despues de la batalla de Acbat albocar Adafir, y comunmente Abul Walid, la madre que le parió se llamaba Mozna: tuvo un hijo llamado Abdala que murió antes que él, y no dejó su-

cesion: habia nacido el año trescientos sesenta y seis.

Recibió Suleiman la cabeza de Muhamad como un precioso presente, y sabiendo los preparativos de Obeidala en Toledo para venir contra él, tomó ocasion de este suceso para suscitar este nuevo enemigo al rey Hixem y á sus Cordobeses, y la canforó y envió á Obeidala esta cabeza y diez mil mictales de oro, y le escribió lo que pasaba en Córdoba, diciendole así paga el rey Hixem á los que le sirven y le restituyen el trono: esa es la cabeza de Muhamad tu padre, guardate de caer en manos de este ingrato y cruel tirano, si deseas tu seguridad y venganza será tu compañero Suleiman. Recibió Obeidala la cabeza y tan infaustas nuevas, y se llenó de pesar, y la carta causó en su ánimo el efecto que Suleiman esperaba. Enterró con gran pompa la cabeza en el patio de la mezquita mayor, y escribió á Suleiman sus cartas de amistad y de odio eterno al rey Hixem.

En el dia siete de la luna de giumada primera falleció en Córdoba el sabio Ahmed ben Abdelmelic ben Haxem cadi de aljama, presenció su entierro en Macbora ó cementerio Coraixi el hagib del rey Hixem Wadha, oró por el cadi Abu Becri ben Wafid, le lavó Abu Omar ben Afif, y estuvo en él toda la ciudad. Este año cuatrocientos y uno, en esta misma luna dia jueves por la noche, diez dias por andar de ella, falleció Yahye ben Amer ben Huscin ben Nabil de Córdoba, hombre sabio que habia viagado á oriente; y fue del consejo de estado por el cadi Abul Abes ben Dhacuen, fue enterrado con gran pompa despues de azala de alazar en Macbora Farenic.

CAPITULO XXIII.

De otros sucesos del cerco de Córdoba, y entrada de Wadha en Toledo, y de Suleiman en Córdoba.

Confirmó el rey Hixem en el cargo de hagib al eslabo Wadha, este caudillo hizo algunas salidas venturosas contra los Africanos de Suleiman, y sabiendo que el wali de Toledo venia á unirse con escogida gente á los de Suleiman, dejando el mando de la gente de Córdoba á los caudillos eslabos Zahor y Anbaro partió á tierra de Toledo con una buena compañía de caballos, y al mismo tiempo solicitó auxilios de las fronteras de Castilla, y del rey de los Cristianos. Este le respondió que Suleiman le daba seis fortalezas en su frontera porque le ayudase, pero que si le diese otras, mas queria ayudar al rey Hixem que al rebelde Suleiman. El eslabo Wadha sin esperar la voluntad del rey se concertó con el infiel y luego vinieron contra la tierra de Toledo, y como Obeidala hubiese ya salido de aquella ciudad, Wadha con secretas inteligencias ocupó la ciudad. Obeidala con noticia de este desman volvió á buscar á sus enemigos, y en cercanías de Maqueda encontró la hueste de Wadha y sus auxiliares los Cristianos: trabaron sangrienta batalla, y fueron vencidos los de Obeidala, y huyeron hácia Córdoba, y fueron alcanzados muchos caballeros con el wali Obeidala, y entre otros Muhamad ben Teman, y Ahmed ben Muhmad ben Wasim de Toledo, caballero principal y muy eru-

dito. Este fue puesto en una cruz, y en ella repetia la sura Yax, y los soldados le hirieron la cara con sus venablos, y cayó del palo, y quedó pendiente de la cintura: y así murió en la luna de reyeb de este año cuatrocientos y uno, segun cuenta Hayan, ó en jaban del mismo año. El wali Obeidala entró en Córdoba á buen recaudo, y luego mandó el rey Hixem descabezarle. Estaba este wali en la flor de su edad, y cuando el pueblo entendió que habia sido preso en pelea contra Cristianos se vituperó al hagib Wadha, y se murmuró del rey y de sus caudillos, llamándolos hereges y malos muslimes. El hagib Wadha encargó el gobierno de Toledo á Abu Ismail Dilnun, jeque muy poderoso y noble en aquella ciudad, que con su autoridad y riquezas habia facilitado su entrada en Toledo. Luego se vino á Córdoba muy contento de estos sucesos, y despidió á los Cristianos dándoles grandes dádivas y promesas. Recibióle el rey Hixem con mucha honra y le concedió para sus eslavos y alameríes, alcaidías y tenencias perpetuas en la parte meridional de España: los gobiernos de Tadmir, Cartagena, Alalfe, Lecant, Almería, Denia, Játiva y otras, y confirmó en otras á los que las tenian.

Suleiman con sus Africanos talaba los campos de Ecija, Carmona y otras poblaciones de las orillas de Guadalquivir y cercanías de Córdoba. El agib Wadha mandó á los caudillos Zahor y Anbaro salir contra los Africanos, que pelearon con varia fortuna, y lograron arredrarlos hácia los montes; y esto dió algun desahogo á la ciudad, en la cual se sentia gran falta de provisiones, habia hambre entre la gente pobre, y se excitó peste, y todos temian la infeccion y contagio. En este año cuatrocientos y uno, dia jueves, siete dias por andar de la luna dilcada, falleció el hafiz Obeidala, el

Moaiti (1) de Córdoba, apellidado Abu Meruan. Fue enterrado en el arrabal, oró por él su tio Obeidala ben Abdala, por comision del cadi Ben Wefid: era este hafiz de la misma noble prosapia de Omaya ben Abd Shems.

En este año cuatrocientos y uno, dia domingo, once de la luna dilcada falleció Ahmed ben Ali Arabai el Begani, lector que habia sido de la aljama de Córdoba. Almanzor le encargó la instruccion de su hijo Abderahman, y despues le hizo cadi y el rey Hixem acababa de hacerle del consejo de estado, y socio del cadi Abu Becri ben Wefid, habia nacido el año trescientos cuarenta y cinco. Tambien falleció en Córdoba, en la noche del miércoles al jueves, cuatro dias antes de acabar la luna dilcada del referido año el noble caballero Admed ben Muhamad ben Admed ben Said, conocido por Aben Gezir el Omaya. Habia sido alcatib del cadi Mondhir el Boluti, y su teniente del zoco: murió de peste en su palacio Moqueiz donde moraba: fue su féretro acompañado de toda la nobleza. Al principio de esta misma luna habia muerto el prefecto de los arquitectos de la aljama y de la casa real de Córdoba Abdala ben Said ben Muhamad ben Batri; era sahib jarta de la ciudad y de sus comarcas, fue muy sabio y estimado de los reyes.

Sabia Suleiman el estado de las cosas en Córdoba, y el descontento de los nobles por la prepotencia de los eslabos y alameríes, y que el rey desconfiaba de sus parientes y de sus mas leales servidores. Por no perder tan favorable ocasion escribió á los walíes de Calatrava, de Wadalhajara y de Medina Selim y al de Zaragoza, que si le ayudaban contra los Eslabos que tiranizaban á Córdoba y otras ciudades, ellos tendrian

(1) Cuentan los genealogistas Arabes de esta casa Moaiti hasta diez y seis abuelos en línea recta, sin intervalo ni falta alguna.

por juro de heredad sus gobiernos y alcaidías. Convinieron estos walíes con Suleiman y le enviaron sus banderas con gente de á pie y de á caballo. Cuando Wadha el hagib supo que venian contra ellos los walíes de España oriental dió cuenta al rey Hixem de estas asonadas de guerra y grandes movimientos de las provincias, y persuadió al rey que escribiese unas cartas para Ali ben Hamud, el wali de Cebta y Tanja, y para su hermano Alcasim ben Hamud el wali de Algecira Alhadra y de Málaga: que sabia que estaban desavenidos con Suleiman: ofrecíales grandes partidos si venian con todo su poder en su ayuda, y aun les decia que si la fortuna les fuese venturosa, haria al mayor de ellos sucesor futuro del trono. Escritas las cartas, el hagib no las envió, y las guardó para otra ocasion mas oportuna, tal vez desconfiando entonces de aquel recurso.

Pasó el año cuatrocientos y dos, sufriendo la tierra de Andalucía los estragos de la peste y las molestias y aflicciones de la guerra civil. Faltaban en Córdoba las provisiones, cundian los males y el general descontento se aumentaba. El pueblo, que siempre murmura del gobierno, en estos apuros y calamidades viene á ser insolente y furioso. Los vecinos que podian se retiraban de Córdoba, y se huian á las sierras y poblaciones cortar. Por medio de estos mantenia Suleiman inteligencias con algunos vecinos, y de estos cuentan que fue tambien el hagib Wadha el Eslabo, lo que parece increible. Avisaron al rey Hixem que su hagib comunicaba con los enemigos, que meditaba entregarles la ciudad. El rey lo creia todo y de todo temia: mandó prender al leal hagib y le mandó cortar la cabeza por haberle hallado las cartas que el rey habia escrito para los de Beni Hamud, y en una hora de cólera desgraciada, olvidó los buenos servicios de muchos años. Nom-

bró el rey Hixem por su hagib al gobernador de Almería Hairan, caudillo de mucho valor y prudencia, el mas á propósito para salvar al rey Hixem si su fortuna no hubiese ya llegado al último plazo. Era Hairan de los eslabos alameríes, y fue el último que le sirvió. Algasenia, célebre poetisa de Bagena, hizo una larga casida de elegantes versos, en elogio de Hairan, señor de Almería y hagib del rey Hixem, que se la presentó en este tiempo y fue muy aplaudida de los buenos ingenios de entonces. Era benigno y generoso, y pudo contener algunas órdenes tiránicas del rey, que desconfiaba de todos los principales de la ciudad, y no permitia que se juntasen sino en las mezquitas, sospechando conjuras en las mas inocentes reuniones de los vecinos. Esta pública opresion y general descontento favorecia á Suleiman que estaba ya en Zahra con numerosa hueste, y puso á la ciudad riguroso cerco. Hairan animó á sus guardias y á la gente del pueblo para defender al rey y á la ciudad, pero sus exhortaciones y esfuerzos aprovecharon poco: hizo por su parte como buen caudillo, pero no se conserva una ciudad que no quiere guardarse. En tanto que Hairan con sus guardias peleaba en rechazar á los Africanos que allanaban el foso por las puertas de la axarquia, los descontentos en la ciudad peleaban con las tropas fieles al rey que defendian la segunda puerta. Avisaron al hagib Hairan de este alboroto, y fue forzoso acudir á contener este peligroso desórden y reprimir á los desmandados. Cuando llegó Hairan ya habian dado entrada á los enemigos: corrió este caudillo con sus tropas y vecinos fieles á oponerse al paso, y se renovó una sangrienta pelea que duró gran parte del dia; los enemigos se apoderaron de todas las torres y fortalezas de la ciudad: el esforzado Hairan cayó herido entre los mas leales y valientes caballeros de Córdoba que defendieron

hasta morir la entrada. Los Africanos hicieron cruel matanza en el pueblo, y ellos y sus auxiliares saquearon por tres dias la ciudad sin perdonar á los de ningun partido: el docto y elocuente orador Muhamed Casim el Halati fue degollado con inhumanidad en su propia casa: y Chalaf ben Salema ben Chamis de Córdoba, uno de los odules ó jurados de la ciudad, fue degollado en su casa, y enterrado sin compañía ni oracion en la macbora de Ben Abas. Fue este dia despedazado en su casa Abu Salema el Zahid, imam de la mezquita Ain Tar, y el sabio Ayub Ruch Bono, y Said ben Mondir, hijo del cadi de aljama, fue cruelmente muerto: y Muhamad ben Abi Siar, eslabo de la guardia de Hixem pereció despedazado en su casa: la misma suerte tuvo Abdala ben Husein llamado el Garbali, sabio arquitecto de Córdoba, que habia construido en ella muchos reales edificios, y otras muchas obras de utilidad pública: le despedazaron los bárbaros en esta su horrible entrada en Córdoba, dia lunes seis de la luna de jawa del año cuatrocientos y tres, y cuenta el Badalyosi que estuvo tres dias sin enterrar, que al fin lo llevaron á Nacbora Om Salema, y se le enterró sin lavar, sin amortajar, ni oraciones por la gran confusion y afliccion de las gentes que en estos dias de juicio sufrieron saqueos y violencias de toda especie.

En el dia mismo de la entrada se apoderó Suleiman del alcázar en cuyas puertas cayó herido el hagib Hairan Alameri, y quedó cubierto de cadáveres de otros esforzados y nobles caballeros. Hairan volvió en sí en la obscuridad de la noche, las tropas todas entregadas al robo, no pudieron estorbarle, anduvo buscando la casa de algun vecino que le acogiese, huyendo de los soldados que en tropas corrian por la ciudad, y en casa de un pobre y honrado vecino fue amparado, y allí desconocido curó de sus heridas. Fue aclamado Sulei-

man con el título de Adofar Bihulala. Los eslabos y otros honrados servidores del rey Hixem suplicaron por él á Suleiman: lo que hizo de él se ignora, pues nunca mas pareció vivo ni muerto, ni dejó sucesion, sino de calamidades y discordia civil. Los bárbaros asesinaron en sus casas á muchos nobles jeques, y entre otros al eslabo Muhamad ben Zeyad que habia sido gran privado del rey: atropellaron los haremes de los principales señores de Córdoba, y esto los hizo mas odiosos que todas sus crueldades.

CAPITULO XXIV.

Del gobierno del rey Suleiman, y nueva guerra civil y otros sucesos.

Sosegadas las cosas de Córdoba, despidió á los auxiliares, confirmaron sus avenencias, y partieron á sus provincias. Depuso Suleiman á muchos alameríes de sus cargos y gobiernos y los dió á los jeques y caudillos de sus alcabilas de Africanos. Hizo venir á Córdoba á su padre Alhakem que habia sido wali de Cebta en tiempo del rey Hixem, y estaba retirado del mundo en una soledad: puso por su wacir en Sevilla á su hermano Abderahman: confirmó en su destino de cadi de Cebta su patria á Jusuf ben Hamud el Sadfi, varon insigne por su ingenio y erudicion, tenia un huerto que cultivaba por sus manos y en él habia toda especie de plantas. Al hagib Almanzor Abu Mozni Zawi ben Zeiriben Menad de Sanhaga le dió el gobierno de

Garnata: en premio de sus servicios dió al caudillo Abu Giafar Ahmed ben Said, conocido por Arab, la ciudad de Santamaria de Algarbe puerto de Ocsonoba sobre la costa del mar Océano occidental A todos sus secuaces hizo mercedes y dió posesiones y tenencias por juro de heredad (1) con reconocimiento de homenage, fidelidad y obediencia, y venir á su servicio cuando los llamase. Componian estos Africanos seis alcabilas ó tribus, y el rey dió á cada una ciertos lugares.

En el año de cuatrocientos y cuatro Aslao ben Raziu pobló y reedificó el fuerte y la puebla de Santamaria de Oriente, que de su nombre se llamó Santamaria de Aben Razin. Raxid ben Ibrahim de Córdoba, hombre sabio y principal, que vivia en la gran plaza y asistia en la mezquita Lait, salió huyendo de los bárbaros al Guf y le asesinaron en el camino. El eslabo Hairan, curado de sus heridas salió secretamente de Córdoba, y se amparó en Auriola en casa de sus amigos y parciales, y auxiliado de ellos con gentes y muchas riquezas, logró entrar en su ciudad de Almería. Su nuevo wali Alafia resistió la entrada en su alcázar veinte dias; pero fue ocupado por fuerza, y arrojaron al mar al infeliz caudillo con sus hijos. En el año cuatrocientos y cinco pasó Hairan desde Almería á Cebta, donde era señor Ali ben Hamud, y le persuadió que allegase sus gentes y viniese á España, y unido con él y con su hermano Alcasim ben Hamud, señor de Algecira Alhadra, y con ayuda de otros alameríes, alcaides de las fortalezas de la parte meridional de España, lograrian echar de Córdoba á Suleiman ben Alhakem, que reinaba en ella contra la voluntad de los

(1) Estas enagenaciones perpétuas de los gobiernos de ciudades y provincias, disminuyendo la soberanía, dieron principio á la division, decadencia y ruina del Estado; pero estaban en uso en estos tiempos en toda Europa.

Andaluces. Le habló del infeliz rey Hixem, y de las cartas que les habia escrito para que fuesen en su ayuda, y como en ellas les ofrecia la sucesion del trono: tratando todo esto Hairan como quien tan bien lo sabia. Y como si todavía el triste rey viviera encerrado, cuando ya nada esperaba ni temia, le ponderó el peligro grande en que estaba en manos de tan cruel enemigo, y en su nombre le rogaba, que ya que no llegasen á tiempo para librarle de la muerte oscura que sus enemigos le darian, que á lo menos tomasen á su cargo la venganza de su sangre, que por otra parte les tocaba como descendientes de una misma ilustre prosapia. Encendido el noble caudillo Ali ben Hamud en deseos de venganza por gratitud al rey Hixem, porque de su natural condicion era compasivo y generoso, propuso en su ánimo auxiliar al rey Hixem, y cuando otra cosa no pudiese, vengar su inocente sangre. Concertaron sus intentos y escribió con Hairan á su hermano Alcasim ben Hamud para que uniese sus tropas con los alameríes de Andalucía para socorrer al oprimido rey Hixem. Partió Hairan á Algezira Alhadra: al tiempo de su desembarco el célebre poeta Abu Amer ben Deragle presentó una casida de versos muy elegantes, y Hairan le dió ciento y cincuenta mictales de oro. Alcasim entró en la alianza con todas sus fuerzas: Ali hizo pasar sus gentes de Cebta y Tanja á Málaga, y aunque el alcaide de aquella ciudad Amer ben Feth quiso oponerse, á su pesar los de Ali se apoderaron de la ciudad, y divulgaron su empresa de restituir al trono de España su legítimo rey Hixem ben Alhakem ben Abderahman Anasir. Los alameríes convinieron todos en ser acaudillados del insigne Ali ben Hamud, y reunieron sus banderas con esperanzas de hacer una guerra venturosa. Todos los pueblos se conmovieron, esparciéndose por toda España las voces y asonadas de esta famosa empresa.

En este tiempo unos vecinos de Alisbona, en número ochenta hombres, amigos entre sí, y de una alcabila, se embarcaron á buscar nuevas tierras en lo interior del Océano Atlántico; pero no pudieron pasar de unas islas en que fueron embestidos de una infinita multitud de azores, y se volvieron contando cosas maravillosas de su viage; y fueron llamados los emprendedores, y dieron nombre á la calle en que moraban en Alisbona, que en adelante se llamó calle de Almogáwares.

Cuenta Jerif Edris, que de Medina Alisbona fue la salida de los Almogáwares en naves al mar Océano, para reconocer lo que en él hubiese; por eso en Medina Alisbona el sitio cercano de Alhama Darab se llamó por ellos la calle de los Almogáwares, hasta estos ultimos tiempos. Acaeció que se juntaron ocho varones; todos primos hermanos, y aderezaron una nave de carga, y pusieron en ella agua y bastantes provisiones para algunos meses: se dieron al mar á los primeros soplos del viento oriental, y como hubiesen navegado casi once dias, llegaron á un parage de mar de gruesas corrientes y oscuras aguas y poca claridad. Ellos entonces temieron y volvieron sus velas á otra mano, y surcando el mar á la parte meridional doce dias, salieron á la Isla de los ganados, por los que sin cuento bagaban en rebaños á todas partes, sin pastor ni persona que les cuidase. Acercaronse á la isla, y saltaron en ella, y encontraron una fuente de agua pura corriente, y sobre ella una higuera silvestre, tomaron algunas reses de aquellos ganados, las aderezaron; pero sus carnes amargaban, y ninguno pudo comerlas, guardaron de sus pieles, y continuaron con viento meridional doce dias, hasta que se les descubrió una isla, y vieron en ella habitaciones y campos labrados. Dirigiéronse á ella para averiguar lo que en ella hubiese, pe-

ro á poco trecho fueron cercados de gente en Zawarcas ó barcos, que los prendió y llevó en sus naves á una ciudad que estaba sobre la costa del mar. Y aportaron en ella, y vieron hombres rojos, de pocos pero largos cabellos, de alta estatura, y sus mugeres hermosas á maravilla. Tuvieronlos encerrados en una casa tres dias: luego al cuarto dia entró á ellos un hombre que hablaba arábigo y les preguntó quién eran, á qué venian, y cuál era su tierra, y le contaron sus sucesos, y les prometió buen despacho. Al segundo dia despues los presentaron al rey, y les preguntó lo mismo que les habia preguntado el intérprete en la tarde: que ellos se hicieron al mar con deseo de ver lo que habia en él de tantas maravillas, y deseando llegar á sus estremos. Cuando entendió el rey esto se sonrió y mandó al trugiman que les dijese, que su padre habia mandado a ciertos vasallos suyos que reconociesen este mar, y que navegaron en su estension algunos meses, hasta que les faltó luz y se tornaron sin aprovechar su viage. Despues mandó el rey á su trugiman que ofreciese á aquella gente seguridad y buenas esperanzas de su parte. Que los volvieron á su prision hasta que principió á correr el viento occidental, y los pusieron en Zawarcas y les vendaron los ojos, y navegaron con ellos con muy buen tiempo; y decian ellos: habiamos navegado en su compañia tres dias con sus noches, hasta que viniendo á una playa nos desembarcaron con los brazos atados atras, y nos dejaron en la playa. Ya principiaba á rayar el dia, y salió el sol, y nosotros en mucha angustia y maltratados con las ataduras, hasta que oimos algazara de vozes humanas, y todos gritamos á una, y vinieron á nosotros ciertos hombres que hallándonos en aquel estado nos desataron de nuestras ligaduras, y nos preguntaron y les hablamos, que eran Bereberes, y nos preguntó uno de ellos: sabeis cuánto hay entre

vosotros y nuestra tierra; y dijimos que no; y dijo: pues entre vosotros y nuestra tierra hay camino de dos meses. Y dijo el principal de la gente: Wasafi, ó que pena, y desde entonces aquel lugar se llamó Asafi, que es un puerto en estremo del Magreb.

La fama de este levantamiento de gentes llegó á Córdoba, y Suleiman se puso en gran cuidado: escribió á sus caudillos, y envió mensageros á sus aliados, algunos dicen que entonces asesinó al rey Hixem el Muyad, creyéndole autor de aquellos movimientos; pero Dios lo sabe: solo es constante que no se supo mas de él desde la tercera entrada de Suleiman Almostain en Córdoba. Suleiman allegó su caballería, y no quiso esperar que sus enemigos le cercasen en Córdoba. Dejó á su padre Alhakem ben Anasir por gobernador de la ciudad en su ausencia, aunque el anciano rehusaba estos cuidados. Entretanto Hairan Alameri con su gente de Almería, y Ali con la de Cebta, Tanja y Algezira, Málaga y sus comarcas, se reunieron en Almunecab que está entre Málaga y Almería, y allí juntas sus banderas juraron los caudillos entronizar al rey Hixem el Muyad, y obedecerle como á su verdadero señor, hijo de sus señores. Esto hicieron delante de sus tropas con mucha solemnidad, porque habia entre ellas mucha desconfianza, y se decia libremente que no iban por su rey Hixem, sino por intereses particulares de los caudillos, y por sus propias querellas y venganzas. A los confines de esta ciudad, donde estaba el ejército de Ali ben Hamud y de sus aliados, llegó Suleiman con un campo volante de muy escogida caballería: los campeadores trabaron muchas escaramuzas en que por ambas partes se peleaba con mucho valor y varia fortuna. Procuró Suleiman escusar el empeño de una batalla campal con el numeroso ejército de los aliados, esperan-

do que con la dilacion y el tiempo perdiesen el ánimo que traian, y se deshiciese aquella union, como suele suceder. Pero el sabio Hairan, y el no menos prudente Ali, conociendo sus intenciones, le obligaron, no sin graves dificultades y estratagemas, á venir á una batalla de poder á poder, que fue muy sangrienta y de gran pérdida para ambos partidos: esta fue en fin del año cuatrocientos y seis.

En este tiempo Mugehib Edim ben Abdala Alameri, conocido por Abu Geix el Muafek, familiar que habia sido del hagib Abderahman, hijo de Almanzor, y era wali de Denia, hombre astuto y de grande ánimo, como viese tan revuelto el estado y cosas de España dispuso una buena flota, y con sus gentes y otras que tomó á sueldo pasó á las Islas Yebisas y Mayorcas, y se apoderó de ellas, y las fortificó y aseguró en el año cuatrocientos y seis. Dejó por gobernador y adelantado de sus pueblos de Denia á Abdala ben Obeidala ben el Walid ben Jusuf ben Abdala ben Abdelaziz ben Amru ben Otman ben Muhamad ben Chaldi ben Ocba ben Abi Moaiti ben Aban ben Aamir ben Omeya ben Abdxemsi, conocido por el Moaiti de Córdoba, hombre de insigne nobleza y virtud, docto y de buen ingenio, discípulo de Muhamad el Begi, y de otros sabios. A este puso por adelantado de su tierra y estado de Denia, y los pueblos de aquella parte oriental de España, por consideracion á su virtud y noble prosapia, y por el mandamiento de Mugehid le juraron obediencia y hacian chotba por él en los alminbares de sus mezquitas, y labró moneda con propio cuño. La elevacion y reinado de este Moaiti, y otros casos semejantes, hacen dudar si las cosas de los hombres son regidas y gobernadas del destino ó de la necesidad inmudable, ó revueltas á caso y sin providencia, lo que no es creible. Solo Dios es sabedor. Cuenta Hayan que el sabio

Muhamad el Begi le dijo un dia á este Moaiti, su discípulo: No cedas, ó Coreixi, á tus pasiones, no te deslumbren los prestigios del mando y de la vanidad mundana, no aceptes cargo de imperio que te encomienden: líbrete Ala de los males que traen consigo. Quedó pensativo y como disgustado el Moaiti de lo que su maestro le decia, y le preguntó: por qué dices esto, y de dónde lo sabes. Hablame claro lo que entiendes, asi Dios te haga bien. Y le respondió: por cierto con mucha claridad y por buen camino, segun la divina voluntad: veíate yo en mi sueño, y soñé que un encendido fuego rodeaba una florida vid muy viciosa, y que lentamente el fuego la consumia, y al cabo la vi enteramente en cenizas. Yo entiendo por este fuego la discordia civil que se irá encendiendo, y no tardará en alzar llamas, y la viña florida un estado tuyo; en fin Dios lo sabe: y dijo el Moaiti, Dios nos libre de tantos males. El tiempo y los sucesos acreditaron el sueño y esplicacion del Begi á los cuarenta años despues.

Al año siguiente Mugehid partió de Mayorca en sus naves á la Isla grande de los Cristianos llamada Sardenia: llevó en su compañía á Thabit el Guageni, Africano, sabio astrónomo: aportaron en aquella isla y por fuerza de armas se apoderó de lo mas de ella y de sus fortalezas.

1016 En el año cuatrocientos siete continuaba la guerra entre Suleiman y los aliados con varia fortuna: la tierra y los pueblos sufrian talas y algaras, y todos vivian en inquietud. Quiso Suleiman sacar mas gente de Córdoba y su comarca, pero le servian sin voluntad, y taifas enteras se pasaban á sus enemigos. Sus aliados de España Oriental con varias escusas no venian, y toda su hueste se formaba de sus Africanos, y alguna caballería de Mérida, de Carmona, Ezija y Sevilla, y de los pueblos de Algarbe que

acaudillaba su hermano Abderahman, y el wali de Santamaria Abu Giafar, y Abu Otman Said ben Harum wali de Mérida. Sus enemigos no se descuidaban en fomentar el descontento y la desobediencia de las provincias, y de todas maneras le hacian mal y daño. Despues de muchas escaramuzas y leves combates se encontraron ambas huestes en cercanías de Medina Talca en tierra de Sevilla, y como de un acuerdo trabaron cruel batalla. Pelearon los Africanos con bárbaro valor, esforzados del ejemplo de sus animosos caudillos y de su rey Suleiman, que peleaba como bravo leon. Pero cediendo al número se retraian ordenadamente hácia la fortaleza al caer de la tarde, cuando se vieron acometidos de buena parte de sus mismas tropas por traicion torpe de sus caudillos Andaluces, que siguieron el aire de la fortuna: la cual inconstante, segun su condicion ordinaria, desamparó á Suleiman aquel dia para siempre. Los dos hermanos cubiertos de heridas, muertos sus caballos, estando rodeados de los mas valientes enemigos, cayeron en sus manos. Alli murió peleando á lado de Suleiman su wazir Ahmed ben Said, señor de Santamaria de Algarbe, y se libró por fortuna de igual suerte su yerno Said ben Harun de Mérida con otros caballeros de Algarbe. El campo quedó cubierto de cadáveres en gran espacio, y al dia siguiente entraron los vencedores en Sevilla sin resistencia alguna, continuaron su marcha, y con la misma facilidad se apoderaron de Córdoba. El anciano Alhakem, sabiendo por los fugitivos Africanos la desgracia de sus dos hijos, no quiso detener el triunfante paso del vencedor Ali ben Hamud.

Cuando los aliados entraron en Córdoba Ali se apoderó del alcazar: prendió al wali Alhakem ben Suleiman ben Abderahman Anasir, y mandó traer á su presencia á sus dos hijos Suleiman y Abderahman, que

estaban ya moribundos por causa de sus muchas y graves heridas. Preguntó Ali al noble anciano: ó viejo, que habeis hecho del rey Hixem, dónde le teneis? y respondió el anciano, que nada sabia de él: vos le habeis muerto, replicó Ali, y dijo Alhakem: no por Dios, no le habemos muerto, ni sabemos si es vivo, ni dónde está: y sacando Ali su espada dijo: yo ofreco estas cabezas á la venganza de Hixem el Muyad, y cumplo su encargo. Entonces Suleiman alzó sus ojos hácia él, y le dijo: hiere á mí solo, Ali, que estos no han culpa; pero Ali desatendió sus palabras, y los descabezó por su propia mano de sendos golpes. Fue la muerte de Suleiman Almostain, y de su padre y hermano dia domingo, ocho dias por andar de muharram, año cuatrocientos siete. Habia mandado Ali que se buscase al rey Hixem con mucha diligencia, y no quedó estancia ni subterraneo en los alcázares y en las casas de la ciudad que no se registrase: todo fue vana diligencia, que nunca pareció: y se publicó la muerte de Hixem dando ocasion al vulgo de hablillas y de fábulas.

CAPITULO XXV.

Del reinado de Ali ben Hamud.

Por consejo de Hairan el eslabo fue aclamado rey de España en Córdoba Ali ben Hamud con el título de (1) Motuakil Bila, y de Anasir Ledinala, en dia trece

(1) Motuakil Bila, esto es, confiado en Dios: Anasir Ledinala defensor de la ley de Dios.

1017 de giumada segunda, año de cuatrocientos y ocho: se hizo la chotba ú oracion pública por él en todas las mezquitas, y escribió á todos los walíes de las provincias, manifestándoles que el rey Hixem antes de perder su libertad le habia declarado futuro sucesor del trono; que esperaba que como leales viniesen á jurarle fidelidad y obediencia. No contestaron á sus cartas los walíes de Sevilla, Toledo, Mérida y Zaragoza, cosa que le puso en mucho cuidado y desconfianza, en especial de los alameríes. Hairan el eslabo le hacia estrañas peticiones, y suponia que le faltaba á sus concertadas avenencias. Ali, temiendo de su influjo en Córdoba, le despidió y mandó ir á su gobierno de Almeria. Hairan se ofendió de esto, y partió meditando venganzas contra este príncipe desagradecido y altivo. Incitó al paso á otros alameríes de su bando y se conjuraron contra el rey Ali ben Hamud los alcaides de Arjona, Jaen y Baeza. Escribieron al wali de Zaragoza Almondar para que con los alcaides de aquella provincia se uniese contra Ali para echarle del trono y restituirle á los Omeyas, como era justo, y el mismo Ali habia prometido á los aliados. Para acreditar con los pueblos sus intenciones se congregaron los walíes en Guadix, y juraron guerrear con todo su poder para colocar en el trono de Córdoba á un príncipe de los Omeyas á quien correspondia legítimamente. Estos eran los intentos que se publicaban, pero las secretas estipulaciones eran menos generosas, y mas bien encaminadas á sus particulares provechos: pensando repartirse en premio de su zelo y galardon de sus fatigas las tenencias perpetuas de sus gobiernos, haciéndolos hereditarios en sus descendientes. Allegóseles gran hueste con el plausible motivo que pretestaban, por el natural amor de los pueblos á sus antiguos soberanos: todos esperaban recobrar la calma y prosperidad precedente á la sombra, y bajo la proteccion de sus Omeyas.

Entretanto Mugehid en la isla de Sardenia veia ya cansadas sus gentes de la guerra, del clima mal sano, y de la larga ausencia de su amada patria. Vió mudada el aura popular que antes le aplaudia, comenzaron á murmurar de su ambicion, y de su codicia, diciendo: no bastan á este amir las riquezas y fertilidad de sus estados en lo mas ameno y delicioso de España, y en las islas Yebisat: y pasa el bravo mar acometiendo sus continuos y grandes peligros por hacer nuevas adquisiciones, y de todas ellas que provecho redunda á los que con tanto trabajo seguimos sus banderas, y servimos á sus temerarias intenciones? El ser despojos de la muerte y pasto de las voraces fieras. Las quejas de los descontentos, que crecian cada dia y la venida de los Cristianos en gran muchedumbre con poderosa flota, determinaron á Mugehid á desistir de su empresa: y allegadas las riquezas, cautivos y ganados dió órden de embarcarse en un mal puerto, contra el consejo de Abu Charub, capitan de sus naves. Y refiere Abu Feth el Thabit, que se hallaba presente, que le anunció que amenazaba gran tempestad, que mas valia esperar y pelear en tierra con los Cristianos, que con las bravas ondas del mar tempestuoso. El amir no oyó su consejo, y se embarcaron: á la hora levantó Dios una terrible tempestad de impetuosos y contrarios vientos. Alzábanse olas como montes, las naves subian hasta las nubes, y se hundian de súbito hasta los abismos del mar, que aparecia horrible y espumoso á la temerosa y fugitiva luz de los relámpagos, acompañados de espantosos truenos, que juntos con el bramido y estruendo del hinchado mar, atemorizaba los corazones: y los ojos deslumbrados no veian sino horrorosas imágenes de muerte. A pesar de los esfuerzos de los marineros las naves chocaban unas con otras. Abu Charub gritaba que se apartasen de la costa, donde mu-

chas naves se estrellaron contra los peñascos de ella; otras las tragó el mar. Los Cristianos miraban contentos la tempestad desde la playa, y no cesaban de prender y matar á los sin ventura náufragos, y cuantos se salvaban de la furia de las bravas ondas del mar, caian en sus atroces manos, y luego los pasaban á filo de espada. Veía estos horrores é inhumana crueldad el amir Mugehid, y no pudiendo remediarlos lloraba de despecho, y amenazaba con altas voces, todo en vano. No por eso cesaba el viento, ni se sosegaba la tempestad, ni se hartaba la inhumana sed de sangre de los infieles. Abu Charub con indignacion gritaba y le decia: llora, que esta desventura la envia Dios para que llores tu mal consejo, que á tantos ha perdido. Sosegada la tempestad, y recogidas las reliquias de la flota, volvió el amir á las islas Yebisat donde descansó, y se reparó de aquella grave calamidad.

Las banderas de los aliados, acaudilladas del eslabo Hairan, se acercaron á Córdoba. El rey Ali ben Hamud con sus africanos y con la gente de Málaga y Algezira Alhadra salió contra ellos, cosa que no esperaban, pensando que intimidado se dejaria cercar en la ciudad. Peleó con la caballería con tan feliz suerte que la puso en desordenada fuga, y ademas hizo gran matanza en la gente de á pie: y los caudillos, culpándose unos á otros de la desgracia se separaron descontentos. Encargó el rey Ali á su caudillo Gilfeya que siguiese á los fugitivos, mandándole hacer cruel guerra al Eslabo Hairan; corrió la tierra y cercó algunos fuertes de los alcaides parciales de los alameríes. Hairan por su parte reunió algunas banderas de los pueblos de tierra de Jaen y formó bando con ellos, y aclamaron rey de España á un insigne caballero de la casa de Omeya, wali de Jaen, hombre virtuoso, de grandes riquezas, liberal y de exacto ánimo, y amado de todos en aquella tierra.

Era este Abderahman ben Muhamad ben Abdelmelic ben Abderahman Anasir, llamabase Almortadi, y Abul Motaraf. El nombre solo de este caballero, biznieto de Abderahman el grande, dió poderoso impulso al partido de los alameríes: y todos los pueblos de aquellas sierras le aclamaron por su rey y señor: y Hairan y todos los alcaides y alameríes le juraron fidelidad y obediencia, y solo se escusó con aparentes pretestos el Sanhagi wali de Granada y Elbira.

CAPITULO XXVI.

De Abderahman Almortadi.

Celebróse con mucha fiesta y demostraciones de pública alegría la jura y aclamacion de Abderahman el cuarto de este nombre en los Omeyas de España, en la ciudad de Jaen. Nombró hagib de su casa y estado al eslabo Hairan: y este caudillo en su nombre convocó los walíes de las ciudades, y allegó tropas y salió con ellas contra el rey Ali ben Hamud. Encontráronse las huestes de ambos partidos cerca de Baza y trabaron sangrienta batalla: y vencieron las tropas que acaudillaba Gilfeya: y Hairan se retiró de fortaleza en fortaleza, y peleando en esta escaramuza fue gravemente herido, y dispersos sus caballeros. Hairan se escondió en Caniles de Baza, y sus tropas le tuvieron por muerto ú preso, y se retiraron tristes y desanimados. Pasados algunos dias avisó al rey Abderahman y á sus caballeros de Almería, diciéndoles dónde estaba, de lo cual

fueron en estremo alegres, pues ya le tenian por muerto. Envió el rey Abderahman algunos caballeros para que le acompañaran, y juntos con los de Almería le llevaron á su ciudad y entraron en ella como en triunfo. Allí se juntaron los alcaides de Denia, Tadmir y Játiva y muchos eslabos y alameríes.

En toda la parte meridional de España se hacia chotba por el rey Abderahman Almortadi, y todos se disponian á restituir á la casa de Omeya el trono de Córdoba, y arrojar de él al usurpador Ali ben Hamud. La fama de este partido y la aclamacion de Abderahman se estendió por todas las provincias de España, y en todas partes se declararon por él, y tomaron su voz los de Valencia, Tortosa, Tarragona y Zaragoza, y todos los walíes enviaron sus cartas de obediencia.

Puso esto en cuidado al rey Ali ben Hamud y envió su mas escogida caballería al saib de Sanhaga, wali de Granada y Elbira para que hiciese cruel guerra al rey Abderahman Almortadi y á sus parciales. Eran en verdad muchas gentes las que llevaban su voz, pero no procedian todos con igual ánimo é interes: y así eran pocos los que estaban en sus banderas, y los mas se estaban en sus ciudades. Entre tanto Gilfeya y este wali de Granada, infestaban la tierra de Jaen, y el rey Almortadi con su gente se aseguraba en las Alpujarras y en la fuerte posicion de Jaen. Salió por otra parte el rey Ali ben Hamud y fue á cercar al eslabo Hairan en Almería: dió fuertes combates á la ciudad, y la entró por fuerza: y el eslabo Hairan fue herido de muchas lanzas y cayó defendiendo las puertas de la ciudad. El alcázar se entregó por avenencia persuadidos de la muerte de su señor. Este fue conducido delante de Ali, ya casi sin sentido por la falta de sangre que perdia por sus muchas heridas, y el rey Ali ben Hamud, olvidando sus antiguos buenos servicios le derribó la ca-

beza con su propia espada. Asegurada la ciudad de Almería volvió á Córdoba, contento de su triunfo, creyendo que todas las discordias acabarian presto despues de la muerte del inquieto y revoltoso Hairan. En este año de cuatrocientos y ocho, en dia mártes á nueve de la luna de jaban, murió en Córdoba su patria, Suleiman ben Chalaf, llamado ben Gamron, cadi de de Ecija: vivió en el Chandac del arrabal Aragegila y oraba en la mezquita Almonthir. Fue enterrado con gran pompa en la Macbora Om Salema, y oró por él el cadi Junor ben Abdala.

En la misma ciudad de Córdoba, y en su mismo alcázar tenia el rey Ali ben Hamud muchos desafectos, y muy parciales del rey Abderahman Almortadi: y lo mismo en Sevilla y en toda España la principal nobleza era del bando de su rival. Envió el rey sus gentes á tierra de Granada á unirse con el Sanhagi y con Gilfeya, y él tambien dispuso su partida para acabar aquella guerra. Pensaba acometer con muchas fuerzas á los de Jaen donde residia el rey Almortadi. Todo estaba dispuesto para salir, y sus guardias y acémilas estaban ya fuera de Córdoba, y habiendo entrado el rey Ali á tomar un baño los eslabos que le servian le ahogaron en él, tal vez ganados por los alameríes que habia en Córdoba. Esta fue la desgraciada muerte del rey Ali
1017 ben Hamud en dilcada del año mismo de cuatrocientos y ocho.

Era de cuarenta y ocho años de edad, alto y hermoso, de ojos negros, enjuto de carnes, virtuoso y severo, algo cruel con sus enemigos. Fue rey de Córdoba un año y nueve meses. Su muerte se divulgó como una desgracia ó accidente natural, y así lo creyeron sus guardias y familiares. Dios lo sabe.

CAPITULO XXVII.

De Alcasim ben Hamud.

Los caudillos de las guardias del rey Ali ben Hamud, y todos sus secuaces aclamaron de comun acuerdo en Córdoba á su hermano Alcasim ben Hamud, señor de Algecira Alhadra, y corrieron las calles, publicando su inauguracion, apellidóse el Manun. Le avisaron con increible celeridad este acaecimiento, y vino sin dilacion á Córdoba con cuatro mil caballos, de suerte que sus enemigos no tuvieron lugar para impedirle la entrada, ni excitar novedad ni movimiento alguno contra él, y así muchos principales caballeros de Córdoba se vieron forzados á jurarle obediencia, y seguirle á su pesar. Antes de partir de Córdoba mandó hacer grandes averiguaciones sobre la muerte de su hermano: se dieron estraños tormentos á los eslabos que le servian, y en fuerza de ellos declararon que lo habian hecho por satisfacer las venganzas de muchos alamaríes y nobles ofendidos de la cruel condicion del rey. Aunque no designaron personas determinadas, el rey Alcasim hizo quitar la vida á muchos nobles sin otro indicio que la presuncion de ofendidos por parientes de algunos que habian sido castigados ó muertos en tiempo de su hermano. Todos temian y temblaban en su presencia, y las primeras familias de la ciudad fueron las mas oprimidas. Muchos caballeros huyeron de Córdoba, y se pasaron al partido del rey Amortadi, y las vengan-

zas de Alcasim dieron muchos parciales poderosos á aquel noble bando. La fama de algunas victorias, alcanzadas por los de Jaen contra el wali de Granada, llenó de buenas esperanzas á los afectos á la familia de omeya, aumentando los temores y desconfianza de los secuaces de los Hamudes. Cuando llegó á Cebta la nueva de la muerte del rey Ali, su hijo Yahye pasó al punto á España con cuanta gente pudo allegar de pronto, y dejó órden para que le siguiesen muchas taifas de caballería pretendiendo que le pertenecia la sucesion en el reino de Córdoba. Traia este príncipe consigo una numerosa caballería de negros de Sus, gente feroz y muy aguerrida: venia esta bárbara juventud juramentada de coronarle en Córdoba, ó morir todos peleando con la demanda. Venian con estas tropas muy esforzados caudillos Moros y Alárabes que le prometian con mucha seguridad el triunfo. El valor del sobrino Yahye ben Ali, la mucha caballería y gente bárbara que traia, y la justicia de la pretension dió mucho cuidado á Alcasim ben Hamud. Juntó sus tropas y partió de Córdoba hácia Málaga, y cuando estaba cerca supo que ya su sobrino estaba apoderado de la ciudad. Salieron contra él los negros y se dieron algunas batallas harto sangrientas, en que pelearon ambas huestes con igual valor y fortuna. Al mismo tiempo recibió el rey Alcasim infaustas nuevas de su ejército de las Alpujarras, que cada dia padecia derrotas muy graves. Viendo que mientras ellos se destruian mutuamente hacian mas fáciles y venturosas las empresas de sus contrarios, así fue que hicieron entre sí sus avenencias para acudir al enemigo comun de su familia: y se concertaron, no sin falsía de una y otra parte, que Yahye ben Ali ben Hamud tuviese parte en el gobierno, y ocupase la ciudad de Córdoba: que su tio Alcasim con la gente de Sevilla, Algezira y Málaga y parte de su

caballería hiciese la guerra al rey Almortadi; y que terminada por ellos aquella guerra regirian la España con un gobierno justo y amigable. Ajustáronse estos pactos en el año de cuatrocientos y doce, y enviaron parte de sus tropas al Sanhagi para mantener la guerra de las Alpujarras contra Almortadi. Alcasim pasó á Málaga, donde habia enviado el cuerpo de su hermano Ali para pasarle á Cebta, donde queria sepultarle: dispuestas las cosas lo embarcó, y llegando á Cebta celebró el entierro con gran pompa, y fue enterrado Ali ben Hamud en una hermosa mezquita que él mismo habia edificado en la plaza de la Lana.

CAPITULO XXVIII.

De Yahye ben Ali.

En tanto que Alcasim se ocupaba en la pompa funeral de su hermano Ali, en Cebta, su sobrino Yahye entró en Córdoba con su guardia de Moros de Sus. Los de la ciudad, que aborrecian á su tio Alcasim, le aclamaron con grandes desmostraciones de alegría llamándole su rey señor, y le dieron el título de el Moateli, y dejándose llevar de la corriente del favor popula, hizo que solamente le jurasen fidelidad y obediencia. Los Moros de su guardia quedaron muy contentos de ver cumplidas sus promesas: y el rey Yahye ben Ali declaró que su tio Alcasim ben Hamud no tenia derecho alguno á la sucesion del reino de España, ni le pertenecia parte alguna en su gobierno, sino la que él, como

soberano, le quisiese otorgar. Los jeques, wazires y alcatibes y todos los caudillos que estaban presentes confirmaron esta declaracion, y le ofrecieron sus servicios y armas para mantenerle en su estado y soberanía, sin condicion ni excepciones. Al mismo tiempo que esto pasaba en Córdoba, los alameríes y secuaces del rey Abderahman Almortadi continuaban guerreando contra Manzor de Sanhaga, que no osaba descender de las sierras, y solo parecia en las guajaras y asperezas, y desde allí hacia rápidas entradas en tierra de Jaen hasta Guadix y Baza, con harto daño de los pueblos de aquella comarca. Los parciales de los omeyas deseaban que el rey dejase aquella guerra de montaña, y se acercase con todas sus fuerzas á Córdoba ó á Toledo para reunir todas las banderas de España pero los alameríes deseaban acabar antes con Gilfeya y el señor de Sanhaga, que estragaban y talaban sus tierras. El rey Almortadi, si bien queria venir á tierra de Córdoba ó Toledo, no pretendia disgustar á sus aliados, y así trató de obligar á sus enemigos á venir á campal batalla. Dividió sus tropas en tres huestes, y se mantuvo con dos en las vegas de Jenil, y la tercera compuesta de la gente de Jaen y Somontan se dirigió á buscar y perseguir al wali Gilfeya y al señor de Sanhaga.

Entre tanto Alcasim ben Hamud tornó á Málaga y luego supo la perfidia de su sobrino Yahye: y escribió á sus caudillos Gilfeya y Mansar, que terminasen aquella guerra de Jaen, y si veian que podia dilatarse mucho, que se viniesen hácia Córdoba para obligar á su sobrino Yahye á cumplir lo que le habia ofrecido. Juntó Alcasim su caballería y la gente de Málaga y Algezira, y partió para Córdoba. Cuando Yahye entendió que su tio se acercaba con poderosa hueste, no pudiendo él oponerle sino sus valientes Moros, y parte de ellos habian pasado á las Alpujarras, le pareció mas seguro

evitar el encuentro; y se salió de Córdoba con sus guardias, y tomando caminos extraviados no paró hasta llegar á Algezira Alhadra, en donde entró á fin de la luna de dilcada de cuatrocientos y trece; se fortificó en ella, y envió á buscar gente de Africa. Alcasim entró en Córdoba sin que nadie se lo impidiese, ni salió gente principal á recibirle, sino alguna gente menuda del pueblo. Se ensañó de esto, y vió claro que aquella ciudad no le era afecta. Luego mandó averiguar los partidarios mas decididos por su sobrino, y atormentó algunos eslabos y gentes del alcázar, y á otros de quien sospechaba. Por estas crueldades se hizo mas aborrecido: y los principales de la ciudad meditaron una conjuracion, viendo que Alcasim, como si nada tuviera que temer, envió la mayor parte de sus tropas á las Alpujarras en auxilio de Gilfeya. Con el conveniente secreto ganaron mucha gente del pueblo, prodigando mucho dinero, y repartiendo armas á los vecinos de confianza para el efecto. A la media noche dieron rebato, y acometieron el alcázar: los de la guardía se defendieron bien. Duró la batalla toda la noche, y el pueblo no pudo entrar en el alcázar: pero se apoderaron de todas las puertas de la ciudad y de sus fortalezas, y cercaron el alcázar con gran ballestería, que nadie podia salir de él ni entrar. Duró este cerco cincuenta dias, y apuradas las provisiones que habia en el alcázar el rey Alcasim y sus guardias, no esperando ya socorro de las Alpujarras, y temiendo perecer encerrados, se determinaron á salir contra la multitud armada y huir si pudiesen de la ciudad. Rompieron con gran ímpetu una alborada; pero el pueblo peleó con tanto valor que muy pocos lograron abrirse paso, y los que escaparon de la plaza del alcázar perecieron la mayor parte en las puertas de la ciudad y en sus calles. Entre estos hubiera sido despedazado el rey Alcasim ben Hamud, si no le

hubiesen conocido algunos generosos caballeros, que le salvaron entrándole en casa del wazir Abul Huzami Gehwar: y aquella noche le sacaron de Córdoba, acompañado de valientes caballeros alameríes, que le siguieron hasta Jerez. Tenia el rey Alcasim mucha confianza en el wali de aquella ciudad, y se amparó de su casa: esto el año cuatrocientos trece.

Entretanto el ejército de Manzor, el de Sanhaga, y del wali Gilfeya, engrosado con la gente y caballería que habia enviado el rey Alcasim, descendió á la vega de Granada en busca de las tropas del rey Abderahman Almortadi. Encontráronse estos ejércitos en aquel espacioso campo, y como de comun acuerdo se acometieron con igual denuedo, y trabaron átroz batalla, mantenida por ambas huestes con bárbara constancia. Resistieron los de Manzor de Sanhaga el violento ímpetu de la caballería de Abderahman, que aventajaba á la suya: y en lo mas recio de la refriega, cuando la victoria se manifestaba por los alameríes, una fatal saeta, flechada por la mano del destino enemigo de los omeyas, hirió tan gravemente al rey Abderahman, que espiró en la misma hora que le anunciaron que sus tropas y aliados seguian victoriosos á sus enemigos. Así murió este insigne rey; y con su muerte cayeron las altas esperanzas de sus parciales. Divulgóse la infausta nueva de la muerte de Almortadi, y abatió los ánimos de los mas esforzados caudillos. Los enemigos huyeron á los montes, y el señor de Sanhaga se fortificó en Granada. Voló la fama de esta desgracia á Córdoba, donde con la fuga del rey Alcasim parecia haberse aparecido el íris de la serena calma, despues de tan revueltas discordias civiles. Y cuando los parciales de los omeyas preparaban arcos de triunfo para recibir al rey Abderahman llegó la noticia de su muerte. Toda la ciudad se llenó de desconsuelo, y tembló de temor de que

sus riquezas: y el pueblo y los caudillos, cadíes y alcatibes, presenciaron atónitos é intimidados esta violenta aclamacion, sin que hubiese en tan populosa ciudad union, fuerzas ni resolucion para oponerse á la tumultuosa turba: ní despues la noble firmeza que convenia para vengar la inocente sangre derramada del buen rey Abderahman Almostadir, que solo ocupó el trono de Córdoba cuarenta y siete dias, digno en verdad de mas venturosa suerte. Decia Hayan que habia el rey enviado sus cartas á los walíes de toda España sobre su jura, y cuando recibia sus contestaciones, la parca le salió al paso, y que no tenia sucesion. Fue esta muerte sentida en toda España por las esperanzas que de la virtud y mocedad del rey se habian concebido.

En este tiempo habia vuelto de Africa el rey Yahye ben Ali, y sabiendo el estado de las cosas en Córdoba, y la fuga de su tio Alcasim, se contentó con asegurarse en su gobierno de Algezira Alhadra y Málaga: y sabiendo que su tio estaba en Jerez envió su caballería á buscarle, y el wali de Jerez se lo entregó, y el rey Yahye le puso en una rigurosa prision, donde murió muchos años despues de Yahye: sin aparecer otra causa para esta desavenencia sino que siendo Alcasim tio de Yahye, y viejo, no se allanaba á obedecer al hijo de su hermano, pues dice Abulfeda que Alcasim tenia veinte años mas que su hermano Ali.

CAPITULO XXX.

De Muhamad Mostacfi Bila.

Entronizado con esta violencia Muhamad ben Abderahman ben Obeidala fue apellidado por sus guardias y parciales el Mostacfi Bila. Sus tesoros, derramados con prodigalidad, ganaron los ánimos de la plebe y de las tropas; y en todas las mezquitas se hizo oracion pública por él, y todas las clases le juraron fidelidad y obediencia. Agradecido á sus Zenetes y guardias les concedió nuevas libertades, mas espléndidas mesas y mas preciosas armas y vestidos: á sus nobles parciales dió cargos y gobiernos á su contento, y con esta salvaguardia se creyó seguro, y no cuidó sino de reparar los jardines y amenidades de Medina Azahra, y de procurarse las delicias y placeres de la vida. Se ocupaba poco en el gobierno de las provincias, ni atendia al estado de defensa de las fronteras: los walíes y alcaides de ellas las tenian como absolutos dueños, y disponian libremente de las rentas y de los productos de toda especie (1). Por esta causa escaseaba el tesoro del estado, aunque el rey no tomaba de él cosa alguna para sus propios gastos. La caja ó tesoro del Divan Ala-

(1) Ademas de las rentas de Azaque, que procedian del diezmo de todos los frutos de la tierra, y productos de la cria de ganados y de la industria, habia las rentas del Charage ó derechos de entrada y salida, y las del Taadil ó iguala, que eran exacciones sobre tiendas, y por cabeza á Cristianos y Judíos.

ta, destinado para premios y gratificaciones de buenos servicios, estaba exhausto por las liberalidades del rey Muhamad. Sus grandes riquezas, apenas bastaban á subvenir á los gastos necesarios para mantener la opulencia y decoro de la real casa. Fue pues forzoso que los Almojarifes y recaudadores de las rentas del estado, oprimiesen á los pueblos de Andalucía con nuevas y desconocidas exacciones: y aunque de estas gabelas sacaban mucho, no alcanzaba á la desmedida costa, por la general falta de las rentas de las provincias. En tanto el rey Muhamad no pensaba sino en sus placeres; y en oir elegantes versos de los poetas que andaban en su corte, y en aplaudir las canciones del wacír Zeidun de Córdoba, en que celebraba á la hermosa Habiba, hija del rey Muhamad, por quien estaba loco. Abdelmelic ben Ziadatala, el Tabeni, célebre en Africa, Egipto, Siria y Arabia, le presentó sus ingeniosas poesías, y su libro de las costumbres de los Arabes en verso. Su casa en Córdoba era frecuentada como una academia. Abdel Wahib Abul Moqueira wazir y alcatib, le dedicó su coleccion de poesías: y Abdel Wahidi de Córdoba, walilcoda de Játiva y originario de Cabra, sus discursos elegantes en prosa y verso; el insigne poeta Abu Chalid ben el Tares una coleccion de poesías en su elogio; y Abul Chuleni de Beja, vecino de Sevilla, sus mas célebres canciones.

El rey Muhamad sentia que no se procediese en las exacciones que se hacian al pueblo con órden y justicia; pero no podia remediar las vejaciones que arbitrariamente causaban los recaudadores. Faltaba sin embargo para las cosas justas y necesarias; y un príncipe que de su natural condicion era muy liberal y generoso, el pueblo y sus guardias, le vituperaban de tenaz y avaro, unos por lo que pagaban y otros por lo que no recibian. Por calamidad y desventura de aquel tiempo,

enemigo de toda virtud, no fue posible persuadir á los walíes de las provincias el bien de la concordia, union y obediencias para conservar el estado. A su egemplo los caudillos de las fronteras, y los alcaides de fortalezas y ciudades tambien desobedecian. Muchos de ellos de pobres y oscuros principios, en las revueltas del estado habian venido á ser grandes y temidos. El pueblo mismo mal acostumbrado en todas partes, se hizo enemigo de los que le regian, y deseaba la inquietud, las conjuraciones y revueltas, por tener ocasion de robos y venganzas, con la impunidad que acompaña siempre á las revoluciones populares. El rey, ó no conocia esta enfermedad política de sus pueblos, ó no tenia la firmeza conveniente para remediarla. Los mismos, que faltando á su honradez y obligaciones, le habian puesto injustamente en el trono, estaban ya impacientes y dispuestos á derribarle de él. Huía Muhamad de su capital, y le intimidaba su gentío; y lo mas del tiempo pasaba en Zahra: pero no estaba allí seguro. Los sediciosos y amigos de novedades incitaron á la multitud, y atropados é insolentes cercaron las casas de los wazires y cadies: y á grandes voces pidieron las cabezas de algunos, la deposicion de otros, y acabaron por pedir tambien la muerte del rey y de sus hagibes. Los pocos caudillos de la guardia, que le fueron fieles, avisaron al rey su peligro, y le acompañaron con alguna caballería africana, y salió de noche con toda su familia de los alcázares de Zahra. Muchos le abandonaron en el camino; pero logró acogerse al fuerte de Ucles en tierra de Toledo, donde fue amparado y recibido muy bien del alcaide de aquella fortaleza Abderahman ben Muhamad ben Selam ben Said ben Almondar, hijo y nieto de esforzados caudillos, que tenian el gobierno de aquella tierra desde el tiempo del rey Abderahman el tercero. Poco tiempo despues, habiéndole conficiona-

do una gallina con ciertas yerbas venenosas, que produce aquella tierra, comió de ella Muhamad, y á su tiempo murió sin dejar sucesion, año cuatrocientos y quince. Fue el tiempo de su reinado diez y siete meses. En dia jueves á trece de la luna de giumada primera de este año falleció Abdala ben Rebie de Córdoba, en esta misma ciudad, y fue enterrado al alba del dia juma con mucho acompañamiento en casa de Juhaid. No le llevaron á la machora por temor de los bárbaros que en aquel tiempo infestaban las cercanías de la ciudad: aprovechele Dios por ello.

CAPITULO XXXI.

De Yahye ben Ali.

Con la nueva de las inquietudes y revueltas que habia en Córdoba los parciales del rey Yahye ben Ali ben Hamud volaron á Málaga, y excitaron á este príncipe á que viniese con sus tropas á ocupar la ciudad de Córdoba y apoderarse del reino, que le pertenecia por la declaracion del rey Hixem el Muyad á favor de su padre. Gobernaba Yahye su estado de Málaga y Algezira Alhadra, Cebta y Tanja con mucha moderacion y justicia: sus pueblos le amaban, y deseosos de su engrandecimiento se ofrecieron á ponerle en el trono de Córdoba. Así fue que mas por voluntad de sus ambiciosos parciales que por la suya propia partió para Córdoba. Los vecinos principales y gente honrada, por librarse de la tumultuosa anarquia que los despedazaba, se alc-

graron de su venida, y le salieron muchos á recibir y manifestarle su adhesion, y la confianza que tenian en su prudencia y buen gobierno. Toda la ciudad se conmovió á su entrada, y le recibió con grandes demostraciones de alegría. Apeóse en la aljama, y despues de hacer su oracion de adohar paseó las calles principales entre festivas aclamaciones populares. Luego escribió sus cartas á los walíes gobernadores de las provincias para que viniesen á Córdoba á jurarle obediencia. Pero los mas distantes se escusaron con aparentes pretextos, y los mas cercanos manifestaron abiertamente que no le reconocian por su rey, sino por un intruso, llamado por una parcialidad que ellos menospreciaban. Pesó mucho al rey Yahye de esta declarada desobediencia del wali de Sevilla; y deseando que el escarmiento de este sirviese de enmienda á los demas que pensasen de la misma suerte, ordenó que sus alcaides de Jerez y Málaga con los de Sidonia y Arcos reuniesen su caballería y fuesen contra Sevilla; y el mismo rey Yahye con la gente y caballería de Córdoba partió á juntarse con aquellas tropas.

Conviene decir aqui quién era este wali de Sevilla, y cuál su prosapia y condicion. Era pues Muhamad ben Ismail ben Abed el Lahmi, apellidado Abulcasim, cadi de Sevilla, y desde el tiempo de Alcasim ben Hamud, por su prudencia y sagacidad logró cuanto quiso; y le hizo gobernador de la provincia, y en pago de estas confianzas cuando Alcasim ben Hamud salió de Córdoba el año cuatrocientos y trece se apoderó Muhamad ben Ismail de la soberanía del estado. Cuenta Abu Rafe que este Muhamad fue hijo de Ismail ben Muhamad ben Ismail ben Coraix ben Abed ben Amer Ben Aslam ben Amer ben Itaf ben Naim, y que Itaf y Naim vinieron á España cuando la entrada de Baleg ben Baxir el Coxairi: que Itaf era de Hemesa en Siria, y

de la tribu Lahmi, originario de Alaris, aldea entre Egipto y Siria, en confines de Algifer; que en España se estableció en Caria Jumin, del territorio de Taxena de jurisdiccion de Sevilla, á la orilla del rio grande. Otros dicen que eran de los hijos de Nooman ben Almondar ben Measemai: y de esta nobleza se preciaban mucho, y los loaban por ello, como parece en los versos y elogios de varios ingenios y entre otros en los de Aben Lebana. Cuenta Hayan que el padre de Muhamad fue Ismail Aben Abed, hombre muy distinguido por su prudencia y grandes riquezas antes y despues del principio de la guerra civil: que tenia mucha autoridad en tierra de Sevilla, que vivia en ella con aparato y ostentacion poco diferente de la de los reyes; que ningun caballero particular de Andalucía le igualaba en esto, ni en liberalidad y muchedumbre de siervos. Recibió en su casa, y amparó á los mas ilustres desterrados de Córdoba en tiempo de las encendidas discordias y calamidades civiles. Era Ismail de ingenio astuto, de mucha erudicion; buen caballero, de ánimo constante, y de aparente candor, y siempre alcanzó sus miras con harta seguridad. Crió á su hijo Muhamad con su misma política, y le enseñó á superar las mayores dificultades.

Cuando Muhamad Aben Abed entendió que el rey Yahye venia contra él, previno ciertas compañías de caballeros de Sevilla y de Carmona en una emboscada para salir en ocasion conveniente. El mismo con otras compañías de á pie y de á caballo se adelantó al encuentro del rey Yahye. Los campeadores de la hueste de Córdoba pelearon con los de Sevilla: concurrieron á estas escaramuzas las fuerzas del rey Yahye y las de Muhamad; y por estratagema de este cedieron poco á poco sus gentes, y se fueron retrayendo en la pelea hasta fingir su vencimiento y fuga, y llevar á los de

Córdoba al parage de la emboscada: entonces acometieron con mucho valor y seguridad á los que los seguian, y saliendo los caballeros de la celada rodearon por todas partes á los de Córdoba: y el rey Yahye en lo mas recio de la batalla fue herido de una lanzada que le cosió á la silla de su caballo, y herido de otras muchas lanzas cayó muerto. Esta fue la suerte de este buen rey, que por sus virtudes prometia un venturoso reinado. Fue esta batalla dia siete de muharram del
1026 año cuatrocientos diez y siete. Mandó Aben Abed cortarle la cabeza, y la envió á Sevilla con la nueva de su victoria. Los caballeros de Córdoba y la gente de Málaga se retiraron tristes y vencidos.

CAPITULO XXXIII.

Del reinado de Hixem el Motad Bilah.

Cuando llegó á Córdoba la nueva de la infausta batalla y muerte del rey Yahye ben Ali ben Hamud, se entristeció toda la gente honrada de la ciudad por ver fallidas sus bien fundadas esperanzas en la prudencia y justicia del malogrado príncipe. Luego se congregó el Divan, y por influjo de Abilbezami ben Gehwar, wazír de la ciudad, y de los caballeros alameríes aclamaron por su rey y señor á Hixem ben Muhamad ben Abdelmelic ben Abderahman Anasir, esto es, biznieto del grande Aderahman III, y hermano del ínclito rey Abderahman Almortadi. Estaba entonces este caballero

retirado en Ham Albonte con el alcaide de aquella fortaleza, llamado Abdala ben Casim el Fehri. El pueblo aplaudió esta eleccion, y le proclamó con muestras de la mas sincera alegría con el título de el Motad Bilah, en fin de la luna de rebie primera año cuatrocientos diez y siete. Habia nacido el año trescientos sesenta y cuatro; era cuatro años mayor que su hermano el Mortadi; la madre que le parió se llamaba Oneiza. Enviaronle sus mensageros para anunciarle aquella voluntaria eleccion del Consejo y del pueblo de Córdoba: y como sabio y moderado, en vez de alegrarse manifestó su pesar de salir de la vida quieta y segura de su retiro á los cuidados del peligroso mando. Respondió á los enviados que agradecia la voluntad y amor del pueblo de Córdoba á su persona y familia; pero que ya no estaba para tomar sobre sus hombros la grave carga del gobierno. En fin despues de algunos dias de modesta repugnancia, instado de sus parciales los alameríes aceptó la corona; pero receloso siempre del inconstante y desconocido pueblo dilató mucho tiempo el venir á Córdoba, y se detuvo en las fronteras acaudillando la caballería que las amparaba. Unico pretexto que pudo justificar su ausencia de la capital. Peleaba con varia fortuna contra los infieles, que aprovechando el tiempo de las discordias civiles de los Muslimes ensancharon los limites de sus fronteras, así en España Oriental, como en Galicia y Castilla. En esta ocasion trató y honró mucho al alcaide Hixem ben Muhamad ben Hilel el Caisi de Toledo, hombre sabio y discípulo de sabios como Aben Abdus y el Chuzeni. Era esforzado, virtuoso y austero, que ayunaba con sumo rigor, y celebraba con esplendidez la Idalfitra ó pascua de salida de ramazan con sus fronteros (1), y gastaba

(1) Estos rabitos, ó fronteros muslimes, profesaban mucha aus-

en este dia todos sus ahorros con la gente de su fuerte. Su vestido era rústico y su comida muy frugal: permaneció toda su vida en la frontera de Castilla, y falleció á la partida del rey, que se detuvo en aquella tierra tres años menos dos meses. Escribió al rey el wazir Abul Huzam Gehwar que convenia que luego viniese á Córdoba; que el pueblo estaba inquieto y descontento; que deseaba ver á su rey; que de sus leves quejas y hablillas tomaban ocasion los sediciosos para fomentar discordias y conmociones graves; que los walíes ó gobernadores de las provincias interiores manifestaban descubiertamente sus intentos de independencia, ganando con aparante blandura y equidad los ánimos de los pueblos que tenian en su jurisdiccion, obrando como reyes absolutos, sin permitir que las contribuciones y rentas de las provincias viniesen á la capital. Con este aviso el rey Hixem partió con mucha diligencia para Córdoba, y entró en ella dia ocho de la luna dil-
1029 hagia del año cuatrocientos y veinte: fue recibido con gran pompa y demostraciones de alegría, y rodeado de infinito gentío entró en su alcazar. Su afabilidad y apacible y generosa condicion, y al mismo tiempo su atencion á la administracion de justicia ganó las voluntades del pueblo, calmó las inquietudes y puso freno á los ánimos revoltosos. Visitaba los

teridad de vida, y se ofrecian voluntarios al continuo ejercicio de las armas, y por voto se obligaban á defender sus fronteras de las algaras, entradas ó cavalgadas de los Almogávares, ó campeadores cristianos. Eran todos caballeros muy escogidos, y de suma constancia en las fatigas; que no debian huir, sino pelear intrépidos y morir antes que abandonar su estacion. Parece veresimil que de estos rabitos procedieron así en España, como entre los Cristianos de Oriente, las Ordenes militares tan célebres por su valor, y por los distinguidos servicios prestados á la cristiandad. El instituto de unos y otros era muy semejante.

hospicios y casas de pobres, y las madrisas, escuelas y colegios: cuidaba con especial zelo de los enfermos, y sus mismos médicos debian visitar cada dia los almarestanes ú hospitales. Depuso al cadi de la aljama de Córdoba Abderahman ben Ahmed ben Said ben Muhamad ben Baxir ben (1) Garcia, apellidado Abulmotarif, y conocido por Aben el Hasari, que habia sido electo cadi por el rey Ali ben Hamud. Era muy elocuente, y fue prefecto de oracion en la aljama y muy privado de los reyes Hamudes. Habia sido cadi doce años, diez meses y cuatro dias, segun dice Hayan: y vivió despues retirado en su casa en Córdoba poco mas de dos años, que falleció y fue enterrado sábado á mediada luna de jaban en la macbora ó cementerio de Aben Abas con grande honra. En este tiempo Obeidyas el catib ó secretario de Obeidala ben Meruan dijo estos versos al palacio en que habitaba, que competia en magnificencia con el real alcázar, y aventajaba al palacio Mogueiz, y casas de Almanzor.

Alcazar de Abi Meruan, del Paraiso traslado
Que construido pareces con pieles de leopardo:
Tus hermosos aposentos aun mas bellos que el palacio
Con mármoles todos brillan de oro de Tibar orlados.

Procuró el rey Hixem el Motad traer á su obediencia los walíes de las provincias, persuadiéndoles con cartas amistosas y razones claras la conveniencia de la concordia, y union de las fuerzas y recursos de todas las provincias muslímicas de España para oponerse á

(1) Es muy frecuente en las memorias arábigas de este tiempo el hallar en ellas nombres y apellidos Godos y Cristianos, como Gundemiro ben Dawud, Ahmed ben Guzman, Muhamad ben Fortun, Abdala ben Gotier, ben Borangel, ben Mendis, ben Munios, ben Manric, ben Radmir, ben Garcia, ben Sanche, ben Fortis, ben Galindo.

los infieles, y recobrar lo que la discordia civil habia hecho perder en las fronteras: que sin union y buena concordia no se podia mantener el edificio de la pública felicidad. Los walíes sin desconocer la autoridad legítima del califa de Córdoba, desatendieron en verdad sus razones, y con falsos pretextos le negaron las contribuciones y servicios que le debian.

Conociendo el rey que ya el mal era muy grave y pedia remedios fuertes y violentos, se propuso la reduccion de algunos walíes desobedientes, y encargó á Obeidala ben Abdelaziz el Yahsebi la de Algarbe. Este caudillo obligó á la obediencia á los de Libla, Oksonoba, Jilbe y otras ciudades gobernadas por alcaides puestos por el rey Yahye. Dió el rey Hixem el gobierno de Gezira Saltis al padre de este caudillo, pero Abdelaziz el Becrui no correspondió á la confianza que el rey habia hecho de su persona, que tambien se alzó con el señorío de aquella tierra, Almanzor ben Zeiri el de Sanhaga, desde la muerte del rey Abderahman el Mortadi se apoderó de todas las poblaciones de Elbira y de Granada: y seguro en su posesion por la debilidad del estado de Córdoba partió á Africa dejando en su lugar en Granada á su sobrino Habus ben Balkin, que era muy esforzado y prudente caudillo. Dice Alchatib que este Almanzor de Sanhaga reinó siete años en Granada. En Málaga gobernaba como rey Edris el hijo del rey Yahye ben Hamud, y sus pueblos le llamaban amir amumenin, y le juraron fidelidad y obediencia con toda solemnidad despues de la muerte de su padre Yahye el Motali, y á él le apellidaron el Olui ó ensalzado, y se llamaba tambien Abu Rafei. Era este Edris muy benigno, y daba á los pobres cada juma quinientas doblas de oro; de su generosa condicion y justicia se escribieron muchos versos. Levantó el destierro á los proscriptos en tiempo de su padre, y les

restituyó sus aldeas y posesiones. No se oyó en su tiempo queja de ningun desvalido. Era docto y visitaba las escuelas y los hospicios, y no se desdeñaba de oir á los mas humildes, ni sabia hacer otra cosa que beneficios y gracias. Era su wazir, y gobernador de su estado, su pariente Muza ben Afan, que al fin le fue pérfido, y le quitó la vida por servir al rey de Sanhaga Almoez ben Badis. En Denia mandaba Abdala el Moaiti, y era llamado rey, y labraba moneda con su propio cuño. Pero no pasó mucho tiempo en venir de Mayorcas el señor de aquellas islas Mugehid, que le privó de la soberanía, y le desterró de Denia, y se pasó á tierra de Cutema, y no volvió á alzar cabeza en este mundo, que allí falleció año cuatrocientos treinta y dos. Asi tambien estaban fuera de la obediencia del rey Hixem el Motad los walíes de Sevilla, de Carmona y Sidonia, y como la fortuna de las armas favoreciese mas á los walíes rebeldes en los dos años de su reinado, á pesar de sus esfuerzos, deseando el virtuoso rey poner término á la infausta guerra civil trató de avenencias con los walíes desobedientes.

Esta moderacion llenó de descontento á los de Córdoba, y culpaban al rey de los sucesos poco venturosos de sus armas, y de todas las calamidades de su tiempo. Ya el mal era sin remedio: el estado con la desunion de las provincias era muy débil contra el ilimitado poder de los walíes ó gobernadores: las buenas costumbres de los Muslimes antepasados estaban viciadas y corrompidas, no poco á poco, sino con el ímpetu de un precipitado torrente. Los malos y los buenos Muslimes todos parecian entregados á sus pasiones, los unos muy activos, inquietos é indómitos, los otros indolentes y apocados, de manera que como decia el rey Hixem esta generacion ni puede gobernar ni ser bien gobernada. Abul Hazam ben Gehwar aconse-

jó al rey que se retirase á Medina Azahra por asegurar su persona de los riesgos é insultos de alguna súbita conmocion popular que estaba muy amenazada. El rey Hixem estaba tan confiado en el amor y respeto del pueblo de Córdoba que no recelaba tan injusto y desagradecido intento, pero los sediciosos no tardaron en excitar á la inconstante é inconsiderada plebe. Valiéronse para esto de la obscuridad de la noche: pues los hombres cubiertos de la nocturna sombra son mas atrevidos é insolentes, que así no les estorba el natural rubor de las acciones menos honradas ó torpes. Corrió las calles la atropada multitud, y con gritos y general algazara pidió que el rey Hixem fuese depuesto, y que saliese de Córdoba.

Aben Gehwar fue de los primeros que anunciaron al rey la voluntad del inquieto y alborotado pueblo, y el rey sin alterarse dijo: gracias á Dios que así lo quiere. A la venida del dia, salió el rey de su alcázar con su familia y una buena comitiva de caballería de su guardia; y con ella se retiró á una casa de campo, y desde ella al dia siguiente partió á la fortaleza de Hasn Abi Jarif, que él habia edificado. Acompañáronle muchos nobles caballeros de Córdoba, y entre ellos el célebre Abdelbar el Nameri de Córdoba, gran ingenio para la poesía; y Muhamad el Raini conocido por Abu Abdala el Hannat, asimismo famoso por sus elegantes versos; y el erudito Ahmed ben Abdelmelic ben Joheid, el autor del libro Hanut Alatar, lleno de elegancias en prosa y verso; y otros varios favorecidos y privados
1031 del rey. Fue su salida de Córdoba el año cuatrocientos veinte y dos: vivió en su retiro con mucha tranquilidad hasta que pasó á la misericordia de Dios en el año cuatrocientos veinte y ocho. Sus virtudes y ánimo inalterable le acreditaron de digno sucesor de sus ínclitos antepasados, y merecedor

de mas favorable fortuna, y de tiempos menos enemigos de la virtud. En él acabó la dimnastía de los Omeyas en España, que principió en ella Abderahman ben Moavia año ciento treinta y ocho, y acabó en este Hixem el Motad año cuatrocientos veinte y dos.

Cuenta el historiador Alathir que despues de la deposicion del rey Hixem el Motad, un mancebo de la familia de los Omeyas, que estaba en la flor de su edad, pretendió la sucesion del reino. Y como el consejo y los del pueblo no quisiesen alzarle por su rey, diciéndole que temian la ruina del estado, que se compadecian de su persona y nobleza, y de su propia vida, pues veian que la fortuna habia vuelto las espaldas á todos los Omeyas; entonces replicó este mancebo, juradme hoy rey, y siquiera me mateis mañana, si mi enemiga estrella así lo dispone. Pero no consiguió persuadirlos ni concertar su eleccion; y dice que en aquel dia desapareció este Omeya, y nunca mas se supo de él ni de sus cosas. Así pasó el estado y fortuna de ellos, como si no hubiese sido. Feliz quien bien obró, y loado sea siempre aquel cuyo imperio jamás acabará.

Série de los reyes árabes de España en Córdoba, y años de su fallecimiento.

Abderahman I.	171
Hixem I.	180
Alhakem I.	206
Abderahman II.	238
Muhamad I.	273
Almondhir.	275
Abdala.	300
Abderahman III.	350

Estos dos últimos reyes de Córdoba no se mencionan en esta segunda parte de la historia : pertenecen á la tercera.

Reyes cristianos de España y otros príncipes que se nombran en esta segunda parte.

Cap. 13. Rey de Afranc Borel.
Cap. 15. García ben Sancho. Rey Bermond de Galicia.
Cap. 20. Conde Sancho, rey de los Cristianos.
Conde Bermond.
Conde Armengudi.

PARTE TERCERA.

CAPITULO I.

Eleccion de Gehwar, su gobierno, y estado de las provincias.

Acabada la sucesion de los Omeyas en el trono de Córdoba, así por las maquinaciones políticas de los jeques walíes, que procuraban establecer su grandeza sobre las ruinas de esta ínclita familia, como por la supersticiosa desconfianza popular que miraba mudada la fortuna de ella, se congregó el consejo y aljama de Córdoba, y dando por cierto y de todos sabido que de los Omeyas no quedaba ya rico ni pobre en toda España, pusieron los ojos en las virtudes y excelentes prendas de Gehwar ben Muhamad ben Gehwar, wacir sabio y prudente, hijo de hagibes y wacires, y de cancilleres de los antepasados reyes. Era este ilustre wacir muy estimado y bien quisto en el pueblo, respetado de todos los bandos, y que en los tiempos mas arriesgados de las revueltas y discordias civiles de Córdoba habia siempre permanecido imparcial sobre manera, justo y amante del bien comun. Por estas virtudes, de todos conocidas, fue de comun acuerdo adelantado en el mando y proclamado rey, y con públicas aclama-

nifestaban por el bien comun y seguridad de las provincias que tenian encomendadas, concluyendo con que atendiesen siempre á que la prosperidad y firmeza del estado consistia en su union y concierto. En tanque el prudente Gehwar entendia en esto, veamos cuál era el estado de las provincias, y cómo sus walíes se alzaban con la soberanía de ellas.

Era en este tiempo wali de Sevilla, y absoluto señor de ella Muhamad ben Ismail ben Abed, llamado Abul Casem. Esta familia era originaria de Hemesa, que en la entrada de Baxir ben Baleg Alcoraysi en Andalucía, vinieron con él Itaf ben Naim y Naamin ben Almondar ben Me Alcemai de Siria, de una aldea llamada Alaris, en estremos de Algifer, entre Siria y Egipto. Eran de tribu Lahmi, y de este orígen se preciaban los ben Abed, y en la division de tierras en tiempo de Gesam ben Derar se estableció Itafa en Caria Jumin, terrritorio de Taxena, jurisdiccion de Sevilla. Ismail Aben Abed, padre de Muhamad, por su prudencia y riquezas, antes y despues de la guerra civil, logró tener mucha autoridad y consideracion en Andalucía, y vivia con aparato y ostentacion poco diferente de la de un rey, tanto que ningun particular en España le igualaba en esto. Era muy rico, señor de grandes rebaños de ganados de toda especie, de muchos siervos, y en estremo liberal y generoso. Su casa fue el asilo de todos los ilustres caballeros desterrados de Córdoba en las discordias civiles, y su franqueza y liberalidad, junto con su sabiduría y sagacidad y aparente candor, ganaba los ánimos de todos, y llevaba adelante sus miras de engrandecimiento. Despues de la muerte de Ismail, su hijo Muhamad, siguió las huellas de su padre, y consiguió que el rey Alcasem ben Hamud, le hiciese cadi de Sevilla, y que hiciese de él gran confianza, y en pago de ella este Muhamad, cuan-

do Alcasem salió huyendo de Córdoba por las discordias civiles, se apoderó de Sevilla con las artes aprendidas de su padre: esto fue el año cuatro-
1022 cientos trece, ayudándole á conseguir sus pensamientos los mas ilustres jeques de la provincia, distinguidos por sus empleos y wacirias, á todos los cuales habia ganado con sus liberalidades, y su industria les hizo caer en sus redes, y que fuesen sus mas fervorosos fautores. Eran de estos los hijos de Abu Becar Zubeidi, el gramático, maestro que fuera de Hixem II, y los de Airim y otros á quienes honró con su amistad y enlazó con empleos y tenencias muy principales en la España meridional; y así formó su soberanía, y dió con gran ventura el primer paso de su declarada independencia y rebeldía en la batalla y completa victoria que consiguió del rey Yahye, cerca de Ronda, el año cuatrocientos diez y siete, y
1026 desde aquel dia no quiso perder las ocasiones que se le ofrecieron para su engrandecimiento, y ocupó muchas fortalezas en toda Andalucía: y como ciertos observadores de nacimiento por la astrología hubiesen pronosticado que su dimnastía habia de acabar á manos de ciertas gentes de Sabdria, de una isla que no seria la propia morada de ellos, luego creyó que fuesen los de Berezila, que por su privanza con Almanzor ben Abi Amer, tenian ciertas tenencias en Andalucía, y de ellos era Muhamad ben Abdala Albarzeli, señor de Carmona y de Ezija, que se habia alzado con ellas en las revueltas y guerra civil de los Hamudes. Contra este determinó hacer guerra hasta destruirle y despojarle de cuanto tenia, y le fue á poner cerco en Carmona, cuando le llegaron las cartas del rey de Córdoba Gehwar; pero no mudó de propósito por ellas, antes trató de apretar mas el cerco y desembarazarse de este enemigo.

En Málaga luego que llegó la infausta nueva de la muerte de su rey Yahye, avisaron este suceso á Abu Giafar Ahmed ben Abi Muza, el conocido por Aben Bokina y al eslabo Naja, que ambos tenian el gobierno de los Alhacenes Alíes, en Africa, y sin tardanza vinieron á España con Edris ben Ali ben Hamud, hermano del difunto Yahye, y le proclamaron rey en Málaga, y le apellidaron Alolui y amir amumenin. Estaba este Edris en Cebta, y al mismo tiempo tenia el gobierno de Tanja, y dispusieron sus jeques que dejase en Cebta por wali á Hacen, hijo del difunto Yahye, que no se atrevieron á proclamar á los hijos de Yahye, porque eran mozos de poca edad. Eran estos Edris y Hacen que era el menor, y quedó en Cebta hasta el

1038 año cuatrocientos treinta, y como eran niños fácilmente los persuadieron: fue esta jura de

1027 Edris el año cuatrocientos diez y ocho. Era Edris muy virtuoso y humano, restituyó á sus casas á los desterrados, y les dió sus bienes, y deshizo los embargos, y dió las aldeas y villas á los que antes pertenecian. Era muy caritativo y daba cada giuma quinientas doblas de oro de limosna, era docto y visitaba las escuelas, y no se desdeñaba de tratar á los pobres y humildes vasallos que le buscaban: eran gobernadores de su imperio en Africa el eslabo Naja, y en Málaga Aben Bokina y su pariente Muza ben Afan, este era su wazir y hagib, y Bokina su caudillo.

Con la misma ocasion de la muerte de Yahye, se suscitó otro partido en Alhadra á favor de los hijos de Alcasem ben Hamud, de los cuales cuidaba un honrado jeque de Almagarava, conocido por Abul Hegiag, el cual sabida la muerte de Yahye congregó á los de Almagarava, que estaban entonces en Algeziras, y dijo á los negros que eran la tropa de aquel pais: « aquí os presento á estos mancebos Muhamad y Hacen, hi-

jos de Alcazem ben Hamud, estos son vuestros señores, hijos de vuestros señores, estos serán vuestros caudillos y os harán felices si corresponde con ellos vuestra lealtad y vuestro valor.» Los negros sacaron sus espadas y juraron obedecerlos y mantener sus derechos á costa de sus propias vidas: y Muhamad aunque jovencillo les dió gracias y les prometió que toda su vida se preciaria de compañero y caudillo de sus negros.

En Granada Habus ben Macsan, sobrino del caudillo Habus ben Macsan ben Zeiri de Zanhaga, señor de Elbira, siguiendo las instrucciones de su tio, que á su partida para Almagreb le habia dejado en su lugar el
1029 año cuatrocientos y veinte, lejos de obedecer al nuevo rey de Córdoba presumió destronarle, y procuraba á este fin alianzas con los de Málaga y Carmona, contra el de Córdoba y Sevilla.

El estado de Almería y de toda la parte meridional de España, y las islas Yebiza, Mayorica y Minorica, estaba en poder de los alameríes, que habian tenido aquellos gobiernos desde el tiempo del hagib Almanzor Muhamad ben Abi Amer, y de sus hijos Abdelmelic y Abderraman; y en el tiempo de la guerra civil siempre fueron leales á la familia de los Omeyas, y cuando Hayran Alameri fue vencido por el rey de Córdoba Ben Hamud, que le quitó el estado y la vida su pariente Zohair Alameri, que era entonces wali de Denia, aprovechando la ocasion de la guerra civil, y con ayuda de otros alameríes, se apoderó por fuerza de armas de la ciudad de Almería, que la tenia el cadi Muhamad ben Alcasem Zubeidi de Cairewan, por favor del wali de Sevilla Aben Abed, á quien habia servido y facilitado el fin de sus intenciones en tiempo de Alcasem ben Hamud, rey de Córdoba, y este sabio y valeroso cadi, gobernador de Almería, murió peleando en la entrada

sangrienta de Zohair en ella; y dió Zohair el gobierno de Denia á Alí ben Mugihaid, y á este Mugihaid, su padre Abdala, llamado Abul Geix, que era señor de las islas de Mayorica, y se llamaba amir én su estado, y tenia una hija casada con Aben Abed de Sevilla, dió la ciudad de Castillon. Gobernaba las islas Ahmed ben Raxic Abu Alabas, de los Beni Joheid de Murcia, varon justo y muy docto, y estimado de los alameríes, y estuvo en ellas y en su obediencia hasta
1048 que murió despues del cuatrocientos cuarenta. La tierra de Tadmir estaba asimismo en obediencia de Zohair, y la tenia como alcadim, ó adelantado el noble jeque Abu Becar Ahmed ben Ishac ben Zaid ben Tahir Alcaysi, de las ilustres tribus de Arabia, varon justo y tan moderado, que nunca se preció de otro título que de Mudhelim, ó desagraviador, y era admirable su celo y fidelidad al servicio de los alameríes. Era rico y benéfico, que procuraba la felicidad de su estado, y los pueblos de tierra de Murcia bendecian su gobierno. Para colmo de su ventura tenia un hijo llamado Abderraman, que imitaba las virtudes de su padre en su juventud. Asimismo Valencia y cuanto dependia de ella, que era mucha tierra de lo mejor de España, estaba en obediencia de Abdelazic Abul Hasan ben Abderraman ben Abi Amer, wali de Valencia, que por su nobleza y gran poderío se intitulaba amir y Almanzor. Este era tan político que ganó á todos los alameríes, y en especial á Zohair, y todos le miraban como su príncipe, y al fin los heredó á todos: era wali y señor de Valencia desde el año
1021 cuatrocientos doce. Lebun y Mubaric alameríes, tenian por él las ciudades de Mubiter y de Játiva, de suerte que todos estos eran unidos entre sí, y muy desafectos del partido de Córdoba, y de su nuevo rey Gehwar.

En Zaragoza era amir y absoluto dueño Almondar ben Hud, hijo de Yahye ben Husein de los Ategibíes y Giuzamíes, ilustres tribus de Arabia. Se habia apoderado de Zaragoza, y de casi toda España oriental desde el principio de la guerra civil, por avenencias concertadas con Hayran el Alameri, y de wali de la frontera, en donde su valor y proezas le habian dado justamente el ínclito título de Almanzor, y la confianza de los reyes de Córdoba, llegó á ganar el amor de los pueblos con su liberalidad y prudencia, y cuando la eleccion de Gehwar, respondió dándole la enhorabuena; pero se desentendió de lo que le decia de obediencia y reconocimiento, y no entendia sino en defender sus fronteras. En Huesca y en su tierra mandaba el wali Man ben Ategibi, que estaba casado con Borija, hija de Abderraman el hagib, hijo del célebre Almanzor Muhamad ben Abi Amer, de suerte que toda la parte de España oriental y meridional, estaba en poder de los alameríes y ategibíes, familias unidas con alianzas y parentescos, que formaban un poderoso bando entre los reyes de Tayfas en España, muy apartados de la obediencia del nuevo rey de Córdoba.

En la Lusitania y Algarbe de España, estaban apoderados los Beni Alaftas, desde que Abdala ben Muslama Ategibi Aben Alaftas de Mekines habia sucedido al persiano Sabur, camarero que fuera del rey Alhakem, y en tiempo de Hixem II wali de Algarbe. Este caudillo persiano llevó consigo á la frontera al jóven Abdala Muslama, y le dió el gobierno de Mérida, y le estimaba tanto que nada hacia sin su voluntad y consejo, y le honró y distinguió mucho, de suerte que era como el wali de aquella Amelia, y como en tiempo de la guerra civil falleciese Sabur, le sucedió en el mando Abdala, y se declaró dueño absoluto del estado de Algarbe, y se apellidó Almanzor, y estaba tan seguro de

su posesion y tan envanecido de su señorío, que despreció las cartas de obediencia que le escribió el rey Gehwar y declaró por su futuro sucesor á su hijo Muhamad, mancebo de grandes esperanzas, y tenia su Córte en Badalyoz, y eran sus parientes los ategibíes de Tortosa y de Huesca, y los Aben Hudez de Zaragoza, y por esta razon uno de los mas poderosos señores de España.

En Toledo se levantó con el señorío de la ciudad, y de toda su tierra el hagid Ismail ben Dilnun, que se apellidaba Nasroldaula Almudafar, caudillo ilustre de gran valor, y de muy altos y ambiciosos pensamientos, que aspiraba á la soberanía de toda España, y pretendia por su nobleza y antigua sucesion en los principales gobiernos de España, que se le prefiriese á los amires de Córdoba y de Sevilla: y como Gehwar le hubiese enviado sus cartas de homenage para que le reconociese y jurase obediencia, le respondió con desprecio y altanería, diciéndole que se contentase con mandar en el rincon que de prestado tenia en Córdoba, mientras sus débiles vecinos se lo permitian, que él no reconocia en España ni fuera de ella mas soberano que al del cielo. Con este poderoso príncipe estaba unido el señor de Azahila y de Santamaría de Aben Razin, llamado Huceil ben Chalf ben Mib ben Racin, que habia heredado el territorio de Sahila en lo de Córdoba, y el de Santamaría de oriente, que se decia Santamaría de Aben Racin de Aben Aslai, y eran dueños de estas
1011 ciudades desde el año cuatrocientos uno, y
fue el primer señor de ellas el hagib Iz el Daula Abu Muhamad Huceil ben Racin. Estaba tambien protegido de Almondar ben Yahye, y con el favor de estos señores poderosos que confinaban con sus estados no temió el despreciar las cartas de Gehwar, rey de Córdoba, ni sus amenazas sirvieron para otra

cosa que para fomentar la discordia y dar principio á la guerra civil. Las ciudades de Welba, Libla y Gecira Saltis, estaban en poder de los Yahyes Yahsebis, que eran walíes de Libla despues de su padre Ahmed, que se habia hecho dueño de aquella tierra desde el año
1019 cuatrocientos diez: era de estos Ayub, wali alcadi de Córdoba, en tiempo del hagib Almanzor, y esta familia siempre se mantuvo leal á los reyes de Córdoba, y procuró la concordia y avenencia de los reyes de Andalucía. Santamaría de Algarbe, que es puerto de Oksonoba, sobre el mar Océano Occidental, estaba en poder del wazir Ahmed ben Suid Abu Giafar, que fue Latib de Zuleimàn Almostain Bila, rey de España, y la tenia por juro de heredad con Said ben Harun Abu Otman de Mérida, su yerno, que luego la heredó de su suegro, que llamaban Abu Adub. Aben Abed, señor de Sevilla, apuraba cada dia mas á Muhamad ben Abdala Albarceli en Carmona: teníale cercado y en tanto estrecho, que viendose forzado á rendirse por falta de provisiones por no caer en manos de su enemigo, se escapó con algunos pocos de los suyos, mientras los de la ciudad se entregaban al de Sevilla, y se fue á Ezija que tambien era suya; pero no se tuvo por seguro en ella, y partió á implorar el auxilio de Edris, rey de Málaga, y á su hijo envió al señor de Zanhaga, que era dueño de Elbira y de Granada, para que le favoreciesen. Este generoso caudillo vino en su ayuda por su persona con escogida caballería, y el rey Edris de Málaga envió en su socorro á su vicir Aben Bokina, con buena hueste, que ambos príncipes temian las ambiciosas intenciones de Aben Abed. No se descuidó Muhamad Aben Abed, y sabiendo el aparato de tropas que se juntaba contra él, envió á su hijo Ismail y su escogida hueste á encontrar á los aliados del Barceli, señor de Carmona, y encontró estas huestes antes

que se uniesen, y las venció y desbarató con mucha fortuna, y como Aben Abed supiese la victoria, envió una compañía de valientes caballeros, para que unidos con su hijo persiguiesen al señor de Zanhaga, y al caudillo Aben Bokina. Corrieron los de Aben Abed con tanta diligencia que alcanzaron al señor de Zanhaga, y este temiendo ser derrotado por el mayor número y por la ventaja de la primera victoria, ordenó sus haces, y envió á gran prisa á avisar al caudillo de Málaga Aben Bokina, que no estaba mas que una hora de distancia, diciéndole que sin falta viniese en su ayuda que él mantenia la batalla, y si él sobreviniese era segura la victoria. Acometiéronse con mucho valor ambas huestes, y cuando ya los de Sevilla llegaban á las banderas de los de Zanhaga, acometieron de improviso los de Aben Bokina, y los que ya se creian vencedores, sorprendidos con el acontecimiento de esta nueva gente, se acobardaron y tornaron brida, y con gran desórden dejaron la batalla, y los aliados hicieron gran matanza en ellos, y murió en la retirada peleando como bueno Ismail, hijo de Muhamad Aben Abed, y le cortaron la cabeza que enviaron los de Málaga á su rey Edris, que andaba enfermizo y estaba entónces en los montes de Yebaster, y se alegró mucho de este venturoso suceso de sus armas.

La nueva de este desman dió gran pesar al señor de Sevilla, y temiendo que Gehwar de Córdoba aprovechase esta ocasion contra él, y que entre todos le destruyesen, para alucinar á la plebe, y dar un pretexto menos odioso á sus guerras y pretensiones, se valió de esta ficion. Divulgó que el rey Hixem Almuyad ben Alhakem, del cual ya tiempo antes nada se sabia, que habia ahora parecido en Calatrava, y que este desgraciado príncipe habia venido á implorar su auxilio, y se valia de él para recuperar el trono de España, y que

él le tenia hospedado en su alcázar, y le habia prometido restituirle en su reino, y servirle en esto como á su verdadero y natural señor, y escribió muchas cartas de este falso aparecimiento á los jeques y adelantados de las provincias, y á otros walíes de ciudades principales de España y de Africa, y algunos pocos demasiado crédulos le dieron fé, y le prestaron obediencia, y se declararon en su favor, y en algunas partes se hizo la chobta por el rey Hixem Almuyad, y en las Zecas de Sevilla se acuñó moneda en su nombre para dar mas color á la fábula. Sin embargo, los mas astutos y políticos despreciaron esto y las hablillas del populacho, que duraron algunos años, desde la luna de muharram
1036 del año cuatrocientos veinte y siete, y no sirvieron poco para establecer sus cosas y ordenar lo que convenia á sus intentos, al mismo tiempo que estorbaban las miras de concordia y avenencia que tenia el rey Gehwar, pues parece fatalidad del género humano, que las mas veces la fortuna abandona á los bien intencionados, y sigue el carro de triunfo de los atrevidos y ambiciosos malvados: eran en verdad aquellos tiempos enemigos de la virtud y de la justicia, y los walíes de toda España, con desmedida codicia ó vana ambicion, no atendian sino á sus particulares intereses, y despreciaban los consejos de bien comun, y las quejas y amonestaciones de Gehwar.

CAPITULO II.

Guerras civiles entre los Muslimes.

El ejército de los príncipes aliados de Málaga, Granada y Carmona acamparon en Alcalá en comarca de Sevilla, y Muhamad ben Abdala el Barzeli ocupó otra vez la ciudad de Carmona, y unido á sus aliados salió con su gente á correr con ellos la tierra de Sevilla. Estas poderosas cabilas estendieron sus algaras hasta las cercanías de la ciudad, y llegaron talando y quemando hasta entrar en Atrayana. El señor de Sevilla allegó las reliquias de su hueste, y con su industria y riquezas, y con el valor de Ayub ben Amer ben Yahye Jahsebi de Libla, caudillo de su caballería, logró vencer á los aliados en diversas escaramuzas, y los rechazó y arredró de sus comarcas, y descontentos del mal suceso, y culpándose unos á otros de la poca ventura de la guerra, se desunieron, y cada uno se tornó á su casa. El caudillo Ayub creyó asegurar con estos servicios que hizo al señor de Sevilla la posesion de la tierra de Welba y Gezira Saltis, que tenia en tenencia, y gobernarlas como soberano, así como hacia Ahmed Yahsebi, su hermano, en Libla, donde tenia un absoluto señorío, á pesar de Aben Abed de Sevilla, y de Aben Alaftas de Badajoz, que pretendian disimuladamente hacerse dueños de estos estados.

1039 Acaeció en este tiempo la muerte de Edris ben Ali, rey de Málaga, que andaba enfer-

mizo, y el caudillo Aben Bokina procuró que sucediese en el trono Yahye ben Edris, el conocido por Hayan: los jeques y principales señores de la ciudad y su comarca se convinieron en jurarle, y así se hizo con general aplauso. Cuando la nueva de la muerte de Edris ben Ali llegó á Cebta, donde gobernaba el eslabo Naja, luego dejó en su lugar á otro caudillo eslabo de su confianza, y atravesó el estrecho y pasó á Málaga con Hacen ben Yahye, con ánimo de coronar á este príncipe, á quien habia criado y le dominaba, y así pensaba tener ambos estados en su poder. Cuando Aben Bokina supo que estos habian desembarcado, salió de la ciudad contra ellos con una escogida compañía de valientes caballeros, y el eslabo Naja y el príncipe Hacen, se vieron forzados á retraerse á la Alcazab, donde entraron por inteligencia que tenian con su alcaide, y allí los cercaron con mucho rigor y empeño: la gente de Hacen era tambien muy esforzada, y se defendian con mucho valor y constancia, y en las salidas y rebatos hacian grave daño á los cercadores. Como el sitio se alargaba, y faltase provision á los de Hacen, propuso el eslabo Naja que se compusiesen, y concertaron por avenencia que Hacen tornase á su gobierno de Cebta y Tanja, y Edris quedase señor de Málaga y de sus tierras, y logró el eslabo Naja que Edris tomase por wacir á un poderoso comerciante, llamado Axetayfa, de quien Naja confiaba mucho: así salió este eslabo y los suyos del cerco en que estaban muy apurados, y sin esperanzas de socorro. Con esto se tornó Hacen á sus gobiernos de Tanja y Cebta. Estaba casado con una prima suya, llamada Asafia, hija de su tio Edris, hermano de Ali, que por consideracion á esta no se habia alzado con el señorío de Cebta, pero el eslabo Naja por amores á la hermosa Asafia, ó lo que es mas cierto por codicia del mando, á los dos años ase-

sinó al príncipe Hacen ben Yahye, pretendiendo sucederle en el trono y en el lecho. Como llegase á Málaga la nueva de la muerte de Hacen Edris de Málaga, avisó á sus parientes para que se unieran con él, y tomaran venganza de esta maldad. Naja no se descuidó en allegar sus parciales, y pasó con ellos á Andalucía con ánimo de suscitar discordia entre los alíes de ella, y dicen que antes de salir asesinó á un hijo pequeño de Hacen, aunque otros dicen que murió de enfermedad, Dios lo sabe. Dejó en Cebta y Tanja por wali á Merubad Bihi ben Aleslabi. Como tenia de antemano meditadas estas maldades, traía consigo gran caballería con dobles pagas, y pasó con gran flota, y luego se apoderó de las dos fortalezas de Málaga y de su alcázar, entrando en él por sorpresa é inteligencia con el Jetayfa, y pusieron como en prision al rey Edris en su propia cámara, y no pensaba menos que en matarle y hacerse dueño de cuanto tenian alíes alhacenes en España y Africa. Sirvió mucho á sus intentos el Jetayfa con su autoridad y riquezas, dando abundantes provisiones y dobles pagas á los Berberíes, y demas gente allegadiza y valdía que se les juntó.

La nueva de estas violencias llegó á Algezira, y al punto Muhamad ben Alcasem allegó sus gentes para venir contra los Eslabos á Málaga, en favor de su pariente Edris; pero Naja esparciendo voces de que venia Muhamad á enseñorearse de la ciudad, salió con los suyos á recibir á esta gente y pelear con ella: y estando ya en el camino, algunos jeques de los que andaban en su compañía, y no le servian de buena fe, le aconsejaron que debía tornarse á Málaga, y esperar en ella á los enemigos, y escribir á Cebta y Tanja para que le viniese mas gente, y el respondió, que solo queria volver con algunos caballeros á terminar cierta diligencia muy importante. Era su ánimo quitar la vida

á Edris y á otros de sus parciales y mas fieles servidores: y como para esto tornase solo con poca compaña de sus caballeros eslabos, los jeques andaluces y algunos caudillos de Málaga, que habian salido con él en aquella hueste, salieronles al atajo cuando llegaban á ciertas angosturas y malos pasos del camino, y allí les acometieron y alancearon, y acabaron con el Eslabo Naja, y con diez de los suyos. Entonces se adelantaron dos caballeros de estos, y entraron corriendo en Málaga, gritando albricias, albricias; victoria, victoria, y llegando á donde estaba el Jetayfa le despedazaron á cuchilladas, y revuelto y alborotado el pueblo sacaron por las calles á su rey Edris, y le proclamaron, y el rey sosegó al pueblo y evitó el derramamiento de sangre que amenazaba á los parciales y parientes del Jetayfa, y otros eslabos que habia en la ciudad. Los de la hueste de Naja, cuando supieron la suerte de su wali, se dispersaron, muchos se pasaron á Africa, y otros se acogieron al servicio de Muhamad ben Alcasim de Algecira, haciéndose vasallos del mismo contra quien iban á pelear: asimismo Muhamad, avisado de Edris de todo lo sucedido, despidió su gente y se estuvo en Algezira.

Estos acaecimientos estorbaban las intenciones de reunion y de paz del rey Gehwar de Córdoba, que con gran pesar veia encenderse mas y mas el fuego de la discordia y guerra civil, y como no aprovechaban sus paternales consejos, ni la suavidad y buen término de sus razones; la ambicion de algunos amires, y la codicia de los walíes y alcaides los hacia insensibles á las razones de justicia y de bien comun, y ninguno atendia sino á sus particulares intereses: donde la violencia no tenia lugar, lo alcanzaba la liberalidad, la política y aparentes ventajas, enlabiaba á los pueblos, y en especial á la gente menuda: así estaba España dividida y

tiranizada de tantos reyes de taifas como provincias, que con el ruido de las armas, bandos y discordia, no se oia la voz del justo y benéfico rey de Córdoba. Viendo pues Gehwar que sus persuaciones eran ineficaces, probó á sujetar por fuerza de armas á los mas vecinos y menos poderosos, y envió su caudillo con escogida caballería á ocupar la campiña de Azahila, que tenia como suya propia Husam-Daula ben Huzeil Aben Razin, señor de otro territorio en Santamaria de oriente que tenia el nombre de Santamaria de Aben Razin. Ocuparon las tropas de Córdoba algunos lugares, y el señor de Azahila imploró el auxilio de su vecino Ismail ben Dylnun, señor de Toledo, que luego tomó á su cargo la defensa y proteccion de Ben Huzeil Abu Muhamad, conocido por Aben Aslay: y allegó gran hueste, y la envió contra los de Córdoba: recuperaron los pueblos de Azahila con mucha facilidad, porque el señor de aquella tierra era muy amado de sus pueblos por su afabilidad y buen trato, y todos llevaron su voz en esta ocasion contra los de Córdoba.

En este tiempo Mondar ben Yahye ben Hud, rey de Zaragoza, uno de los cuatro principales amires que aspiraban al señorío de España, habia pasado á Granada para concertar ciertas alianzas y partidos con Habuz ben Maksan, señor de Granada, de Elbira y Gien; pero entretenido algun tiempo en tanto que se congregaba la gente que debia acaudillar su pariente Abdala ben Alhaken, este mismo caudillo con ocasion de unos bienfundados celos, mató á su pariente el rey de Za-
1039 ragoza el dia diez de dilhagia, del año cuatrocientos treinta; y luego fué la nueva de su muerte á Zaragoza, y en el mismo dia fué proclamado su hijo Zuleiman ben Mondar ben Hud, señor de Lérida, príncipe excelente, que mereció eterna fama por sus proezas, y se apellidaba Abu Ayub ben Mu-

hamad Mondar y Almostain Bila, y principió á reinar en la parte de España oriental, en la luna de muharram, primera del año cuatrocientos treinta
1040 y uno. Abu Ayub Zuleiman ben' Muhamad, llamado Almostain Bila, era sahib de Lérida, y se le unió el reino de Zarcusta y sus comarcas despues de la muerte de Almondar ben Yahye Ategibi, á quien cortó la cabeza su primo Abdala ben Hakim en su palacio, en la luna de dilhagia, año cuatrocientos treinta, y fué proclamado Aben Hud: despues se le amotinó el pueblo de Zarcusta, y se retiró á Rot Alyeud, castillo inaccesible, donde habia llevado sus tesoros, y dejó robado el alcázar de Zarcusta y el pueblo *dos años* (1): le robó tambien hasta los mármoles, y se hubiera arruinado á no haberle sucedido tan presto Zuleiman ben Hud en muharram del cuatrocientos treinta y uno.

Muhamad ben Yahye, walí, de Huesca, pasó á Valencia, donde le recibió muy bien Adelaziz Abul Hasan ben Abi Amer, que era señor de aquella ciudad y sur tierra, y dió Abdelaziz en matrimonio dos hijas suyas á dos hijos mancebos de este wali, el uno era Abulahuas Man, y el otro Samida Abu Otba, y acabadas las fiestas y walímas de estos casamientos, partió el walí Muhamad para oriente, y se embarcó, y poco despues hubo nueva de como murió ahogado en el mar. En este tiempo adoleció Zohair Alameri el eslabo, señor de Almería y de gran comarca en España meridional, y de esta dolencia falleció el año cuatrocientos
1041 treinta y dos, declarando por sucesor en todas sus tierras y señoríos á Abdelaziz Abul Hasan, señor de Valencia, que se apellidaba Almanzor,

(1) Se nota la obscuridad; pero solo pudiera aclararla el señor Conde. El original está así.

y este príncipe puso por su adelantado y naib en Almería á su yerno Man Abualhuas, que gobernó aquel estado con mucha prudencia, y fué bien quisto de sus pueblos, y estableció su estado independiente, que fué muy considerable en todo su tiempo.

El señor de Sevilla, viendo que sus enemigos se habian desunido, no quiso ya valerse de la fábula del rey Hixem II que habia fingido, y para servirse todavía de ella en sus intereses, divulgó que habia muerto el rey, á publicó cartas suyas en que le declaraba sucesor de su imperio, y vengador de sus enemigos. Estas cosas aunque valian poco entre los poderosos, servian bastante para con el vulgo, y con los alameríes que amaban hasta las fábulas y sombras del poder y autoridad de los Omeyas: así que toda la parte meridional de España se declaró del bando de Aben Abed, y mantenia
1041 con él secretas y públicas inteligencias. En el año cuatrocientos treinta y dos nació un nieto al rey Aben Abed, de su hijo el príncipe Muhamad, y de una princesa de Denia hija del amir Mugiahid Abul Geix, señor de Mayorca y de Denia: este nacimiento fué observado por los astrólogos de órden del rey su abuelo, y le anunciaron las posiciones planetarias grandeza y prosperidad; pero que al fin de sus dias la luna llena de fortuna menguaria y padeceria eclipse notable. Y en el punto que este rey se disponia para salir contra sus enemigos con gran caballería, atajó el señor sus pasos con una enfermedad de la cual falleció en la noche penúltima de giumada primera del año
1042 cuatrocientos treinta y tres (1), y le trasladó de los alcázares de Sevilla á los del paraiso. Fue muy sentida la muerte de este amir en toda

(1) Dice Adel Halim que el cadi Ismail ben Abed falleció año cuatrocientos treinta y uno.

su tierra, por sus excelentes prendas reales: y proclamaron el dia dos de giumada prostera á su hijo Muhamad Aben Abed, llamado Almoateded. Era este príncipe hermoso en su persona y de admirable ingenio; pero muy voluptuoso, amigo de mugeres y no menos cruel. Ya en tiempo de su padre tenia un precioso harem con setenta esclavas hermosas de diferentes paises traidas á gran precio, y mantenidas con profusion y prodigalidad: y luego que fue rey absoluto cuenta Aben Haya, que tenia ochocientas doncellas para su servicio y delicias: sin embargo amaba con entrañable amor á la hija de Mugihaid Alameri, señor de Castillon, hermana de Ali ben Mugihaid, príncipe de Denia, que por este parentesco habia procurado su padre mantener á su devocion á los a'ameríes. Escribia Almoateded elegantes versos que juntó en coleccion el hijo de su hermano Ismail: era algo impío, á lo menos tenia fama de poco religioso; y en los veinte y cinco castillos de su señorío no edificó sino una aljama y un alminbar: labró en Ronda una hermosa casa de placer, y mantenia en ella la familia que convenia para cuidarla: en el alcázar de Sevilla guardaba en una alacena muy preciosa varias tazas guarnecidas de oro y de jacintos, esmeraldas y rubíes, hechas de los craneos de personas principales descabezadas por su mano y espada, ó por su padre, y allí estaba la cabeza del amir Yahye ben Ali, la del hagib Aben Hazvun, la de Aben Chug, y otras muchas que fue juntando su crueldad. Al fin de este año de cuatrocientos treinta y cuatro falleció el wali de Santamaría de Oksonoba en Algarbe, llamado Said ben Harun, y heredó su estado su hijo Muhamad ben Said.

CAPITULO III.

Muerte del rey de Córdoba Gehwar, y le sucede su hijo Muhamad. Continúa la guerra entre Muzlimes.

Aunque los sucesos de la guerra que habia el rey Gehwar de Córdoba contra el señor de Azahila, y contra su protector Ismail ben Dilnun, rey de Toledo, no eran muy venturosos, los de Córdoba y sus comarcas se esforzaban cuanto podian en servicios de su señor, ofreciéndose gustosos á los peligros de una infeliz y sangrienta guerra, obligados de su benéfico y sabio gobierno, y de su admirable justicia; porque si la dura necesidad de la guerra les ofreció justos y honrosos peligros en la frontera, en lo interior estaba todo en suma seguridad y quietud, y como en la mas tranquila paz habia en todos sus pueblos abundancia y buen órden, de manera que no cesaban de bendecir su nombre, y le llamaban padre del pueblo y defensor del estado, y cuando en toda su tierra no habia mas temor que el de su muerte, acaeció ésta en la noche de giuma, seis de muharram, algunos dicen de
1044 safer, del año cuatrocientos treinta y cinco.

Acabada la pompa funeral del rey Gehwar, que siguieron con lágrimas todos los vecinos de Córdoba, y hasta las retiradas doncellas salieron detrás de su féretro derramando preciosas lágrimas, fue proclamado rey su hijo Muhamad ben Ghewar Abul Walid. Era varon virtuoso y prudente, digno hijo de tan buen padre;

pero de salud quebrantada y enfermiza. Juráronle obediencia la aljama y mezuar de Córdoba, y en todos se templaba el sentimiento de la muerte del padre, con las esperanzas que fundaban en las virtudes del hijo; pero el tiempo era cruel y muy contrario á las pacificas virtudes que resplandecian en estos reyes. Luego que subió al trono se propuso procurar avenencias con el rey de Toledo y el señor de Azahila, creyendo que no podia ser muy venturosa la guerra contra tan poderosos enemigos; pero como éstos le respondiesen con altanería y desprecio, encargó la continuacion de la guerra á su hijo Walid, y al caudillo Hariz ben Alhakem ben Alcasha, que estaba de frontera en Calatrava, y allegando sus gentes corrieron la comarca de sus contrarios, haciendo en ella notable mal y daño, en
1045 este año de cuatrocientos treinta y seis murió en su ciudad de Denia el amir Mugiahid, señor de Mayorca, suegro de Aben Abed.

Entretanto Zuleiman ben Hud, rey de Zaragoza, mantenia con mucha constancia la guerra que le hacian los Cristianos de la parte de Afranc y fronteras orientales de España, y las mantenia y amparaba con indecible valor, haciendo mucho mal á sus enemigos: recobró las fortalezas de Bardania, y cuando mas ocupado estaba en la santa guerra en ensalzamiento del Islam, murió coronado de triunfos, y sin duda el se-
1046 ñor recompensó sus heróicos pasos con galardon eterno, en el año cuatrocientos treinta y ocho, y fue puesto en su lugar su hijo Amed Abu Giafar, llamado Almuctadir, que imitó las virtudes de su padre, y el celo de la religion le tuvo en continuas guerras, y fue muy esforzado y venturoso caudillo.

El rey Aben Abed de Sevilla continuaba la guerra contra el señor de Carmona Muhamad el Barceli, y contra sus aliados de Málaga y de Granada, y habia entre

ellos frecuentes correrías, y se entraban los pueblos, se talaban los campos y robaban los ganados, siendo entre ellos muy varia la suerte de la guerra. Por otra parte el rey de Toledo, viendo que los caudillos de Córdoba le corrian las tierras y talaban los campos, quiso hacer un poderoso esfuerzo y terrible entrada en la comarca de Córdoba, y para esto escribió á sus alcaides, y á su yerno Abdelmelic Almudafar, hijo de Abdelaziz rey de Valencia, y á su wali Abu amir ben Alferag, que estaba en Conca por el señor de Valencia, para que le enviasen gente de Jelba, Alarcon y Conca, para hacer su entrada en tierra de Córdoba. Asimismo concertó treguas con los de Galicia y Castilla, para estar mas desembarazado, y hacer mas de propósito esta guerra. Abdelaziz, rey de Valencia aconsejó á su hijo que no negase al rey de Toledo cosa que le pidiese, y escribió á todos sus alcaides para que con sus gentes fuesen en

1048 su compañía. Concertáronse estas alianzas el año cuatrocientos cuarenta, y así con poderosa hueste entró en tierras del rey de Córdoba, y venció en varias escaramuzas al caudillo Hariz ben Alhakem, y ocupó muchas fortalezas de la frontera, tanto que ya no osaba este esforzado caudillo entrar en campo de los de Toledo, y evitaba con estratagemas el venir á batalla. Como viese Muhamad, rey de Córdoba, que no podia resistir solo á tan poderoso contrario, trató asimismo de solicitar alianzas por su parte con sus vecinos, y con su ayuda ponerse en estado de contener el ardimiento de Dilnun de Toledo, y envió sus cartas á Muhamad Aben Abed Abu Amru de Sevilla, rogándole que quisiese ser su amigo, y unirse con él contra el rey de Toledo, pues ya no se trataba solo del imperio de Córdoba, sino de la libertad de todos los estados de Andalucía. Respondió á sus cartas y mensagerías Abu Amru Muhamad Aben Abed, diciéndole

que nada deseaba mas que su amistad, que bien sabia su hijo Abdelmelic Walid cuanto le amaba, que contasen con su amistad, si bien ésta les podia servir de poco provecho al presente, por estar como embarazado en continuas guerras con sus muchos enemigos, que le traían muy ocupado, que siempre les ayudaria, aunque no como él quisiera. Con esta respuesta holgó mucho el rey de Córdoba, y envió sus cartas al señor de Algarbe Aben Alaftas, pidiéndole asimismo que fuese su aliado, y le ayudase contra sus enemigos. La generosidad de Aben Alaf se manifestó en esta ocasion, y luego sinceramente se ofreció á concertarse una triple alianza entre Muhamad Aben Gehwar rey de Córdoba, Muhamad Aben Abed rey de Sevilla, y él; y envió sus cartas y mensageros á Sevilla, dando sus poderes para confirmarlas á su nombre al wacir Ayub ben Amer el Yahsebi de Libla. Congregáronse los wacires comisionados en Sevilla, y despues de varias contestaciones se concertó la alianza en la luna de rabii prime-
1051 ra del año cuatrocientos cuarenta y tres, para ayuda y recíproca defensa de sus estados contra los enemigos de fuera, que quisiesen oprimir la libertad de los pueblos de Andalucía, ó guerrear contra sus soberanos, sin que ellos entre sí se opusiesen á sus particulares intereses y gobierno, ni á las satisfacciones y derechos recíprocos que entre ellos hubiese al presente, ú en adelante se suscitasen. Como concurrian á esta junta los jeques y principales señores de la tierra, los señores de Libla, Huelba, Gezira Saltis y Muhamad ben Said señor de Santamaría de Algarbe y de Oksonoba, pretendian ser incluidos en esta alianza, y que se les tuviese como soberanos, y apoyaba esta pretension el wacir Ayub ben Amer, el Yahsebi, que era de esta familia; pero Abu Amru Muhamad Aben Abed de Sevilla, se opuso á esta pretension, y dijo:

que no eran sino meros arrayaces, que tenian por él aquellas tierras en tenencia de por vida, y que siendo como eran sus vasallos, no podia consentir que en su presencia representasen soberanía de reyes de taifas, que su padre las habia concedido, y despues de la
1042 muerte de Ahmed Yahsebi el año cuatrocientos treinta y tres, las habia heredado con la misma calidad Abdelazic Yahsebi, y sus hermanos, y que no los podia mirar como absolutos dueños de ellas. Y desde este punto pensó restituirlas á su estado de Córdoba, por fuerza ó por grado. Aben Alaftas quedó poco satisfecho de la avenencia, y el de Córdoba ni mas ni menos, porque todo se concluyó á favor del de Sevilla; pero hubo de disimular por la necesidad que de su ayuda tenia. Obsequió mucho Aben Abed á los comisionados de Badalyoz, Algarbe y Córdoba, y á los jeques que habian venido á la junta, y todos se despidieron de él, mas contentos de su liberalidad y magnificencia que de su buena fé.

1051 En este año cuatrocientos cuarenta y tres falleció Man Alahuas señor de Almería, y le sucedió en el mando su hijo Abu Yahye Muhamad ben Man, al cual habia hecho jurar por sucesor de su estado antes que tuviera diez y ocho años cumplidos, y se apellidó Moez-Daula, y se trató desde luego como soberano, y en su proclamacion fue intitulado Almoatesim Bila y Aluatic Bifadlada y otros títulos augustos al estilo de los califas de Oriente. Era este mancebo hermoso de cuerpo y de ánimo magnífico, sabio, liberal y virtuoso, tan benéfico y humano que ganaba los corazones de ricos y pobres, y atraía á su corte á todos los sabios de Oriente, Africa, y de las otras partes de Europa, y los honraba y favorecía mas que los otros reyes de su tiempo. Daba un dia de cada semana al trato y conversacion de los sabios, y tenia en su propio palacio

al célebre poeta Aba Abdala ben Alhedad, y á ben Ibada, y ben Bolita y á Aber Malic, ingenios sobresalientes de aquel tiempo. Luego que subió al trono tuvo guerra con su hermano Somida Abu Otabi que le quiso disputar la soberanía; pero no adelantó nada, y le fue forzoso contentarse con su suerte, y quedar á merced de su buen hermano, que le trató siempre bien, y le honró en su corte. Emparentó Aben Man con los walíes de Denia por casamiento con la hija de Mugihaid Alameri, y á éste dió en matrimonio una hija suya de mucha discrecion y hermosura.

El rey de Sevilla para cumplir con lo concertado en la tregua, envió una compañía de quinientos caballos acaudillados de Omar de Oksonoba, para auxiliar al rey de Córdoba contra sus enemigos de Toledo.

Abu Zeid Abdelaziz Albecri señor de Huelba y Saltis, y Ahmed Aben Yahye Yahsebi señor de Libla, y Muhamad ben Said señor de Oksonoba y de Santa Maria de Algarbe, muy ofendidos de Abean Abed se ofrecieron á pasar en ayuda de Muhamad ben Gehwar rey de Córdoba, y enviaron cierto número de caballos que unidos á los que pasaban de Badajoz fueron á tierra de Córdoba. Quiso Abu Amra Muhamad Aben Abed aprovechar esta ocasion, y envió á su hijo con escogida caballería á recobrar aquellas tenencias que poseía Abu Zeid Abdelaziz, y como se viese sin fuerzas para defenderse entregó la ciudad de Libla por avenencia, y trasladó sus tesoros y principales riquezas á Gecira Sal tis; pero como Aben Abed se apoderase de Huelba, no se consideró Abdelasis seguro en Gezira Saltis, porque entendió que los de la isla tenian inteligencias con los de Sevilla y trataban de perderle: así que se pasó á una muy fuerte torre enmedio del agua que está delante de la isla, y llevó á ella sus riquezas y los mas leales de su casa; luego le cercaron en ella y estorva-

ron que llegasen barcos con provisiones para los de la torre, y trató de escapar secretamente porque el cruel y tirano Aben Abed no le concedió partido alguno, sino que se pusiera en su poder, y estorvó que nadie le prestase auxilio ni le diese nave en que marchase por mar: y con mucho secreto y diligencia consiguió Abdelaziz ajustar una en diez mil doblas de oro; y así salió de noche de la torre con su familia y lo mas precioso de sus bienes, y siguiendo la costa salió en tierra á buena distancia, y anduvo errante algun tiempo por tierra de Bazal hasta que le avisaron que le perseguian de orden de Abu Amru, y que corria gran riesgo su persona. Así que se acogió al señor de Carmona que le envió caballos para que se salvase, y despues de haberle hospedado y regalado algun tiempo en su casa, le dió caballos y compañía para pasar con seguridad á Toledo ó á Córdoba donde creyese estar mas seguro; pero Abdelaziz quiso ampararse de la proteccion de Muhamad Aben Gehwar de Córdoba, que le hizo muy buena acogida, como su nobleza y lealtad merecian, pues en todos tiempos los de esta familia habian sido fieles servidores de los reyes de España en los tiempos florecientes de los Omeyas. El infante de Sevilla Muhamad Aben Abed acabada la conquista de Gezira Saltis, año cuatrocientos cuarenta y cuatro, pa-
1052 só á tomar la ciudad de Oksonoba y su puerto de Santamaría de Algarbe que poseía por juro de heredad Muhamad ben Said, y á Jilbe, que era de sus dependencias, y allí se le allegó un noble mancebo llamado Muhamad Aben Omar ben Huseim Almahri de la caria de Jombos cerca de Jilbe: era hermoso y de excelente ingenio, erudito, buen poeta y muy político. Todas estas prendas reconoció el infante Muhamad, que en nada cedia á éste, y le llevó consigo despues de la conquista de Algarbe á Sevilla, donde tambien su

padre el rey Muhamad se pagó mucho de su ingenio, y éste fue el principio de la gran privanza de Aben Omar, y ocasion de manifestar su talento y hacerse famoso en España y fuera de ella.

Dió el rey Muhamad Aben Abed la tenencia de Libla en fieldad al caudillo de caballería Abdala ben Abdelaziz, diciéndole que se la daba por sus buenos servicios y no porque Abdelaziz su padre lo habia tenido: y era bien merecido premio, pues fue tanta la nobleza de este caudillo, que por servir á su rey y señor el de Sevilla, hizo guerra muy lealmente al señor de Carmona, cercándole en aquella su ciudad en que poco ántes habia acogido y hospedado generosamente á su fugitivo y perseguido padre; y apretó tanto el cerco, que los vecinos no pudiendo sufrir mas las incomodidades del sitio, y cansados de las fatigas de tan larga defensa, trataron de entregar la ciudad, diciendo que no querian morir de hambre por quien no los podia defender. Llegó á entender estas intervenciones Muhamad el Barceli, y de secreto partió una noche de la ciudad y huyó á Málaga; los vecinos cuando supieron su fuga, entregaron la fortaleza y se declararon vasallos de Muhamad Almoatedid Aben Abed de Sevilla.

Muhamad ben Abdala el Barceli señor de Carmona, llegó á Málaga á implorar el auxilio de Edris ben Yahye que le recibió como su buen amigo, y allegó sus caballeros y su gente para ir en su ayuda; y Muhamad Barceli partió á Ezija, que todavía era suya, y juntó su caballería con la del rey Edris de Málaga, y fueron contra los de Sevilla, que procuraron evitar batalla, y solo salian á escaramuzas en que peleaban los valientes con varia fortuna; pero no fue posible tomar la ciudad de Carmona, que era el intento, y así despues de muchas peleas y escaramuzas, el rey Edris se tornó á Málaga, y Muhamad Barceli á su ciudad de Ecija.

11.

Apenas habia Edris descansado de su expedicion, cuando fue forzoso de salir en ayuda de su amigo y aliado Habus de Sanhaga señor de Granada, que le comunicó las tramas que contra ellos habia suscitadas, todas por Aben Abed de Sevilla, y fomentadas por sus parientes, y asimismo le avisó que convenia guardarse de su parte de Muzaben Afan que traia inteligencias con sus enemigos, aunque aparentaba andar muy leal en su servicio, y el rey Edris lo envió adelante con cartas al rey de Granada, diciéndole en ellas que galardonase á Muza como sus leales servicios merecian. Habus lo entendió bien y le mandó cortar la cabeza luego que se presentó, y respondió á Edris que ya Muza gozaba de sus merecidas recompensas. Era Muza ben Afan primo de Edris, y de Muhamad ben Edris, señor de Algezira, y cuando este entendió su muerte se dispuso á vengarla, y quiso aprovechar la ocasion de la ausencia de Edris que partió con su caballería á tierra de Ronda, donde andaba Habus peleando cada dia con los de Sevilla que acaudillaba el infante Muhamad Aben Abed. Vino, pues, Muhamad de Aljecira con buena gente á Málaga, la mayor parte era compuesta de negros Africanos; entraron estos sin resistencia en Málaga, y se les juntaron los negros que guardaban la alcazaba, y en ella se entronizó Muhamad, y fue proclamado rey por aquellas tropas. El pueblo que estimaba á su rey se puso todo en armas contra los negros, y los forzaron á encerrarse en la alcazaba que fortificaron y defendieron con mucho valor. Los de Málaga formaron un gran campamento y cercaron muy bien el fuerte, propusieron á los negros buenas condiciones, y lograron que muchos Africanos se pasaran al campo, y temian el hacer salidas con ellos porque se disminuian en gran número, y no podian remplazar su falta. Los de Málaga avisaron

á su rey de este suceso, que sin tardanza volvió con su gente y apretó mas el cerco ofreciendo á los negros que se viniesen seguridad y premio, y amenazando de muerte á los que hallase en la alcazaba cuando por fuerza de armas la entrase. Por esta via consiguió que los negros huyesen de la fortaleza saliendo de noche por una profunda caba, y Muhamad viéndose abandonado de sus valientes tropas se puso en manos de su primo, no dudando que le mandaria quitar la vida; pero Edris le mandó partir á Africa con toda su familia á su fortaleza de Hisn Airache donde tenia sus tesoros y su hija. Aseguró Edris la posesion de Aljecira, y allanó las dificultades y levantamientos que habian suscitado sus enemigos: luego pasó á Africa y tomó posesion de Tanja y Cebta, y todos los negros se acomodaron en su servicio, y los envió á sus tierras sino querian servir en España. Estando en Africa, como los eslabos, albarquetines, Razikala y Sekan, gobernadores que habian sido de Cebta y de Tanja, quisiesen hacer alguna novedad, el pueblo que los aborrecia por su codicia y crueldad en vez de favorecer sus intentos los acusó y delató públicamente ante el rey Edris, diciéndole: Mulei, estos eslabos que te acompañan y rodean son traidores, te sirven con falsía y desleal corazon, tratan de perderte y arman conjuraciones contra tu vida: permite que los tratemos como su perfidia merece: y no fue posible librarlos de las furiosas y terribles manos del pueblo que los despedazó en un momento arrebatándolos de la vista del rey. Poco despues partió Edris para Andalucía llevando consigo á su hijo el menor, y dejó al mayor en Africa por wali de Cebta y Tanja. Abdelaziz Almanzor, rey de Valencia, falleció en ella

1060 el año cuatrocientos cincuenta y dos, y le sucedió su hijo Abderraman ben Abdelaziz, que era yerno del rey Dilnun de Toledo, y se apellidó

Almudafar, y mal su grado envió sus gentes á la guerra de Andalucía que no pudo escusarlo en vida de su padre.

CAPITULO IV.

Guerra entre los reyes de Toledo y Córdoba. Traicion negra del rey de Sevilla para tomar á Córdoba.

Dilnun rey de Toledo entró en tierra de Córdoba con muy poderosa hueste, ocupó pueblos y fortalezas, y venció en repetidas escaramuzas y reencuentros á los del rey de Córdoba y sus aliados de Sevilla y de Badalyos, y en una sangrienta batalla rompió y deshizo el ejército de los aliados cerca del rio Algodor, así llamado por los engaños y estratagemas que alli se hicieron los valientes caudillos de ambas huestes. Mandaba las tropas de Córdoba Hariz ben Alhakem Alcasha el mas esforzado de Andalucía; la batalla fue de todo el dia, y los vencedores de Toledo y Valencia y tierra de Azahila persiguieron á sus enemigos hasta los montes de la campiña de Córdoba. La nueva de este desman puso en confusion al mezuar del rey de Córdoba, en gran temor á la ciudad, y en cuidado al distraido príncipe Abdelmelic, que en vez de estar al frente de las tropas de su padre, se holgaba con gran descuido en los alcázares de Medina Azahra, y jugaba el gerid y las cañas con los jóvenes de Córdoba, que no pensaban sino en juegos y deleites. Todo mudó de faz; las cañas se vuelven lanzas, y las hazadas y hozes se convirtieron

en espadas: el príncipe Abdelmalec fue á Sevilla á implorar mayor socorro de Muhamad Almotedid Aben Abed, porque la urgencia era terrible, y amenazaba á la cabeza y corazon del estado. El rey de Sevilla que era de sus años, pero astuto y político, en vez de darle al punto lo que pedia le hizo grandes cumplimientos y honras, le obsequió muy tranquilamente, y le enseñó despacio su armería y preciosidades, le hizo muchos ofrecimientos, escribió á sus alcaides para que allegasen la caballería de la tierra, y le despidió con una banda de doscientos caballos, asegurándole que confiase, que estaba bajo su fe y amparo. Cuando Abdelmelic llegó á cercanías de Córdoba, supo como el rey de Toledo la tenia cercada, y que no era posible atravesar su campo sin pelear con las vencedoras tropas; así que, determinó pasar con aquellos caballeros á Medina Azahra esperando que viniese el socorro de Sevilla que tardaba mas de lo que él queria. En la ciudad se veian en sumo apuro, porque estaban muy agenos de la calamidad que les habia sobrevenido; el rey estaba enfermo, y con estas desgracias se acrecentó su mal y puso en cuidado á los físicos y á toda la corte, y se ofrecieron grandes premios á los que se atreviesen á llevar cartas al príncipe Abdelmelic y al rey de Sevilla, que era la única esperanza de los Cordobeses. Lograron algunos atravesar el campo enemigo, y llevaron cartas del rey y del mezuar al príncipe y al rey de Sevilla encareciéndole el riesgo, y como no tenia otra esperanza que en su venida. El rey Aben Abed no quiso perder tiempo ni la oportuna ocasion que se le ofrecia para sus ambiciosos intentos: así, pues, envió á su hijo Muhamad, y al caudillo Aben Omar con poderosa hueste de infantería y caballería y con sus instrucciones de lo que debian hacer. Llegó la hueste al campo de Córdoba, y acampó á vista de sus enemigos, y en tanto

que la infantería asentaba el real en lugar conveniente, escaramuzaron aquel dia los campeadores y valientes de los dos ejércitos, y era tan ardiente la porfia, que hubiera sido general la pelea sino lo estorbára la venida de la noche. En ella no durmió un punto Aben Omar recorriendo las almafallas, y dando sus disposiciones á los alcaides y capitanes. Para acertar en el combate consultó con el príncipe Muhamad Aben Abed y con otros caudillos en como harian para acometer mejor al enemigo, y concertado el plan de batalla, y prevenidos los varios incidentes que podian acaecer, llegó el punto, y al alborear se principió á mover la caballería, y esto mismo hicieron los caudillos de Dilnun, y salieron al encuentro con increible valor y presuncion de la victoria. Trabóse la batalla, que fue muy sangrienta; pero el valor de la caballería de Sevilla y de Córdoba rompió y puso en fuga á los de Valencia, y el desórden arrastró al resto del ejército. Los de Azahila contenian el ímpetu de los vencedores; pero á la caida de la tarde la derrota fue completa, y huyeron los de Toledo seguidos de la flor de la caballería que acaudillaba el príncipe Muhamad Aben Abed de Sevilla, y el príncipe de Córdoba Abdelmelik. Los principales caballeros de la ciudad no quisieron ser ociosos expectadores de este glorioso dia, y enmedio de la accion habian salido contra los cercadores, y tuvieron gran parte en esta victoria, y siguieron asimismo el alcance. El astuto caudillo Aben Omar vió cumplida una parte del plan que su rey le habia dado, y trató de verificar lo que faltaba. Como la gente de la ciudad habia salido á robar el campamento de los de Toledo, y no sospechaban nada de sus aliados, aprovechó el momento, y entró con la fuerza de su hueste en Córdoba, y ocupó sus puertas y fortalezas, y se apoderó del alcázar, y puso guardia de su confianza al triste rey que

yacía muy enfermo. Cuando el desgraciado Muhamad Abul Walid supo lo que pasaba, y que su ciudad y sus alcázares estaban en poder del rey de Sevilla, conoció la maldad, y se afligió tanto su corazon, que la dolencia le llevó á punto de muerte que se siguió pocos dias despues. Cuando su hijo el príncipe Abdelmelik volvió del alcance supo la traicion de los auxiliares, se llenó de justa indignacion, llegó delante de las puertas de la ciudad y no le abrieron, y mientras estaba indeciso sin saber que partido tomaria, se vió rodeado de caballería de Sevilla que le intimó que se rindiese, y á todos los suyos les mandaron dejar sus caballos y armas, y falto de consejo se puso en defensa peleando como desesperado sin otro ánimo ni determinacion que morir matando, pues varias veces le abrieron paso por donde hubiera podido salir de entre ellos; pero al fin cayó herido de muchas lanzadas, y así fue preso el infelice príncipe, y llevado á una torre donde murió de pesar mas que de sus graves heridas, y cuentan que murió lamentando la perfidia de Aben Abed su falso amigo, y pidiendo al Dios de las venganzas que diese igual fortuna al hijo de su enemigo, y en especial maldecia la voltariedad del pueblo de Córdoba, y espiró oyendo las aclamaciones con que recibieron al rey Muhamad Aben Abed el dia de su entrada en aquella ciudad.

Las mercedes que hizo el rey de Sevilla á los principales de Córdoba, las fiestas y espectáculos de fieras con que entretuvo al pueblo, no acostumbrado á estas diversiones, le facilitó la mas rendida obediencia, y logró que se olvidase la memoria del benéfico Gehwar y su sabio gobierno. Haris ben Alhakem fiel caudillo de las tropas del rey Gehwar de Córdoba se habia retirado con sus caballeros al alcázar de Azahra, y cuando supo la muerte de su rey y la prision del príncipe,

detestando de la perfidia de Aben Abed, y confiando mas en la generosidad de sus enemigos que en la falsía de tales auxiliares y aliados, se acogió al rey de Toledo que le recibió con buen corazon, y le honró por su valor y lealtad que conocia bien y tenia experimentada en tanto tiempo de guerra que contra él habia mantenido. Este fin tuvieron los Gehwares; así acabaron, y con ellos el reino de Córdoba.

CAPITULO V.

Despoja el rey de Toledo al de Valencia; y muere el rey de Sevilla.

1060 El año cuatrocientos cincuenta y dos, habiendo muerto el rey Abdelazir Almanzor, hijo de Abderraman, y nieto del célebre Muhamad Almanzor ben Abi Amer, que era rey de Valencia, le sucedió en aquellos estados su hijo Abdelmalec ben Abdelaziz, llamado Almudafar, que era yerno de Dilnun de Toledo, Almamum Yahye ben Ismail ben Dilnun: y deseoso este poderoso rey de vengarse de la afrenta que habian recibido sus banderas delante de Córdoba, y asimismo incitado por el noble caudillo Haris ben Alhakim, que no menos ardia en deseos de venganza contra Aben Abed, se dispuso á nueva entrada en tierra de Córdoba, escribió á sus alcaides y á su yerno el nuevo rey de Valencia para que le enviase sus gentes, y lo mismo hizo con los de Murcia y Conca, y otros walíes de su dependencia; pero el vicir de Abdelaziz

de Valencia, llamado Muhamad ben Meruan, aconsejó á su señor que no le convenia declararse enemigo de tan poderoso rey como Aben Abed de Sevilla, que estaba unido con los señores de Castilon, Murbiter, Játiva, Almería y Denia sus vecinos, y Abdelaziz siguió este consejo, y respondió á su suegro con escusas frívolas. Este procedimiento llenó de saña al rey de Toledo, y sin comunicar á nadie su determinacion partió con toda su caballería caminando de dia y de noche, y entró en Valencia cuando menos le esperaban, ocupó el alcázar, que defendia Abu Wahib ben Lebun, por sorpresa, se apoderó de las torres, y depuso á su yerno Almudafar Abdelmalec ben Abdelaziz del gobierno y soberanía de Valencia y de sus dependencias, y por consideracion á su hija; esposa de este rey, le desterró al gobierno de Jelba. Fue esta notable entrada y de-
1056 posicion dia arafa nueve de dilhagia del año cuatrocientos cincuenta y siete. Siguieron al rey Almudafar y á su familia el wali de Conca y el de Santamaria de Aben Razin que eran sus amigos. El rey de Toledo Almamum puso en Valencia por wali que la tuviese en su nombre á Isa ben Lebun ben Abdelaziz ben Lebun que era de los Arrayazes de Murbiter y de sus parciales, y á Ibraim Abul Asbag ben Lebun jeque de su confianza: así allanó la tierra en pocos dias, y tornó á Toledo llevando consigo la principal nobleza de aquella tierra para que le sirviese en la guerra de Andalucía. El vizir de Valencia Abdala Muhamad ben Meruan no quiso sobrevivir á la desgracia que causó á su rey y señor con su mal consejo, y se quitó la vida atravesándose el pecho con una daga.

Entretanto el rey Almotadid Muhamad Aben Abed gozaba de la prosperidad de sus venturosos sucesos, dueño de Sevilla, Carmona y Córdoba, de lo mejor de Algarbe, Libla, Huelba, Gezira Saltis, Oxanoba y

Jilbe, aun no descansaba su ambicioso corazon: preparó sus gentes para hacer frontera al rey de Toledo, y envió á su hijo Muhamad á tierra de Ronda, para hacer guerra al de Granada y al de Málaga, auxiliares del señor de Ezija. Con ocasion de esta jornada armó caballero á su hijo el rey de Sevilla, y le dió escudo de color azul celeste, orlado de estrellas de oro, y enmedio de él una media luna de oro, con alusion á las mudanzas y vicisitudes de la fortuna de las armas, y le acompañó hasta Ronda donde esperó nueva del primer suceso de las armas de este novel caballero.

El rey de Algarbe Almutfar Muhamad, hijo de Abdala Almanzor, falleció en Badalyoz, año
1068
cuatrocientos sesenta, y le sucedió en el mando del estado su hijo Yahye, que se apellidó Almanzor como su abuelo. Su hermano Omar Almetuakil, que estaba en Jabora y tenia aquella comarca por su padre suscitó diferencias sobre la division de sus tierras, que fueron causa de que el nuevo rey de Algarbe no atendiese á las guerras de Andalucía. En este tiempo vino á España la fama de los Almoravides, y de sus estupendas hazañas y conquistas en Africa, nueva que puso en gran temor á los Edris de Málaga por sus tierras en Africa, y á los Zanhagas de Granada por los suyos, y al rey Muhamad de Sevilla porque sospechó si esta gente de los Almoravides seria la que amenazaba á sus hijos en su oroscòpo; pero no por eso dejó de hacer la guerra al señor de Barezila, hasta despojarle de sus estados, llevado siempre de ambicion, de supersticiosas precauciones, y de todas las pasiones que pueden inquietar el corazon humano.

En tanto que el rey de Sevilla continuabà acrecentando su estado, destruyendo á los príncipes de Málaga y de Granada, y á todos sus vecinos, sin ninguna ventaja para los Muslimes, ni para la propagacion y

defensa de su ley; por otra parte el poderoso árbitro de la suerte de los hombres y de los imperios, dió un buen dia de venganza á los Muslimes. Ahmed Abu Giafar Almuctadir Aben Hud rey de Zaragoza, imitando las virtudes de sus mayores, se ocupaba sin cesar en
1068 la santa guerra, y en este año cuatrocientos sesenta, venció y derrotó con horrible matanza á los Cristianos, y recobró de ellos la ciudad de Basbaster, y muchas fortalezas, y para mayor gloria suya y general consuelo de los Muslimes, mató en la batalla al rey Radmir de los Cristianos.

En este tiempo hubo en Málaga nuevas revoluciones contra el rey Edris, el cual viejo y sin energía fue depuesto sin dificultad ni contradiccion, y se alzó con el mando Muhamad ben Alcasin ben Ali su primo gobernador de Algezira, y el triste rey Edris murió encerrado, y no se hizo cuenta de él en sus últimos dias. El nuevo rey de Málaga continuó la guerra contra los de Sevilla, que dilataban su estado por la Axarkia y Algarbia. Asimismo falleció en este tiempo el rey de Granada Habus ben Maksam de Zanhaga, y le sucedió en el reino su hijo Badis ben Habus, tan esforzado y noble como su padre, que mantuvo siempre guerra contra los de Sevilla y otros alcaides rebeldes de su dependencia, y no perdió nada de sus tierras. No podia este príncipe emplear sus fuerzas sino contra los Muslimes ambiciosos, que despreciando la causa comun miraban solo á sus particulares intereses: declaró este príncipe Badis ben Habux por su sucesor y socio en el mando á su sobrino Abdala ben Balkin ben Badis, mancebo de admirables prendas, que era las delicias de sus pueblos, y en sus pocos años temido de sus enemigos.

Acaeció en este tiempo que Taira, hija del rey de Sevilla, de maravillosa gracia y hermosura sin par, ado-

leció de ardiente fiebre y espiró en la flor de su edad, y en los brazos de su padre que entrañablemente la amaba, y fue tanta la pena y dolor que Muhamad sintió, que le acometió grave calentura, temblor y repentina solucion de orina y sustancia genital, con trastorno de cabeza y deliquios contínuos, se siguió pesadez y profunda distraccion, que sin dormir ni pestañear parecia una estátua. Los físicos temieron su muerte, y le aplicaron estimulantes que escitaron su vitalidad, y parecia que estaba aliviado. Quiso ver la pompa del entierro de su hija: llevaban su féretro los principales ministros de su casa, y quiso que la enterrasen á la entrada de su alcázar. Era la tarde del giuma de la luna de giumada primera, y á pesar de los físicos, quiso que le pusiesen á una ventana para verla, y esto le acrecentó su mal, se renovó la pesadez, se siguió inflamacion, recurrieron los físicos á evacuaciones emolientes, introdutorios y sangrías; pero estos remedios no ofrecieron esperanzas de vida; aunque apareció mejorado á la mañana, y venida la tarde noche del sábado en que decretó Dios el descanso de su angustia, tuvo crecimiento la fiebre y perdió el habla, y fue su espíritu á la misericordia de Dios á la media noche. En aquel punto se alzó un doloroso lamento en su alcázar y en toda la ciudad se oyó el llanto de sus esclavas y familia. Fue su muerte entre sabado y domingo, dia dos (1)
1069 de la luna de giumada postrera, año cuatrocientos sesenta y uno. No se pudo ocultar su muerte. Al dia siguiente los Juhudes y ministros del consejo del rey juraron obediencia al príncipe Muhaman ben Muhamad Almutamed, su hijo, que era entonces de veinte y nueve años, dos meses y dias, le proclamaron y llevaron á caballo por las calles de la

(1) Huyan dice seis.

ciudad, acompañado de los jeques y principales caudillos de sus tropas, y le apellidaron Adafir Almuyad Billa, y otros augustos nombres de buenas fadas. Luego mandó enterrar á su padre con magnífica pompa funeral á la entrada de su alcázar, y en el mismo Tarbe de su abuelo el cadi Muhamad ben Ismail hizo oracion por él en la aljama aquella tarde del domingo, dia tres de giumada postrera, tarde siguiente á la en que dió cuenta á Dios de sus pecados. Era de cincuenta y siete años, tres meses y siete dias; habia nacido en martes,
1016 siete dias por andar de luna de safer, año cuatrocientos siete, y habia reinado veinte y ocho años y dos dias; fue el mas poderoso de los reyes de España en estos tiempos de Alfitna y guerra civil: era magnífico, ambicioso, voluptuoso, tímido, supersticioso y cruel. Encargó mucho á su hijo que se guardase de los Lamtuníes ó Almoravides, y que procurase apoderarse y guardar bien las llaves de España, Gebaltaric y Algezira, y sobretodo atendiese á reunir en su mano el dividido imperio de España, que le pertenecia por dueño de Córdoba.

CAPITULO VI.

Guerra entre el rey de Toledo y el de Sevilla, con auxilio de Cristianos por las dos partes.

El nuevo rey Muhamad Almoatemed Aben Abed no puso en olvido los consejos de su padre: era jóven, prudente y animoso, magnífico, que inflamaba con su li-

beralidad á los que le servian y eran fieles: no era cruel y sanguinario como su padre, y en la prosperidad y victorias muy moderado. Así ganó á cuantos le trataron, y restituyó á sus casas á los que la crueldad de su padre habia estrañado: solo se le culpa de poco religioso. Solia beber vino, y en especial lo usaba en tiempo de guerra, y para entrar en las peleas lo permitia á toda su gente: era de excelente ingenio para la poesía, en que compitió con su amigo Moez-Daula rey de Almería, y ambos á porfia eran declarados protectores de los doctos.

En este tiempo falleció Abu Muhamad Huzeil Aben Racin señor de Azahila, el conocido por Aben Aslai, y le sucedió en sus estados su hermano Abdelmalec ben Chalf Abu Meruan, que continuó en alianza con el poderoso Dilnun de Toledo. Este príncipe sabiendo la muerte de Almoatedid, rey de Sevilla, quiso probar ventura contra su hijo, y con las gentes que allegó de Valencia y de Santamaría de oriente entró por tierra de Murcia y de Tadmír, cuyos walíes Abu Becar Aben Amer y Ahmed ben Taher habian hecho alianza con el rey de Sevilla para ir contra los de Valencia y Toledo; así que, con poderosa hueste entró en tierra de Murcia: y asimismo pidió Almamum auxilio á los de Galicia y Castilla, que le ayudaron con escogida caballería. Abu Becar y Aben Taher escribieron á su aliado Aben Abed que les socorriera porque ellos no podian oponerse solos al rey de Toledo, que traia contra ellos muy poderosa hueste. Estaba Aben Abed muy ocupado en la guerra de Granada y de Málaga: así que, dispuso que partiese á socorrerlos su caudillo y privado el astuto Aben Omar de Sombos con instrucciones de lo que debia practicar para ayudarles y mantener la guerra. Cuando salió Ben Omar de Sevilla llevaba gran caballería, con doscientos camellos y muchas acémilas,

y salió por Bab Macarena, y estuvo detenido delante de ella cuatro dias; luegó alzó banderas y tocó atabales, y partió para tierra de Tadmir, recogiendo gente y provisiones por todo el camino. Hospedóse Aben Omar en casa de Aben Taher en Murcia, y le visitaron los principales de la ciudad, y tanto les prometió y esforzó, que los dejó muy confiados, y sin detenerse mas de dos dias, habiendo sacado á Ben Taher diez mil doblas de oro, para acabar ciertas negociaciones con Ben Raymond señor de Barcelona, partió para aquella ciudad. Recibióle bien el Barceluni y concertaron sus avenencias, y socorro que debia pasar á tierra de Murcia, y dió Aben Omar diez mil doblas de oro el dia que salió la cabalgada del señor de Barcelona, ofreciéndole otros tantos cuando la hueste llegase á Murcia, y para seguridad recíproca dió el Barcelonés un primo suyo que fuese con la hueste y con Aben Omar, y este ofreció de parte de su rey una buena hueste, y asimismo á Raxid ben Abed, hijo del rey de Sevilla: y luego escribió Aben Omar con el primo del Barcelonés á su señor, para que enviase su gente y á su hijo como estaba convenido: luego se puso en marcha Raymond con muy lucida gente de caballería, y al llegar á los campos de Murcia llegaron algunas taifas de caballería que enviaba al rey Aben Abed con su hijo Raxid, el cual luego pasó al campo de los Cristianos, y quedó en renes con Raymond. Aben Omar tomó el mando de aquellas tropas, que no eran muchas, y fueron hácia Murcia que estaba cercada de los de Toledo, acaudillados del rey Almamun, y de los de Valencia, Denia y Murbiter, y los alcaides de Játiva y señores de Conca y Aben Racin, y de sus auxiliares de Galicia y Castilla, que no hacian sino talar y estragar la tierra y amenas huertas de la vega. El Barcelonés que vió la poca gente con que podia contar, se

quejó de Aben Abed, y le dijo á Aben Omar, que si su señor no venia no podian hacer nada contra los de Toledo, que tenian ventaja en el número y en la disposicion de sus reales y cerco: y llegó á tal punto su desconfianza, que sospechó que le traían engañado para que pereciese allí con su gente, y por asegurarse mandó tener á gran recaudo al infante Radix Aben Abed. Estas quejas y desconfianzas entre los caüdillos se divulgaron entre las tropas, y se indispusieron los ánimos: no faltaron algunas espías del rey Almamun que le dieron noticia de todo, y los Cristianos de Galicia por medio de los fugitivos Cristianos que pasaban del Barcelonés: así que, aprovechando esta ocasion les dieron batalla, que fue muy sangrienta con horrible matanza en ambas huestes; pero los de Sevilla y los Barceloneses fueron vencidos, y huyeron delante de los vencedores de Toledo y de Galicia, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres. Al tiempo que estaba dándose la batalla llegó el rey Aben Abed, con escogida caballería que traía desde Gien, y al amanecer estaba sobre Segura, y al llegar á la orilla de Wadimena no pudo su caballería vadear el rio, que venia muy crecido, y allí estuvo detenido todo el dia, no creyendo que hacia tanta falta su gente, cuando vió llegar á la otra orilla las fugitivas reliquias de su gente que venian huyendo de los vencedores. Estos le contaron la desgraciada suerte de la batalla, y era tanto el temor de la muerte que traían, que muchos se arrojaron á pasar el rio, y fueron arrebatados del corriente. Esto llenó de espanto ó sus tropas y no fue posible que pasasen adelante, y tornaron brida y entraron en Segura, y sin detenerse mas de una noche partió á lo de Gien, llevándose consigo al primo del señor de Barcelona. Aben Omar que escapó de la batalla con algunos caballeros le siguió, y despues de algunos dias le al-

canzó en Guada Bullon, y le persuadió á cumplir lo concertado con el Barcelonés; pero por falta de dinero se dilató el cange, y el Barcelonés se tornó á su pais con el infante Raxid Aben Abed.

Almamun ben Dilnun contento del venturoso suceso de la batalla ofreció buenas condiciones á los de Murcia, y Aben Taher se puso bajo su fé y amparo, y se ofreció por su leal vasallo, y todos los principales de la ciudad le hicieron omenaje; y asimismo ocupó por avenencia las fortalezas de Auriola y de Mulaque, dejó á sus alcaides, y sosegadas estas cosas tornó á Toledo, y pagó y remuneró con liberalidad regia á los caudillos, así Muzlimes como Cristianos de Galicia y Castilla, que le habian auxiliado en esta jornada.

El caudillo Aben Omar luego que juntó la suma necesaria pasó á Barcelona con el primo del conde Aben Raymond, y le llevó un rico presente de treinta mil doblas de oro, y rescató al infante Raxid de Sevilla, que envió á su padre con Abu Becar de Tadmïr, que no quiso apartarse de la amistad de Aben Abed: dicen que este ínclito rey lloró de gozo al ver á su hijo. Luego el caudillo Aben Omar continuó en nuevas negociaciones con Almutemen, hijo del rey Almoctadir de Zaragoza, que era wali de Lérida por su padre, y suscitó allí ciertas discordias y persecuciones de familias poderosas, obligándolas á salir de aquella tierra; y como se acogiesen á ben Mugihaid señor de Denia, incitó al príncipe de Zaragoza á que hiciese guerra á éste, y le sirvió en ella, y ocupó algunos fuertes en Jeban
1076 del año cuatrocientos sesenta y ocho, y en tanto que Almoctadir estaba en la jornada de Denia atropellando los derechos de la noble y generosa hospitalidad de Abu Muhamad ben Abdilbar Mugihaid de Denia, y despues de haberle vencido en sangrienta batalla, intentaba entrar en la ciudad, y no

perdonar vida á ninguno de los refugiados en ella, llegó un alcaide enviado por Moez-Daula señor de Almería, con cuya hija estaba casado el señor de Denia, y le dió cartas en que rogaba desistiese de aquella guerra que tanto le desacreditaba, y volviese sus vencedoras insignias contra los enemigos del Islam que le infestaban las fronteras, que no mancillase su candor con sangre injustamente derramada. Estas razones persuadieron al rey de Zaragoza, y se volvió á su tierra dejando por fronteros dos alcaides suyos de Bardania llamados Ibrahim y Abdelgebar, hijos de Sohail, que poco despues vendieron las fortalezas engañados con doble trato por Aben Omar, que al mismo tiempo burló las intenciones de los walíes, Izá ben Lebun y su hermano Abdala que deseaban adquirirlas por estar cerca de sus señoríos: así servia Aben Omar con engaños y política á su señor Aben Abed.

CAPITULO VII.

Toma el rey de Toledo á Córdoba y Sevilla. Muere en esta ciudad recobrada por Aben Abed.

El rey Ismail Almamun ben Dilnun de Toledo favorecido de la fortuna, y escitado de su propia ambicion y deseos de venganza, dispuso entrar con poderosa hueste en tierra de Córdoba, sin dar lugar á que Aben Abed se recobrase de las pasadas pérdidas en lo de Murcia: congregó sus alcaides y jeques, y su aliado el rey de Galicia le sirvió con escogida caballería

cubierta de hierro: y entró la tierra de Córdoba con tanta diligencia que sorprendió á los enemigos. Iba su hueste como una terrible tempestad de truenos y relámpagos, que espantaba y destruia las provincias en pocas horas. Envió al mismo tiempo á tierra de Gien al caudillo amir ben Lebun, que ocupó algunas ciudades, y entre otras la de Ubeda, de que el rey Almamun le hizo wali, y de la de Santaberia en frontera de Zaragoza. Así entró en Córdoba por sorpresa el caudillo Hariz, y con otro cuerpo de caballería pasó el mismo caudillo á la ciudad y alcázares de Azahra, que sin mucha resistencia ocupó venciendo las pocas tropas que allí estaban de guardia. En los patios del palacio real hubo una sangrienta pelea, porque la guardia africana que defendia y guardaba aquella casa intentaba salvar del riesgo al infante Serag-Daula, hijo del rey Aben Abed, mancebo que estaba en su mas florida edad, y en la contienda de los que le querian prender, y de los suyos por guardarle, fue su desgracia que recibió herida mortal y espiró. Antes de llegar á Córdoba mandó Hariz poner su cabeza en la punta de una lanza, y correr con ella por las calles de la ciudad, gritando los que la llevaban, venganza de Dios, que es terrible vengador. Sin detenerse la fuerza principal del ejército corrió á Sevilla, que se entró sin resistencia, porque las fuerzas del rey Aben Abed estaban divididas en tierra de Gien, Málaga y Algezira, en guerra que hacia en aquellos paises. Solo hubo resistencia en la entrada del alcázar, que defendieron bien sus guardias; pero al fin quedaron todos degollados, y las riquezas que allí tenia Aben Abed las repartió Almamun entre sus tropas y aliados: no se respetó sino al harem del rey Aben Abed. Quedó Hariz en Córdoba por naib, ó lugar teniente del rey Almamun, que estuvo en Sevilla seis meses, y en este tiempo alle-

gó Aben Abed sus gentes, y vino con gran poder á Sevilla jurando no desistir de la empresa hasta vencer ó morir en ella. Cercó la ciudad, y el rey Almamun enfermó y se fué agravado su mal en términos que vió llegarse el fin de sus dias y de sus gloriosas empresas: declaró allí por su sucesor á su hijo Yahye Alcadir Billa, que era todavía muy mozo, y encargó su guardia y tutoría á Hariz ben Hakem ben Okeisa, y á otros walíes de su confianza, y al rey de Galicia su amigo de cuya lealtad y amor estaba muy seguro: y el dia mismo en que Aben Abed acometió á las puertas de la ciudad, murió el rey Almamun ben Dilnun de
1075 ó 1074 Toledo, en dilcada del año cuatrocientos sesenta y nueve (1). Defendióse la ciudad con mucho valor é inteligencia por los walíes y caudillos que ocultaron la muerte del rey, para que las tropas no se desanimasen; pero fue forzoso ceder á la porfia y valor de los de Aben Abed, á quienes ayudaban los vecinos de la ciudad en cuanto podian, y así con el posible órden y concierto salieron de Sevilla por dos puertas, rompiendo el campo de Aben Abed, que entró triunfante en Sevilla, y sin detenerse mas tiempo que lo muy necesario, salió á seguir á sus enemigos que no quisieron detenerse; solo Hariz quedó de naib de Alcadir Yahye ben Dilnun en Córdoba confiando en antiguas concesiones con sus vecinos, y esperando poder conservar esta ciudad, porque algunos de sus parciales le lisongeaban con esperanzas de ser allí proclamado rey de Córdoba; pero no pasó mucho tiempo en que se desengañó. Cercó Aben Abed la ciudad con sus tropas, y envió á decir que no levantaria al campo hasta entrar en la ciudad: se defendió de algunos asaltos, y dió rebatos sangrientos en el campo

(1) Otros dicen cuatrocientos sesenta y ocho.

de Aben Abed; pero desconfiando de mantener la ciudad en que los vecinos se dividian en bandos, salió de ella por una puerta, mientras entraba Aben Abed por otra: siguióle éste á caballo, y como Hariz por no huir con tanto desórden no hubiese tomado el tiempo conveniente, fué alcanzado del rey Aben Abed, que solo á éste perseguia, y sintiendo que su caballo se cansaba y el enemigo le huía, le arrojó su lanza con tanta fuerza como destreza, y le pasó de la espalda á los pechos, y cayó muerto del caballo. Mandó el enojado rey clavar su cuerpo en un palo con un perro por ignominia, y lo pusieron sobre el puente de Córdoba. Dejó el infeliz caudillo Alhariz un hijo llamado Ahmed, á quien honró mucho el rey Alcadir Yahye, y le dió la alcaidia de Calatrava, en que se distinguió con muy señalados servicios, dando repetidas pruebas de su fidelidad, como despues veremos.

Por intrigas de Aben Omar dejó el servicio del rey de Toledo el vizir de Murbiter Abu Izá Lebun ben Lebun, que fue muy leal servidor de Almamun, padre de Yahye, y supo enemistarle y hacerle abandonar su patria y estado, y se vino á Sevilla con sus dos hermanos Abu Muhamad Abdala y Abu Zaji, y los cuales recibió muy bien Aben Abed, y les ofreció cadiazgos y gobiernos: esto fue año de cuatrocien-
1077 tos sesenta y nueve, y en el mismo año falleció Lebun en Sevilla: su menor hermano Waheb ben Lebun quedó en servicio del rey Yahye.

Tambien persuadió Aben Omar á que recobrase su estado de Valencia el wali de Jelba Abdelmelic Almudafar, hijo de Abdelaziz, el que fue depuesto por Is-
1064 mail Almamun, año cuatrocientos cincuenta y siete, si bien no sobrevivió mucho á este suceso. Confirmó en sus tenencias á los walíes de su bando, en Conca á Said ben Alferag, y en Liria y Jel-

ba y Gandia puso alcaides de su confianza, y declaró
1078 por su sucesor á su hijo Abu Becar en el mismo año cuatrocientos setenta.

Cuando Aben Abed recobró sus estados de Andalucía, favorecido por las discordias que suscitaba su caudillo Aben Omar en la parte meridional de España, le llamó y le hizo su wazir, y le encargó la conquista de Murcia: allegó escogidas tropas, y entró con ellas en las ciudades de Lecant y de Cartagena, Lorca y Auriola, y le sirvió mucho en esta espedicion Abdala ben Raxic, alcaide de la fortaleza de Balág. Este esforzado caudillo como entendiese que Aben Omar pasaba cerca de su castillo, salió como á dos millas á ofrecerle su casa y la poca comodidad que en ella pudiese gozar: aceptó Aben Omar su ofrecimiento, y pasó con él una noche, en que platicaron sobre la conquista de aquella tierra, y el modo mas fácil de rendir la ciudad de Murcia, y de ganar aquellas fortalezas y pueblos que la defienden y proveen: en sus razones conoció Aben Omar su prudencia y valor, y le hizo tantas instancias y ofrecimientos de parte de su señor Aben Abed, que le obligó á ir en su hueste de Almucadim, y nada se hacia sin consultarle: fueron á Murcia, talaron sus campos y la cercaron: defendiala bien Abderraman Aben Taher, hijo del ínclito Abu Becar Muhamad ben Taher, wali de tierra de Tadmir, que la mantuvo en justicia durante la guerra civil, bajo el amparo de Zohair el eslabo, y nunca aspiró á la soberanía, ni quiso otro título que el de Muthalim, ó desagraviador, aunque su mucha riqueza y sus parciales le ofrecian harta comodidad para haberse alzado con aque-
1064 lla regencia, y murió de noventa años, año cuatrocientos cincuenta y siete: así tambien Abderraman su hijo gobernaba en Murcia con la misma moderacion. Como se alargase mucho el sitio, fue

forzoso que Aben Omar pasase á Sevilla, y confió el mando de las tropas al caudillo Abdala ben Raxic. Este con rebatos y algaras ocupó por fuerza de armas la fortaleza de Mula, y estorbó la provision que entraba en la ciudad. Con esta privacion alborotados los vecinos, obligaron á Abderraman ben Taher á tratar de avenencia, y propuso á los vecinos que si dentro de veinte dias no fuesen socorridos de Toledo, como él esperaba, que entregaria la ciudad con las mejores condiciones que fuesen posibles. Avisó del estado del cerco el caudillo Aben Raxic á Sevilla, y luego vino con nuevas tropas el caudillo Aben Omar, y al llegar á vista de la ciudad los vecinos que conocieron la caballería de Córdoba y de Sevilla se alborotaron y abrieron las puertas, y salieron aclamando al rey Aben Abed. El alcaide Aben Taher que oyó la conmocion popular, salió de su casa y se acogió á la mezquita, y luego Aben Raxic ocupó las puertas, y entró Aben Omar en Murcia, y la ciudad juró obediencia al rey Aben Abed, y se hizo la chotba por él aquel dia en la mezquita mayor: allí fue preso Aben Taher y conducido al fuerte de Montacut, y allí permaneció encarcelado hasta que salió por industria de Abu Becar hijo de Abdelmalec ben Abdelazic señor de Valencia: fué esta conquista de
1079 Murcia por Aben Omar el año cuatrocientos setenta y uno: y en este año dió Aben Abed el gobierno de Lorca á Abu Muhamad Abdala ben Lebun, que despues tuvo la vanidad de llamarse rey, y era su vizir su pariente Abul Hasan ben Elija, que le sucedió en aquel gobierno, y fue de los buenos caudillos de su tiempo.

Receloso el rey Aben Abed de que los de Toledo hiciesen entradas en lo de Murcia, encargó el gobierno de esta ciudad al wazir Aben Omar, y le encomendó una embajada al rey de Galicia, para apartarle de la

amistad del de Toledo, y otra á su antiguo amigo el señor de Barcelona, pidiendole su auxilio si llegase el caso que temia: de paso visitó á su amigo Almutemen ben Hud, hijo de Almuctadir, rey de Zaragoza; y de todas estas mensagerías salió muy bien, pues sabia enlabiar á todos los príncipes que trataba con su política, su elocuencia y sus elegantes poesías. Murmuraban de su privanza los walíes y alcaides principales, y se decia que de todos sacaba provecho, y que no miraba sino á sus intereses.

El rey Aben Abed hacia á este tiempo cruda guerra á Muhamad de Málaga, y ocupó las ciudades de su dependencia, y le rompió y desbarató delante de Baza, y tomó esta ciudad que era del rey de Granada. El rey Muhamad de Málaga pensaba pasar á Africa, para traer tropas de aquellos estados, y murió en Málaga, quien dice que bañándose, quien que de ardiente fiebre. Dejó ocho hijos varones: el mayor Alsim Almustali gobernador de Algezira, le sucedió en el reino que fue perdiendo en pocos años, que Aben Abed no le daba un instante de reposo hasta que perdió las ciudades de Málaga y Algezira, y se pasó á Africa con su familia.

1072 Hizo Aben Abed estas conquistas en el año cuatrocientos setenta y dos: en la luna de rabie segunda de él fue el gran temblor de tierra, que los hombres no le vieron semejante: destruyó los edificios, y pereció en él mucha gente bajo las ruinas: cayeron los domos y alminares, y no cesó de sacudir y afligir el temblor de dia y de noche desde el primer dia de rabie primera, hasta el último dia de giumada segunda de dicho año.

En la luna dilcada de este mismo año cuatrocientos setenta y dos se alborotó la plebe de Toledo contra su rey Alcadir ben Dilnun, y le mataron los mas de su guardia y sus vizires, y salió Alcadir y su familia hu-

yendo á Hisncuneca fronteras de Valencia, y de lo mas áspero y fragoso de su estado.

CAPITULO VIII.

Tratado entre Aben Abed y Alfonso de Galicia. Este entra en el reino de Toledo, y se retira por venir contra él el rey de Badajoz, que muere luego. Tómase Toledo muerte de Omar.

La insaciable ambicion de Aben Abed no hallaba sosiego sino en nuevas adquisiciones y triunfos. Envió segunda vez á su vizir Aben Omar, con embajada para Alfonso ben Ferdeland rey de Galicia: murmuraban de estas negociaciones el señor de Valencia Abu Becar y el caudillo Aben Raxic, y decian que eran negociaciones sin Dios ni conciencia, en que sacrificaba Aben Abed á su ambicion pueblos de muslimes, y su propia familia, pues llevó Aben Omar ilimitadas facultades para negociar con Alfonso una torpe alianza, sin contar la gran suma de oro que esto costó; pero para los ojos de Dios todo el mundo no tiene el valor de un ala de mosquito. En esta ocasion recibió Aben Omar del rey Alfonso dos preciosos anillos de esmeraldas, dádivas que costaron villas y castillos, mas las hechuras sin el oro bien valian la ciudad, las lágrimas y la sangre, Alá solo apreciará.» Alfonso ben Ferdeland, rey de Galicia, se concertó con secretos tratos con Aben Abed de Sevilla, y olvidando la generosa hospitalidad que habia recibido en Toledo de su rey Aylmamun, padre

de Yahye Alcadir, ingrato y pérfido á las juradas alianzas con la familia de Dilnun, se declaró enemigo de Yahye, y entró por sus fronteras talándole la tierra, desolando pueblos y robando ganados y cautivando gentes, todo esto por servir á las intenciones del rey Aben Abed, que entretanto muy á su salvo guerreaba en Andalucia, y acrecentaba su estado levantando las altas torres de su vanidad y ambicion sobre las ruinas de otros príncipes muslimes.

El rey de Zaragoza Ahmed Abu Giafar Almanzor Almuctadir Bila se preparaba para venir en ayuda del rey Yahye; pero le atajó la parca sus gloriosos pasos, y falleció el año cuatrocientos setenta y cuatro, y pa-
1081 só á recibir el premio de sus triunfos en eterno descanso. Luego fue proclamado su hijo Juzef Abu Amer Almutamen, y le juraron obediencia en Zaragoza en la luna de giumada primera del mismo año. Vióse este príncipe embarazado en guerras continuas en sus fronteras, y acreditó su valor y ardiente celo del Islam en las terribles batallas de Lérida y de Huesca, en la cual dió á cuarenta mil hombres el mas horrible espectáculo, que en breves horas pueden dar los feroces hijos de la guerra, aumentando con derramada sangre las riberas del Hesera y del Zinga. El rey Yahye de Toledo envió sus mensageros al rey de Badalyos Yahye ben Alaftas, suplicándole viniese en su ayuda y le amparase, y sin tardanza congregó el noble Almanzor sus alcaides, y con escogida caballería atravesó en presurosas marchas las vegas que riegan Wadiana y Tajo, y la fama sola de su llegada forzó al rey Alfonso á levantar su campo, y tornar á sus tierras talando y destruyendo la tierra que pisaba, robando ganados y cautivando á los infelices moradores del pais. El rey Yahye Alaftas con este oportuno auxilio y vencimiento glorioso, acreditó que merecia el título de

Almanzor, que sus pueblos le daban, y muy contento volvió á sus fronteras, y entró en Mérida con sus vencedoras tropas, y estando en ella descansando de las pasadas fatigas le salteó la muerte que destruye las delicias de la vida, y ataja y frustra las humanas esperanzas, y le trasladó de allí á los alcázares y eternas moradas de la otra vida. Lloráronle sus pueblos porque fue buen rey, y porque no les dejó el consuelo de un sucesor; así que, fue puesto en el trono despues de él su menor hermano Muhamad Omar Almetuakil, que estaba en Jabora, y se reunió en él todo el Algarbe, y pasó á Badalyos, y puso en Jabora y sus comarcas á su hijo Alabas Aben Omar. Era este rey Omar varon prudente y muy docto, y en su juventud manifestó mucho valor en la guerra, y humanidad y justicia en la paz: puso en el gobierno de Mérida á su hijo Alfadal ben Omar, que imitaba las virtudes de su padre y hermano, y todos eran nobles príncipes dignos de mejor fortuna que la que tenian escrita en la indeleble tabla de los hados.

En tanto que Alfonso ben Ferdeland rey de los Cristianos hacia cruda guerra al rey Yahye de Toledo, Aben Abed de Sevilla dilataba mas sus estados en tierra de Gien, y tomó las fortalezas de Ubeda, Baeza y Martos. Dió el gobierno de Sevilla á su hijo mayor Obeidala Arraxid, llamado el Cadí, porque tuvo este cargo de cadilcoda en el mesuar de aquella ciudad: era muy erudito y gran poeta y músico, tañia maravillosamente el laud y el mihazor; y cantaba con excelente voz sus propias canciones: convidaba á su casa á los alfakíes y doctos, y á todos los buenos ingenios de la ciudad, y les daba un expléndido convite cada jueves, y dió á su padre en varias mugeres cuarenta y siete nietos: era su prefecto de justicia ó cadilcoda el Faki del mesuar Abu Muhamad Abdala ben Gebir

Lahmi, y despues que este docto murió puso en esta prefectura á Abul Casim Ahmed ben Mantur Alkisi. Asimismo dió el gobierno de Algezira Alhadra á su hijo Yezid ben Muhamad Arradi, llamado tambien Abu Chalid: este era mellizo con Abed Alfetah y Oveidala Almoated, que los hubo de un parto en su esposa Otamida, y habia antes tenido de la misma á Abed Seragdola, el que murió peleando en la toma de Medina Azahra, que era el mayor de sus hijos; á contemplacion de su madre le dió el rey muchas rentas, y le hizo su rewi, porque era Arradi muy docto y erudito, sabio astrólogo, y habia leido los libros de Abi Becar ben Altaib, el que fue cadi, y los principales de la escuela de Abi Muhamad ben Hazin Taheri: era el mejor poeta de los Abedes fuera de su padre, á quien dió siete nietos sin embargo de estar tan dedicado á las ciencias: tenia por maestro en Sevilla á Abu Abdala Malc ben Waheb, y Abul Hasen ben Albadsir, que instruian á sus hijos. Dió el gobierno de Málaga al esforzado caudillo Zagut, y el de Ubeda á Zagi ben Lebun de Murbiter: en Córdoba puso á sus hijos Almamun Abed Abu Naser Alfelah, y Alhakem Mugehid, llamado Dothir-Dola Abul Malkerim, que solia vivir en Medina Azahra. La constancia de Alfonso ben Ferdaland en hacer entradas y talas en tierra de Toledo dos veces cada año fue tanta que empobreció y apuró los pueblos. Así que despues de tres años de continua desolacion puso cerco á la fuerte ciudad de Toledo. El rey Yahye, que entendia mas de juegos y delicias que de armas y extratagemas de guerra, no podia ni sabia defenderse, ni osaba salir en campo contra sus enemigos: envió sus cartas y encarecidos ruegos al rey de Badajoz, que le envió en su ayuda á su hijo Alfadal, wali de Mérida; pero no sirvió ni fue de provecho su auxilio, porque el tirano Alfonso taló y quemó los cam-

pos y los pueblos, y los de la ciudad no pudieron sufrir la gran falta de provisiones que padecian, ni este aliado podia librarlos del poderoso enemigo que los cercaba; así que despues de algunas batallas harto sangrientas en que perdió la flor de su caballería, se tornó á Mérida, y en esta ocasion el cadi Abu Walid de Beja les anunció la irremediable ruina del estado, y les dijo: el reino cuyos arrayazes y caudillos están divididos, por poderoso que sea acabará y será destruido, temed que este Alfonso os haga perecer uno á uno. Viendo los moradores de Toledo que de ninguna parte les podia venir socorro y que morian de hambre, aconsejaron al rey Yahye que moviese tratos de paz con Alfonso, y se ofreciese su vasallo. Envió sus mensageros, y el tirano Alfonso se negó á todo trato y avenencia sino se le entregaba la ciudad. Fue muy grave el sentimiento de los nobles muslimes, y quisieran morir antes defendiendo su libertad y los paternos muros; pero el pueblo se alborotaba, y la multitud mal sufrida pedia que se entregase la ciudad: y así cediendo á la contraria suerte se concertaron muy buenas condiciones, y se ajustó la entrega de la antigua y fuerte ciudad de Toledo: « Otorgó el vencedor que aseguraba las vidas y haciendas á los moradores en pacífica y quieta posesion, que no arruinaria las mezquitas, ni estorbaria el uso y ejercicio público de la religion, que tendrian sus cadíes que juzgasen sus pleitos y causas, conforme á las leyes muslímicas, que serian libres en permanecer en Toledo, ó retirarse á otra parte donde quisiesen: » y todo esto fue firmado por el rey Alfonso y sus principales caudillos: y entró Alfonso ben Ferdland en Toledo, dia de la luna de muharram, año cuatrocientos setenta y ocho. El rey Yahye y sus
1085 principales caballeros salieron de la ciudad y se fueron á Valencia, llevando consigo sus mas pre-

ciosos tesoros. Así se perdió aquella inclita ciudad, y acabó el reino de Toledo con grave pérdida del Islam. En este malhadado año de cuatrocientos setenta y ocho falleció en Zaragoza el rey Jusef Almutemen, ínclito defensor del Islam, y le sucedió su hijo Ahmed Abu Giafar ben Hud que se apellidó Almustain Bila, de singular virtud y muy político.

No era posible que el autor de estas desgracias gozase con tranquilidad del fruto de sus pérfidas negociaciones, todos los alcaides de España le aborrecian y buscaban su perdimiento. Acusóle Aben Raxic de que tenia llenos los castillos y fortalezas de frontera de alcaides de su familia, ó vendidos á sus intereses, y como este cargo era verdadero, sospechó Aben Abed de la conducta de Omar su privado, y le mandó prender; pero avisado por sus parciales de esta determinacion se huyó de Murcia, pasó por Valencia, y receloso allí de los príncipes que estaban divididos, y poco satisfechos de su conducta partió para Toledo, donde estaba el rey de Galicia Alafuns ben Ferdland, que le recibió bien pensando valerse todavía de él para sus conquistas; pero Aben Raxic y otros alcaides enemigos suyos llenaron á Alfonso de desconfianzas de sus servicios, tanto que este rey le dijo un dia en su lengua: O Aben Omar tu semejas al ladron que hurta su hurto y lo guarda hasta que se lo vuelvan á hurtar: y el sospechó de esto, y se huyó de Toledo á Zaragoza al servicio de Abu Amer Juzef Almutamen, que le honró y confió empresas de intriga y adquisicion de fuertes de frontera en lo de Valencia y Murcia, y en esto se ocupaba engañando con tratos pérfidos á los incautos que le oian. Temeroso el rey Aben Abed de Sevilla de que sus secretos y negociaciones se descubriesen por Aben Omar, encargó su prision á su hijo Yezid Arradi, que lo consiguió por industria de Abu Becar ben Abdelaziz de

Valencia, á quien engañó en el castillo de Jumilla que es del gobierno de Murcia, por lo que allí le aborrecian chicos y grandes. Pagó muchas espías que le avisaban de todos sus pasos, y dónde dormia y sesteaba, y sabiendo que cierta noche entraba en Jecura, puso Arradi gente de su confianza que le prendió: fue su prision á seis dias por andar de la luna de rabie primera. Avisaron al infante Yezid, y vino á Jecura y dispuso su conduccion, así que, cargado de cadenas y á buen recaudo le llevó hácia Córdoba, y en todas partes le insultaba el pueblo, y el mismo Ben Abdelaziz envió un judío que era grande andador, para que le diese unos versos que contra él escribió, y alcanzó al infeliz Aben Omar en Caria Jumin. Escribió desde el camino rendidas súplicas al rey Aben Abed, y las enviaba tambien al infante Obeidala Arraxid para que intercediese por él con su padre, porque temia que luego que llegase le mandaria matar; y le decia: « conozco el derecho que tiene sobre mi sangre, y esto me da temor; pero tambien confio que no habrá olvidado ni desechado de su corazon el amor y confianza que le mereci, y en esto fundo mis esperanzas. » (1) Llegó á Córdoba el giuma seis de regeb, y se le detuvo allí una sola noche siempre cargado de cadenas, y al dia siguiente salió para Sevilla en un macho rodeado de gente armada á pie y á caballo: los caballeros que le conducian iban con armas y vestidos negros, y esperaron á la venida de la noche para entrar en Sevilla, aunque otros dicen que le entraron á medio dia, ó poco despues, y que salió mucha gente á verle, y el populacho y gente menuda le insultaba, y se reia de su desventura. Le llevaron al alcázar y le encarcelaron en una obscura y reti-

(1) Esta expresion es en arabigo tan elegante y concisa que no he podido traducirla bien.

rada estanza, de la cual guardó Aben Abed las llaves. Pidió aquella noche luz, papel y tinta, y se le dió recado de escribir. Los conductores luego que lo entregaron á la guardia del alcázar se fueron á su oracion de alazar, que hicieron con sus armas y vestidos negros. Escribió Aben Omar unos bien sentidos y elegantes versos para el rey, que los envió por medio del infante Arraxid, en que decia: « conozco señor, el derecho que sobre mi sangre tienes; pero confio en el amor que todavía me queda en tu corazon: nadie como tú sabe mi lealtad, y el celo con que te he servido. » El rey Aben Abed le respondió en los mismos versos á la vuelta: « mal tiempo anuncia el hado á Oxonoba y á Jelb, y triste llanto y lágrimas amargas heredará Semsa tu pobre madre. » Visitaronle en su prision el infante Arraxid que le estimaba por su admirable ingenio, y los alimes Izá Alestad Abul Hegiag, y Abu Becar ben Zeidun y otros poco afectos á Aben Omar, y como entendiese este que el rey Aben Abed estaba algo movido á perdonarle, y aun le hubiese indicado que no trataba de quitarle la vida, y ahora estos sus enemigos le manifestasen que el rey tenia resuelto matarle, dió amargas quejas al infante, y le dijo: « señor mio, ya veo que mi suerte es clara y el fin de mi destino manifiesto, llevóse el maligno viento de la envidia y enemistad las leves auras de vida que respiraba Muleina: ayer no pensaba en quitarme la vida, y hoy me la dilata pensando con que tormento me han de acabar mas á sabor de mis enemigos... » Despues de esta visita incitaron tanto estos alimes el ánimo de Aben Abed, que lleno de saña fue á la prision y con su propia tabrizina le cortó la cabeza; y decia Abdel Gelil ben Wahbon, que no se vió quien por él derramase lágrimas, ni se oyó quien dijese: séquesele la mano al matador. Este ue el pago de sus artificios y mala política: fue su

1086 muerte en el año cuatrocientos setenta y nueve al principio.

Como viese Aben Abed de Sevilla que el rey Alfonso no solo habia conquistado la ciudad de Toledo, sino que sus victoriosas tropas discurrian impetuosas como los torrentes invernales que bajan de los montes, y ocupaban las campiñas que riega el Tajo, y se apoderaba sin resistencia de pueblos y fortalezas como Maglit, Maquida y Guadilhijara, pensó que convenia poner límite á sus conquistas recelando mucho de su engrandecimiento. Escribióle que no pasase adelante en ocupar los pueblos del reino de Toledo, que se contentase con aquella ciudad y le cumpliese lo que le habia ofrecido cuando concertaron sus alianzas. El rey Alfonso le dijo: que estaba pronto á servirle en Andalucía con escogidas tropas de caballería, y para que viese que no olvidaba sus pactos, le enviaba quinientos caballeros para que entrase con ellos en tierra de Granada: que los pueblos que habia ocupado eran suyos, y del rey de Valencia su amigo y aliado: así le llamaba; pero mas propiamente era su vasallo. Entraron estas tropas de caballería cubiertas de hierro en Andalucía sin resistencia, como que iban de auxiliares de Aben Abed, y estuvieron tres dias delante de Sevilla, y pasaron á Jiduna donde estaba el rey Aben Abed, que se maravilló mucho de esta entrada y habló con los caudillos Cristianos, y les mandó volver á su señor porque trataba de hacer paces con el rey de Granada y no necesitaba ya de su socorro; pero en su ánimo principió á meditar la ruina de Alfonso. Los Cristianos se volvieron á sus tierras, y en las fronteras de Toledo hicieron talas y robaron ganados y cautivaron niños y mugeres.

Escribió Aben Abed al rey de Granada, al de Almería y al de Algarbe para celebrar unas córtes en que

tratasen de la defensa del estado y bien comun de los muslimes de España : concertóse una junta de cadíes en Sevilla, envió el de Granada su cadilcoda, el de Badalyoz á su cadi Abu Ishac ben Mokina, el de Granada era Abu Giafar de Alcolia, tambien asistió Abul Walid de Beja, y el de Córdoba el wacir Abu Becar Muhamad, y Abdala ben Zeidun, y se juntaron en la aljama de Sevilla con el cadi de ella. Abu Becar ben Adahim y todos fueron de parecer que escribiese al príncipe de los Almoravides Juzef ben Texfin, cuyo nombre y conquistas en Africa eran muy celebradas en España : solamente se opuso á este parecer el wali de Málaga Zagut, y dijo: que no convenia traer á España al conquistador de Mauritania, que sin duda quebrantaria el poder de Alfonso; pero que les pondria á ellos cadenas que no podrian romper: que si ellos de buena fe se unian y procedian con el solo interes de la religion, que Dios les ayudaria y vencerian á su comun enemigo Alfonso, que sus propias discordias y divisiones habian engrandecido: estad unidos y sereis vencedores, les dijo, y no permitais que los moradores de las ardientes arenas de Africa pisen los amenos campos de Andalucía y de Valencia; pero este consejo no se siguió, y trataron á Zagut de mal muslim y de descomulgado. Aben Abed para ganar el corazon del rey de Algarbe le pidió en matrimonio una hermosa hija que tenia, y se concertaron paces entre todos ellos. El rey de Badalyos Omar ben Alaftas fue el encargado á nombre de los amires de España para escribir al príncipe de los Almoravides que quisiese pasar á España para contener la soberbia del rey Alfonso, que tronaba y relampagueaba amenazando la total ruina del Islam, y se nombraron allí los embajadores que debian pasar á Mauritania.

CAPITULO IX.

De los Almoravides, y sus guerras en Africa.

Puesto que los Almoravides y sus príncipes vinieron á ser dueños de España, no será inoportuna la noticia de esta gente mora, y la historia de su orijen y mas famosas conquistas suyas, ocasion de su entrada en Andalucía. Diremos el orígen de los multimines ó Almoravides de la cabila ó tribu de Lamta, que vinieron del desierto á la parte del poniente de Africa con su caudillo Abu Bekir, del cual asimismo diremos el orígen, y como llegó á tener el gobierno de ellos y la causa que le movió á salir del desierto y dar principio á un nuevo y poderoso imperio en las marismas de Africa, que son las tierras que están de esta parte de los montes de Daren, y los antiguos llamaron Mauritania. La cabila ó familia de los multimines era descendiente de otra cabila mas antigua llamada de Lamtuna, que procedia de un varon llamado Lamtu, pariente tambien de otro llamado Gudala, y de otro llamado Mustafa, cabezas y progenitores de las cabilas ó tribus de sus nombres, y todos tres se preciaban de descendientes de otra mas antigua y noble, llamada de Sanhaga de la antigua sangre de Humair, de los primeros reyes del Yemen, ó feliz Arabia, en donde vivian sin mezclarse con los bárbaros, ni permitir á sus mugeres que se mezclasen con ellos por casamientos. Salieron

del Yemen los de Zanhaga, y entraron en los desiertos por causa de ciertas guerras en que fueron forzados á salir por no mezclarse con los bárbaros y fugitivos en Africa, y pobres usaban una manera de vestidos simples que los envolvia y enmantaba, y de esta vestidura llamada Lamt quieren algunos decir que les vino el nombre de multimines, si bien parece mas cierto que lo debieron al nombre de su progenitor en tiempos desconocidos.

Estas tribus no moraban en ciudades ni tenian determinado asiento, sino que vagaban en diversas partes de los desiertos de Africa, llevando sus camellos y tiendas como la ocasion y necesidad del tiempo y lugar se les ofrecia. Anduvieron así errantes de provincia en provincia, y de region en region, hasta que vinieron á morar en los desiertos de la Africa última, que llaman alta y occidente: por que causa salieron del desierto lo cuenta así la historia. Dicen que un hombre llamado Yahye ben Ibraim, de la cabila de Gudala, pasó en peregrinacion á la Meca en Arabia, y á su vuelta visitó la ciudad de Cairvan, que dista tres jornadas de Tunez, á la parte de mediodia; y como se hubiese detenido allí algun tiempo por ver las curiosidades de aquella ciudad, sus aljamas y escuelas, trató allí un alfaki de aquella aljama llamado Abu Amram, natural de la ciudad de Fez, y conversando con él, preguntó el Faki al peregrino de que tierra era, cual era su nacion, y de que secta de las cuatro ortodoxas del Islam. Respondió el peregrino que los pueblos de su tierra carecian de ciencias y de letras, y no tenian casi ninguna religion ni noticia de las sectas de que le hablaba, que sus cabilas estaban apartadas de todo trato de gentes políticas, que no tenian ciudades ni poblaciones en que suelen enseñarse esas cosas, que vivian enmedio de los desiertos, adonde no llegaban sino gen-

tes rústicas, ó traficantes que entendian solo en comprar y vender y hacer sus grangerias; y sin embargo que los de su nacion y los demas del desierto no eran tan bárbaros y feroces, que no deseasen aprender y tener letras y religion, que por lo comun todos eran de buen natural y muy humanos, enmedio de sus rústicas costumbres: así que le rogaba encarecidamente que le diese algun discípulo, si habia alguno que quisiese ir con él á su tierra, para instruir á los pueblos. Prometióle Abu Amram hacer en este negocio lo que pudiese, y lo propuso á sus discípulos; pero ninguno vino en lo que él deseaba y les proponia, fuese por la gran distancia que habia desde Cairvan hasta el desierto adonde debian ir, ó por las dificultades y peligros que tan arduo camino ofrecia: y como el peregrino estuviese para partir de allí, el faki dió noticia al peregrino de cierto faki que vivia en Almagreb, en el reino de Suz, que se llamaba Abu Izag. Era este faki muy venerado de los muslimes por su doctrina y moderadas costumbres, asegurándole que este Abu Izag era tan virtuoso que sin duda le proveeria de maestro cual convenia y él deseaba; y para esto le dió cartas de recomendacion para aquel alfaki de Suz, para que hiciese con diligencia cuanto el peregrino le rogase. Partió pues el peregrino y llegó al reino de Suz, y por su carta fue muy bien recibido, y su negocio se terminó como él queria; pues Abu Izag le dió un maestro llamado Abdala ben Yasim, de quien él mucho confiaba, hombre docto que habia estudiado siete años en Andalucía todas las ciencias, y era insigne letrado. Llegó Abdala ben Yasim con el peregrino al desierto en que moraba la tribu Gudala, y fue muy bien recibido de toda la cabila, y se le juntaron luego setenta jeques de los mas nobles de la gente, y como era nacion honrada y humana, teniale en gran veneracion, y le miraban como

si fuese padre y señor de todos ellos: tanto que Abdala se atrevió á mandar á la gente de Gudala que se armasen, y que hiciesen guerra á cierta cabila comarcana que era la de Lamtuna, y de tal manera se hubieron con ellos valerosamente, que obligaron á los Lamtunies á obedecer al jeque Abdala ben Yasim, y del mismo modo y con el mismo valor y fortuna sujetaron á todas las cabilas del desierto, creciendo mucho la reputacion del jeque, y el poder de la tribu de Gudala: de manera que Abdala así en esta tribu como en la de Lamtuna era mirado como soberano, pues el amir de Lamtuna Abu Yahye Zacaria ben Omar se declaró su discípulo, y en paz y en guerra seguia su consejo, y no se hacia sino su voluntad. Cerca de la cabila de Lamtuna habia unos montes y áspera sierra en que moraban ciertos bárbaros que no tenian religion, á los cuales quiso instruir el jeque Abdala; pero ellos despreciaron su doctrina, ó no hicieron caso de sus predicaciones, á los cuales mandó el jeque que se hiciese cruda guerra, y la encomendó á los de Lamtuna sus confinantes, y ellos la hicieron con heróico valor y constancia.

El rey Abu Zacaria Yahye salió con mil caballeros de Lamtuna contra los bárbaros, y trabó con ellos muy reñida y peligrosa batalla. Eran los Lamtunies gente suelta, ligera y robusta, muy endurecida y acostumbrada á las fatigas y ejercicios de fortaleza, porque vivian en continuas guerras con estos bárbaros y con otras cabilas enemigas, y sabian poner sus haces en órden de batalla, y ponian en las primeras almafallas los que tenian lanzas muy largas, que afirmaban en tierra, que era la gente de á pie, y tan fiera, dice Abu Oveid de Bejer, que no se les vió nunca volver la espalda en las batallas, y que antes querian morir en ellas que ceder ni perder un pie de tierra, ni huir por

grande y excesiva que fuese la multitud de enemigos que les acometia, de suerte que con este valor y deseo de vencer hacian gran matanza en sus contrarios; y así de los bárbaros cayeron mas en las almafallas de los de á pie, que entre la caballería. En suma los de Lamtuna fueron señores del campo haciendo huir y retirarse con mucho desórden á los berberíes, cuyas tiendas robaron y dividieron entre sí los despojos ganados. Costóles harta gente á los Lamtuníes esta victoria, y viendo el jeque Abdala el ánimo y constancia de los de Lamtuna en la pelea, los llamó Murabitines ó Almoravides, esto es, hombres de Dios, y espontáneamente dados á su servicio. Viendo pues que estos de Lamtuna eran tan esforzados y bravos en la guerra, pensó que con estos Almoravides y la diligencia y eficacia que él pondria de su parte, podia llegar á ser dueño de toda la Mauritania y tierras de Almagreb: y para envanecerlos y animarlos á lo que intentaba les decia: « O nobles Almoravides de Lamtuna, vosotros teneis constancia y habeis vencido á todos vuestros contrarios: si en servicio de Dios y en ayuda de la publicacion de su ley habeis de emplearos, yo confio que con facilidad supereis las dificultades que se os opongan, y que dejareis á vuestras espaldas los estorbos que se ofrezcan en la virtuosa senda que debeis seguir para alcanzar el paraiso, premio de vuestras buenas obras. » Así pues dispuso sus corazones, y con ellos conducidos de la dulzura de su persuasion y de las promesas de los futuros bienes, les persuadió á salir del desierto, hicieron guerra á los berberíes, y se enseñorearon de Sigilmeja Dara, y otras provincias de los amires de Magaraba, príncipes de la tribu Zeneca, que gobernaba entonces Mesaud ben Banud ben Hiazron ben Falful Alazari. Persuadidos los de Lamtuna allegaron sus gentes y se unieron con ellos los

de Usufa y Arafa y Lamta; principiaron la guerra con Mesaud de Magaraba, y conquistada esta provincia pasó el victorioso Abu Yahye Zacaria á tierra de Dara, y tambien se apoderó de ella; pero en una sangrienta pelea con una hueste de gente de Gudala murió peleando como bueno el rey Abu Yahye Zacaria, sin que por eso los suyos dejasen de quedar vencedores.

Muerto en la batalla el esforzado Abu Yahye Zacaria por los de la cabila de Gudala, el jeque Abdala con su soberana autoridad eligió y nombró por amir á un hermano del muerto llamado Abu Bekir, hijo de Omar, hijo de Tarkit de la cabila Zanhaga, y de la antigua sangre de Homair, el cual fue recibido muy bien y le juraron obediencia los de Lamtuna, y los de Sigilmesa y Dara: y despues de esto pasó el amir Abu Bekir á tierra de Masamuda, que está á la otra parte de los montes de Daren, y escogió por lugar conveniente para su morada la tierra de Agmat, Cilana y Ezmira,
1058 adonde llegó el año de cuatrocientos cincuenta. Salieron á recibirle los principales del pais que se sometieron á su obediencia, y puso su casa en la ciudad de Veriquia, en compañía de su imam ó jeque Abdalá, que no podia sosegar sin hacer nuevas conquistas, aunque parecia que las queria para Abu Bekir; pero en verdad el tenia la potestad y soberanía, y lo esencial del gobierno. Como hiciese una entrada en la tierra de Tamisna procurando sujetar y traer á su obediencia á los naturales de ella, los Muzlimes le trataron y recibieron muy diferentemente de lo que habian hecho los de otras naciones, pues en una de estas visitas le pasaron con una lanza y murió. El rey Abu Bekir sintió mucho su falta; pero se fue ingeniando en la ciudad de Agmat en Veriquia, y se fue apoderando poco á poco del señorío de la tierra, enviando á los

pueblos sus gobernadores y recaudadores, manteniéndolos en su obediencia con el temor de su poderío, porque cada dia le iba viniendo gente del desierto, de
1078 suerte que en el año cuatrocientos sesenta creció ya tanto y se multiplicó aquella gente, que estrechaban á los naturales del pais, y no cabian sin dificultad en la tierra; así que, no pudiendo pasar los unos con los otros, los jeques y principales á nombre del comun dieron cuenta al rey Abu Bekir de los apuros que padecian, y de la estrechez en que todos estaban, dificultad que cada dia era mas grande. El rey Abu Bekir les dijo, que puesto que tenian razon en quejarse de su incómoda vivienda, que ellos escogiesen un lugar conveniente y bueno para edificar una ciudad en que él y los suyos morasen. Los jeques muy contentos de su respuesta tuvieron su acuerdo, y de comun parecer señalaron las tierras que llaman de Eilana y las de Heimira, y lo participaron al rey diciéndole: ¡O amir ya escogimos lugar conveniente á tus deseos y á los nuestros en tierra de Eilana! Y luego al punto Abu Bekir ben Omar montó á caballo y siguió á los guias, y con él toda la gente de los Multimines y Masamudas, moradores de la otra parte de los montes de Daren. Llegaron todos juntos hasta el bosque y llanura en que ahora está la ciudad de Marruecos: estaba este bosque desierto y no habitaban entonces en él sino leones, tigres, cabras monteses, avestruces y otras fieras, y no nacian en aquella tierra sino adelfas y espinos, y otros rústicos arbustos; pero con todo eso agradó mucho el sitio y frescura suya, y la comodidad que ofrecia para la fundacion de una ciudad: sus abundantes yerbas y pasto para los ganados abonaba la disposicion oportuna para ella. Comenzaronse á trazar las calles y plazas, y á delinear las casas y sitios públicos, y toda la gente trabajaba con mucha alegría: no se cui-

dó entonces de cercarla de torreados muros, que estos los labró despues de algun tiempo el rey Ali Hasen, segundo rey de los Almoravides como diremos. Fue la llegada del rey Abu Bekir al sitio en que fundó la ciu-
1070 dad de Marruecos el año cuatrocientos sesenta y dos.

Ocupábase el rey Abu Bekir en dar prisa á la fundacion de su ciudad, y á los principales edificios de ella, cuando le vino nueva de la cabila de Lamtuna de donde él procedia, en que sus parientes le enviaban á decir que la cabila de Gudala con quien desde tiempo antiguo tenian desavenencias, habia entrado contra ellos haciéndoles muertes y robos y otros graves daños; que la enemistad era ya tan crecida que parecia qúe la guerra sería interminable sin la ruina de una de las cabilas. Pesó mucho al rey Abu Bekir de estas cosas, y abandonando la ocupacion que allí le detenia, nombró por su califa sucesor y lugarteniente á su primo, llamado Jusez ben Taxfin ben Ibrahim ben Tarquit ben Vertaquita ben Mansur ben Misala ben Tamim ben Bagali, de la cabila de Zanhaga de la antigua sangre de Homair, y en Ibrahim abuelo de Juzef se reunian los dos amires primos suyos y predecesores ya mencionados, abu Yahye Zacaria y Abu Bekir: dividió este amir sus gentes en tres ejércitos, y con los dos marchó á grandes jornadas al desierto para socorrer á su familia de Lamtuna: y dejó el otro en Sus Alaksa ó última en el sitio de la nueva ciudad, encomendado á su primo Juzef ben Taxfin Abu Jacob.

CAPITULO X.

Califazgo de Juzef ben Taxfin.

Conviene antes dar una idea justa del carácter de este califa. Era Juzef ben Taxfin ben Ibrahim ben Tarkut ben Weztaktir ben Mansur ben Misala ben Watmeli ben Telmeit de la descendencia noble de Homair de Zanhaga de Lamtuna, de los hijos de Abdeisems ben Wethil ben Homair: la madre que le parió era de Lamtuna, hija de Omar que se llamaba Fatima, hija de Syr ben Abi Bekir ben Yahye ben Wah ben Wataktir: su color era moreno, de buenas facciones y estatura, enjuto de cuerpo, de voz delicada, ojos brillantes y grandes, bien rasgados, grandes y pobladas las cejas, vigote retorcido, barba bien dispuesta, y mas blanda que el cabello. A estas prendas del cuerpo juntaba un alma generosa: era prudente en el gobierno de sus pueblos, esforzado y valiente en la guerra, siempre atento á la seguridad y defensa de sus estados, grande amparador de sus fronteras, amigo de la guerra que hacia con mucha inteligencia y felicidad, liberal en extremo, grave y austero, en sus vestidos y adornos descuidado; pero con simple aseo, abstinente y moderado en los placeres, apacible en el trato y conversacion, y en todo se manifestaba para las grandes cosas que Dios le habia criado, para conquistar para el islam gran parte del mundo. Sus vestidos eran de lana,

y nunca usó de otra especie: su mantenimiento pan de cebada y carne de camello, y de otros animales robustos; pero en corta cantidad: ni sobre el sabor y confeccion de los manjares se quejó en su vida, ni de la calidad ó cantidad de ellos, siempre la misma con mucha igualdad: no tuvo en su vida mas enfermedad que la última que Dios le dió para llevarle á los premios y recompensas de la otra vida, por lo que en ésta habia procurado la propagacion del islam y el conocimiento y adoracion del poder y gloria de Dios, pues hizo que se le alabase así en España como en Almagreb, sobre mas de mil almimbares y novecientos alminares; pues fue su imperio en ella sobre dilatadas tierras, desde Medina Fraga en confines de Afranc., extremo oriental de España hasta último término de Santerin y Alisbona, que está sobre el mar océano Occidente de España, que es estension de mas de treinta y tres dias de camino, y de proporcionada casi igual anchura. En poniente de Africa se estendia su imperio desde Gezira Beni Margata hasta Tanja, al extremo de la última Negrería al monte del oro de tierra de negros, sin interposicion de ningun poder ni señorío estraño en sus estados, que no le hubo en sus tierras. Su poder y su voluntad resignada en Dios, y conforme á sus santos mandamientos, y en las exacciones y tributos conforme á lo dispuesto en la ley y en la tradicion, y en las fardas y tributos que le pagaban los infieles conforme á sus pactos de sumision, y así se halló en su tesorería despues de su muerte la cantidad de trescientas mil arrobas de plata, y cinco mil y cuarenta arrobas de oro en doblas. Administraba con justicia sus estados, y aunque tan justo, era apacible y afable con sus vasallos, en especial respetaba y honraba á los alfakíes y alimes, y los admitia á su lado y seguia sus consejos en sus deliberaciones, y de esto se preciaba mucho. Era de excelente ingenio y buen na-

tural, humilde y vergonzoso, y parecia que en él se habian acumulado todas las virtudes; y como decia el
1009 doctor Muhamad Aben Amid, como que cada una de ellas contendia y porfiaba por ma-
ó da una de ellas contendia y porfiaba por ma-
1010 nifestarse la principal. Nació Juzef el año
1109 cuatrocientos en Velad Sahara, y su muerte
ó fue el año quinientos, de cien años de edad.
1110 Su vida, parte la pasó en Almagreb, desde
que sucedió á su primo el amir Abu Bekir ben Omar, hasta que fue á la misericordia de Dios, que fueron cuarenta y siete años, esto desde el año cuatrocientos cincuenta y tres: y en Andalucía desde que quitó el gobierno á los amires, y entre ellos al rey de Granada Abdala ben Balkin hasta su muerte, diez y siete años, como despues diremos: fue su principal wacir ó consejero Syr ben Abi Bekir su yerno: fueron sus hijos Ali que le sucedió en el imperio despues de su muerte, Temin, Abu Bekir Liman, Ibrahim y Cuba y Rakia.

Como hubiese Juzef quedado en el gobierno y califazgo de Marruecos, y de las provincias del poniente de Africa por naib ó vicario de su primo Abu Bekir, luego comenzó á gobernar con mucha prudencia y destreza, agradando al pueblo y á la gente de guerra, presumiendo en su corazon alzarse con el imperio, y hacerse absoluto dueño del estado á pesar de las intenciones que su primo tuviese. Dió gran prisa á la fábrica de la nueva ciudad: compró á cierto vecino de Masmuda el terreno en que plantó su pabellon de pieles para asistir y esforzar la obra: su primer cuidado fue edificar una mezquita para la oracion, y la alcazaba reducida fortaleza llamada el alcazar de la piedra, para guardar las armas y provision de caudales. En la obra de la mezquita trabajaba él mismo en ella, y preparaba con sus propias manos el barro para los ladri-

llos con los otros trabajadores, dando á todos este ejemplo de celo y de moderacion: perdone Dios á quien tal edificó. Esta es ahora la noble ciudad de Marruecos, en delicioso sitio, abundante de yerba, fruta y agua, que donde se caba un pozo luego á poca hondura se halla agua pura y dulce. Así desde luego fue habitada de mucha gente, y se principió á murar; pero esta obra la acabó su hijo en ocho meses
1132 el año quinientos veinte y seis, y despues la engrandecieron sus sucesores en el estado: en especial amir amuminin Abu Juzef Jacub Almanzor ben Juzef ben Abdelmumin ben Ali Alcumi, príncipe de los Almohades en el tiempo en que esta dinastía se apoderó de Almagreb, y no cesó de ser la principal y cabeza del imperio de los Almoravides mientras reinaba esta familia, y lo fue tambien en tiempo de las Almohades, hasta que uno de sus príncipes mudó la corte á la noble y antigua ciudad de Fez, como adelante veremos. En tiempo de un año despues de la partida de su primo Abu Bekir ben Omar acrecentó Juzef su potencia y grandeza, y viendo que tenia mucha gente que serian bien cuarenta mil hombres de guerra los que acaudillaba, llegando á Wadi Mulua dividió su ejército en cinco partes, y las repartió en cuatro caudillos, que fueron Muhamad ben Temim Agedati, Amran ben Zuleyman el Mazuki, Moderec el Tekleti y Syr ben Abi Bekir el Lamtuni; y encargó á cada uno de estos cuatro la alcaidia de cinco mil hombres de su cabila, dándoles sus instrucciones y ordenanzas para el gobierno de ellos en la guerra de Almagreb y de Magaraba, Beni Yaferian y otras cabilas berberíes que se le habian levantado, y los demas los acaudillaba por su persona; y así en breve tiempo una tribu en pos de otra, y provincia tras provincia sojuzgó toda la tierra de Almagreb, que todas las cabilas se vinieron á su obe-

diencia, y entró en Medina Agmat, y allí casó con la hermosa Zainab que la quitó á su hermano Abu Bekir ben Omar, porque la amaba tiernamente, y ella le correspondia. Dicese que compró una gran suma de esclavos de Guinea que le vendieron ciertos traficantes que se ejercitaban en el trato y comercio con los Guineos en una ciudad llamada Gasza, que estaba muy dentro de sus desiertos, y que estos negros eran en lo antiguo Cristianos; pero con el trato de los Berberíes, ó por los males y violencia de la guerra, ó por otra causa que se ignora, vinieron á perder la religion para sus intentos y ejecucion de sus designios. Envió estos negros á las costas de Andalucía, y tomó en cambio muchos mozos cautivos cristianos que daban en trueque los de Andalucia, y de estos mozos que hacia instruir en la ley, armaba caballeros y los ejercitaba en la destreza y manejo de las armas y caballos, y de estos tenia consigo doscientos cincuenta escogidos y bien adiestrados. Tambien escogia de los mozos negros los mas bien dispuestos, y les daba armas y caballos, y de estos tenia consigo dos mil caballeros muy bien ejercitados y valientes; y tambien impuso grave tributo á los Judíos de su estado, que eran muchos y ricos; y con esto allegó gran riqueza, y aumentó su poder, y tanto crecia la muchedumbre de cabilas y pueblo que
1062 se le allegaba, que el año cuatrocientos cincuenta y cuatro halló que tenia un poderoso ejército: tocó sus atabales, levantó banderas, congregó sus huestes, y hecha reseña tenia mas de cien mil caballos de las tribus de Zanhaga, Gezula, Musamada y Zeneta; y de ellos albazáses y arramates. Salió con estas tropas de Marruecos camino de Fez, y le salieron al encuentro las cabilas de aquella tierra de Zuaga, Lamait, Lunait, Sadina, Sedrana, Maguila, Behlula y Mediona y otras en gran número, y le presen-

taron batalla, que fue muy reñida y sangrienta, los venció y deshizo con horrible matanza, y huyeron todos, y muchos se acogieron á la fortaleza de los muros de Medina Mediona, y los Almoravides la entraron espada en mano, la saquearon y robaron, y degollaron en ella mas de cuatro mil hombres, arrasó sus muros, y se encaminó á Medina Fez, donde estuvo hasta que sojuzgó y allanó las tribus que moraban en aquellos confines.

El amir Abu Bekir su primo, despues de haber tomado venganza de los de Gudala, y haber terminado las diferencias de sus parientes y amigos de Lamtuna, el año de cuatrocientos sesenta y cinco tornó á Mauritania, y en Agmat estando fuera de la ciudad supo el engrandecimiento y potencia de Juzef ben Taxfin y sus soberbios pensamientos, como habia ganado los ánimos y voluntad de las gentes, y habia fortificado la tierra, de manera que claramente se echaba de ver que no queria tener compañero en el imperio. Asimismo acaecia que los caballeros que salian del campo de Abu Bekir algunas veces para ver los edificios de Marruecos y el órden y concierto que en todo habia puesto Juzef, volvian muy maravillados de su prudencia y de su poder, y como sabian de la manera que se habia con sus gentes de guerra, usando con ellos de mucha liberalidad, dándoles muchas dádivas y preseas de caballos, armas y ricas vestiduras, y esclavos, y las promesas que hacia á los que seguian su servicio, todos volvian al campo alabándole y encumbrando sus prendas hasta el cielo. Por todas estas cosas conoció Abu Bekir que era irremediable la determinacion ambiciosa de su primo de alzarse con el imperio, y recociendo su indignacion y enojo en su pecho, perdida la esperanza de reinar como antes en aquellos estados, disimuló su sentimiento y envió sus cartas

1073

á Juzef para concertar unas vistas. Señalado y venido el dia, salió Juzef con numeroso ejército con muchos esclavos y familia, y encontró á su primo en mitad del camino, entre Agmat y Marruecos, que es distancia de cuatro millas y media, pues hay nueve de una á otra parte. Saludó Abu Bekir á su primo Juzef que estaba á caballo, cortesía que no solia hacer á nadie: luego se apearon ambos y se sentaron juntos sobre un albornoz, lo que dió motivo á que en adelante se llamase aquel sitio el bosque del albornoz. Maravillóse mucho Abu Bekir de la magestad y grandeza real que manifestaba su primo Juzef, así en su persona como en la muchedumbre de sus caballeros, órden de sus escuadrones y repartimiento de sus tiendas. Despues de su conversacion le dijo por último Abu Bekir, pero con disimulado ánimo: O mi hermano Juzef, que por tal te tengo, pues eres hijo de mi propio tio, y es tan cercano nuestro parentesco, yo no hallo quien pueda mantener el imperio de Almagreb como tú: no digo bien, quien merezca como tú ser señor de todo; pues á nadie con mas derecho le pertenece. Yo en verdad no puedo detenerme aquí, y debo volverme al desierto y morar en él; mi venida no ha tenido otro fin que declararte mi voluntad, y decirte que eres el dueño y señor de estos estados, y con esto volverme al desierto, propia morada de nuestros hermanos y antepasados. A estas razones le respondió Juzef con humildad y dándole gracias. Llamaron á su presencia á los nobles de Lamtuna y grandes del reino, á los walíes y jeques de los Musamadas, y con ellos alcatibes y juhudes, y parte de los del pueblo y gente menuda, y se otorgaron escrituras de esta cesion que juró el rey Abu Bekir, en sí y en su fé la renuncia de las tierras de Marruecos y demas de Almagreb en su primo Juzef ben Taxfin. Luego se levantaron y despidieron con secreto dolor y sentimiento

fingido de Abu Bekir ben Omar, y con su compañía se tornó á su real, que estaba en Agmat. Juzef tornó con los suyos á Marruecos, y en llegando dispuso un notable y rico presente para su primo, que contenia las preciosidades siguientes: lo primero veinte y cinco mil escudos de oro finísimo, setenta caballos generosos, de los cuales los veinte y cinco iban encubertados con caparazones y jaezes guarnecidos de oro de martillo; asimismo setenta espadas, las veinte con guarniciones de oro, y las demas de plata: ciento cincuenta acémilas escogidas: cien turbantes preciosos, y cuatrocientos de los de Suz, cien vestidos con cabritillas finas, doscientos albornoces blancos, y listados y de varios colores: mil piezas de lienzo para tocas, y doscientas piezas de telas finas: setecientas mantas de vestir coloradas y blancas, y de otros colores, al uso de los Lamtuníes: doscientas cincuenta aljubas de escarlata, y setenta ropas de paño fino para defenderse del agua: veinte esclavas doncellas, blancas y hermosas, y ciento cincuenta esclavas negras: diez libras de palo de Indias aromático, del mas suave y fragante olor: cinco saquillos de almizcle de lo mas fino: dos libras de ambar: quince de canfora y algalia; y un rebaño de vacas y carneros, con muchas cargas de trigo y cebada. Con este rico presente escribió Juzef á su primo Abu Bekir, que le perdonase de aquella cortedad, que le rogaba se dignase recibir aunque tan poco digna de la grandeza á quien se enviaba. Dicen que se alegró mucho de esta dádiva el rey Abu Bekir, y que la repartió luego entre sus caballeros, y se retiró á su desierto, donde haciendo guerra á los negros murió á los tres años; pero mientras vivió tuvo su primo el rey Juzef la atencion de enviarle cada año un rico presente. No falta quien dice que no se sosegó su enojo, y que se rebeló despues, y que Juzef le venció, y le entró en triunfo

en la ciudad, y le mandó matar. Que su hueste se retiró á Medina Sofar, que se resistió, y la entró por fuerza espada en mano, y mató á los jeques de su consejo, hijos de Mesaud el Magaravi, que estaban apoderados del gobierno de la ciudad y de la tierra. De allí revolvió sobre Fez que se resistió, y la tuvo cercada como
1063 un año, y la entró en el año cuatrocientos cincuenta y cinco, y puso allí un wali de Lamtuna, y partió allanadas las cosas para Velad Gomara, contra su wali que se habia revelado: era este Mansur ben Hemad, y la entró por fuerza, y mandó
1063 matar á Manser y á sus parciales. En este año cuatrocientos cincuenta y cinco fue proclamado el amir Almahedi ben Juzef el Caznati señor de Velad Mekineza, y se vino á la obediencia de Juzef ben Taxfin, y fue con él tan generoso que le confirmó en el señorío de su tierra, con la obligacion de servirle con cierto número de tropas en la guerra de Velad Almagreb y tribus comarcanas. Dispuso su gente Almahedi, y salió de Medina Auxa á voluntad de Juzef ben Taxfin, y como entendiese esto Temim, hijo de Manser el Magaravi, el rebelado en la ciudad de Fez, temió por su vida al ver cuánto se acrecentaba el poder y la potencia de los Almoravides, y se adelantó con las tropas de Magarava y de las cabilas zenetas, y se encontraron, y se trabó entre ellos muy reñida y sangrienta batalla, en que peleando como un fiero leon murió Almahedi ben Juzef, y sus gentes fueron vencidas y desechas, y envió Aben Manser Temim su cabeza al señor de Cebta el Barqueti, que era su suegro. Los de Mekineza despues de este desman tomaron gran pesadumbre, y avisaron su desgracia y la muerte de su amir á Juzef ben Taxfin, ofreciéndole la tierra, y rogándole que fuese su rey, y Juzef aceptó su obediencia y ofrecimiento, y dispuso luego sus gentes contra

Temim ben Manser Almagaravi señor de Fez, y entró en sus tierras y las corrió, y taló sus campos incomodándole con algaras continuas. Viendo Manser que las gentes estaban ya cansadas de tantas vejaciones y continua desolacion, y que el descontento de los pueblos crecia, porque les tenian cortada el agua, y en las batallas se perdia mucha gente, congregó cuanta fue posible de Magarava y Beni Yafarin, y salió con buena hueste á probar fortuna contra los Almoravides: trabóse batalla que fue una horrible matanza, y murió peleando Temim Manser y mucha gente principal de los suyos. Luego que él murió tomó el mando y gobierno de Fez en su lugar Alcasem ben Muhamad ben Abderraman ben Ibrahim ben Muza ben Abi Alafia el Zenete, y el Mekinezi congregó sus tropas zenetas, y salió al encuentro de los Almoravides, y fue la batalla á las riberas de Wadisifir, que fue terrible, y fueron derrotados con gran matanza los Almoravides, y aunque de ambas partes murió mucha gente, la mayor carnicería fue entre los caballeros. Llegó la nueva de esta derrota á Juzef ben Taxfin, que estaba en el cerco de Hisn Mahedi, y se partió luego de allí dejando en el sitio algunas tropas de sus Almoravides, cerco que fue estrañamente largo, pues duró nueve años hasta que se en-
1073 tró por avenencia año cuatrocientos sesenta y cinco Partió de allí Juzef el año cuatro-
1064 cientos cincuenta y seis, y fue á Beni Morasan que su wali se habia rebelado entonces y se resistió; pero Juzef le venció y mató muchos de ellos, y allanó la tierra: de allí partió á Fendelewa y conquistó todo el pais: luego pasó á Velad Barga, y
1066 entró la ciudad el año cuatrocientos cincuen-
1068 ta y ocho. El año cuatrocientos sesenta con-
1070 quistó Velad Gomara desde Araif á Tanja, y el año cuatrocientos sesenta y dos pasó á

Medina Fez, y se puso delante de ella con todo su ejército, y la cercó y apretó tanto que la entró por fuerza espada en mano, y mató á los de Magarava que en ella encontró, y á los de Beni Yafaran, Mekineza, y de las tribus zenetas que no perdonó vida, pereció allí gente infinita, hasta llenarse las calles y plazas de mortandad: y de los vecinos de la ciudad y del Cairvan mató mas de tres mil hombres, y no pocos Andaluces, que los demas huyeron á los confines de Teliman. Esta fue su segunda conquista: fue su entrada en Fez dia jué-
1070 ves dos de giumada segunda del año cuatrocientos sesenta y dos. Luego que Juzef ben Taxfin entró en Fez la mandó fortificar, y derribó el muro que atravesaba y dividia los barrios de los Andaluces y de los de Cairvan, y redujo estos dos barrios á uno, y mandó edificar mezquitas en sus contornos, plazas y calles, y si en alguna calle grande ó plaza no habia mezquita, obligaba á los vecinos á que la labrasen, y edificó aljamas y Fondacas y Alharas, y mejoró éstas y los zocos, y se entretuvo en esto, y estuvo allí
1071 hasta la luna de safer del año cuatrocientos sesenta y tres que salió de ella, y partió para Velad Muluya á conquistar la fortaleza de Felat; y
1072 en el año cuatrocientos sesenta y cuatro se disponia Juzef para sojuzgar las demas tierras de Almagreb, y los jeques de las tribus Zeneta, Masamuda, Gomara, y otras de los Berberíes se adelantaron á proclamarle.

CAPITULO XI.

Continuan las conquistas del Almoravide Juzef.

Por esta sumision de las tribus Juzef las perdonó, y á todos los dejó en posesion de sus bienes. Entonces recorrió con tropas del pais todos sus estados de Almagreb, y vió el estado de sus pueblos, y entendió cuanto convenia para el buen gobierno de aquellas tierras, y le pareció esta la mas importante de todas sus empresas, la primera obligacion del príncipe. En el
1073 año cuatrocientos sesenta y cinco ganó Ju-
zef la ciudad de Aldahna de Velad Tanja, y
la entró por fuerza, y asimismo ocupó el monte Alu-
1075 dan. En el año cuatrocientos sesenta y siete
tomó á Gebal Gieza y Beni Macud y Beni
Rahina, y mató mucha gente de allí, y dividió los estados en tierra de Almagreb: este año de cuatrocientos sesenta y siete en luna dilhagia apareció en Almagreb, y se vió en las tierras de España la estrella Almekac, y dió el gobierno de Velad Almagreb á Yezid ben Abi Bekir: y el de Mudain Mekineza Velad Meklala y Velad Fezan, á Omar ben Zuleiman: Medina Fez y sus comarcas á Daud ben Aixa: Sigilmesa y Daraa dió su gobierno á su hijo Temim con Medina Agmat y Marruecos y Velad Asus y lo demas de Velad Masamuda y Velad Temizana. En este tiempo Muhamad Aben Abed Almutamed rey de Sevilla, entendiendo el gran poderío de Juzef en Africa y sus grandes

victorias, quiso ganar su amistad, y en especial porque le convenia para acabar sus conquistas en Andalucía, que este príncipe ocupase las armas de Muhamad Barqueti de Cebta y de los señores de tierra de Tanja, para lo cual escribió sus cartas rogándole que admitiese su amistad, y le ayudase con su poder á la defensa del Islam; que quisiese pasar á la santa guerra que hacia en España: y el rey Juzef le respondió que no podia pasar á España en tanto que no fuese señor de Cebta y Tanja, y como el intento de Aben Abed era el que hiciese guerra á los dueños de estas ciudades, le volvió á escribir ofreciendole de ayudarle, si el mismo Juzef acometia por los desiertos y rodeaba aquellas ciudades; y así lo cumplió, y envió Aben Abed sus gentes que pasaron el mar, y ayudaron á Juzef á ocuparlas como lo hizo el año cuatrocientos seten-
1078 ta. Con esta ocasion se vió Juzef empeñado en la guerra de Tanja y Cebta, y llamó en su ayuda á Saleh ben Amran, que le acudió con doce mil caballos escogidos de los Almoravides, y veinte mil de las tribus de Almagreb y Zenetes, y al acercarse á confines de Tanja les salió al encuentro el hagib Socra el Barqueti con sus tropas. Era ya este caudillo muy viejo de mas de cien años, y dijo: Guala, que viviendo yo no se han de oir en Cebta los atabales almoravides, y se encontraron los dos ejércitos en las orillas de Guadimena, en confines de Tanja: trabóse la batalla con bárbaro valor de los dos partidos y fue muy sangrienta, el esforzado viejo Socra murió peleando; y luego sus tropas se desordenaron y huyeron derrotadas. Los Almoravides continuaron su marcha hácia Tanja y la entraron, y el hijo de Socra el hagib Dhialdola Yaheye permanecia en Cebta: escribió Saleh ben Amran esta victoria á Juzef ben Taxfin. En el año cuatrocientos
1079 setenta y dos envió Juzef á la conquista de

Medina Telinzan á su caudillo Mezdeli, y fue á ella con veinte mil Almoravides y la rindió, y entró en ella y triunfó de Yala ben Yala amir de ella; y le mató y se volvió á Medina Marruecos donde estaba Juzef, y en-
1080 tró el año cuatrocientos setenta y tres, y en este año mudó la seca de la moneda, y escribió en ella su nombre. En el mismo conquistó las ciudades de Agersif, Melila y toda la tierra de Araif, y conquistó tambien Medina Tekrur, y la destruyó y arrasó sus muros, que nunca se volvió á reedificar.
1081 Entrado el año cuatrocientos setenta y cuatro se le rebeló Medina Wahida, y la entró por fuerza, y sojuzgó las tierras y tribus de Beni Barnetin, y descabezó á los jeques que las acaudillaban. Partió despues á Telidzan y la tomó segunda vez, y entró Medina Tunez, y Medina Wahran, y Gebal Wcasris, y toda la tierra oriental hasta Gezair, y volvió á Marruecos, y entró en ella en la luna de rabii
1082 segunda del año cuatrocientos setenta y cinco. En este mismo año recibió otra vez cartas de Almutamed rey de Sevilla, implorando su auxilio y procurando su amistad: y Juzef le ofreció que pasaria á España luego que acabase la guerra que traia entre manos en lo de Cebta.

En este tiempo fue la expedicion y entrada de Alfonso en las tierras de Andalucía, y con gran hueste de Cristianos de Afranc y Albaskenes y de Galelikia y Castilia caminó hácia Zaragoza, talando los campos, quemando los pueblos y cautivando y matando la gente: huian delante de él despavoridos todos los pueblos, y por todas partes llevaba la muerte y la desolacion; no perdonaba la vida sino á los que no podian ofenderle. El esforzado rey de Zaragoza Almustain no podia resistirle, y toda España se veia inundada de sus tropas feroces, mandadas por caudillos crueles, que oprimian

á los infelices muslimes de todas las provincias. Cuando esto vieron los amires de España abrieron los ojos, y conocieron que Alfonso podia ver cumplidos sus deseos muy presto, sino procuraban poner remedio al mal que les amenazaba. Como ya dijimos, á persuasion de Abul Walid Albagi cadi de Córdoba, y gobernador de ella por Aben Abed rey de Sevilla, temiendo la ruina del Islam, de acuerdo de su señor Aben Abed congregó los alimes y alfakíes y cadíes de las aljamas de España, y trataron del riesgo y general ruina que les amenazaba, y todos fueron de parecer que se escribiese á todos los amires de los reinos de España, y á sus walíes y alcaides de sus ciudades y fortalezas, exhortándolos á la comun defensa del estado contra los Cristianos, y todos respondieron luego que convenia que se publicase guerra santa contra Alfonso, y asimismo concertaron todos los amires, desconfiando de sus propias fuerzas, que se escribiese al príncipe de los Almoravides Juzef ben Taxfin, para que con gran poder viniese á favorecerles en esta santa guerra. Todos fueron de este parecer, menos Abdala ben Zagut gobernador de Málaga, por Aben Abed que les dijo: que no convenia traer á España á los muslimes almoravides, gente feroz acostumbrada á los desiertos arenosos de Africa, que seria como si tragesen los mas fieros leones y tigres que producen aquellas arenas, que él desconfiaba de los muslimes, y sospechaba que si Juzef ben Taxfin venia, aunque por ventura quebrantase las cadenas que Alfonso les ponia, era muy de temer que aquel poderoso conquistador les pusiese otras mas graves y dificiles de romper: que viesen en cuan poco tiempo habia sojuzgado las ciudades de Almagreb, y habia quitado su libertad é independencia á tantas y tan poderosas tribus de Alkibla y de Suz Alaksa, que lo que mas les convenia era unirse y hacer causa co-

mun como buenos muslimes, y pelear juntos contra Alfonso, que cierto era que estando ellos unidos, olvidadas sus discordias, desavenencias y particulares intereses, serian superiores á los Cristianos, y favoreciéndose y ayudándose recíprocamente serian invencibles: que bien sabian todos ellos cual habia sido la causa de la decadencia del poder de los muslimes. Estas prudentes razones fueron mal oidas y desaprobadas, y le trataron de mal muslim, y de confederado con Alfonso, y como á enemigo de la ley le descomulgaron y maldijeron y le declararon reo de muerte.

Enviaron su carta los amires, de Sevilla Aben Abed, de Granada Balkin, Omar ben Alaftas de Badalyoz, de Valencia Dilnun, de Almería Moez-Daula, el wali de Tadmir Aben Zeidun, y Aben Tahir, y otros: hasta trece amires firmaron la carta en que le rogaban encarecidamente que se dignase pasar á España, y con su poder librarlos del soberbio enemigo que los angustiaba, que esta súplica era de todos los seguidores del Alcoran; porque las tierras estaban taladas, destruidas las ciudades, ocupadas las fortalezas, y la flor de la juventud muslímica esclavizada en duro cautiverio: que oyese los lamentos de tantos infelices, y viniese con vencedoras huestes, á quienes Dios favorece, á redimirlos, que de su generosidad esperaban su cierto remedio.

Estaba Juzef en Medina Fez, y poco antes recibiera carta de su hijo Cilman de la toma de Cebta, y de como habia entrado vencedor en ella en la luna de ra-
1084 bii primera del año cuatrocientos setenta y siete. Teníale muy contento esta nueva, y por esta razon recibió con mas gusto la súplica de los amires de España, y resolvió en su ánimo de pasar á ella desde Cebta; pero antes estando quieto y pacífico en su reino, trató de renovar sus ejércitos y acrecen-

tarlos, y poner en su palacio muchos criados, y muchos oficiales en su corte. Para este fin escribió sus cartas, y envió sus embajadores al desierto á las cabilas de Lamtuna, Musafa, Gudala y otras, en las que decia como Dios le habia enriquecido con nuevos reinos en las partes de Almagreb, y como le obedecian y servian con mucho gusto los naturales de estas tierras; les avisaba la bondad y abundancia de estas regiones, y les rogaba muy encarecidamente que viniesen á su casa y reino, porque deseaba hacerles mercedes como á sus propios parientes, y que fuesen ricos y poderosos, y que tuviesen los mas honrados cargos en su corte y en sus provincias y ciudades, y que tuviesen el mando de sus gentes de guerra, y le ayudasen en el gobierno de los estados que Dios habia puesto bajo su poder. Por esta generosa demanda á muchos les vino en voluntad el acudir á la fortuna y comodidades que se les ofrecian, y en pocos dias vinieron al rey Juzef ben Taxfin muchas taifas de aquellas tribus del desierto, y les dió á los mas principales muy honrosos cargos, y á los demas los contentó conforme á la nobleza y valor de cada uno, repartiéndolos por las provincias y ciudades, de manera que se llenaron las tierras de Almagreb de moradores venidos de Lamtuna y de las otras tribus del desierto, y esta fue la edad mas próspera y feliz de los Almoravides, y se acrecentaron extrañamente los ejércitos del rey Juzef Aben Taxfin, y se divulgó y extendió su grandeza y poderío, y la fama de su soberanía no solo en Africa, sino en España y fuera de ella. Así que en esta ocasion acabada la conquista del reino de Fez y de Telinzan y de Mekineza y otros estados de amires zenetes, los jeques walíes ó gobernadores de sus provincias y nobles de su corte, se congregaron y le persuadieron que puesto que hasta entonces se habia contentado su moderacion con inti-

tularse con el solo título de amir, que le rogaban quisiese en adelante intitularse como califa en las tierras de Occidente, con los augustos y honrosos títulos que su grandeza requeria: que el solo nombre de amir era comun á muchos príncipes y señores de poco poder en Africa y en España, que por tanto le suplicaban muy humildemente permitiese que le nombrasen amir amuminin ó rey de los fieles. Entonces Juzef les respondió, que no quisiese Dios que él tomase aquel título, ni consintiese que sus servidores se le aplicasen, que aquel título augusto les pertenecia á los califas de oriente, descendencia ilustre del profeta y señores de ambas casas santas, que él no era mas que un hombre que seguia y se preciaba de la religion de los príncipes y grandes califas de oriente. Rogáronle que á lo menos se honrase con algun título y tratamiento que le distinguiese de los demas amires, puesto que sus gloriosos hechos tanto le distinguian: y convinieron todos en llamarle amir almuzlimin, señor de los muslimes, y le apellidaron ademas Nasaradin, y para que fuesen estos títulos conocidos de todos se publicaron en los almimbares y en la azala de cada giuma, y se acordaron los tratamientos que se le debian dar en las peticiones y cartas, y el decreto de este mandamiento decia así: « En el nombre de Dios misericordioso y piadoso. »

Del amir almuzlimin Nasaradin Juzef ben Taxfin á los grandes y nobles de nuestros reinos y estados, y á todas las familias que Dios con su liberalidad perpetua en su santo temor, y ajuste á su beneplácito, salud cumplida, prosperidad con su misericordia y bendicion. Despues de dadas gracias á Dios á quien las alabanzas son debidas, al dador de los bienes y de las victorias, os hemos escrito esta carta nuestra, provision en esta nuestra corte de Medina Marruecos, guardela Dios, á

1085 mediados de la luna de muharran del año cuatrocientos setenta y ocho, y lo que contiene es, que habiendonos Dios hecho merced de muchas victorias célebres y gloriosas, y como nos haya enriquecido con abundantes y manifiestas liberalidades, como rocío de bienes, habiéndonos asimismo enderezado en el verdadero camino de la ley de nuestro profeta el liberal y escogido, hemos acordado que cuando nos hableis ó escribais en vuestras cartas y peticiones, nos hableis con este título de rey de los fieles muslimes, y ayudador ó defensor de la fe, para distinguirnos con estos títulos de los demas reyes que gobiernan las cabilas ó tribus de Africa y de otras regiones; así que cualquiera que nos hablare ó demandare algo por escrito lo pida á nuestra real y alta persona con el referido título y nombre, si Dios querrá, que él es en verdad el señor del amparo por su liberalidad: salud.

CAPITULO XII.

Concierto de los muslimes de España y Juzef contra el rey Alfonso. Este, tomada Toledo, escribe al rey de Sevilla.

Despidió el rey Juzef muy contentos á los embajadores de Andalucía, prometiéndoles que les enviaria socorro para librarlos de los daños y opresion que padecian, y de los riesgos que les amenazaban, y de la estrechura de que se quejaban. Estos males cada dia eran mayores en España; pues el rey Alfonso tronaba y relampagueaba sobre las tierras de los muslimes, y

parece que los queria hacer sus tributarios y quitarles su imperio á los amires, tratándolos con mucha arrogancia y soberbia, como se vió por las cartas que el rey Omar ben Alaftas rey de Algarbe le escribió, que este era su comarcano y fronterizo, y le amenazaba mas de cerca el enemigo de Alá: pues en ellas se queja de su soberbia y ambicion, y de como intentaba avasallarle, y presumia cosa fácil el conquistarle el reino que estaba en sus confines. Respondia pues Omar á las arrogantes propuestas y amenazas de Alfonso en esta manera. De Omar ben Alaftas Almudafar rey de Algarbe al rey de Galicia Alfonso. Nos ha llegado una carta del poderoso rey de los Cristianos, en la cual lleno de presuncion y confianza en su poder y en la grandeza que Dios incomprensible le ha dado, truena y relampaguea, y sin razon concertada nos amenaza con sus grandes huestes, y con su poderío y victorias, y no sabe ni entiende que tambien tiene Dios ejércitos con que honra y hace triunfante la verdad de su ley y la doctrina de nuestro profeta Muhamad, y favorece y ayuda á los muslimes que hacen justa guerra á los Cristianos, siguiendo el camino de Dios sin dar muestras de temor, que se conocen y temen á Dios, y se ejercitan en la contricion, pues si esto entendiera no escribiria como escribe: que si ahora resplandece y luce la faz de los Cristianos, esto es por permision de Dios, para que los fieles abran los ojos y vean su ceguedad, y puedan distinguir las cosas malas de las buenas, y tambien para enseñanza y guía de los descreyentes. En cuanto al desprecio y burla que hace de los muslimes por causa de nuestros desmanes y malos sucesos, sepa que entendemos que de esto han sido causa nuestros pecados y nuestras desavenencias y discordias, y la poca conformidad de los de nuestra nacion, que en verdad si ellos se aviniesen y confederasen, entonces os hariamos ver

á vos, rey Alfonso, y á vuestros Cristianos que todavía os sabremos confecionar los sabores que otras veces nuestros antepasados hicieron gustar á vuestros mayores, y sabe que no perdemos la esperanza en Dios, y con su ayuda no desistimos de pensar que te haremos gustar y aun beber hasta las heces de los mas amargos tragos que jamás probaste ni oiste. Entretanto acuérdate de Almanzor y de aquellos conciertos en que tus antepasados le ofrecian sus propias hijas, y las enviaban en tributo hasta su propia tierra. En cuanto á nosotros, si bien es verdad que ha menguado el número de nuestra gente, y falta quien nos ayude, con todo eso no hay entre tí y nos mar que nos separe, ni otra cosa que impida el vernos sino espadas, en cuyos filos verás los cuellos y gargantas de los tuyos, y un puro y espantoso resplandor de armas que deslumbrará tus ojos, y no lo podrás ver. Mi confianza es Dios, y en el espero ampararme contra tí, y en sus ángeles aparentes en humana forma. No esperamos favor sino de Dios, ni hay lugar para acogernos sino en Dios, ni asilo sino en Dios; en suma no esperamos sino una de dos felicidades, ó victoria gloriosa sobre vosotros, ¡oh qué felicidad seria esta! ó muerte todavía mas gloriosa en el camino y servicio del Señor, ¡oh qué bienaventuranza! ¡oh qué paraiso de delicias! que en Dios está el galardon y la recompensa de esas tus amenazas, y de la honrosa muerte, y en Dios esperamos una victoria que nos redima y saque de los pasados males, y Dios altísimo te dé á tí, rey Alfonso, la misma que nos has amenazado.

El rey Omar, aunque muy esforzado, con todo eso bien conocia que sus fuerzas no eran bastantes para oponerse y resistir al poder del rey Alfonso, y temiendo que la vecindad de sus tierras con las de los Cristianos les diese ocasion para que entrasen en ellas co-

mo acababan de hacer en Toledo, escribió con grandes ruegos al rey Juzef pidiendole, que no dilatase su pasada en España para refrenar á los Cristianos que peleaban con mucha prosperidad contra los muslimes: la carta fue de su propia mano, y decia así: De Omar ben Alaftas el confiado en Dios, á Juzef ben Taxfin rey de los muslimes.

Como la luz y resplandor de la buena guia, ó rey de los muslimes, que Dios la fortifique, sea la que te dirige y encamina y mueve, teniendo por camino propio suyo el camino de la beneficencia y la sabiduría se ocupe y emplee siempre en hacer bien á otros, y tus deseos sean de hacer siempre guerra á los descreyentes, de lo cual estamos bien informados, y siendo bien cierto y averiguado que te dedicas siempre á honrar, sublimar y defender nuestra ley, y que tu eres el mas ínclito y principal emperador, y el mas poderoso caudillo, y conquistador y vencedor de infieles, nos conviene implorar tu auxilio, para que socorras y defiendas nuestra ley y á nosotros. El dolor de nuestras desgracias es estremado: tribulaciones y calamidades nos cercan por todas partes en España, y daños mayores todavía nos amagan, que no pueden imaginarse sin espanto. Por todos lados nos va rodeando esta maldita gente, desde que los nuestros descuidaron el sugetarlos como antes, y estar unidos contra ellos. Estos enemigos han crecido, han tomado alas, y como siempre nos querian mal, creciendo su poder y su enemiga rabia nos acometen ya estos perros de manera que nos tienen acobardados, y siempre con la barba sobre el hombro, sin quedarnos mas remedio para mantenernos sino palabras fingidas de sumision y blandura: pérfidos tratos que no dan sosiego, antes nos tienen con perpetuo cuidado y recelo de lo que nos puede sobrevenir. No sirve para perder estos temores el en-

viarles dádivas y preciosos dones cada dia, dejarles sacar de nuestra tierra toda especie de provisiones y mantenimientos: con todo eso no calman los sobresaltos ni se disminuyen los peligros; y en verdad si el daño no pasara mas adelante nos contentariamos con ellos, y estariamos alegres con la miseria é infelicidad de este estado; pero ellos no cesan, nos quitan cada dia las haciendas, y nosotros mezquinos las dejamos llevar callando, y nos parece que el no hacernos mayor mal es merced que nos hacen, y les estamos á manera de agradecidos, y pensando que les poder dar cuando nos vengan á pedir. Pero señor, nos sacarán los ojos, y el mal nos ha pasado ya de parte á parte hasta parecer ya llaga incurable. Como ya saben nuestros enemigos que nada podemos darles y su codicia es insaciable, ya tratan de conquistar y saquear nuestras ciudades y ocupar nuestras fortalezas, y se ha encendido el fuego de los Cristianos por toda España, y en todas partes las puntas de sus lanzas y los agudos filos de sus espadas beben y han bebido mucha sangre de los muslimes, y los que por fortuna escaparon de la cruda muerte en las atroces peleas gimen en su poder en dura esclavitud y atormentados de sus crueles manos, pues no tratan sino de acabarnos y hacernos sufrir indecibles tormentos. Y segun parece piensan en darnos el último asalto, y muy poco distante miran el fin de sus deseos que es nuestra ruina y absoluto vencimiento; pero, ¡oh fe de Dios! ¡será posible que los muslimes hayan perdido la esperanza y aliento para mantener y sustentar la verdad de nuestra ley! ¡ será que algun dia triunfe la infidelidad de la religion verdadera! los asociantes vencerán á los que confiesan la unidad! ¡y no habrá quién nos ampare y libre de estas calamidades! ¡ha de faltar quién levante nuestra fe caida en el suelo! ¡no aparecerá un defensor de la re-

ligion y de las cosas santas! Pero no tenemos otro auxilio ni refugio que á Dios delante de su trono sublimado, á él cual toca la baja y terrena súplica, y su divina bondad ha honrado á los bajos y envilecidos. Nuestra calamidad es inconsolable, es degracia sin par. No te habia escrito, oh rey de los Muzlimes, antes de ahora ocupado en defender la tierra del asiento y cerco de Medina Cauria, restitúyala Dios, que pudiera ser causa de la despoblacion de esta tierra de los muslimes que moran cerca de ella. Siempre ha ido en aumento mi temor de que se perdiera la ciudad de que te escribí: la fuerza del enemigo se ha aumentado, y en fin la ciudad vino á su poder, cosa que acrecienta nuestros males. Enmedio de la ciudad hay un castillo de mucha fortaleza, tal que excede á los mas fuertes castillos, este es como el centro de la ciudad, y como el centro en un círculo, señorea todas las partes de la ciudad, y da vista y atalaya toda la tierra al rededor, así á los que están cerca como los que están apartados y distantes, de manera que no era otra cosa esta fortaleza que como un viento fuerte y tempestuoso en las salidas de los que dentro estaban; pero se apoderó de él un traidor enemigo, un soberbio infiel, y si no te das mucha prisa en venir con tus huestes de á pie y de á caballo no tardará en estar todo puesto en desolacion y ruina. No te recuerdo, oh rey de los Muzlimes, la palabra del libro de Dios, ni la doctrina de nuestro honrado profeta, pues entre vosotros hay mas doctrina y letras que por acá, y sabeis bien lo que en este caso nos obliga. Envioos esta carta con un noble geke nuestro predicador y alchatih para que si os ocurriese alguna duda en el particular os la declare y manifieste. Este se ha determinado á llevar esta carta y embajada por ser obra meritoria y alcanzar de vuestro poder este socorro y singular merced,

y yo no he dudado de manifestarle mis intentos, confiando así en su fidelidad muy apurada como en su saber y en la elegancia de su lengua. Salud.

En este mismo tiempo ufano y envanecido el rey Alfonso de Galicia de sus victorias y de la conquista de Toledo que era la cabeza de España y casa principal de los antiguos reyes Godos, deseoso de nuevas conquistas, atropellando los conciertos que con Abed de Sevilla tenia, pensando cosa fácil el avasallarlo y hacerle su tributario como al infeliz Yahye Alcadir de Valencia, ó por romper aquellas paces que con él tenia asentadas, que le impedian continuar apoderándose de Andalucía, así como hiciera de las comarcas de Toledo, por todo esto escribió al rey de Sevilla Aben Abed Almutamad, pidiéndole que entregase á su embajador y á los que con él iban ciertas fortalezas, ó á lo menos declarase pertenecerle aquellas de derecho, y que en esto no hubiese falta ni dilacion, mostrando bien en sus palabras cuán alegre y contento estaba de sus pasadas victorias: la carta decia así:

Del emperador y señor de las dos leyes y naciones, el excelente y poderoso rey D. Alfonso ben Sancho, al rey Almutemed bila Aben Abed, que Dios fortifique y alumbre su entendimiento para que se determine á seguir el verdadero camino que os conviene: salud y buena voluntad de parte de un rey engrandecedor de reinos y amparador de pueblos, al cual han encanecido los cabellos en el conocimiento y prudencia de las cosas, y en el ejercicio y destreza de las armas y en perpetua consecucion de victorias, en cuya casa nació la consecucion de sus deseos y el cumplimiento de su voluntad, en cuyas banderas está de asiento la victoria, el que hace blandear las lanzas y las blandean sus caballeros con esforzadas manos, el que hace vestir de luto á las dueñas y doncellas Muzlímicas, el que hace

ceñir las espadas en las cintas de sus campeadores, y llenar de lamentos y alaridos vuestras ciudades. Bien sabeis lo que ha pasado en la ciudad de Toledo cabeza y corte de toda España, y lo que ha sucedido á sus moradores y á los de su comarca en el cerco y entrada de ella, y si vos y los vuestros habeis escapado hasta ahora, ya os viene vuestro tiempo, y éste no se ha dilatado sino por mi voluntad y por mi buen querer, y si ahora estais quietos y en sosiego advertid que la prudencia y cordura del hombre está en guardarse á sí mismo, y mirar bien lo que le conviene antes de caer en el lazo y calamidad que despues no pueda remediar; pues en verdad si no mirára á los conciertos que hay entre nosotros, y palabras que nos hemos dado, pues no hay en mí cosa mas presente que el guardar mi palabra y fe prometida, ya os hubiera entrado la tierra, y á sangre y fuego os echára de toda España sin dar lugar á demandas y respuestas, y no habria entre nosotros mas embajador que el ruido y tropel de las armas, y el fiero relinchar de la caballería, y el estruendo de los tambores y trompetas de batalla. Os quiero adelantar este aviso para quitaros toda disculpa, y advierte que no se apresura sino el que teme que los sucesos no correspondan á su voluntad. Envióos esta embajada con el Carmut Albarhan porque confio en él que sabe tratar y disponer los negocios, y conferir con personas de su discrecion cuanto le quieras comunicar; trátale con confianza que tiene prudencia para cualquiera cosa que gustes comunicarle en lo que conviene á tu persona y vasallos, y conforme hicieres verás despues las obras y sus efectos. Salud.

CAPITULO XIII.

Respuesta de Aben Abed al rey D. Afonso, y conversacion de aquel con su hijo.

Parecióle al rey Aben Abed muy soberbia la carta del rey D. Alfonso, y las propuestas que de su parte le hizo Albarhan, y aunque en su consejo habia muchos visires que tenian por mas seguro cualquier acomodamiento con el rey Alfonso y pagarle tributo, con todo eso el rey Aben Abed que era muy absoluto tuvo por demasia y arrogancia la carta, y respondió al rey Alfonso en verso, que era muy excelente poeta y muy docto, y tambien en prosa: la carta en sustancia decia así:

Del rey victorioso y grande, el amparado con la misericordia de Dios y confiado en su divina bondad, Muhamad Aben Abed al soberbio enemigo de Alá, Alfonso hijo de Sancho, al que se intitula rey de reyes y señor de las dos naciones y leyes, que Dios quebrante sus títulos vanos, y salud á los que siguen el camino derecho. En cuanto á llamarte señor de las dos naciones, mas derecho tienen en verdad los Muzlimes para preciarse de esos títulos que tú, por lo que han poseido y tienen de las tierras de los Cristianos, y por la multitud de sus vasallos y riquezas de armas y tributos, que nunca llegará tu poder á ser comparable con el nuestro, ni puede alcanzarlo toda tu ley y tus secuaces, y ciertamente puedes tener por año venturoso éste en que

has suscitado esta novedad, y no puede ser mas prudente y oportuno el consejo que se te ha dado acerca de esto. Ya dispertamos de nuestro sueño y nos levantamos de nuestra flojedad y pasado descuido. Hasta ahora pensábamos pagarte tributo, y tú no te contentas con él y quieres ocupar nuestras ciudades y fortalezas; pero ¿cómo no te avergüenzas de tales peticiones, y quieres que se entreguen á los tuyós y nos mandas como si fuéramos tus vasallos? Maravíllome mucho de la diligencia y prisa con que urges para que se cumpla tu vana y soberbia voluntad: te has envanecido con la conquista de Toledo sin mirar que eso no lo debes á tu poder, sino á la fuerza y destinacion divina que así lo habia determinado en sus eternos decretos, y en eso te has engañado á tí mismo con torpe engaño. Bien sabes que tambien nosotros tenemos armas, caballos y esforzada gente que no se espanta del estruendo de las batallas, ni vuelve la cara á la horrorosa muerte, y puestos en la pelea nuestros caballeros saben salir airosos del empeño: nuestros caudillòs entienden en ordenar sus haces, en conducir los escuadrones, armar celadas, y no temen el entrar por entre los filos de las espadas, ni les horrorizan las contrapuestas lanzas. Sabemos dormir en la dura tierra sobre un albornoz, rondar y hacer las velas de la noche, y nos dan salud los fieros golpes de los furiosos endiablados: y porque veas que esto es así como te digo, ya te tienen preparada respuesta de tu demanda, y de comun acuerdo te previenen aceradas y limpias espadas, y gruesas y agudas lanzas, y al fin es cierto que no hay mal que por bien no venga, y que presto se arrepiente quien de súbito se determina. ¿Cuándo tus antepasados tuvieron buena suerte con los nuestros, sino por alguna vileza de las que tú sabes y que todo ello era nada? yo veo que los que te aconsejan son como bestias sin enten-

dimiento, y al mismo tiempo es gente de tan poco valor que nunca sus obras acreditaron su vana parleria; así es que nunca los matamos peleando como buenos en campo abierto, sino escondidos y encerrados en sus torres y tras los muros. Deben por ventura creer esos tus consejeros que carecemos de entendimiento, y que en los hombres, en los reinos y estados no hay mudanzas. Es verdad que hubo entre nosotros conciertos y capitulaciones para que no moviésemos nuestras armas el uno contra el otro, porque yo nó ayudase á los de Toledo con mis fuerzas y consejo, de lo que pido perdon á Dios, y de nó haberme opuesto antes á tus intentos y conquistas, aunque gracias á Dios, toda la pena de nuestra culpa la ha cifrado en las palabras vanas con que nos insultas; pero como éstas no acaban la vida, confio en Dios, que con su ayuda me ampará contra tí, y sin tardanza verás entrar mis tropas por tus tierras, pues Dios favorece y ampara á la verdadera ley, y da salud á los que conocen la verdad y la siguen, y se apartan de la falsedad y de sus engaños.

EN VERSOS DECIA ASI:

Abatimiento de ánimo y vileza
en generoso pecho no se anida,
ni cabe bien, ni el corazon consiente
por mas que deudo ú amistad nos ligue
á que temamos vanas amenazas
de tu soberbia, como vil esclavo
el furor teme de su airado dueño.
El miedo es torpe y vil, de vil canalla
es el pavor, y si por mal un dia
parias forzadas te ofrecí, no esperes
en adelante sino dura guerra,
cruda batalla, sanguinoso asalto,
de noche y dia sin cesar un punto,
talas, desolacion á sangre y fuego.
Estas dádivas solas preparamos

para tu tierra en vez del oro y plata.
Mas poderoso y grande es el Eterno.
Alá, que cielo y tierras ha criado
á quien adoro, que la Cruz que adoras,
y ostentas en tus armas y banderas.
Armate pues, prevente á la batalla,
que con baldon te reto y desafio.
El sol en negras nubes eclípsado
baña su faz en lágrimas de sangre,
entre nosotros solo guerra y muerte
habrá de hoy mas, y espanto en toda España.
Con su duro eslabon el sufrimiento,
de fuego hace saltar vivas centellas,
de cruda guerra en la tiniebla obscura
y confusion de la discordia insana.
Las espadas deslumbran ya tus ojos,
y te arrepentirás cuando á tu pecho
se contrapongan las herradas lanzas,
teñidas del carmin de las mexillas,
y de los pechos de tu pobre gente.

Cuéntase que en este tiempo como hubiese enviado el rey Alfonso un embajador á Sevilla y un Judío su tesorero llamado Aben Galib, que era muy principal y privado suyo, para entregarse de cierta cantidad de doblas que el rey Aben Abed le debia pagar, que este embajador y el Judío no estaban aposentados en la ciudad, sino de fuera de ella en sus pabellones, adonde Abu Zeidun tesorero de Aben Abed llevó las doblas en compañía de otros vizires, y el Judío del rey Alfonso no queria entregarse de aquellas doblas con pretesto de que no eran bien cendradas, y no queria recibirlas sino á prueba de fuego y cendra. Hubo entre ellos demandas y respuestas, y como el embajador propusiese que en vez de las doblas se le diesen unos baxeles que allí tenia el rey Aben Abed, puesto que el Judío no queria sin quilatear recibir aquella moneda, la propuesta irritó el ánimo del rey, y dijo: que de

ninguna manera se pagase aquella cantía, que ya no podia llevar tanta soberbia de aquella gente vil: y aquella noche misma entraron algunos esclavos en las tiendas del embajador y del Judío, y mataron á éste con muchas puñaladas, y maltrataron á los Cristianos que venian con el embajador; no se sabe si esto fue licencia y desenfreno de los esclavos, ó por consejo de los vizires por complacer al rey Aben Abed, que no mostró que le pesaba de esta maldad, cuando el embajador se quejó de esto al dia siguiente, y se partió de Sevilla amenazando y jurando venganzas de parte de su rey.

Bien conoció Aben Abed el yerro y la maldad, y aunque algunos le aconsejaban que escusase este acaecimiento con el rey Alfonso, y lo atribuyese á demasía del pueblo ofendido de la desconfianza del Judío; pero resuelto á romper con el rey no pensó en otra cosa que en prevenirse para la guerra, y llamó á su hijo Raxid, príncipe jurado heredero de sus reinos, para despues de sus dias, y que ya tenia mucha parte en el gobierno del estado, y le dijo estas palabras: « O hijo mio, nosotros estamos huérfanos en Andalucía, y entre un mar tempestuoso y un cruel y poderoso enemigo, y no tenemos amparador que nos valga sino Dios altísimo. De los amires de Andalucia ya ves que poco se puede esperar, pues no son de provecho para ayuda ni defensa. Por otra parte, ya ves las conquistas y potencia del Alfonso, enemigo de Dios, que con su fortuna y constancia en hacer la guerra por siete años se ha enseñoreado de Toledo y de sus tierras, poblándolas de infieles y de viles criaturas. El enemigo de Dios disimula su deseo de oprimirnos, y si levanta la cabeza contra nosotros, temo de su porfia y fortuna que se apodere de nuestros reinos, y que venga sobre nuestra ciudad, pues que si una vez viene con sus tropas y

asienta su campo delante de ella, difícil será librarla de su potencia. El mejor consejo parece el implorar el socorro de Aben Taxfin el nuevo conquistador de Africa, si bien esto como está concertado entre nosotros no carece de peligro, y en verdad que no me da este Muzlim menos temor y espanto que la arrogancia del maldito Alfonso. Con la continua guerra nuestros tesoros están apurados, las rentas y frutos han menguado con la falta de la labranza con ocasion de las talas y correrías, nuestros ejércitos están muy disminuidos, que no acuden á nuestro llamamiento como solian y los que vienen, llenos de temor y desconfianza, y lo que peor es que no nos quieren bien, antes nos aborrecen así los nobles como la gente popular, de manera que no hallo otro partido».... Respondiole su hijo Raxid: «Padre y señor mio, y ¿quieres traer á España al ambicioso Aben Taxfin al que ha salido de los desiertos de Alkibla atropellando todas las tribus de Almagreb y de Mauritania? No dudes que ese nos echará de nuestras casas, y sus bárbaras gentes nos esparcirán y desterrarán de nuestra union, y de nuestra amada patria.» Aben Abed dijo: «No quiera Dios, hijo mio, que se diga de mi que perdí la Andalucía, y que la hice morada de infieles y herencia de Cristianos, ni que consienta que se me publique con maldiciones en los almimbares de nuestras mezquitas, y que mi nombre sea execrable á los muzlimes, como el de otros infelices reyes; no por Dios, no hijo mio, mas estimaré sirviendo al rey de Marruecos ser pastor y guardar sus camellos, que siendo amir tributario y vasallo de los perros cristianos.» Raxid su hijo le respondió «hágase pues lo que Dios os inspire,» y el rey Aben Abed le dijo: «Yo confio en su divina bondad que lo que me inspira en este negocio ha de ser cosa buena y provechosa para nosotros y para todos los Muzlimes.»

CAPITULO XIV.

Embajada de Aben Abed á Juzef.

Con esta resolucion el rey Aben Abed dispuso su embajada, y escribió sus cartas así por su alcatib como de su propia mano, y la del rey decia. A la presencia del príncipe de los Muzlimes, amparador de la fé, suscitador de la verdadera secta del califa, al imam de los Muzlimes y rey de los fieles Abu Jacub Juzef ben Taxfin, el ínclito y engrandecido con la grandeza de sus nobles, alabador de la magestad divina, y de la potencia del Altísimo, comedido á Dios y al cielo, que no se envanece de su honra y grandeza, y se contenta del galardon que Dios le da, Muhamad Aben Abed, salud cumplida de Dios conveniente á tu soberana y alta persona; y asimismo la misericordia de Dios y su bendicion: envia ésta el que dejando todas las cosas solo se dirige á tu generosa magestad de Medina Sevilla, en
1086 el entrelunio de giumada primera del año cuatrocientos setenta y nueve, y cierto, ó rey de los Muzlimes, que Dios ensalce y ampara contigo su ley. Nosotros los Arabes de Andalucía no conservamos en España distintas nuestras cabilas ilustres si no mezcladas unas con otras, y esparcidas en diversas partes de ella mezcladas nuestras generaciones [illegible]ilias, de manera que poca ó ninguna comunica- [illegible]nemos tiempo ha con nuestras cabilas ó familias [illegible]an en Africa: así que esta falta de union ha di-

vidido tambien nuestros intereses, y de la desunion procedió la discordia y apartamiento, y la fuerza del estado se debilitó, y prevalecen contra nosotros nuestros naturales enemigos, y estamos en tal estado que no tenemos quien nos ayude y valga sino quien nos baldone y destruya: siendo de cada dia mas insufrible el encono y rabia del rey Alfonso que como perro rabioso con sus gentes nos entra las tierras, conquista las fortalezas, cautiva á los Muzlimes, y nos trata de pisar debajo de sus pies sin que ningun amir de España se haya levantado á defender á los oprimidos, mirando con descuido la ruina de sus parientes, amigos y vecinos, sin siquiera ejercitarse á ello por defensa de nuestra ley, y en verdad que lo pudieran haber hecho si hubieran querido como debian, sino que ya no son los que solian, que el regalo, el suave ambiente de los aires de Andalucía, las recreaciones, los delicados baños de sus aguas olorosas, y frescas fuentes y conficianados manjares los han debilitado, y ha sido causa de que teman entrar en guerra y padecer fatigas, sin moverlos á ello causas tan justas; así es, que ya no osamos alzar cabeza, y pues vos, señor, sois el descendiente de Homair nuestro predecesor, dueño poderoso de sus pueblos y dilatadas regiones, á vos acudo y corro con perfecta esperanza, pidiendo a Dios y á vos amparo, suplicándoos que sin tardanza paseis en España para pelear contra este enemigo, que infiel y pérfido se levanta contra nosotros, procurando destruir nuestra ley. Venid luego y suscitad en Andalucía el celo del camino de Dios, y la defensa de la doctrina de nuestro honrado profeta, por lo cual mereceremos eterno galardon y retribucion divina, y liberal delante de Dios altísimo, que no hay fuerza ni poder sino en Dios alto y poderoso, cuya salud y divina misericordia y bendicion sea con vuestra alteza.

Esta fue la carta del rey: la que escribió en su nombre su alcatib Abu Bekir ben Gedi decia. Al rey muy poderoso, con el favor de Dios rey de los Muzlimes, defensor de la ley, príncipe de los Almoravides Abu Jacub Juzef, con çuya luz y esplendor ilustra Dios todas las partes de la tierra, y con cuya perfeccion hermosea Dios y àdorna á las criaturas y á los que seguimos una misma ley del rey excelente por la gracia de Dios, premiado con su divina misericordia, el confiado y apoyado en Dios Muhamad Aben Abed, salud á la presencia y soberanía que se establece en la fé y en respetables juramentos, y cuya verdad y seguridad es manifiesta á todo el mundo: Dios ha fortificado la ley con la fé de la unidad y concordia, y nos ha vedado seguir las torpezas y leyes contrarias á nuestra ley, y con esto ha favorecido á sus servidores con un nuevo gobierno que enseña la austeridad y gravedad de costumbres, del cual nos ha llegado cierta y verdadera fama que nos publica vuestra ínclita descendencia, vuestro valor y celo que admira el mundo. Tambien sabemos que Dios os ha llenado de su misericordia, cuyo rocío resucita y revive el celo de camino de Dios, establece la senda derecha de la justicia, y la escala del bien y de la equidad. A nuestros pueblos ha sobrevenido una calamidad, tal que hace olvidar las mas graves y lamentables pasadas, que todas ellas han quedado como atónitas y confusas con la enormidad de esta que nuevamente les ha sucedido. La causa de esto es la codicia y ambicion de un cruel enemigo, que siempre nos hace guerra á sangre y fuego, lleno su corazon de tan entrañable odio y enemistad á nuestra ley y á los que la seguimos, que ni se vé ni se conoce remedio que le temple. El poder y soberbia de este enemigo crece y se aumenta cada dia, y nosotros al mismo paso caemos de ánimo y enflaquecemos: los enemigos cristianos se au-

nan y confederan para nuestra ruina, nosotros por desgracia no concordamos ni convenimos sino en dormir todos, y mirar con indiferencia como nuestro enemigo se levanta y destruye á nuestros hermanos: ni una sola vez nos hemos aunado para ofenderle ni para la comun defensa. Dormimos en profundo letargo, y no nos dispiertan los continuos golpes de la enemiga fortuna, ni los daños y graves calamidades que trae consigo este infelice tiempo. Ahora nos ha enviado una carta llena de truenos y relámpagos, y no escasa de promesas y falsas palabras, persuadiéndonos que le cedamos fortalezas y ciudades, y que le abandonemos nuestras mezquitas para llenarlas de sus frailes, y poner sobre las altas torres sus adoradas cruces, y que se canten misas y su rekiem donde se hacia la azala; y en suma quiere echarnos de nuestras casas y poblarlas de cristianos. Dios ha formado en tí, oh rey de los Muzlimes, una posesion y reino, cuya grandeza y elevacion bendice, y te ha hecho su ministro y enviado para que con propósito virtuoso ayudes á mantener la torre de su ley, y para que con esta ocasion participes del resplandor de su divina luz. Bien tienes quien te acompañe, no te faltarán ejércitos que desean comprar el paraiso á precio de su sangre y vida que aspiran á verse en la santa guerra con sus propias armas. Si codicia de bienes temporales te mueve aquí no faltan alhombras preciosas, joyas, oro, plata y ricas preseas, deliciosos jardines y claras y abundantes fuentes de agua corriente pura y cristalina; pero si como es tu corazon solo te mueve el servicio de Dios y el grangear para la vida eterna, aquí se te presenta la ócasion mas oportuna pues nunca faltan sangrientas batallas, peleas y escaramuzas, lanzas y resplandecientes espadas que desnudas blandean los robustos brazos, y fuertes puños de los campeadores. Este paraiso y sacro bosque tiene

aquí Dios puesto para que de las sombras de las armas os traslادeis á las en que recompense vuestros merecimientos. Nos escudamos y defendemos con Dios y con sus ángeles y con vuestro poder contra estos infieles que nos hacen guerra, movidos y alentados de aquella divina palabra que dijo: matarlos que Dios les dará tormento y pena de amargura por vuestras manos, y les echará su maldicion y os dará victoria contra ellos; y dará salud liberal á los nobles pechos de los fieles. En fin Dios nos aune y congregue en la palabra de la unidad para que nos ayudemos con la misericordia que Dios nos ha dispensado con su ley para que le demos gracias por ella, y mencionemos su nombre santo, y propagando su conocimiento: la salud de Dios con su misericordia y bendicion sea con el rey de los Muzlimes defensor de la ley de Dios, y amparador de la fé.

Los nobles embajadores del rey de Sevilla entregaron sus cartas al rey Juzef ben Taxfin, y le hicieron relacion del estado miserable de las cosas de España y de las ventajas y soberbia del rey Alfonso: y leidas y entendidas las cartas y razones de los de Andalucía las mostró á los de su consejo que estaban allí con él, y á sus parientes diciéndoles: ¿que os parece de estas demandas y pretension de los andaluces? y sus parientes que por primera vez oían nombrar Cristianos como recien venidos de los desiertos le dijeron: oh amir de los Muslimes, nos parece que es muy justo y cosa conveniente que todo muslim socorra á su hermano el muslim que cree en Dios y en su profeta, y nos seria cosa vergonzosa y mal contada que tengamos un hermano vecino y de nuestra propia ley, tan cercano que no hay entre nosotros y él sino una acequia y corto estrecho de agua, y que le dejemos solo y sin amparo para que el enemigo le devore de un solo bocado; pero con todo eso, haced señor lo que os parezca mas acertado,

que el poder y soberano mando es de Dios y vuestro. Despues el rey Juzef se aconsejó aparte con su alcatib Abderaman ben Esbat andaluz de Almería, y le pidió que le dijese su parecer en este negocio, y el secretario le respondió: Señor el mandarnos es de Dios y vuestro, así que me parece escusado el daros consejo sino como humildes siervos obedeceros. Sin embargo, dijo Juzef, dime tu sentir y lo que á tí te parece: y respondió el catib: Conviene sin duda que todo muslim socorra á su hermano muslim; pero yo tengo ciertas razones que se oponen á que hagas esta pasada á España. Por tu vida dijo el rey, ¿qué razones son esas? y respondió su alcatib: oh rey de los Muslimes que Dios te fortifique, has de saber que España es como una isla cortada y rodeada de mar por todas partes sino por unos montes al oriente. De ella ocupan los muslimes una buena parte que cada dia van perdiendo, y los Cristianos tienen lo demas, es tierra estrecha y atajada de montes, y es una cárcel de los que entran en ella, pues quien allá pasa nunca suele tornar, porque se vé forzado á quedar bajo el señorío del que en ella manda; y si una vez allá pones los pies no estará despues en tu mano la vuelta. Ademas, ¿qué amistad hay entre tí y ese amir que te llama? ¿qué seguridad te ofrece ni que antiguo parentesco te obliga á socorrerle? Yo temeria que si Dios favorece los intentos del enemigo que despues el rey de Sevilla te estorbe el pasage y vuelta para Africa, que fácil cosa le seria. Así que, si te parece escríbele que no puedes pasar, y escusate de ello si no te entrega la isla verde para que pongas en ella gente de tu confianza que te asegure el paso cada y cuando quisieres. En verdad Abderaman, dijo el rey, que me has advertido una cosa de que yo no cuidaba: bien dices, vé y escríbele conforme á tu consejo, que me place. Escribió Abderaman su carta á nombre de Juzef y decia así:

En el nombre de Dios misericordioso y piadoso: del rey de los muslimes, defensor de la fé, renovador de la vocacion del rey de los Muslimes, al rey generoso confiado en la ayuda de Dios y apoyado en Dios Abulcasen Muhamad Aben Abed perpetue Dios y ajuste y comida su liberalidad con su santo temor, en lo que á su divina magestad agrada: salud de Dios con su misericordia y bendicion. Esto supuesto, llegónos vuestra carta y noble demanda, por la cual enterado de lo que en ella se contiene, llamándonos para que os ayudemos y socorramos, y os libremos de las calamidades y males que os oprimen, entendiendo la poca union y hermandad que hay entre vosotros los reyes de Andalucía, y el poco favor que os prestais, yo por mi parte seré vuestra mano derecha y os ayudaré por mi persona y gente, que es lo que en razon conviene que yo haga como Dios manda en su honrado Alcoran; pero no es posible que yo pase á Andalucía sino entregais en nuestro poder y en manos de nuestra confianza la isla verde para que el paso no se nos impida ni estorbe como y cuando fuere nuestra voluntad. Si este os parece buen consejo otorgad lo que os demando, y sin tardanza pasaré en tu ayuda, si Dios quiere. Salud cumplida.

A la vuelta de los embajadores á Sevilla vista la demanda del rey Juzef hubo diferentes pareceres, y Raxid el príncipe dijo á su padre: ¿Qué os parece señor? A mí me parece grande y no conveniente la demanda del rey de Africa, y con ella se aumenta mi temor y desconfianza. El rey Aben Abed le respondió. No es mucho, hijo mio, lo que el rey de los Muslimes pide comparado con el beneficio que de su mano recibirémos viniendo en ayuda de nuestra gente y en defensa de nuestra ley: y luego el príncipe Raxid juntó sus cadíes y otorgaron la entrega de la isla verde para el rey Juzef Aben Taxfin y para sus descendientes, sin reser-

var en ella ni en parte de ella ningun derecho el rey Aben Abed para sí ni para criatura humana por su causa. Y esta escritura autorizada se envió luego al rey Aben Taxfin, rogándole muy encarecidamente que su venida fuese sin dilacion. Estaba en aquel tiempo por gobernador en Algecira un hijo de Almutamed Aben Abed de Sevilla, llamado como ya dijimos Yezid Radila, y le envió su padre órden para que entregase aquella fortaleza á los moros de Africa enviados por el rey Juzef, y que luego que llegasen él saliese con toda su gente de la ciudad y de su tierra, como se cumplió en todo.

CAPITULO XV.

Viene el rey Juzef á España, y reúnense los amires contra Alfonso.

Luego que el rey Juzef vió otorgada la donacion de la isla se comenzó á disponer para pasar en España. Congregó sus alcaides y gente de guerra, llamándolos á Marruecos, y anunciándoles como pensaba pasar á España contra Cristianos, y en pocos dias se le juntó mucha gente y con ella partió camino de Cebta. El rey de Sevilla Almutamed Aben Abed viendo ya la ocasion en las manos, considerando el riesgo que todas sus cosas tenian, y teniendo aviso del cerco de Zaragoza, que estaba muy apurada por el rey Alfonso: sabiendo ya tambien como Juzef habia salido de Marruecos para Cebta, creyó que le convenia pasar en persona á

prevenir al rey Juzef en su favor, siempre deseoso de llevar adelante sus ambiciosas miras. Embarcóse en Sevilla con muy lucida compañía de nobles andaluces y pasó allende el mar y fue á visitar á Juzef, á quien encontró en tierra de Tanja en sitio conocido por Velila á tres jornadas de Cebta. Recibióle muy bien Juzef, y Aben Abed le habló del estado de Andalucía, y le dijo que en él consistia la libertad y seguridad de los muslimes de ella, que volase á sacarlos de sus continuos temores, y de la angustia que los oprimia y conturbaba. Le ponderó las victorias y soberbia del rey Alfonso, los sitios y correrías con que infestaba la tierra, y como ya tenia cercada y á punto de perderse la ciudad de Zaragoza, una de las principales cortes de los Arabes de España, que por presto que fuese, tal vez seria demasiado tarde para llegar á socorrerla. Le habló de los amires y de las prendas de cada uno, y de los males de la discordia y desunion, causa única de la decadencia y ruina del estado. Juzef ben Tazfin le respondió: torna luego á tu tierra, cuida de tus cosas que yo iré allá, si Dios quiere, y seré vuestro caudillo y venceremos: iré en pos de tí. Tornóse Aben Abed á España, y entró Juzef en Cebta y dispuso y apercibió lo conveniente para el pasage y expedicion; previno las naves, y allegó sus banderas y gente, y ordenadas y dispuestas las cosas cumplidamente para el gobierno de las provincias de Velad Zahara, de Alkibla, Zaba y Almagreb, y pronta la gente de aquellas tribus, mandó que pasase el ejército á España, y fue tanta la gente que pasó que solo su criador puede contarla.

Desembarcó esta infinita muchedumbre en la isla verde, y acampó en sus plazas. Pasó el mismo Juzef Aben Taxfin con Ibrahim y con una tropa de caudillos Almoravides de Lamtuna, de quienes hacia mucha cuenta, y los honraba y trataba con mucha estimacion y

agrado. Luego que entró en su nave y se puso sobre ella extendió sus manos al cielo y rogó á Dios altísimo, y dijo en su súplica: ¡ Allahuma ! si ha de ser, tú señor lo sabes, para bien de los muslimes este mi pasage aplaca y tranquiliza este mar, y si no ha de ser de provecho ponle embravecido y tempestuoso que no permita el paso: y luego en aquel punto sosegó Dios el mar y se quedó muy sereno y sosegado, y pasó su nave con extraña velocidad. Fue su pasage dia jueves en el interlunio de rabii primero del año cuatrocientos setenta y nueve, y desembarcó venturosamente en la isla verde, y rezó allí aquel dia su azala de adohar, y salió de la ciudad á recibirle con lucido acompañamiento el gobernador Aba Chalid Aradila Yecid hijo menor del rey Aben Abed, que así se lo ordenó su padre, y en la puerta de la ciudad de Algecira estaban esperando el rey Almutamed Aben Abed y todos los amires de España con muchos principales alcaides y caballeros, y aquella tarde hubo su consejo con todos ellos acerca de la expedicion. En el tiempo que allí estuvo el ejército de Juzef acampado restauró los muros de la ciudad en las partes que estaban aportillados, y levantó algunas torres que habia arruinadas y caidas, y al rededor del muro hicieron su foso, y se abasteció la fortaleza con muchas provisiones para muchos dias, y puso Juzef en ella un buen presidio de escogida gente con órden de que la guardasen siempre con mucho cuidado, y que quedasen y habitasen allí siempre. Esta fue la primera pasada del rey Juzef en España de las cuatro que á ella hizo en toda su vida, como despues veremos. El rey Aben Abed partió á Sevilla para prevenir provisiones y muchos regalos para los Almoravides que venian á su socorro, y dada órden en las cosas de Algecira marchó Juzef con su hueste hácia Sevilla. Algunos dicen que el rey Aben

1086

Abed encontró al rey Juzef á una jornada de Algecira, y al llegar delante de él hizo demostracion de apearse por cortesía para besarle las manos; pero Juzef no lo consintió, adelantándose á saludarle, y luego fueron juntos en conversacion, platicando largamente de los negocios de la guerra, y entreteniéndole con ingeniosas palabras por el camino. El ejército gozaba por el camino de buenos alojamientos y provisiones en abundancia, que todo estaba prevenido por el rey Aben Abed, y se repartian con mucho concierto conforme la calidad y nobleza de cada persona. No cesaba el rey de Sevilla de admirar la muchedumbre de escogida gente que traia el rey Juzef, y tenia por cierto desde entónces que seria muy ventura esta jornada contra el rey Alfonso.

La fama de esta venida de los moros Almoravides voló al campo y hueste del rey Alfonso que estaba sobre Zaragoza, y luego levantó el cerco pensando salir al encuentró del rey de los Muslimes. Hubo Alfonso su consejo con sus caudillos, y escribió al rey de los Cristianos Aben Radmir, maldígale Alá, y al Barbanis, que el primero tenia cercada Medina Tartuxa, y el segundo andaba en tierra de Valencia, y los dos vinieron con sus gentes en su ayuda y se juntaron con él. Asimismo envió á llamar sus gentes de Gelalikia, Castilia y Bayona, y le vino de todas estas provincias gentío innumerable; y cuando estas tropas de Infieles se juntaron con las del rey Alfonso, y los tuvo en sus manos, congregó sus caudillos y condes, y convinieron en que convenia salir al encuentro al rey Juzef Aben Taxfin, y al ejército de los Almoravides.

El rey Juzef y sus Almoravides llegaron á Medina Sevilla, y el ejército se detuvo en ella ocho dias, no solo por descansar sino tambien para prevenir lo necesario para la jornada, y los amires de Andalucía man-

daron á sus gentes que acudiesen á la hueste, camino de Badalyos, y de todas las provincias se congregaron los muslimes de España; solo se escusó el amir de Almería, porque tenia cerca de sí un frontero Cristiano que le daba cuidado. Envió el rey de Algarbe á su hermano Almostanser para prevenir provisiones por aquella tierra para los hombres y para los caballos. Y como ya estuviesen todos los amires y cabezas de las ciudades con sus banderas, se despidió la gente que parecia inútil para pelear: y luego movió la hueste de Sevilla: la delantera la conducia él mismo, y por mano de su caudillo Abu Zuleiman Daud ben Aixa con diez mil caballos Almoravides: seguian los amires de España Almutamed Muhamad Aben Abed de Sevilla, Balkin ben Habux rey de Granada, Aben Muslama señor de Almatgar la alta, Aben Dilnun Yahye señor de Valencia, Omar ben Alafxas rey de Algarbe: los walíes Ben Azun, ben Gaduu y ben Zaidun; y mandó Juzef que todos estos amires y señores fuesen en una sola hueste con sus Andaluces, y que los acaudillase Aben Abed rey de Sevilla, y el ejército de los Almoravides formaba otra hueste aparte, y así caminaban de manera que el lugar que dejaba Aben Abed por la mañana, le ocupaba á la tarde Juzef con sus Almoravides, y así continuaron sus marchas hasta que llegaron á Medina Artuxa, donde se detuvieron tres dias.

Cuéntase que antes de salir de Toledo el rey Alfonso vió en sueños una espantosa vision que le puso mucho temor, y la vió no una vez sino muchas. Pareciale pues en sueños estar á caballo sobre un elefante, y que á su lado estaba colgado en alto un atambor, y pareciale que estando allí pendiente él mismo lo tocaba y hacia prodigioso estruendo, de lo cual tomaba tanto temor y espanto que luego despertaba atónito y despavorido, y como esto no fuese sueño de una no-

che sino de varias, le pareció ser cosa considerable, y aunque sabia que los sueños por lo comun son especies vanas que proceden de diversas causas naturales que excitan la imaginacion, con todo eso pensó que muchas veces suele Dios representar estas cosas grandes á las almas en aquel estado de reposo y quietud, dando así como vislumbres de las cosas y grandes acaecimientos futuros. Así que como una noche le hubiese dispertado esta vision con mucho sobresalto y angustia, estuvo desvelado y con inquietud hasta que fue de dia, y luego que amaneció mandó llamar á sus mayores letrados y sabios de los Cristianos, obispos, clérigos y rabinos de Judíos sus vasallos, por parecerle que estos son mas dados á estas adivinanzas é interpretaciones de sueños. Venidos á su presencia el rey les hizo cumplida relacion de su ensueño, contándole con mucha proligidad y muy por su órden, y añadió: lo que en esto mas me maravilla y espanta es la extrañeza del elefante, animal que no se cria ni le hay en nuestras tierras, y además, aquel atambor que ví, no es de la forma y figura de los que usamos y hemos visto en España: todo esto me maravilla, y así mirad que puede ser esto, y que significa, y avisadme luego de ello. Los sabios se retiraron y consideraron aquella vision y ensueño, y venidos en presencia del rey, le dijeron: señor este tu ensueño y vision significa que vencerás este grande ejército que los Muslimes han juntado contra tí, y que despojarás sus reales, y te apoderarás de las riquezas que traen consigo, que ocuparás sus tierras, y volverás victorioso con muy honrada y gloriosa fama, que divulgará tu triunfo por todas partes; pues el elefante en que te parecia venir cabalgando es este rey Juzef Aben Taxfin, señor de las dilatadas tierras de Africa, el cual, así como el elefante, se ha criado en sus desiertos y ha salido de ellos para que tu le

venzas y subas sobre él, á pesar de su gran poderío, y el extraño atambor que tocabas, significa la extraña y singular fama que se esparcirá y oirá en todo el mundo de tu insigne victoria. Con atencion habia escuchado el rey aquella declaracion, y acabando de oirla les dijo: pareceme que vais muy lejos de la verdadera declaracion de mi ensueño, que me da el corazon, y cierto que no suele engañarme, anuncios que espantan y atemorizan, y diciendo esto volvió la cabeza á unos caballeros muslimes, vasallos suyos que allí en la sala estaban, y les dijo: sabeis vosotros por ventura de algun alime de vuestra nacion que entienda de interpretacion de ensueños? y le respondieron que sí, que allí en Toledo habia un sabio que enseñaba en una mezquita, que lo haria á su satisfaccion. Mandóles que le trajesen á su presencia que deseaba verle y hablar con él sobre este negocio. Fuéronle á buscar, que era el faki Muhamad ben Iza, que era natural de Magama, y le dijeron como el rey le llamaba y deseaba ver. El les preguntó si sabian para que le llamaba: ellos le dijeron lo que en el caso habian entendido, y que el rey deseaba que le declarase su ensueño, y el faki les dijo: no quiera Dios que yo pise los umbrales de un infiel para ese fin: y como le ponderasen cuanto convenia á su honor ir á la presencia de tan poderoso rey, el faki les dijo: Dios es mi señor y mi amparador, y en sus manos está el mal ó bien que puede sucederme. Los caballeros viendo su determinacion se disgustaron mucho, y para no causar desabrimiento al rey por donde al sabio viniese mal, le escusaron con el rey diciéndole: señor es un hombre humilde y faki austero, y estos tales no tienen por lícito el entrar en los palacios y casas de los grandes, y puesto que esto es una delicadeza de su ley, de su humildad religiosa, parece disculpable: así que si á V. A. parece, nosotros con

vuestra licencia contaremos al sabio el ensueño, y traeremos la declaracion que hiciere, que esperamos será verdadera. El rey fue contento de ello, y les hizo relacion de su sueño y vision, y con esto volvieron al faki Muhamad ben Iza de Magama, que estaba leyendo en la mezquita que estaba dentro de Toledo, que era almocri de ella, y le contaron por extenso la vision del rey, y le rogaron que la meditase porque era cosa grave y de mucha importancia el satisfacer al deseo del rey. El faki despues de sus meditaciones les dijo: id al rey y decidle que el cumplimiento de su vision y ensueño está muy cercano, y que significa que será vencido con torpe vencimiento y gran matanza, y que huirá con pocos de los suyos, y que la victoria será de los Muslimes, y que esta declaracion se saca del honrado Alcoran en donde dice: ¿no veis lo que hizo vuestro Dios á los del elefante, no hizo que se deshiciesen en nada y envileció sus malvadas intenciones? ¿no envió sobre ellos los pájaros de Babil? Palabras son estas, dijo el faki, que declaran la derrota y vencimiento del rey de los abexíes Abraham cuando subió con poderosa hueste contra Arabia intentando destruir la casa de Dios Alharam, para lo cual venia cabalgando en un enorme elefante, y envió Dios los pájaros de Babil, que con piedras de ardiente fuego destruyeron aquel ejército, y desbarataron los intentos vanos del rey de Etiopia, convirtiendo su pompa y soberbia en vileza y polvo; y aquel atambor que el rey dice que pendia colgado en alto y que él mismo lo tocaba, este significa que aquel dia en que se oirá el estruendo de los atambores y trompetas, será dia espantoso, horrible y de daño atroz para los Infieles. Llevaron esta declaracion al rey que demudó el color al oirla, y les dijo: pues por Dios que si ese vuestro alfaki me miente que yo le haré que sirva de escarmiento... y dicen que cuando el

alfaki oyó luego esta fiera amenaza del rey que la despreció, y dijo: ni el rey ni nadie puede ofenderme sin la voluntad de Dios.

CAPITULO XVI.

Batalla de Zalaca.

Como el rey Alfonso hubiese allegado sus gentes, que era chusma innumerable, y mas de ochenta mil caballos, de ellos los cuarenta mil eran de grave armadura, cubiertos de hierro, y los otros que parte de ellos eran Arabes, que le servian como treinta mil, eran de caballería ligera, pues venian en su campo muchos muslimes, partió al encuentro del rey Juzef, y cuando ambas huestes se acercaron y pusieron sus campos cercanos en tierra de Badalyoz, en el bosque y llanos que llaman de Zalaca, á cuatro leguas de aquella ciudad, dispuso Almutamed rey de Sevilla, que se pusiesen en dos campamentos apartados para mayor terror y espanto del enemigo, que en verdad era espectáculo que atemorizaba. Pasaba entre los Cristianos y los Muzlimes el rio de Badajoz, que llamaban Nahar-Hagir, y bebian de sus aguas ambos ejércitos. Dícese que entonces escribió el rey Juzef una carta al rey Alfonso, otros dicen que la escribió en Medina Artuxa, en que le proponia una de tres cosas, ó que se hiciese muslim dejando la fe de Cristo, ó que se hiciese su vasallo pagándole tributo cada año, ó que se dispusiese á la batalla; y le decia tambien: oido he, rey

Alfonso, que deseabas tener naves para pasar á mis tierras en busca mia, ves pues aquí que te he ahorrado de ese trabajo, y vengo en persona á buscarte en las tuyas, y Dios nos ha juntado en este campo para que veas el fin de tu presuncion y de tu deseo. Escrita y enviada esta carta, cuando llegó á manos de Alfonso contaba el enviado que luego que la leyó la arrojó al suelo muy encolerizado, y con gran saña y altanería dijo al mensagero: ve y dí á tu amir que no se oculte, que en la batalla nos veremos. Hubo despues entre los ejércitos y los caudillos muchas demandas y respuestas sobre el órden y dia de la batalla, y en esta ocasion dicen que escribió Alfonso una carta cautelosa al rey Juzef diciendole en ella, que por ser viérnes el dia siguiente y fiesta para sus muslimes, seria bien que no se diese en él la batalla, que luego el siguiente era sábado fiesta tambien para los judíos, de los cuales habia muchos en su hueste, y que no era justo que atropellasen su fiesta, que por consiguiente tampoco se debia dar la batalla en aquel dia: que despues el otro que seguía era el domingo fiesta de los Cristianos, y no convenia dar la batalla en él por la misma razon, que esperasen que llegara el lúnes, en el cual de comun acuerdo podian trabar su batalla, y pelear de poder á poder sin ningun escrúpulo. Decia esto porque pensaba engañar á los Muslimes, y dar en ellos de sobresalto cuando menos pensaran. El rey Juzef con acuerdo de los amires de Andalucía le respondió, que se hiciese como el rey Alfonso queria, y que se diese la batalla el lúnes catorce de la luna de regeb
1086 del año cuatrocientos setenta y nueve. El rey de Sevilla dijo al rey Juzef que estuviese atento y preparado para la pelea, que el enemigo era muy artero y astuto en las extratagemas y engaños de la guerra. Venida la noche del dia de regeb, repi-

tió Aben Abed sus avisos y exhortaciones para que todos estuviesen listos para la pelea, y envió espías y campeadores á caballo hácia el campo enemigo, para que anotasen sus movimientos, y anunciasen con diligencia cuanto viesen: y en esto se ocupó hasta el alba del dia algiuma, y estando Aben Abed en la azala Asohbi, que ya queria amanecer y alboreaba el dia, descubrió que venia corriendo un espía de los campeadores que andaban oteando el campo enemigo, y le dijo: Muley, ya el enemigo principia á moverse contra los Muslimes con un gentío innumerable como espesas bandas de langosta, y luego envió este aviso al rey Juzef, y dicen que en este punto consultó Aben Abed, á un su astrólogo que levantó figura, y le dijo: Muley, será este dia muy infausto si los muslimes entran en batalla, y esto no quiso Aben Abed decirlo al rey, ni á los otros amires por no atemorizarlos, ni que le tuviesen por tímido que miraba en estrellerías. El aviso de Aben Abed halló al rey Juzef en sus estancias listo y preparado para la batalla, repitiendo sus exhortaciones y que nadie habia dormido en su campo aquella noche: y envió á su caudillo Almudafar Davud ben Aixa, con gran tropa de ballesteros, y su delantera de caballería de los Almoravides que habia escogido para vanguardia. Este Davud ben Aixa era muy esforzado caballero, que no tenia par entre los Muslimes en denuedo y ánimo, y era muy ejercitado en los trances peligrosos de las batallas.

Habia el enemigo de Alá, el tirano Alfonso, dividido su ejército en dos hazes, y envió su delantera contra los Muslimes pensando tomarlos desprevenidos, y se adelantaron sus campeadores mas esforzados, y trabaron escaramuza con los de Ben Aixa que fueron poco venturosos, y se retiraron con harto mal suceso. Vueltos unos y otros á sus almafallas y ordenanza, po-

cas horas despues se comenzó á oir nueva gritería, estruendo de gente y trompetas, y mandó el rey de Sevilla á su astrólogo que hiciese observacion de nuevo, y en aquel punto la halló muy próspera y que ofrecia gloriosa victoria á los Muslimes, y luego envió este anuncio al rey Juzef en cuatro versos, que era Aben Abed excelente poeta:

Ira de Dios á la cristiana gente,
cruda matanza por tu espada envia,
el cielo anuncia el hado de victoria,
y á los Muzlimes venturoso dia.

Entonces el rey Juzef que se habia apesadumbrado mucho con el suceso de la escaramuza, se animó con esta nueva, y luego rodeó á caballo toda su gente, y se holgó de verlos en aquel punto tan ganosos de pelear. El rey Alfonso movió su delantera, y acometió contra la hueste muslímica de Juzef que acaudillaba Davud ben Aixa, y se trabó sangrienta y atroz pelea. Mantuvieron con fuerte corazon los Muslimes aquel terrible encuentro, y el enemigo de Dios los arrollaba y atropellaba con la muchedumbre de su gente, como si fuesen una creciente ú avenida, y tan juntos y trabados estaban que se herian y despedazaban con las espadas, porque ya las lanzas rotas eran inútiles. La segunda hueste del tirano Alfonso la mandaban y conducian Albar Hanis y García Aben Radmir, y estos la llevaron y dejaron caer con ímpetu sobre el campo de Aben Abed y de los otros amires de Andalucía, y los rodearon y cubrieron que no se veian unos á otros, como las sombras de la obscura noche cubren y ocultan las cosas, y los Muslimes se tuvieron por perdidos y comenzaron á retraerse, y en fin los pusieron los Cristianos en desordenada fuga hácia Badajoz. Solos man-

tenian con valor la pelea sin volver la cara los caballeros de Sevilla, que acaudillaba el animoso y valiente Aben Abed su rey, y peleaban como heridos leones rodeados de la multitud que sobre ellos solos cargaba la fuerza y peso de los mas valientes enemigos, y manifestaron aquel dia su heroico valor y bárbara constancia. Llegó aviso á Juzef ben Taxfin del rompimiento calamitoso encuentro de los Andaluces y la desordenada fuga, y como Aben Abed y Aben Aixa mantenian con sus valientes compañías el mayor tropel de la batalla, muriendo allí muchos nobles muslimes como buenos y esforzados varones: y envió á su caudillo Sir ben Abi Bekir con las cabilas alarabes de los Muslimes Zenetes, Masamudes y Gomares, y otras cabilas Berberíes que estaban en su campo de prevencion para que volasen al socorro de Daud ben Aixa su caudillo, y del esforzado rey de Sevilla Aben Abed, y el mismo Juzef se adelantó con su guardia Lamtuna y cabilas almoravides, zenetes y zanhagas, dirigiéndose á los reales y tiendas del rey Alfonso, que estaba muy ocupado y revuelto en lo mas recio de la batalla, y estaban los reales con poca guardia: acometieron á las tiendas y las entraron sin mucha resistencia, atropellando y despedazando á los caballeros que las defendian, y tambien entraron en el pabellon de Alfonso, y pusieron fuego al campo por diversas partes. El rey Alfonso andaba en lo mas ardiente de la batalla y tenia ya vencidos y desbaratados á los de Aben Aixa, y sus gentes huian llenas de confusion: cuando la caballería de Alfonso encontró á los de su campamento que venian á refugiarse á ellos, huyendo del rey de los Muslimes Juzef, que con su tropa de retaguardia á tambor batiente y banderas desplegadas los acosaban y perseguian, y los valientes Almoravides destrozaban con sus espadas á los Infieles, y sedientos de su sangre se abrevaban en

los lagos que de ella se hacian. Quemaron las tiendas de los Cristianos y cuanto habia en su campamento, y robaron su haram y sus riquezas, que aquel dia fueron pródigos, tal era su liberalidad que las derramaban como su propia sangre. Entónces revolvió Alfonso su delantera contra él en órden terrible de batalla, y sus tropas acometieron impetuosas á las del rey Juzef, y se renovó la mas reñida y sangrienta pelea entre ambos ejércitos con tanta saña y atroz matanza, que nunca se vió ni oyó semejante. Andaba el amir Juzef entre los escuadrones de los Muslimes exhortándolos á la constancia y animándolos á la pelea y camino de Dios, y les decia: ¡oh compañías de los Muslimes, ánimo! Ea, buen ánimo en esta pelea y santo Algihad que Dios ha numerado ya y disminuido á los Infieles, y el premio de vuestro martirio es el paraiso, y los que han muerto en esta pelea ya gozan en la bienaventuranza delicioso galardon y eternos premios. Y al mismo tiempo peleaba bravamente por su persona, y andaba ya sobre el tercer caballo que no esquivaba los mayores peligros. Todos los Muslimes pelearon aquel dia como deseando la corona del martirio, y asi parecia que buscaban con ansia la muerte. El rey Aben Abed y su esforzada caballería contendian peleando desesperados de vivir porque no sabian el estado de la batalla: y cuando de improviso vieron derrotados á los Cristianos, y que despedazaban y herian sus espaldas los alfanjes moriscos, dijo Aben Abed á los suyos: ea amigos, á ellos que Dios los ha contado: y apretaron contra los Cristianos con nuevo esfuerzo, y siguieron acaudillados por Sir ben Abi Bekir, y con los que le seguian de las tribus alarabes de zenetes, masamudes y gomares, que renovaron la batalla y acabaron la derrota de las huestes cristianas, y se recobró la gente que habia huido con desórden al principio de la batalla, y

se habia refugiado hácia Badajoz, que todos estos cuando entendieron que Amir Juzef ben Taxfin habia vencido y llevaba atropellados á los Infieles, unos tras otros, y taifa tras taifa, volvieron al campo de batalla y renovaron la sangrienta lid contra Alfonso, hasta que de todo punto quedó vencido, pero no cesó la horrible matanza hasta puesto el sol.

Cuando el enemigo Alfonso vió llegada la noche y que todo su ejército estaba destruido, muertos sus mas esforzados campeadores, considerando el valor de los Muzlimes Almoravides; y la íntima union de los Muzlimes en sus guerras sacras, conoció que no le quedaba otro remedio que la fuga, y que no debia ni le convenia probar otra vez la infausta suerte de la batalla: así que desesperado sin camino ni vereda cierta, huyó delante de los Muzlimes con quinientos caballeros, sin dejarlos de perseguir los vencedores Almoravides espada en mano (1), hiriéndolos por los montes y por los valles, y en todas partes espigaban como las palomas espigan los granos, hasta tanto que se les entrepuso la noche con su negro y tenebroso velo. Aquella noche pasaron los Muzlimes sobre los destrozados cadáveres de los cristianos, y despojaron y cautivaron y amontonaron los despojos y armas de los vencidos, cantando alabanzas á Dios por su favor y amparo, y así estuvieron hasta la hora del alba, y la azala de Asohbi se hizo enmedio del campo de batalla.

Fue esta de las mas crueles y horribles matanzas, y la mas estupenda que Dios ha hecho en sus enemigos: en ella murieron los mas nobles señores de los Infieles, sus defensores y auxiliares mas esforzados, sin

(1) Dice Muhamad Abdelaziz que era de la casa de Aben Abed, que un negro esclavo del rey Juzef hirió con su gambea al rey Alfonso en un muslo, y que el mismo rey decia: me ha herido con una hoz.

salvarse de ellos sino el tirano Alfonso con una corta compañía de caballeros que pudieron apenas huir por la ligereza de sus caballos, de los cuales murieron despues muchos de sus heridas, tanto que entró el rey Alfonso con cuatrocientos caballeros en Toledo, y algunos ciento de su familia y propia guardia: fue este venturoso y feliz dia viérnes (1) catorce de rejeb del año cuatrocientos setenta y nueve.

1086.

En él anticipó Dios los premios de la fé y del martirio, como á tres mil Muzlimes, y mandó amir Amuminin cortar las cabezas á los cadáveres de los cristianos, se allegaron á su presencia en montones como torres, y cuenta el faki Abu Yahye que oyó á muchos Muzlimes que se hallaron presentes á esta gloriosa batalla, que se juntaron tantas cabezas de los cristianos muertos, que amontonadas al rededor de la mas larga lanza que habia en el real incada en el suelo la cubrian y sobrepujaban, y tambien escribe Abu Meruan que se halló en esta batalla, que contándose las cabezas por curiosidad delante de Aben Abed rey de Sevilla, se contaron hasta veinte y cuatro mil cabezas; pero Abdel Halim refiere, cosa que parece increible, que el rey Juzef envió de aquellas cabezas diez mil á Sevilla, diez mil á Córdoba, diez mil á Valencia, y otras tantas á Zaragoza y Murcia, y que envió á Africa cuarenta mil cabezas, que se repartieron por las ciudades para que las gentes las vieran, y dieran gracias á Dios por el favor grande que les habia hecho, amparándoles y concediéndoles tan importante y famosa victoria, y añade que sería el número y suma de los Infieles, á buena cuenta, ochenta mil caballos y cien mil peones, y de estós los mas perecieron sin escapar sino muy pocos, y Alfonso con cien caballeros, que con tan estupenda victoria humilló Dios la soberbia de los Infieles en Es-

(1) Abdelkalim dice en la segunda decada de rageb.

paña, tanto que no pudieron levantar cabeza en casi setenta años.

En este dia se apellidó Juzef ben Taxfin amir amuslimin, que antes no fue así llamado, pues por su mano ostentó el señor triunfante el Islam, y dió esfuerzo á su pueblo, y escribió Juzef esta señalada victoria á la otra vanda, y á Temim el Man señor de Almedina, y se publicó y divulgó la venturosa nueva con mucha alegría en todas las tierras de Africa, Almagreb y España, y cundió la fama á todas tierras de Muzlimes, y las gentes acrecentaron su fervor, caridad y celo, y dieron gracias á Dios por tan singulares beneficios. La carta de lo acaecido en este dia que envió á la otra vanda el amir Juzef decia.

CAPITULO XVII.

Relacion de la victoria de Zalaca enviada por Juzef á la otra vanda, y por Aben Abed á Sevilla.

Supuesta la loa á Dios Altísimo, celoso defensor de su ley: las bendiciones y engrandecimientos de felicidad, y perfeccion á nuestro señor Muhamad su excelente enviado, la mas noble y honrada criatura etc. Al enemigo de Dios y tirano, maldígale Alá: luego que nos acercamos á su campo y concertamos lo que convenia, le anunciamos nuestra determinacion, y le hicimos nuestra propuesta dándole á escoger una de tres cosas, el Islam, el tributo, ó la guerra, y él prefirió la guerra. Habiamos nosotros convenido en que la bata-

lla se diese el dia lúnes doce de la luna de regeb, y nos dijo: el viérnes es fiesta de los Muzlimes, el sábado de los Judios, y en ambos nuestros ejércitos hày muchos: el domingo es nuestra fiesta. Convenimos pues en el dia; pero este tirano y sus gentes no guardaron (como acostumbran) sus palabras y conciertos, cosa que nos acrecentó el furor y justa saña para la pelea, y desconfiando de ellos les pusimos campeadores y espías que oteasen sus movimientos y nos avisasen de su estado. A la hora del alba del dia viérnes doce de regeb dicho, nos vino nueva de como el enemigo ya movia su campo contra nosotros, y se prevenia para su ruina. Entonces se adelantaron á salir contra ellos los Muzlimes mas valientes, y les principiaron á causar desmayo antes de desmayo, y comenzaron á numerarlos antes de numeracion, y voló el ejército Muzlim contra su ejército como las águilas sobre su presa, y con su caballería los pararon con acometimiento de bravos leones. Movimos nuestras insignias de felicidad y de victoria y de ínclito martirio, y vieron atemorizados y llenos de espanto la hueste Lamtuna acometer contra Alfonso; y cuando los cristianos miraron sobre sí nuestras banderas de fé y de victoria, y la caballería gloriosa nuestra vencedora los deslumbró con desmayo al rayo del espanto y de la turbacion, y los asombró la nube tempestuosa de nuestras lanzas, y cayeron en las hoyas que sus feroces caballos cavaban al trueno estruendoso de los atambores. En este lazo cayeron los cristianos y su tirano Alfonso, que trataba de engañar con sus estratagemas á los Muzlimes; pero los Almoravides esforzados les acometieron á las claras. El alto torbellino del viento impetuoso de la batalla, y las espadas montando en sangre, que las lanzas con penetrantes botes sacaban de las profundas heridas que abrian, formaban copiosos rios de sangre, y sobre ella

se abrian paso en nombre de Alá poderoso y excelso defensor, y cada uno de los valientes campeadores ofrecia al de Afranch y al maldito Alfonso copiosos raudales que les podian servir para hartarse de sangre y nadar en ella los cuatrocientos caballeros que de ochenta mil y de cien mil peones le quedaron, gentío que trajo Dios á la Almara para molerlos y esprimirlos, y quiso Dios librar á unos pocos malditos en un monte para que desde allí viesen su calamidad. ¡Oh mal espectáculo! y buena prueba de paciencia y de indignacion rabiosa y desesperacion irremediable por ser imposible la venganza, sin quedar mas que el vano recurso y miserable del Guaí de Alfonso, que no halló mas remedio en su desventura que ocultarse en las tinieblas de la obscura y atezada noche. El amir de los Muzlimes, el defensor de la santa guerra, el numerador y destruidor de los ejércitos enemigos dadas gracias á Dios con bendita seguridad acampaba sobre el carro del triunfo y de las victorias y á la sombra de las vencedoras banderas insignias del amparo y de la gloria. Ya los caudalosos rios, el Nilo de las alguaras arrebata impetuoso sus edificios y fortalezas, tala sus campos, y encadena sus cautivos, y mira esto con ojos de complacencia y de alegría, y Alfonso lleno de rabia con desmayados y tristes y vestiginosos ojos. De los amires de España solo Aben Abed rey de Sevilla no volvió la cara al temor de la cruel matanza, y se mantuvo peleando como el mas esforzado y valiente campeador, como el principal caudillo de los Muzlimes, y salió de la batalla con una leve herida en un lado para gloriosa reliquia de la estupenda accion en que la recibió. Alfonso amparado de las sombras de la obscura noche se salvó huyendo sin camino cierto ni direccion, y sin dar sus tristes ojos al sueño, y de los quinientos caballeros que con él escaparon los cuatrocientos perecieron en el camino, y

no entró en Toledo sino con ciento. Gracias á Dios por todo esto.

Fue este singular favor y gloriosa victoria de Zalaca
1086 dia viérnes doce de regeb del año cuatrocientos setenta y nueve, correspondiente al dia veinte y tres del mes de octubre agemi. Alebata y Aben Gembur y otros buenos poetas celebraron en elegantes versos esta victoria, y en verdad que aquel dia no se portaron bien los amires de España, y solo Aben Abed fue de ellos el que mereció alabanza y eterno nombre; y lo mismo los caballeros Sevillanos que acaudillaba, pues él y los de su compañía hicieron proezas admirables. Algunos dicen que Aben Abed sacó seis gloriosas heridas, y él mismo hace memoria de ésto en unos versos que escribió poco despues á su hijo Raxid; y asímismo cuentan que aquel dia á puestas del sol en tanto que Juzef y los Almoravides seguian el alcance á los fugitivos cristianos, que el rey de Sevilla se quedó en su pabellon por causa de sus heridas, y con el contento y gusto de la victoria tomó un papel estrecho de un dedo y escribió en él el suceso de la batalla á su hijo Raxid que estaba en Sevilla con estas breves palabras: á mi hijo Raxid que Dios le haga cumplido de su gracia. Se encontraron los ejércitos muzlimicos con el soberbio Alfonso, y Dios ha dado la victoria á los Muzlimes venciendo por sus manos á los infieles, gracias á Dios por ello, que es el sustentador de todas las cosas: haz saber esta nueva á todos los fieles que contigo están. Salud. Luego cerró esta cédula y la ató debajo del ala de una paloma que habia traido consigo desde Sevilla para este fin, y sirvió de mensagero de esta gloriosa nueva.

Dice Yahye que estaban en Sevilla con harto cuidado y suspensos, deseando saber el suceso de las gentes, cuando vieron venir el mismo dia la paloma al al-

cázar de Aben Abed, tomáronla y quitaron la cedulilla que traía en el ala, y fue leida á todo el pueblo en la mezquita mayor, y toda la ciudad se llenó de alegría y comenzaron á hacer gran fiesta y regocijo y dieron gracias á Dios, y á pocos dias llegaron relaciones mas por estenso, y el mismo Aben Abed escribió á Sevilla, y asímismo Metuakil ben Alaftas, y Almudafar, y Abdala rey de Granada y los demas amires cada uno á los suyos enviaron relaciones y cartas de la victoria que se divulgó en breve por todas partes.

La carta de Aben Abed decia: la alabanza á Dios:
1086 Venido el dia doce de regeb del año cuatrocientos setenta y nueve manifestó Dios un decreto de su eterna voluntad, escrito con caractéres resplandecientes de divino fuego en la tabla de los hados. Este decreto nos abrió las puertas para que saliésemos de angustias y tribulaciones, y por donde entremos en nuevas venturas y felicidades. Concediónos el misericordioso, el liberal, el aceptador de la contricion, el perdonador de los pecados que encontrásemos al arrogante enemigo: principió con engaño y falsía á ofendernos, y cayó en el mismo lazo que nos armaba; destinacion divina de la eterna justicia: y su precipitada falsía nos fue presagio de felicidad y de ventura: aura de victoria y de felicidad lleno de suave fragancia fue para nosotros su engaño, que no puede disipar ni oscurecer la falsía. Nuestros Muzlimes preparan sus armas resplandecientes como estrellas, encubiertan sus caballos con cobertores de seda, y esperan con impaciencia la venida del dia en que se mezclarán y envolverán con sus enemigos, sedientos de abrevarse en lagos de enemiga sangre. Llegó al fin la aurora de la felicidad que nos hizo venturosos, apareció llamándonos desde las alturas de la salud y como que nos escitaba y decia, amaneció, amaneció, y de aquí á poco saldrá el

sol, sus resplandecientes rayos abrasarán á los infieles que no hay sombra ni amparo que los cubra ó defienda del resplandeciente fuego de este dia. No alboreó jamás aurora mas brillante para los Muzlimes; ordenáronse las haces, los caudillos y valientes comenzaron á ponerse bien, y ajustamos los cabos de las tocas de los turbantes, no sin algun movimiento y sobresalto del corazon; hicimos nuestra breve profesion de fé, y en aquel punto resplandeció la tierra y tembló debajo de nuestros pies al resplandor de la victoria, que fue dada por Dios al ejército suyo; amparo divino que no puede esplicar humana lengua ni cabe en entendimiento criado. En los primeros encuentros hubo un asomo de vencimiento y perdicion de los Muzlimes, que el ímpetu de la muchedumbre enemiga los arrebató como impetuosa avenida de corriente rio, y entonces muchos nobles Muzlimes perecieron al furor enemigo, mas despues de este terrible trance hizo Dios que la victoria descendiese sobre nuestras banderas, y los filos de las espadas muzlímicas segaron copiosas mies de gargantas infieles. Anunció Dios la victoria, prometió buena suerte, y Dios no es vano prometedor, y cumplió bien cabal la promesa. Considerad esta felicidad, alegraos con ella como nosotros y dad gracias al vencedor, que ninguno es vencedor sino Dios, ni hay fuerza ni poder sino en él, y decir: gracias sean dadas á Dios criador y sustentador de todas las cosas, por la felicidad en que amanecemos y anochecemos.

Esta batalla de Zalaca fue la mas próspera y venturosa que alcanzaron los Muzlimes desde la batalla de Yarmuz y el dia de Cadisia, y la batalla de Zalaca ó resbaladero fue ocasion de la firmeza del Islam en Andalucía, y donde antes resbalaban los pies y se deslizaban en el camino de Dios, se afirmaron y volvieron sobre sí del deleznable estado que antes tenian.

CAPITULO XVIII.

Vuelta de Juzef á Africa. Correrías de los Almoravides, y de Aben Abed. Toma de Huesca por los Cristianos, despues de la victoria de Alcoraza. Segunda venida de Juzef.

Cuentan que pocos dias despues de esta victoria en tanto que se repartian los despojos que allí se ganaron, así de ropas como de armas, espadas doradas, ricos tahalies, lanzas preciosas tachonadas de marfil y plata y otras cosas, vino al campo nueva de Africa de como habia muerto en Marruecos Abu Bekin Seir, hijo del rey Juzef que habia quedado gravemente enfermo. Por esta causa el amir se entristeció mucho, y se templó entre los Muzlimes la grande alegría de la victoria. Así pues, sin dilacion dispuso su vuelta para Africa, que sino fuera por este acaecimiento no se tornára. Dió el mando de sus Almoravides para continuar en España á su caudillo Syr ben Abi Becir, y luego partió para Africa, se embarcó y pasó á Marruecos, don-
1087 de se estuvo hasta el año cuatrocientos ochenta.

El ejército de los Almoravides corrió las fronteras de Galicia, recobrando pueblos y fortalezas que habian tomado los Cristianos, y los acompañaba el rey de Badajoz Aben Alaftas. Syr ben Bekir el mas astuto de los Almoravides, y de quien mas fiaba su señor Juzef Aben Taxfin observaba la disposicion de la tierra y el estado de los pueblos y fortalezas, y en esto pasó hasta el

año cuatrocientos ochenta. El rey de Sevilla Aben Abed que entendia mejor que los otros lo que pedia la ocasion trató de aprovecharla en su favor, y con un campo volante de caballería entró corriendo la tierra de Toledo. y ocupó pueblos y fortalezas que por su causa y alianzas tenia el rey Alfonso; así cobró las fortalezas de Uklís, Huebte, Cuenca, Conseura y otras. Dió vuelta á tierra de Murcia y en lo de Lorca le salieron al paso ciertas compañías de caballeros Cristianos que pelearon con él y le desbarataron con harta pérdida, y éstos eran los alcaides fronteros que por allí tenia el tirano Alfonso. Refugióse Aben Abed á Lorca, en donde le recibió bien su gobernador Muhamad ben Lebun, hijo de Isá que tenia por él aquella ciudad, y habia servido y peleado como bueno en la batalla de Zalaca. Allí estaba con él su esforzado amigo Husein Aben Zerag, el que reprendió á Abu Becar ben Alcabotorna, porque siendo muy valiente caballero se detuvo en Badajoz durante la batalla de Zalaca. Hizo poco efecto en tierra de Murcia la entrada de Aben Abed en esta ocasion, porque los Cristianos se habian apoderado de la fortaleza de Alid á doce millas (1) de Lorca, que es fuerte á maravilla puesta en una peña tajada y sobre un alto y escarpado monte, y cuando el rey Alfonso lo supo mandó ir á ella muchos ballesteros y la flor de sus campeadores para que mantuviesen y corriesen la tierra, talando los campos, robando los ganados y quemando los pueblos, y cautivando y matando á los infelices moradores. Las algaras que desde allí hacian eran mas terribles que las tronadoras tempestades, y por toda la tierra de Murcia llevaban la desolacion y estragos, sangre y fuego que todo lo destruian.

1087 En fin de la luna de rabii postrera del año cuatrocientos ochenta salió el rey Juzef de

(1) Camino de medio dia, dice Yahye.

Marruecos, y recorrió y visitó la tierra de Almagreb, informándose del estado de las ciudades y de su gobierno, y oía las quejas de sus vasallos y cuanto convenia á la administracion de justicia y buena policia. En tanto que en esto se ocupaba, sus Almoravides continuaban sus algaras en tierra de Galicia, y hacian cautivos, y tomaban pueblos y fortalezas.

El rey de Zaragoza Almustain bila Abu Giafar cuando creía descansar, y que los Cristianos escarmentados en Zalaca le dejarian gozar de la felicidad de aquella victoria se vió acometido de muchedumbre de infieles que acaudillaba el tirano Aben Radmir. Salió contra él con cuanta gente pudo allegar que serian veinte mil hombres entre caballeros y peones, gente muy esforzada y robusta, columnas del islam. Encontráronse estas tropas con las del tirano Aben Radmir que eran igual número entre caballos y peones. Fue el encuentro de estas dos huestes, decia Ben Hudeil, cerca de Medina Huesca, fronteras de España oriental, fortifiquelas Dios y amparelas. Estaban ambos ejércitos muy confiados cada uno en su poder y en el valor y destreza de sus caudillos, hijos de la guerra, leones embravecidos. Presentáronse la batalla, y al principio de ella dijo Aben Radmir, destrúyale Dios, á sus principales campeadores: vosotros me habeis de decir quién de los valientes Muzlimes, que conoceis como nos conocemos asiste y se presenta en la lid, y quién de ellos buscado y llamado se oculta ó falta: y luego dijo á otros nombrando á siete por sus nombres, fulano y fulano atenderán en nuestra hueste á los valientes que en esta batalla se distingan, y si los conocidos por sus proezas se portan en esta ocasion como les corresponde, y hacen lo que deben á su nobleza: y de estos nombró ciento muy esforzados, y les dijo: ea, mis amigos, señalemos con piedra blanca este dia; ánimo y á ellos. En

este punto se trabaron las dos contrarias huestes con igual denuedo y valor, y fue la batalla muy reñida y sangrienta, que ninguno tornó la cara á la espantosa muerte, ni queria ceder ni perder su puesto ni fila, y mucho menos el campo, cada uno queria que su caudillo le viese peleando como bravo leon, hasta que fatigados ambos ejércitos que no podian menear las armas suspendieron la cruel matanza á la hora de Alazar. Estuvieronse mirando unos á otros como una hora, y luego haciendo señal ellos con sus bocines y trompetas, y nosotros con nuestros atambores se trabó con nuevo ímpetu la porfiada y sangrienta lid: acometieron los Cristianos con tal pujanza que de tropel entraron dividiendo nuestra hueste, y así hendida aquella fortaleza que se mantenia, se siguió la confusion y desordenada fuga, y la espada del vencedor se cebó en las gargantas muzlímicas hasta la venida de la noche, y el rey Almostain el Zaguir Aben Hud y los suyos, se acogieron á la ciudad de Huesca.

Luego los Cristianos cercaron la ciudad y la combatian con máquinas é ingenios, y los valientes Muzlimes salian y daban rebatos, y se los destruian, y en uno de estos fue herido y muerto de saeta Aben Radmir el rey de los Cristianos; pero no por eso levantaron el sitio, antes bien con nuevas tropas vinieron á la conquista. Estaban los Muzlimes muy apurados, y como Almustain hubiese logrado salir de la ciudad allegó muchas gentes, y pidió auxilio á los amires de Albarrazin, y de Játiva y Denía, que luego fueron en su ayuda. Con la fama de la venida de este socorro los Cristianos levantaron su campo de Huesca, y salieron con poderosa hueste al encuentro de los Muzlimes. Fue el encuentro en cercanías de la fortaleza de Alcoraza, acometiéronse con grande ánimo, y la pelea fue muy reñida y sangrienta, que duró hasta la venida de la noche:

en ella los Muzlimes recibieron grave daño, y muchos principales, así que como fuesen gentes diversas culpando los unos á los otros del suceso, no quisieron esperar al dia siguiente la suerte de nuevo combate, y unos por una parte y otros por otra se retiraron aquella noche, dejando muchos muertos y heridos en montes y valles para agradable pasto de las fieras, y de las carnívoras aves. El rey Almostain se retiró á Zaragoza perdiendo la esperanza de mantener aquella ciudad, y pocos meses despues se entregó Huesca á los Cristianos por avenencia.

El rey de Sevilla disgustado de la jornada de Murcia se retiró á Córdoba, y de allí pasó á Sevilla viendo que estorbaban sus empresas los diferentes intereses de los amires de Andalucía y caudillos de Lamtuna, y que él solo con sus fuerzas no podia atender á la guerra que por varias partes se le ofrecia, y deseoso de servirse á discrecion de los Almoravides, envió sus cartas al rey Juzef ben Taxfin, avisándole de las entradas y correrías que los Cristianos hacian en tierras de Muzlimes, así en la parte oriental, como en el medio dia de España, en especial le hablaba de las algaras del Cambitur (1), príncipe cristiano que infestaba las fronteras de Valencia. Deciale que sus Almoravides no eran acaudillados ni conducidos como y á donde convenia, que si sus cuidados y ocupaciones grandes en Africa no permitian volver por su persona á España, que él partiria á recibir sus órdenes, saber sus intenciones, y aprovechar acá sus fuerzas y la fortuna de sus vencedoras banderas. Sin aguardar respuesta á sus cartas pasó Almutamed Aben Abed á Africa, esperando que Juzef le diese la soberanía y acaudillamiento de sus Almoravides, creyéndole muy ocupado en Almagreb. Pa-

(1) El Cid Campeador.

só pues el mar y encontró al amir Juzef en la Maamura de la boca de Wadi Selua, recibióle muy bien Juzef con mucha afabilidad, y despues de sus cortesías le preguntó, qué causa tan grande le habia traido á Africa, pues bastaria una carta suya para persuadirle cualquiera cosa. Aben Abed le respondió: que lo principal que le habia movido á pasar en Africa era por visitarle, que en eso tenia mucha satisfaccion y ganaba y merecia con él, y tambien por persuadirle la necesidad de hacer la guerra á los Cristianos, y perfeccionar el amparo y defensa de la ley, que tan venturosamente habia comenzado por sus invictas manos: que aunque en verdad bastaria una carta para mover á esto su generoso corazon; pero que habia querido venir en persona él mismo, y tener este mérito, y por informarle principalmente de lo que parece mas necesario y conveniente al estado de los Muzlimes en España, y que no se malograsen los frutos de su gloriosa espedicion. Le habló de lo poco que habian adelantado los Almoravides en Algarbe, por estar conducidos por caudillos mas valientes que de esperiencia y conocimiento: le dijo los daños que hacian los Cristianos que estaban en la fortaleza de Alid, y le habló mucho de los diversos intereses de varios amires y caudillos de Andalucía, sin olvidar lo de la batalla de Huesca, y como por falta de auxilio y de union se perderia aquella tierra. Esperaba Aben Abed otra cosa; pero el amir Juzef salió al encuentro á sus razones, y le consoló de las desgracias y pesadumbres que en su corazon no sentia, y le prometió que sin tardanza pasaria á España, y remediaria el estado de los males que le afligian, y trataria de arrancar de raiz la causa de la opresion que á los Muzlimes angustiaba, y con esto le despidió, y se vino Aben Abed á España bien asegurado de que el rey Juzef vendria luego á ella.

Así fue que pasó en pos de Aben Abed de Alcázar Mogez á la Isla verde, y cuando esto supo Aben Abed volvió á recibirle á ella como la vez primera, mandando llevar grandes provisiones y regalos para hospedarle y muchas acémilas, y mil camellos cargados todo con la mayor magnificencia y aparato que le fue posible. Luego que desembarcó el amir Juzef escribió y despachó sus cartas á todos los amires de España, para que se viniesen á juntar con él para la sacra guerra, dándoles por punto de reunion los campos de la fortaleza de Alid, en comarcas de Lorca, y sin mas detenerse comenzó á marchar en la luna de rabii primera

1088 del año cuatrocientos ochenta y uno, y dice Yahye, que llegó por Málaga con su ejército y la gente de Aben Abed de Sevilla, y de Málaga salió el señor de ella que era entonces Temim hijo de Balkin, hermano del rey de Granada: y despues le alcanzó y siguió con su campo Almudafar Abdala ben Balkin rey de Granada: tambien llegó con buena compañía Almutasim ben Samida rey de Almería, grande amigo de Aben Abed, y este venia vestido de albornoz negro, al estilo del amir Juzef y de los Almoravides, cosa que dió ocasion á que le motejase festivamente su amigo Aben Abed, y que le tratase de cuervo entre palomas, porque los caballeros de Almería vestian de color blanco: asimismo llegaron los walíes y cabezas de las ciudades de Vaza, Jaen y de Lorca; el esforzado Muhamad ben Lebun ben Izá y otros. De Murcia vino Abdelaziz Aben Rasih, uno de los principales señores de España, que tenia la ciudad de Murcia por Aben Abed; pero que la gozaba como soberano sin acudirle con tributos ni rentas. Asentaron su campo delante de la fortaleza, en la cual habia doce mil peones y mil caballeros, gente muy esforzada que hacian frecuentes salidas y rebatos contra el campo de los

Muzlimes, que los rechazaban con mucho valor, y los obligaban á encerrarse muy escarmentados. Combatian los Muzlimes la fortaleza con todo género de máquinas y de ingenios; pero la fortaleza natural del castillo era tanta que hacian muy poco efecto, y el fuerte se mantenia sin esperanza de tomarle. Trabajábase con toda diligencia en el cerco, y lo guardaban los amires de Andalucía por su órden cada uno en su dia, y esto duró algunos meses, y recelando que vendria socorro del rey Alfonso daban todos gran prisa en los combates.

CAPITULO XIX.

Desavenencia entre los Muzlimes, y marcha de Juzef á Africa por temor de Alfonso. Vuelve á España, llega á Toledo, y va á Córdoba. Los Almoravides dominan en España.

Parecióle al rey Juzef y Aben Abed que seria mas acertado correr la tierra, y hacer entradas en las fronteras de los Cristianos, hubieron su consejo, y hubo diferentes pareceres. Abdelaziz Aben Rasih no queria que se apartasen de allí, ni se suspendiese el cerco hasta entrar la fortaleza, y lo mismo decia Almutasim de Almería y Lebun de Lorca, y otros caudillos: por el contrario parecer estaba Aben Abed y Abdala ben Balkin de Granada, que decian que lo mas conveniente era no perder tiempo, que se levantase el campo de Alid, y dejasen salir á los cercados, que mas fácil era vencerlos en campo, que no era gente que se estaria encerrada; que detenidos delante de aquella fortaleza

inaccesible se perdia el tiempo, y se daba lugar á los Cristianos á repararse de sus pasadas pérdidas, y todo se aventuraba. La discordia de opiniones fue tomando calor. Aben Abed trató de ingrato á Abdelaziz ben Rasih, y de que su opinion procedia de inteligencias con Alfonso, y Abdelaziz jóven ardiente puso mano á la espada para herir á Aben Abed, y el rey Juzef mandó que le prendiesen, y el mismo Aben Abed le prendió allí delante del rey Juzef, y fue encargado de guardarle y le puso en prisiones.

Las gentes del señor de Murcia cuando vieron lo que pasaba se amotinaron y con mucha diligencia recogieron sus tiendas y aparato de guerra, y se marcharon del campo, y no fue posible persuadirles que permaneciesen, porque sus caudillos se tuvieron por muy ofendidos: así que, no desistieron de su propósito, acantonáronse en los confines de aquella tierra, y no dejaban pasar las provisiones ni la gente que iba al real de los Muzlimes, que estaban en el campo de Alid, antes bien todo lo detenian y robaban, de donde vino á sentirse hambre y desercion en el ejército. Cuando Alfonso entendió lo que pasaba luego con un campo volante de escogida caballería partió hácia Alid, y de todas partes mandó que se moviesen gentes sin cuento, y fuesen á tierra de Murcia, y mientras Alfonso se acercaba, Juzef habido consejo se fue retirando hácia confines de Lorca (1) y tierra de Almería, y por allí se embarcó y pasó á la otra banda, no osando esperar á Alfonso que llegó con su gente sobre Alid, y poco antes levantó su campo el rey Aben Abed, y se retiró á lo de Lorca para observar á los enemigos. Los demas amires partieron á sus tierras cada uno por su

(1) Dice Yahye, que se detuvo en Tiriasa, lugar ameno y de muchas fuentes.

parte. Desembarazó Alfonso el castillo, y le desmanteló porque veía que rodeado de las tierras de los Muzlimes no se podia conservar, y ademas necesitaba de mucha gente para mantenerle, sacó de allí su gente hambrienta, miserables rebuscos despreciados en la vendimia de la muerte, y caminó á Toledo, y Aben Abed que le observaba luego entró en la fortaleza de Alid, que tanto habia dado que hacer á los Muzlimes. Tenia en su defensa cuando le cercó Juzef Aben Taxfin doce mil Cristianos muy valientes, y mil caballos con siervos y familia, de los cuales muy pocos se libraron de morir de hambre, ó por la espada en rebatos, salidas y desafios, que apenas sacó de allí Alfonso cien caballeros: esto fue en cuatrocientos ochenta y tres.

1090 Las continuas hostilidades que los Cristianos hacian á los Muzlimes, y las cartas de Sir ben Bekir caudillo de los Almoravides, movieron al rey Juzef á pasar tercera vez en España. No vino ahora llamado de los reyes de Andalucía, antes venia lleno de enojo contra ellos y de nuevas intenciones, y con pretexto de venganza le traia la ambicion, y la codicia de apoderarse de los reinos de España: y no habia sido tanta su prudencia y disimulacion que ya antes no hubiese dado algunos indicios de lo que en su corazon fraguaba. Notaron esto algunos de los príncipes andaluces, y principió cada uno á mirar por sí, con la mayor diligencia y recato que podia. El primero que echó de ver la novedad y retiramiento del ánimo de Juzef, fue Abdala ben Balkin rey de Granada, y conocido esto del caudillo de los Almoravides escribió á su señor, y fue ocasion de que viniese Juzef tercera vez con pretexto de la sacra guerra. Allegó grandes huestes de las tribus de los Muzlimes, Zenetes, Mazamudes, Gomares y Gazules, y con ellos desembarcó en Algezira Al-

hadra con mucha felicidad: y en esta Algazia conforme á los consejos de sus caudillos pasó en seguidas marchas á las fronteras de Toledo, y encerró al rey Alfonso en aquella ciudad, restitúyala Dios al Islam. El ejército de los Almoravides estragó las comarcas, taló sus campos, arrasó sus huertas y poblaciones, matando y cautivando gentes sin cuento. Y en esta jornada no le vino en ayuda ninguno de los príncipes andaluces, que ya iban conociendo lo que pesaba la espada de Juzef Taxfin, que al paso que destruía á los Cristianos amenazaba tambien á sus cabezas, imaginando contra ellos, y maquinando engaños y traiciones. Manifestó que no le desagradaba este procedimiento de los amires de Andalucía, que así le daban ocasion para tenerse por ofendido de ellos. Sin detenerse mucho en tierra de Toledo partió con su campo hácia Granada, y entró en la ciudad y posó en su alcázar, hospedándole en él y recibiéndole con muestras de mucha confianza el rey Abdala ben Balkin ben Badis, aunque estaba su corazon bien lleno de recelos de aquella visita hecha con tanto estruendo y aparato de gentes. Sabia el rey Juzef por relacion de su caudillo Sir ben Bekir que este Abdala sospechando de sus intenciones habia hecho tratos secretos con el rey Alfonso, favorecia sus empresas y le tenia por amigo y le enviaba sus órdenes y tratos de su tierra, y que se ocupaba con mucha diligencia en fortificar sus fronteras, y por él se dijo entonces aquella copla:

Tal hay que sirve de mula Para voltear la rueda,
Y con su sangre ha de untarla, O cual gusano de seda,
Su cárcel propia se labra En donde encerrado muera.

Dícese que antes que llegara Juzef habia pensado resistirse y cerrar las puertas de su ciudad; pero Abu

Yahye cuenta que disimuló y le salió á recibir y le llevó á su alcázar. Otros dicen que desconfió abiertamente de él y le cerró las puertas, y que Juzef le cercó y ajustaron sus conciertos, y con pacto de seguridad entró en Granada, y el mismo Abdala ben Balkin sosegó á los de la ciudad que estaban alborotados y dispuestos á pelear, defendiéndose hasta la muerte; pero ya fuese lo primero ya lo segundo despues de dos meses que allí estuvo apoderado de la ciudad prendió al rey Abdala, y le envió encadenado á Agmat de Africa cerca de Marruecos, enviándole con su harem y familia. Durante el tiempo que se detuvo en Granada disponiendo el gobierno de aquella ciudad y de aquel reino llegaron á Granada enviados de los reyes de Sevilla y de Badajoz para darle enhorabuena de aquel nuevo señorío, porque se publicó que Abdala lo cedia por ciertas tierras y posesiones en Africa; pero Juzef no los quiso recibir ni dió lugar á que le hablasen, de manera que se volvieron llenos de pesar y corridos de este desprecio. Almoatesim rey de Almería envió en esta ocasion á su hijo Oveidala Izeldola Abu Meruan para que le diese el parabien, y Juzef con varios pretextos le detuvo (1) en su compañía como en rehenes, hasta que despues consiguió ganar al qué le guardaba y disfrazado escapó y por mar se restituyó á Almeria. Así pues depuso Juzef ben Taxfin al rey de Granada Aldala ben Balkin y holgó mucho de la amenidad de la tierra y del excelente sitio de la ciudad, y propuso pasar en ella todo el tiempo que en España se detuviese. Luego se partió para Africa el rey Juzef y se llevó consigo al rey de Granada y á su hermano Almustensir Temim gobernador de Málaga que le salió á

(1) Con este motivo escribió unos elegantes versos á su padre, y el rey le respondió con otros.

recibir, y tambien dispuso del gobierno de aquella ciudad y de su tierra, y dejó el mando de las tropas Almoravides y gobierno de Granada á Sir ben Bekir el Lamtuni, y con esto se embarcó y pasó á Marruecos
1090 en la luna de ramazan del año cuatrocientos ochenta y tres.

El rey Aben Abed luego conoció el mal que le amenazaba, y principió ya tarde á arrepentirse de haber traido los moros á España. Trató de fortificar sus ciudades, y los muros de Sevilla y el puente, y á poner mucha diligencia en apercibirse para la defensa. Entonces vino á el su hijo el príncipe Abu Hasen Raxid y le dijo: ya veía yo venir esta tempestad, padre mio, y bien á tiempo te la anuncié; pero tú desatendiste mis razones y las de otros prudentes y nobles jeques, y quisiste traer por tu mano este príncipe de los desiertos á que nos echase de nuestras amenas tierras y deliciosos alcázares. Aben Abed no hallaba razones con que escusar su yerro, y solamente dijo: no hay diligencia humana que pueda estorbar lo que Dios altísimo tiene decretado.

El rey Juzef avisado de estas prevenciones de los amires de Andalucía dió órden en Cebta para que pasasen innumerables tropas á España, y esto se hizo en su presencia, y dió órden á Sir ben Abi Bekir para que se fuese apoderando de las tierras de Sevilla, encargando que principiasen con disimulo y cautela para tomarlos mas desprevenidos. En el tiempo que se detuvo en Cebta mandó edificar la mezquita mayor de aquella ciudad, levantando sus torres tanto que dominaban toda la ciudad y daban vista al mar. Labró la fuente del Bolat de muchos caños, y tambien fabricó el muro que llaman de la Almina baja. Ordenó que el ejército que habia de hacer la guerra en Andalucía se dividiese en grandes cuerpos, la primera division que

formaba un buen ejército la encargó á Sir Abu Bekir para que fuese á ocupar el reino de Sevilla, y que despues pasase contra el rey de Algarbe Aben Alaftas. La segunda division encargó á Abdala ben Giag, para que fuese á Córdoba contra Abu Naser Alfetah hijo de Aben Abed, y la tercera division se dió á Abu Zacaria ben Vesein para que entrase en lo de Almería contra Muhamad ben Man llamado Almutasem rey de aquella tierra, y la cuarta se encargó á Carur el Lamtuni para que fuese á tierra de Ronda, donde gobernaba otro hijo de Aben Abed llamado Yelid Radila. Partieron estos campos y entretanto quedó el rey Juzef en Cebta para esperar el suceso de la expedicion y proveer desde allí lo necesario.

CAPITULO XX.

Conquistas de los Almoravides sobre los Muzlimes de España. Ejército del rey Alfonso en favor de Aben Abed vencido. Toma de Sevilla. Suerte y muerte de Aben Abed.

Entró Sir ben Abi Bekir con sus Almoravides en tierra de Sevilla, pensando si el rey Aben Abed le saldria al camino luego que lo supiese para engañarle con cautelas, regalos y magnífico hospedage, pero no hizo tal y ni salió ni envió mensageros que le saludasen de su parte. Entonces Sir ben Bekir le envió una carta en que le mandaba que allanase la tierra y le entregase las fortalezas, y viniese á jurar obediencia á Juzef ben Taxfin príncipe de los Muzlimes. No cogió de impro-

viso esta órden al rey de Sevilla, ni se sobresaltó con ella, y sin responder nada á la propuesta trató de defenderse como pudiese, aunque con muy desmayado corazon, porque era Aben Abed muy dado á la estrellería, y conoció que habia llegado el punto que le anunciaron las estrellas en su nacimiento, y vió cumplido aquel pronóstico « de que su dinastía habia de ser destruida por cierta gente que saldria de una isla que no seria la propia morada de ella. » Y añadian desaliento á su corazon algunos acaecimientos domésticos de triste y aciago agüero, como el oir en sueños que uno de sus hijos decia en elegantes versos:

Tiempo fue en que la próspera fortuna
En rutilante carro los llevaba,
Y divulgó la fama de sus nombres.
Ahora calla y con sentidos ayes
Los llora inconsolable.
Como pasan los dias y las noches
Así pasan del mundo las delicias,
Y la grandeza como sueño pasa.
Como huyen del neblí las avecillas,
Así tus gentes tímidas se ocultan.

Salió Aben Abed con su caballería contra los Almoravides, y era tanto su valor y destreza en las armas que á pesar del excesivo número de sus contrarios peleó con varia fortuna con ellos en muchas escaramuzas, evitando siempre el venir á batalla de poder en poder, y para dividir su atencion mandó Sir ben Bekir que el caudillo Bati fuese con una division á Gien, el cual con mucha diligencia la cercó y la apretó tanto que se entregó por convenio y la ocuparon los Almoravides. Escribió Sir ben Bekir esta victoria al rey Juzef que la celebró mucho, y mandó que no se desistiese de la guerra hasta despojar al rey de Sevilla, y

que no le quedase una almena de tantas ciudades como tenia. El caudillo Bati tuvo órden de reunirse á la division de Casur Lamtuni que hacia al mismo tiempo guerra en lo de Córdoba, y la tenia cercada; pero en una salida que hicieron los de la ciudad acaudillados del hijo de Aben Abed contra los Almoravides les causaron horrible matanza, y por esta causa fue necesario reforzar aquella division. Con la llegada de las nuevas tropas que conducia Bati, apretaron tanto á la ciudad que fue forzoso mover tratos de entrega, y concertados con seguridad de vidas y haciendas entraron en ella los Almoravides en dia miércoles tres de safer del
1091 año cuatrocientos ochenta y cuatro: pero despues que entraron en la ciudad mató Casur alevosamente al hijo de Aben Abed llamado Aba Naser Alfetah y de apellido Almamun. En este mismo tiempo los Almoravides de Sir ben Bekir entraron en Baeza, Ubeda, Castro Alvelad, Almodovar, Assachira, y Zacura. La division que estaba en Ronda se apoderó tambien de aquella ciudad despues de muy porfiada y noble resistencia del wali de ella Yecid Radila hijo menor del rey Aben Abed, que asimismo murió alanzeado por Casur Lamtunio que le tenia en guarda, contra la justicia de los pactos.

En pocos meses no quedaron al rey Aben Abed mas ciudades de todo su reino que Sevilla y Carmona que estaban bien defendidas. El caudillo Bati ben Ismail se detuvo en Córdoba hasta que la dejó bien presidiada, y aseguró las fortalezas de la comarca, y envió á Calatrava que era de las mas fuertes de los Muzlimes un caudillo de Lamtuna con mil caballos Almoravides, porque hubo asonadas de que venia el rey Alfonso en defensa y auxilio de Aben Abed. Asegurada la frontera pasó Sir ben Bekir contra Carmona y la cercó y combatió con indecible ardor, hasta entrarla por fuer-

1091 za de espada dia sábado al anochecer del diez y siete de rabii primero del año cuatrocientos ochenta y cuatro. Perdida esta fuerte ciudad cayó del todo la esperanza del rey Aben Abed.

Envió á pedir socorro al rey de los Cristianos el tirano Alfonso ofreciéndole ciertos pueblos, y este príncipe con extraña generosidad, olvidando los daños que por su causa habia recibido, envió en su ayuda á su caudillo el conde Gumis con veinte mil caballos y cuarenta mil peones; porque Aben Abed no le declaró el miserable estado de sus cosas, ni del cerco y apuro en que se hallaba. Entró este poderoso ejército en tierra de Córdoba y talaba los campos y quemaba los pueblos por donde caminaba. Salió contra esta muchedumbre por órden de Sir ben Bekir el caudillo Ibrahim ben Ishak de Lamtuna uno de los mas esforzados alcaides Almoravides, llevando consigo diez mil caballos Zenetes y Gomares y de Mazamudes, gente muy escogida, y una buena division de peones, toda gente muy ejercitada á los horrores de las batallas. Encontráronse estas dos huestes y trabaron muy reñida y sangrienta batalla en que los Cristianos fueron vencidos, aunque con grave pérdida de los Almoravides, huyeron los Cristianos que solo así pudieron salvarse de la muerte.

Entretanto Sir ben Bekir tenia cercada la ciudad de Sevilla y á su rey Aben Abed, y se defendian con mucha constancia y valor, haciendo gallardas salidas, escaramuzas y desafíos: pero fueron tantas y tales las proezas que hicieron los caudillos Almoravides, que la ciudad pidió al rey que concertase alguna avenencia con tan esforzados enemigos que no era posible defender la ciudad de su valor y ardimiento. El rey Aben Abed supo el mal suceso del ejército de los Cristianos y cayó toda su esperanza: así que, con mucho dolor

de su corazon se concertó la entrega de la ciudad bajo la fe y amparo del rey Juzef, pidiendo seguridad para todos los vecinos de ella, y para sí, sus hijos, hijas, mugeres y familia de su casa, y todo fue concedido por el caudillo de los Almoravides Sir ben Bekir á nombre de su rey Juzef Aben Taxfin. Entróse la ciudad por los Almoravides en domingo (1), dia veinte y dos de regeb
1091 del año cuatrocientos ochenta y cuatro.

El caudillo de los Almoravides envió luego preso y á buen recaudo á Africa al rey Muhamad Aben Abed llamado Almutasem, y tambien á sus hijos Abu Husein Oveidala Arraxid, Abu Becar Abdala Almoated, Abu Zuleiman Arabie llamado Tag-dola, y Abu Hasim Almoali Zeino-dola con sus mugeres, hijas y doncellas, y la que él mas amaba por su discrecion y hermosura llamada Otamida, madre de Arabie, que era conocida por Saida Cubra, (de esta hay memoria en la inscripcion del dorio de la mezquita año
1085 cuatrocientos setenta y ocho) y por Romaikia
porque la compró Aben Abed de Romaik ben Hegiag: á toda esta ilustre familia envió á Africa. Es indecible el gran llanto que hubo en las naves en que los embarcaron al apartarlos de su hermosa ciudad, y al perder de vista las torres de sus alcázares, y al ver desaparecer como un sueño toda su grandeza. Este es el estilo del mundo, que no da sino al quitar, ni endulza sino para acibarar, ni aclara sino para enturbiar, y aun lo mas claro de él no deja de correr turbio. Llegaron á Ceuta, y el rey Taxfin sin consideracion á la magestad real envió preso al rey Aben Abed, y á sus hijos á la ciudad de Agmat. En el camino un alarabe llamado Abul Hasen Hasuri, hizo unos versos en elogio del infeliz Aben Abed, y aunque no eran com-

(1) Otros dicen dia diez y nueve del dicho mes.

parables á los que le solia presentar Aben Zeidun su privado, con todo eso se dice que le dió treinta y seis doblas de oro; que era todo lo que consigo llevaba, y la última merced que pudo hacer en su vida. En llegando á Agmat le encerraron en una torre donde vivió cuatro años con mucha pobreza, rodeado de sus hijas que le acompañaban y servian, si bien mas que de consuelo eran ocasion de acrecentar sus pesares y melancolía. Su amada Saida Cubra murió muy en breve, no pudiendo sufrir su corazon la desventura, pobreza y abatimiento de su esposo. Dice Aben Lebana que con ocasion de darle las pascuas entraron á visitarle algunos de los suyos en la torre donde estaba preso, y que le vieron rodeado de sus hijas que estaban vestidas de muy pobres y astrosos paños, y con todo esto, dice que resplandecia en sus caras la magestad real, y debajo de aquellos pobres vestidos se descubria su delicadeza y mucha hermosura, que parecian como cuando el sol está eclipsado, ó cubierto de nubes que ofuscan su resplandor; pero que no se oculta del todo su perfeccion: dice que era tan extrema su pobreza que llevaban sus pies descalzos, y ganaban su sustento hilando: que como todos enmudeciesen de pesar, el rey Aben Abed dijo entonces una triste elegía, no sin lágrimas y profundo dolor. Sus hijos vivieron pobres en Africa, su hijo Almoated murió asesinado en ramazan
1091 del año cuatrocientos ochenta y cuatro, y aquel dia habia enviado á su padre unos versos con un hijo suyo pequeño, en que le consolaba de su mala ventura. Y el mismo Aben Abed murió el año
1095 cuatrocientos ochenta y ochó: su reinado fue veinte y tres años. La dinastía de estos reyes de Sevilla duró setenta y tres años como él dice en unos versos, porque la poesía fue su recreo y des-

ahogo, aun en sus mayores desgracias, y eran tan excelentes y bien sentidas sus canciones que eran vulgares y sabidas de todo género de gentes.

CAPITULO XXI.

Toma de Almería por los Almoravides. Entran en Valencia. Tratado del rey de Zaragoza con Juzef.

En la luna de jaban del mismo año ocuparon los Almoravides la ciudad de Novua, y en la luna de jawal del mismo año entró el caudillo Davud ben Aixa en Medina Hariza, y escribió su victoria y conquista al amir Juzef ben Taxfin. Era este alcaide muy esforzado y virtuoso caudillo, sabio, justo y de apacible trato, que nadie tenia queja de él, tal era su moderacion y prudencia, y por esta via hizo tantas conquistas como por las armas. En este tiempo Muhamad ben Man de los altegibíes rey de Almería, conocido por Almoatesim Moez-Dola, y Awatic Oila, grande amigo de Aben Abed, fue acometido en sus tierras, y aunque habia procurado que los amires de Andalucía procediesen unidos en la defensa de sus tierras, luego que conoció la perfidia de Sir ben Bekir y del príncipe de los Almoravides; no le dieron estos tiempo para que concertase sus confederaciones, y una division de los Almoravides conducida por Abu Zacaria ben Vscinis le cercó en su ciudad de Almería. Era este príncipe muy amado de sus vasallos por su justicia y liberalidad, y amado tambien de todos los príncipes de España, y

por esta razon dió á los Almoravides mas cuidado la conquista de su tierra, porque recelaban que le ayudasen todos así Muzlimes como Cristianos. Cercáronle con tanto rigor y vigilancia, que ni por mar ni por tierra podia nadie entrar en la ciudad, ni salir de ella. Viendose muy apurado, y sabiendo que era imposible el librarse de sus enemigos que á un mismo tiempo hacian guerra á todos los reyes de España, se entristeció tanto y se angustió hasta perder la vida de despecho y pesar. Antes del momento de su muerte aconsejó á su hijo Ahmed Moez-Dola, que si Dios le libraba de sus enemigos se acogiese á los Aben Hamides de oriente de Africa, y se hiciese su aliado si le quedaba algun poderío en la tierra. Lo mismo dijo al menor llamado Iz-Dola; pero este no siguió los consejos de su padre. Así falleció este sabio rey Almuatesim de Almería despues de haber reinado con mucha felicidad cuarenta años. Habia servido al amir Juzef ben Taxfin en la batalla de Zalaca, y con sus tropas en el cerco de la fortaleza de Alid en las comarcas de Lorca; pero todos estos servicios no fueron parte para evitar la ruina suya y de su familia. Luego fue proclamado su hijo Ahmed Moez-Dola (1) por los vecinos de Almería, que ya antes le habia su padre declarado socio del mando y futuro sucesor: hicieron esta proclama el dia
1091 cuatro de rabie postrera del año cuatrocientos ochenta y cuatro. No permaneció el reinado de este Abu Meruan Moez-Dola sino un mes despues de la muerte de su padre, pues como llegase nueva de la entrada de los Almoravides en Sevilla, y de la deposicion del rey Aben Abed, perdió la poca esperanza que tenia en la suerte de aquel príncipe; y

(1) Llámanle otros Oveidala Moezdala Abu Meruan.

viendo que era imposible librarse ni conservar mas tiempo aquella ciudad, apercibió secretamente una nave, y principió á tratar de la entrega de la ciudad. El cuidado y diligencia de los que defendian la entrada del puerto fue desde entonces menos cuidadosa, y huyó de noche con su familia y tesoros á la parte oriental de Africa, y abandonó su ciudad y dependencias de ella á sus enemigos. Fue su fuga en la luna de ramazan, otros dicen en veinte y cinco de jaban del año cuatrocientos ochenta y cuatro: y se llevó consigo á su hermano Rafeldola con sus hijos y mugeres, y se acogieron al señor de Bejaya, y estuvieron en aquella ciudad como dependientes y vasallos de Almanzor ben Anasir ben Alanas ben Hamedi ben Balkin ben Zeiri ben Menad Zanhagi, que poco despues le dió el gobierno de Tunis de occidente, y su hermano Rafeldola fue despues favorecido del Mezdeli wali de Telencen, y allí vivió dado á las letras hasta que falleció año
1144 quinientos treinta y nueve, como refieren los historiadores Andaluces, Amru Otman de Córdoba, y Zacarías de Zaragoza, y Alcodai de Valencia. Al dia siguiente se entregó la ciudad de Almería, y entró en ella el caudillo de los Almoravides Aben Aixa, y envió algunas tropas que ocuparon los lugares dependientes de Almería, y cercaron á Montuxar que es á veinte millas de aquella ciudad, y fácilmente se ganó como los otros pueblos. Envió Aben Aixa nuevas de su conquista de Almería al rey Juzef ben Taxfin, dándole cuenta de como en año y medio eran ya dueños los Almoravides de cinco reinos de Andalucía, que habian sido de Aben Habux, de Aben Abed, de Abu Alhas Man, de Aben Abdelaziz y de Abdala ben Becar señor de Gien, de Oyla y de Ezija.

1092 En el año siguiente de cuatrocientos ochenta y cinco mandó Juzef que su cau-

dillo Davud ben Aixa fuese á Denia, y caminó á ella, y la ocupó, y tambien Játiva que ambas las tenia Aben Moncad, que estos amires, y Abu Meruan Huzeil de Aben Razin, Murbiter y Valencia, se habian aliado con los Cristianos y con su caudillo Ruderic el Cambitur, y pensaban con su ayuda defenderse de los Almoravides; pero las ocupó Aben Aixa sin mucha dificultad ni derramamiento de sangre. El estado de Aben Razin quedó dependiente, y se dió el gobierno en tenencia á Yahye Abdelmelic Abu Meruan su señor por juro de heredad, en que sucedió su hijo despues, esto por su antigua posesion y alianzas con los Aben Hudes de Zaragoza. Desde allí partió á Secura, y entró tambien esta ciudad, y pasó el ejército á Valencia y la cercó. Defendia esta ciudad el rey Yahye ben Dilnun, ayudado de los Cristianos, que eran sus aliados, ó mas bien sus señores. En una salida y sangrienta escaramuza fue herido de muerte el rey Yahye, y ese mismo dia falleció: sucedióle en el reino y defensa de la ciudad Alcadir Yahye ben Dilnun, que como valiente y sabio caudillo defendió y disputó con sangrientas salidas y rebatos la entrada en ella. Viendo que era imposible mantenerla, los Cristianos se retiraron de ella, y Alcadir ayudado del esforzado caudillo Aben Tahir señor de Tadmir, la defendieron hasta la muerte; y hubiera costado mucho tiempo y mucha sangre la entrada en ella; pero por inteligencias con el cadi de la ciudad Ahmed ben Gehaf Almaferi, se abrieron las puertas y los Almoravides entraron espada en mano haciendo gran matanza en la gente de Alcadir, y el mismo príncipe pereció con muchos nobles caballeros, peleando como un leon. Al cadi Ahmed se dió en premio de su servicio el gobierno de la ciudad, y de cadilcoda que habia sido en ella, subió á wali de tan excelente ciudad; ¡pero qué justa es la divina providencia en la necesaria ley y cumplimien-

to de sus eternos decretos! Lo verémos despues en la muerte de este cadi. Escribió Aben Aixa su conquista de Valencia al rey Juzef, y le mandó continuar hasta que sojuzgase toda la España.

El rey Abu Giafar de Zaragoza, de la ínclita descendencia de Aben Hud mantenia con justicia y heróico valor toda la parte oriental de España, desde Wadir Higiara, Medina Celim, Helga, Daroca, Calatayub, Huesca, Tudila, Barbaster, Lérida y Fraga, y era asimismo poderoso en el mar por la parte meridional del Pyren, y enviaba sus naves al oriente de Africa á Alexandría cargadas de frutos de España, y le traian mercaderías de tierra de Siria y de otras provincias de oriente. Era el mas rico de los reyes de España, ademas muy afable y humano, y muy amado de sus pueblos, que podia decirse que tenia en su mano sus corazones. Así que, de todos era estimado, sus vecinos le respetaban, y sus enemigos le temian. Por esta causa el rey Juzef no se atrevió á enojarle, ni pensó en declararle la guerra; pero el político rey Ahmed Abu Giafar temío tenerle por enemigo, y viendo sus victorias contra los otros reyes, quiso ceder al tiempo y prevenir la tempestad que amenazaba. Envió al rey Juzef ciertos presentes muy preciosos (1), y una carta con su propio hijo Imadola Abu Meruan Abdelmelic, y en ella solicitaba su amistad y alianza contra los Cristianos, y entre otras cosas decia: Es mi estado el muro que media entre ti y el enemigo de nuestra ley, este muro es el amparo y defensa de los Muzlimes desde que reinaron en esta tierra mis abuelos que siempre

(1) Dice Abcodai que le envió catorce arrobas de plata en joya, marcadas con los sellos de su abuelo Almutamen, que Juzef recibió estas dádivas, y las mandó acuñar en Kirates, que destruyó el pueblo de Córdoba en dia de Id Nahira, pascua de carneros.

velaron en esta frontera para que los Cristianos no entrasen á las demas provincias de España. Será mi mas cumplida satisfaccion la confianza y seguridad de tu amistad, y de que estés cierto de que soy tu buen amigo y aliado. Mi hijo Abdelmelic te declarará las disposiciones de nuestro corazon, y nuestros buenos deseos de servir á la defensa y propagacion del Islam. A esta carta respondió el rey Juzef en estos términos:

Del rey de los Muzlimes amparador de la fe Juzef ben Taxfin, al confiado en Dios Ahmed Abu Giafar Aben Hud, cuya potencia perpetúe y prospere el Todopoderoso: de nuestra corte de Marruecos guárdela Dios, donde llegó tu carta clara muestra de la nobleza y valor de tus mayores: damos gracias á Dios y cumplidas alabanzas, y le rogamos nos dirija y encamine por la senda de los rectos, y enderece nuestros pensamientos á saludables fines: rogamos al Señor por nuestro señor Mahomad su siervo con quien sea la divina gracia que engrandezca su perfeccion. En cuanto á lo que á nos hace para contigo, fortifiquete Dios, y para con tu sublime liberalidad sabe que no hay en nosotros sino una sincera amistad, propia de nuestro natural que Dios nos ha dado: asimismo ha venido á nuestra presencia la honra de la grandeza, la sublimidad del entendimiento. Esto es Abu Meruan Abdelmelik hijo vuestro por sangre, hijo nuestro por amor y buena voluntad. Acreciente Dios en él tu amor, pues es la lumbre de tus ojos, y alegría de tu corazon. Llegaron tambien los dos honrados vizires Abu Las ba y Abu Amir, á los cuales haga Dios merced de su santo temor, y á todos vuestros servidores y á cada uno de ellos segun su calidad los hemos honrado. Entregáronnos tu honrada carta y de nos con honor recibida, por ella hemos entendido y por la relacion que de palabra nos han hecho con mucha discrecion tus deseos,

y respondemos nuestra conformidad á tus demandas, y comunicando y hablándoles una y otra vez han entendido bien lo que se contiene en los capítulos de nuestra recíproca amistad y alianza que todos se dirigen á la conservacion de la grandeza y soberanía del estado en cuanto sea del servicio de Dios. Salud.

CAPITULO XXII.

Algaras de los Cristianos en tierra de Fraga. Conquista de Badajoz por los Almoravides. Union del Cid con los Moros contra ellos, y les toman á Valencia. Los Almoravides toman las Baleares.

Quedó muy contento de esta alianza Abu Giafar, y
1093 en el año cuatrocientos ochenta y seis pasaron los Almoravides en su ayuda contra los Cristianos, que habian hecho una terrible entrada en sus tierras ayudados de los de Afranc y Erdomanos, y se habian apoderado de Fraga y Barbaster talando la tierra, quemando los pueblos, robando y matando á los moradores. Que perecieron en estas algaras mas de cuarenta mil personas entre gente de armas y demas, y cautivaron muchas mugeres, doncellas y niños. Fueron pues en ayuda del rey Almustain seis mil ballesteros almoravides y mil caballos, y juntos con la gente del rey hicieron cruda guerra á los Cristianos y recobraron las fortalezas ocupadas por ellos, y entraron los Muslimes en Barbaster por fuerza de armas y no escaparon con vida sino muy pocos, y recobraron tambien la ciudad de Fraga venciéndolos en varias batallas

muy reñidas y sangrientas, y entró Almustain en Zaragoza despues de esta jornada con cinco mil doncellas cristianas, mil armaduras de hombres de armas y muchos despojos muy preciosos, de los cuales envió un rico presente al rey Juzef y se confirmó de nuevo su amistad.

En tanto que esto pasaba en la parte oriental de España Syr ben Bekir el mas astuto de los caudillos almoravides se encaminó con poderosa hueste de Almoravides á tierra de Algarbe para ocupar el reino de Badajoz que tenia Omar ben Muhamad ben Alaftas apellidado Almetuakil bila, ocupó fácilmente las ciudades de Algarbe y muchas fortalezas y entró en Jelb y Ébora y vino con su campo delante de Badajoz, defendiéndose con valor el rey Aben Alaftas; pero la fortuna habia vuelto las espaldas á estos príncipes. Era vulgar crédito y popular creencia que habia una profecía que anunciaba la irremediable caida de los reyes de España, y que serian vencidos y depuestos por unos príncipes de Africa. Esta persuasion popular de la gente del vulgo era tan perniciosa en este tiempo, que fue gran parte para que los Almoravides se enseñoreasen tan fácilmente de España, y para que sus príncipes no hiciesen cosa de provecho en su defensa. Dióse una reñida batalla en que los de Aben Alaftas quedaron vencidos, y presos dos hijos del rey que acaudillaban su gente; estos eran Alfadil y Alabas que no cedieron hasta que muy mal heridos y abandonados de los suyos cayeron en manos de los almoravides. Los de la ciudad intimidados con el horror del suceso de la batalla forzaron al rey á concertar la entrega de la ciudad. Ofrecióle el caudillo ben Abi Bekir que saliese seguro con sus hijas, familia y cuanto tenia; pero despues que se apoderó de la ciudad con esta condicion y le dejó salir de ella con sus hijos, mugeres y esclavos luego envió

cierta tropa de caballería de Lamtuna en su seguimiento, y alcanzaron á esta desgraciada familia en cercanías de Badajoz, y allí alancearon con inhumana crueldad al rey Almetuakil y á sus dos hijos Alfadal y Alabas. Acaeció esta lastimosa tragedia en sábado dia
1094 siete de la luna de safer del año cuatrocientos ochenta y siete. Todo esto fue por órden de Juzef ben Taxfin. Lamentaron esta desgracia los mas célebres poetas de aquel tiempo, y anda en boca de todos la elegía del wazir de su palacio Abu Muhamad Abdelmegid ben Abdun. Era el rey Almetuakil muy docto y amigo de los sabios, y pasaba con ellos el tiempo con tanto placer que se olvidaba de todas las cosas. Tenia en su mismo alcázar por secretario al wazir Abdelmegid insigne poeta que competia con el célebre cordobés Abdala ben Zeidun privado del rey Aben Abed, cuyas canciones eran el encanto de las musas así de España y de Africa como de oriente. Era cadilcoda de su corte el sabio Aben Mocama. Cuéntase de este rey Almetuakil que solazándose en sus jardines en compañía de su wazir Abu Talib ben Ganim se entretuvo tanto tiempo que se le pasó la hora del comer, y era dia en que tenia nobles jekes que le esperaban, y como llegase ya la noche y el rey no viniese, los jekes pidieron de comer y se les sirvió parte de la comida del rey, y recordándole su wazir la hora y los convidados, y le dijese uno de los siervos que ya habian tomado parte de su comida, envió al wazir para que le escusase con ellos, y tomando una hoja de alcarambe ó de atarfe escribió dos versos refiriendo la causa de su olvido y diciendo, que los culpados ya tenian recibida la pena de su delito, siendo todos recíprocos ejecutores de ella. El hijo de Almetuakil llamado Negm-dola wali de Santarin fue encarcelado en Almithema y referia Aben Zarfon cadi de la aljama de Córdoba, que en cierta ocasion

le entró á visitar el wazir Alcatib Abu Bekar ben Alcabotorna poco despues de la desgracia de su padre y hermanos, y cuando le vió no pudo contener sus lágrimas mirando en tan miserable estado al que habia sido señor de tan ricas ciudades, y reducido á una estrecha prision el que solia vivir en magníficos alcázares, rodeado de nobles jekes que le respetaban y servian. Tales vueltas da la fortuna á su inquieta y deleznable rueda. Así acabaron los reyes de Andalucía; los puso en el trono la discordia y guerra civil, vivieron en contínuas desavenencias, destruyendo por sus particulares intereses la fuerza y unidad de España; facilitaron el engrandecimiento de sus enemigos, en tanto que ellos en provincias y ciudades establecian sus débiles y efimeras soberanías, pues como decia un poeta andaluz de aquel tiempo,

En España los pueblos divididos
Llaman amir Amumenin su Arraez,

y cuando conocieron su yerro y pensaron remediar sus males llamaron en su auxilio á los Moros de Africa que desolaron la España, vencieron á los Cristianos, y despues vencieron y destronaron á los amires, dándoles en pago muerte cruel ó vida miserable mas cruel que la muerte.

Divulgóse en toda España la nueva de la muerte del rey Alcadir de Valencia y la entrada en ella de los Almoravides por industria del cadi Ahmed ben Geaf, y tambien se decia como este cadi en recompensa de sus servicios habia quedado por wali de la ciudad. El señor de Santa María de Aben Razin que era Abu Meruan Abdelmelik ben Huzeil aliado y pariente de Alcadir, excitó á los Arrayaces de Murbiter, Játiva y Denia que asimismo estaban ofendidos de los Almoravides,

y todos estos se juntaron con Ruderik (1) caudillo de los Cristianos conocido por el Cambitor que se preciaba de ser amigo y aliado del rey Alcadir, de Abu Meruan y de sus parientes. Juntaron una escogida tropa de caballeros y peones así Muzlimes como Cristianos, y acaudillados del Cambitor cercaron la ciudad de Valencia: apretó tanto á los de la ciudad que obligaron á su wali Aben Geaf á que la entregase pues no tenian esperanza de socorro tan pronto como la necesidad pedia. Concertó Ahmed ben Geaf sus avenencias de seguridad para él, su familia y vecinos, que por ninguna causa ni pretesto se les ofendiese en sus personas ni en sus bienes, y asimismo ofreció el Cambitor que le dejaria en posesion del gobierno que tenia. Con estas buenas condiciones abrió las puertas de la ciudad y entró en ella el Cambitor, maldígale Alá con toda su gente

1094 y aliados. Esto fue en giumada primera del año cuatrocientos ochenta y siete, estúvose en ella con sus Cristianos y Muzlimes sin manifestar sus intenciones, y con mucha confianza y seguridad de Ahmed ben Geaf que continuaba en su empleo de cadilcoda embobado con la dulzura del mandar, y al cumplir el año cuando menos esto recelaba le encarceló el Cambitor y con él á toda su familia. Esto lo hacia porque declarase dónde paraban los tesoros del rey Yahye Alcadir, sin omitir para averiguarlo ruegos, promesas, amenazas, engaños ni tormentos. Mandó encender un gran fuego en medio de la plaza de Valencia; tal era aquella hoguera que su llama quemaba á mucha distancia de ella. Mandó traer allí al encadenado Ahmed ben Geaf con sus hijos y familia y los mandó quemar á todos. Entonces claman todos los presentes así Muzlimes como Cristianos, rogándole que

(1) Otros le llaman rey ó Tagi tirano.

siquiera perdonase á los hijos y familia inocente, y el tirano Cambitor despues de larga resistencia lo concedió. Habia mandado cabar una grande hoya para el cadi en la misma plaza, y le metieron en ella hasta la cintura, y acercaron la leña al rededor y la encendieron y se levantó gran fuego, y entonces el cadi Ahmed se cubrió la cara, y diciendo, en el nombre de Alá piadoso y misericordioso, se echó sobre él aquel fuego que en breve quemó y consumió su cuerpo, y su alma pasó á la misericordia de Dios. Pasó esto en dia juéves
1095 de la luna de giumada primera del año cuatrocientos ochenta y ocho, en la misma luna en que el año anterior habia entrado en Valencia el maldito Cambitor, y los vengadores del rey Alcadir Yahye ben Dilnun. El wazir Aben Tahir partió de Valencia á Murcia y se llevó consigo el cadáver del rey Alcadir para darle allí honrada sepultura, y despues
1114 murió en ella el noble Aben Tahir el año quinientos ocho, ya de mas de setenta años. Este wazir hizo unos versos á la muerte de Yahye Alcadir en que anunciaba la venganza que vendria al que fue ocasion de su temprana muerte. El Cambitor ordenó el gobierno de la ciudad y quedó en poder de Cristianos para asegurarla á los aliados Muzlimes, y se partió con el principal de estos que era Abdelmelic Abu Meruan ben Huzeil señor de Santa María de Aben Razin, y en Valencia quedó Abu Izá ben Lebun ben Abdelaziz señor de Murbiter como naib ó teniente de Abu Meruan.

En este tiempo envió Sir ben Abi Bekir sus naves á que ocupasen las islas del mar oriental de España y tomaron posesion de Yebizat, Mayorca y Minorca al nombre del rey Juzef Aben Taxfin sin resistencia alguna. Tenian el gobierno de estas islas por los reyes de Valencia y de Denia los Benixuheid ilustres jekes de

Murcia que las gobernaban en paz y justicia desde que
1048 el año cuatrocientos cuarenta pasó á ellas de
wali Ahmed ben Basich Abu Alabas secretario del amir de Denia Abu Geix Mugehid ben Abdala Alameri: y como supiesen que toda España estaba en poder del rey Juzef le juraron obediencia de buena voluntad y se pusieron bajo su fe y amparo.

1099 En el año cuatrocientos noventa y tres
acaeció que Oveidala, el que se habia alzado en Adcun, yerno de Abu Meruan el señor de santa María en compañia de Abu Isa ben Lebun señor de Murbiter, como hubiese llegado á cercanías de Santa María con ciertas taifas de algara corriendo la tierra, en tanto que Abu Isa con los otros Almogavares hacia sus correrías, este Oveidala con un hijo suyo y algunos de su gente entró á visitar á su suegro Abu Meruan al cual hizo tan extrañas peticiones y demandas de que le nombrase sucesor de su estado, que le sirviese de presente con tropas y dinero, que Abu Meruan muy enfadado de su atrevimiento le respondió con aspereza, se acaloraron en sus razones, y sacaron las espadas hijo y padre contra Abu Meruan. Defendíase de ellos y á las voces entró en la sala una hija de Meruan prometida esposa de Oveidala, que viendo como se herian, dió grandes voces, acudió la familia y gentes de Meruan, que al ver á su señor acometido de aquellos, luego los atropellaron á cuchilladas, y los hubieran acabado si Meruan no los hubiera contenido. Mandólos prender, y habiendo retirado de allí á su hija, mandó cortar pies y manos á Oveidala, y sacarle los ojos, y despues ponerle clavado en un palo, y á su hijo cortarle los pies y encerrarle: y todo se obedeció al punto como lo mandaba. Era este Abu Meruan muy amado de sus gentes, el fuego de la hospitalidad ardia en su casa de dia y de noche, trataba al pueblo con mu-

cha afabilidad, y era el amparo de sus necesidades: manteníase con la amistad y alianza del rey de Zaragoza, y con el Cambitor caudillo de los Cristianos, y en especial por su política y buen gobierno.

Acabada la expedicion á las islas con aviso que hubo Sir ben Abi Bekir de la entrada de los Cristianos en Valencia que le comunicó el gobernador de Almería hijo dé Ahmed ben Geaf el quemado por el Cambitor, envió toda su armada de naves y saetías con mucha gente de desembarco y gran ballestería de alarabes, de moros de Lamtuna y Masamudes, y vino sobre la ciudad de Valencia, y los Cristianos y los Muzlimes sus aliados viendo que no la podian mantener y que no esperaban socorro la abandonaron despues de largo cerco, en que hubo sangrientas batallas y reñidas escaramuzas, y al fin por la constancia de los Almoravides Dios la restituyó venturosamente al Islam

1102 en la luna de regeb del año cuatrocientos noventa y cinco, y en esta ocasion volvieron á Valencia muchos nobles y doctos que se habian ido á Liria, á Murcia y á Jaen cuando entraron en ella los Cristianos, entre otros Muhamad ben Bahr ben Aasi Alansari natural de Liria y jeke de su patria, que huyó á Jaen y estuvo allí como siete años y se dedicó á las letras con Abu Hegag Alkefiz y Meruan Aben Zerag, tornó á Valencia en este año que se ganó, y fue en ella almocri ó lector de la mezquita mayor y escribió sobre las variantes del Alcoran una obra muy crítica: y despues se retiró á su patria Liria y allí falleció á la hora del alba en domingo dia seis jawal año

1152 quinientos cuarenta y siete, y fue enterrado en la makbura de Beni Zenun de aquella poblacion. Hizo oracion por él su hermano Abu Muha-

1078 mad: habia nacido año cuatrocientos setenta. En este año de cuatrocientos noventa y

1103 seis falleció Abdelik Abu Meruan señor de Aben Razin, y le sucedió su hijo Yahye; pero como dependiente del gobierno de Valencia.

CAPITULO XXIII.

Vuelta de Juzef á España. Jura de su hijo Ali. Muerte de Juzef en Africa.

Aseguradas las cosas de España pasó el rey Juzef á
1103 ella el año cuatrocientos noventa y seis por visitar sus nuevos estados, y pasaron en su compañía sus dos hijos, el mayor llamado Abu Tair Temim, y el menor Abul Hasen Ali, y aunque este era de menos edad tenia mas espíritu y valor que su hermano, y decia de él un poeta andaluz de aquel tiempo.

Aunque en los años es Ali postrero,
Su valor le coloca por primero.
Así como el anillo mas preciado,
En el dedo pequeño es colocado.

Recorrió con ellos todas las provincias y le agradó sobre manera la disposicion y naturaleza de la tierra, y la comparaba toda á una águila, y decia que la cabeza era Toledo, el pico *Alcala de Raya*: (1) el pecho Jaen, las uñas Granada: el ala derecha la Algarbia, la izquierda la Axarkia: entendiendo todo esto de la

(1) En otros, Calatraba.

importancia del gobierno y guarda del estado, que en cada parte convenia. Acabada su visita convocó á los jekes y principales caudillos Almoravides y trató con ellos de declarar futuro sucesor de sus estados á su hijo Ali que estaba en Córdoba, y mandó que todos le jurasen obediencia y le reconociesen por señor despues de sus dias. Celebróse la jura con mucha solemnidad y gran concurrencia de la nobleza y caballería de Africa (1) y de España, y mandó á su wazir Abu Muhamad ben Abdelgafir que escribiese la carta del pacto de sucesion en estos términos: Pacto de futura sucesion y compañía de imperio: Alabanza á Dios que usa de misericordia con los que le sirven en las herencias y sucesiones: que creó á los reyes cabezas de los estados por causa de la paz y concordia de los pueblos: como el amir Almuzlimin Nasredin Abu Jacub Juzef Aben Taxfin sabe y conoce que Dios le ha hecho cabeza, guarda y defensor de tantos pueblos que sirven á Dios y son fieles, temeroso de que el dia de mañana le puede Dios pedir cuenta de lo que le ha confiado y dado en guarda, y hallar que no ha procurado dejar en su lugar un sucesor que los ampare como rey y los gobierne en paz y justicia: siendo constante que Dios mandó hacer testamento y disposicion de cosas de menos importancia; ¿cuanto mas será conforme á su divina voluntad esta obligacion en las cosas graves y de tanta consideracion como las del gobierno de los pueblos que tocan al provecho de todos en comun y en particular á pobres y á poderosos? Así que, el rey de los Muzlimes por lo que en esto le toca y en particu-

(1) Dice Alcodai que vino á esta jura el hagib Amad dola Abu Meruan Abdelmelic, nieto de Almuctadir bila rey de Zaragoza, que le envió su padre con un presente de singular rareza y preciosidad, y mandó Juzef hacer de él kirates de oro que distribuyó al pueblo de Córdoba el dia de la Hidnibar.

lar, y especialmente en lo que Dios puso á su cuidado para que viese y gobernase lo conveniente á sus pueblos así en las cosas del mundo como en lo perteneciente al bien y defensa de la ley tanteó las fuerzas de los dos extremos de sus lanzas, y el temple y agudeza de los filos cortantes de su espada, y despues de bien meditado halla que su hijo menor Abul Hasen Ali es mancebo mas bien dispuesto para las grandes y altas cosas, y por esto mas acomodado para llevar en sus hombros el peso de la administracion del reino, y así lo señala y distingue, le llama, proclama y eleva á la magestad y alteza del trono, y al gobierno del reino habiendo antes tomado consejo de hombres sabios y prudentes de todas partes, así de los cercanos como de los distantes, y todos de comun acuerdo con los nobles jekes y caballeros del reino han manifestado libremente que aceptan y reciben contentos y bien satisfechos esta declarada sucesion, puesto que su propio padre de ella se contenta y complace: y así le reciben por su amir puesto que el rey su padre le escoge y elige por amir, y le estima por conveniente para la alteza y magestad real.

Entonces fue llamado el príncipe Ali á la presencia de su padre y del consejo, y le propuso el rey las condiciones con que le nombraba sucesor y heredero de sus reinos, y dijo que las aceptaba y que era muy contento de ellas, y juró cumplirlas: se echaron las suertes de la Istihara, invocando á Dios pidiéndole su favor y auxilio para el acierto, porque todo bien y prosperidad está en su mano. Entonces el rey Juzef hizo una vehemente exhortacion á su hijo encomendándole cuanto le pareció conveniente para cumplir sus grandes obligaciones, y el príncipe repitió sus promesas y deseos de servir á Dios y cumplir las intenciones de su padre. Luego certificó el wazir Alcalib que todos

estaban contentos de esta sucesion y que la aceptaban y confirmaban los presentes por sí y los ausentes por sus procuradores: y como el príncipe sucesor jurado del imperio habia entendido las condiciones de su sucesion y las habia aceptado, y lo firmó de su nombre
1103 el wazir Alcatib: y fue esta jura en dilhagia del año cuatrocientos noventa y seis.

Las condiciones y ordenanzas que el rey Juzef puso á su hijo pertenecientes al gobierno de España fueron: que los gobiernos y alcaidías de provincias, ciudades y fortalezas las confiase siempre á los Almoravides de Lamtuna: que el cuidado de las fronteras y la guerra contra Cristianos la hiciese con los Muzlimes andaluces como mas ejercitados y prácticos en la guerra de estas gentes y en su manera de pelear, rebatos, entradas y correrías; que premiase con armas y caballos á los que se distinguiesen en su servicio peleando con los enemigos, y repartiese con ellos vestidos, y dinero en ciertas ocasiones. Que mantuviese en España diez y siete mil caballeros almoravides repartidos en diferentes partes determinadas, así que en Sevilla estuviesen siete mil, en Córdoba mil, en Granada tres mil, en la Axarkia cuatro mil, y los demas en las fronteras para defenderlas y guardar las fortalezas cercanas á los enemigos (1).

Acabadas estas cosas el rey se partió para Ceuta, y al pasar por Lucena suscitaron á los Judíos que moraban en aquella ciudad que debian hacerse Muzlimes, porque en un libro antiguo de Aben Muserra el Cordobés se halló que los Judíos en tiempo del profeta habian ofrecido hacerse Muzlimes si al llegar el año de
1107 quinientos de la hegira no les hubiese venido el Mesías que esperan, que ellos dicen

(1) Pagaban cinco escudos al mes á cada caballero y le mantenian, segun Alcoday.

en su Tura que habia de ser de su nacion, y que su doctrina y ley habia de durar hasta el fin del mundo. Como ahora se les recordase esta obligacion que pretendian algunos que tenian hecha, apelaron al rey Juzef, y con su wazir y cadi Abdala ben Ali compusieron por gran suma de doblas que no se les molestase sobre esto, y se embarcó, y estando en Ceuta retirado de los negocios, principió á sentir debilidad que era ya muy viejo, y en el año de cuatrocientos noventa y ocho adoleció mas, le llevaron á Marruecos, sin dejar de agravarse cada dia mas su dolencia y debilidad hasta tanto que sus fuerzas del todo desaparecieron, que estaba sin movimiento que no se meneaba, y así murió, Dios haya misericordia de él, á la salida de la luna de
1107 muharram entrado el año de quinientos, habiendo vivido cien años, y reinado cerca de cuarenta desde que le hizo su naib su (1) primo Abu Bekir ben Omar: desde que entró en Medina Fez año
1070 cuatrocientos sesenta y dos hasta que murió treinta y ocho años, y desde que quitó el estado de Granada á Abdala ben Balkin hasta su muerte diez y siete años.

Estando ya cercano de morir el rey Juzef llamó á su hijo el príncipe Ali, y entre otras cosas le mandó que no hiciese guerra sin necesidad, y que procurase no tenerla nunca con los moradores de los montes de Daren, ni con los Masamudes que están detras de aquellas sierras á la parte del Kibla. Que siempre tuviese amistad con los de Bene Hud reyes de la Axarkia de España que eran como el muro que contenia á los Cristianos, reparo y defensa de los Muzlimes de Andalucia. Que honrase á los Muzlimes de España y en es-

(1) Dice Yahye: desde que recibió la Naibia de Almagreb y partió su primo Aben Omar al disierto treinta y cuatro años.

pecial á los de Córdoba, y que disimulase faltas, y perdonase á los que le ofendiesen. Se cuenta de este rey Juzef que nunca castigó con pena de muerte, y los mayores castigos que hacia eran prision perpetua, y destierros de sus reinos. Fue enterrado en su mismo alcázar dentro de Marruecos, hallándose presentes sus dos hijos Abu Tair Temim, y Abulhasen Ali con otros muchos amigos y parientes de Lamtuna y de Zanhaga. Dícese que protestó al morir su deseo de propagar la ley de Dios, y Muhamad ben Half dice en su Beian Wadeh ó clara manifestacion, que no quedó á los Muzlimes entonces otro consuelo que la acertada eleccion que les dejaba hecha en su hijo Ali. Cuando la victoria de Zalaca en que acompañado de trece amires de Andalucia venció al rey Alfonso, mandó mudar la Zeca de la moneda que antes corria y renovó el cuño y puso en la moneda de oro otras inscripciones. No es Dios sino Alá: Muhamad enviado de Alá: el Príncipe de los Muzlimes Juzef ben Taxfin; y al contorno: el que siguiere otra ley que el islam no será recibida su fé, y en el dia último será de los infelices. Y por el otro lado: el amir Abdala príncipe de los fieles Abasi: y en el contorno el lugar y el año del cuño.

CAPITULO XXIV.

Entra á reinar Ali ben Juzef. Viene dos veces á España. Batalla de Uklis en que murió el infante don Sancho.

Luego fue proclamado en Marruecos Ali hijo de Juzef; apellidabase Abu Hasen: la madre que le parió

era cristiana llamada Comaica. Habia nacido en Ceuta
1084 el año cuatrocientos setenta y siete, era blanco y colorado, de hermosos ojos, barba suave, cabello lacio y negro, de bien proporcionada nariz, graciosa boca, y de mediana estatura y buena complexion. Fue su proclamacion en Marruecos en la
1107 luna de muharram del año quinientos. Era entonces de veinte y tres años, y tenia ya tres hijos, Tesfin el wali que le sucedió despues en el reino, Abu Becar, y Syr. Su secretario fue Abu Muhamad ben Abed de los hijos del rey de Sevilla: apellidóle el pueblo amir Amuminin: imperaba sobre todas las tierras de Almagreb desde Medina Beghaya hasta extremos de Velad Sus Alaksa; y de todo Alkibla desde Sigilmesa, hasta los montes del oro en Velad Saedan. Era dueño de casi toda España de oriente á occidente, y de las islas del mar de Syria, á Mayorica, Minorica y Yebisat. Se hacia por el chotba en mas de trescientos mil almimbares, y en suma era el mas grande y poderoso rey de su tiempo y de su familia. Era justo, erudito, esforzado guerrero, y buen defensor y amparador de sus fronteras, preciándose de seguir en todas las cosas las huellas de su ínclito padre. Despues tuvo otros hijos Abu Afs, y Omar que llamaban el mayor, Temim Ibraim, que fue en peregrinacion á Meca, Ishac, que murió por venganza á manos de un sobrino hijo de su hermano Ibrahim, Abu Ham, Davud, Omar el menor, Musdeli y Otman el menor de todos, que le hubo en una Cristiana, que por su mucha hermosura llamaban Fadelhusun. Fueron sus wazires en el principio de su gobierno Otman ben Omar, y al fin de él Ishac ben Otman. Cuando este wazir principió á servirle tenia diez y ocho años; pero su espíritu y prudencia en tan poca edad era la admiracion de los sabios y de los viejos, y por esto el rey Ali ben Juzef le hizo su

wazir, y servia este empleo muy á satisfaccion del rey, y sin queja del pueblo, y con notable ventaja del bien comun y de la administracion de justicia, pues era tal su ingenio y natural prudencia, que parecia que penetraba los corazones, y conocia lo pasado, presente y lo por venir. Con estos ministros y con su propia prudencia y amor á la justicia principió á ordenar muy bien las cosas del gobierno, tomando ademas consejo de los doctos y esperimentados en el conocimiento de los negocios de paz y de guerra, y á estos daba los empleos y principales cargos. Era en extremo liberal y muy compasivo con los pobres: tenia mucha gravedad en su persona, y así todos le reverenciaban, y por sus virtudes y potencias le amaban y temian. Juróle tambien obediencia su hermano mayor Abu Tahir Temim. Este rey fue el primero que quiso servirse de cristianos, dándoles empleos de recaudadores y de caballeros de su corte, sin que por eso dejase de hacer cruda guerra por su persona á las tierras de los cristianos. Testigos de su celo las comarcas de Toledo y de Talavera, asoladas y destruidas por sus victoriosas armas. A este fin pasó cuatro veces á Andalucía, como veremos.

Dícese que luego que anunció la muerte de su padre, y le envolvió en lienzos funerales, se presentó trayendo de la mano á su hermano Abu Tahir Temim, y le anunció á los Almoravides: y entonces su hermano tomó su mano derecha con la suya, y le juró y dijo: llegad y jurad al amir de los Muzlimes, y todos los jeques Almoravides que allí estaban presentes le juraron, y los de Zanhaga y Masamudes, y otras tribus Alimes y Alfakíes: así se celebró esta jura en Marruecos. Luego envió sus cartas á todas las provincias, así de Almagreb como de España, y á Velad Alkibla dándoles noticia de la muerte de su padre y señor, y de su exaltacion al trono; y asimismo les mandaba que le proclamasen en sus ciu-

dades, y se hiciese por él la chotba en las mezquitas. En este tiempo tuvo noticia de Fez de como su sobrino Yahye hijo de Abi Bekar ben Juzef, que era wali de aquella ciudad por encargo del rey Juzef su abuelo, luego que supo su muerte y la proclama de su tio Ali, se alborotó y se tuvo por muy ofendido de aquella jura, y se declaró contra ella, y no permitió que se hiciese en la ciudad de Fez, conviniendo en esto con él muchos nobles caudillos de Lamtuna. Esta inesperada nueva disgustó mucho al rey Ali, y al instante salió de Marruecos contra su sobrino. Cuando ya llegaba con su hueste cerca de Fez, su sobrino Yahye no sintiéndose con fuerzas para oponerse, resistir, ni defenderse de las de su tio, huyó de Fez, y Ali entró en ella luego miércoles dia ocho de rabii postrera del año quinientos. Algunos cuentan que como Ali hubiese llegado á Medina Magalia en confines de Fez, que escribió á su sobrino reprendiéndole su desobediencia y estravío con mucha dulzura, y convidándole á que se viniese á su merced, y le jurase obediencia como habian hecho todos sus parientes, y que asimismo escribió á los jeques de la ciudad amonestándoles sobre esto, y anunciándoles que sin falta iria á visitarles muy presto. Que recibidas aquellas cartas por Yahye congregó el Mezuar de la ciudad, y les dijo: que se dispusiesen á la defensa de ella, y que los jeques y principales se opusieron á su parecer, y le aconsejaron que no hiciese resistencia, que se fuese á su merced y le obedeciese, que esto le convenia, que era imposible el mantener la ciudad, pues todo el pueblo estaba por su tio Ali, y que sin el pueblo mal se podia defender la ciudad, por mas que todos ellos se empeñasen en ayudarle y morir en su ayuda. Que oyendo Yahye este consejo de los jeques, desconfió de la ciudad, y partió huyendo á Telencen donde era wali Mezdeli, y que este

caudillo le encontró en Guadi Mulua, que venia de presentarse y dar el parabien al amir Ali por su exaltacion al trono. Y como Yahye le dijese la intencion que llevaba y como venia, Mezdeli le disuadió de aquel propósito, y le dijo, que en todo caso era forzoso dejarse de ello, y tornaron juntos á Medina Fez, y entró Mezdeli á visitar al rey, y entre tanto Yahye se quedó en una tienda á las orillas de Guadixdrua, y allí estaba lleno de temores y de sobresalto. Entró Mezdeli y saludó al rey, y le dió parte del motivo de su pronta vuelta, y de como habia persuadido con mucha facilidad al wali Yahye á que viniese á su merced, y el rey le dió gracias por ello, y le alabó y honró su agradable servicio, y le dió seguro para su sobrino Yahye, y le perdonó. Luego fue avisado de ello y se vino al rey Ali, y le pidió perdon muy rendidamente y le juró obediencia, y el amir le perdonó, y para tenerle con mas seguridad le destinó á Gezira Morca, y desde allí se volvió á Sahva, y pasó desde allí al Hegiaz, y hizo su peregrinacion á la casa de Dios, y despues se volvió á su tio que le dió licencia de morar en la corte de Marruecos donde pasó tranquilo, hasta que por sospechas de conjuracion y levantamiento se le prendió y envió á Gezira Alhadra, y en esta ciudad permaneció hasta su muerte.

La primera vez que Ali pasó á España siendo rey
1017 fue en el año quinientos, y luego que llegó á Algezira vinieron á visitarle los cadíes de las aljamas, los sabios, los walíes y gobernadores de las ciudades, muchos caballeros y gente del pueblo, y á todos recibió muy bien, y los despidió muy contentos. En esta ocasion depuso del gobierno de Córdoba al wali Abu Abdala ben Alhag, y puso en su lugar al alcaide Abu Abdala Muhamad ben Zelfa: y

habiendo ordenado otras cosas convenientes al gobierno de Andalucia, se volvió á Africa.

1108 En el año de quinientos uno pasó segunda vez con ánimo de hacer guerra á los Cristianos, y envió antes á su hermano Temim que habia sido wali de Almagreb, para que previniese lo necesario, y le dió el gobierno de Valencia, y puso en su lugar en Almagreb Abu Abdala ben Alhag, que desde Córdoba habia venido á wali de Fez, y solo sirvió aquel empleo seis meses. Luego que Temin llegó á España, pasó á correr tierra de Axarkia y fronteras de Zaragoza.

En esta ocasion fue la celébre batalla de Uklis contra los Cristianos. Temim ben Juzef habia pasado á Granada, y allegó poderosa hueste y escogida caballería, y con ella hizo cabalgadas en tierra de Cristianos, y se puso sobre la fortaleza de Uklis, en donde habia gran chusma de cristianos que la defendian. Cercó aquella fortaleza, y la apretó tanto, que los Cristianos no pudieron mantenerla y la entró Temim, y acorraló á los Cristianos haciéndoles grandes estragos en sus campos. Llegó la noticia al rey Alfonso que se ensañó mucho por esta pérdida, y ordenó que luego partiesen sus gentes á la frontera para contener á los Muzlimes, y fue consejo de su muger, que puesto que Temim era hijo del rey de los Muzlimes, que saliese contra él Salcho, el hijo del rey de los Cristianos y suyo. Oyóla Alfonso, y le envió con gran hueste de lo mas noble de sus gentes, y vino á confines de Uklis, y cuando Temim entendió su venida quisiera salirse de la fortaleza, y retirarse antes de su llegada y sin encontrar á los Cristianos, y le aconsejaron sobre esto Abdala Muhamad ben Fatema, y Muhamad ben Aixa y otros valientes caudillos Almoravides, disuadiéndole de su determinacion, y animándole á esperar en la fortaleza sin

temor de los enemigos. Instaba Temim, y le dijeron: no hayas temor: aunque no seamos nosotros mas que tres mil caballeros, gran diferencia hay entre ellos y nosotros; y con esto se sosegó. No bien habia llegado la tarde de aquel dia cuando llegaron los Cristianos con muchos millares, y todavía queria Temim que abandonasen aquella fortaleza y huyesen de ellos, y hubieron su consejo los caudillos Almoravides, y no hallaban vía para la fuga, ni recursos para la seguridad y para mantenerse en la fortaleza: así que, acordaron dar batalla. Al rayar del alba salieron con ánimo desesperado, y acometieron á los Cristianos con tan heróico valor y denuedo, que no se vió pelea mas atroz ni mas sangrienta. En ella derrotaron á los Cristianos, y murió el Salcho hijo del rey Alfonso; y con él cerca de veinte mil Cristianos, y entraron los vencedores Muzlimes en Uklis espada en mano (1), y muchos lograron aquel dia la corona del martirio. Cuando la nueva de esta sangrienta batalla, y derrota de los suyos y muerte de su hijo llegó al rey Alfonso, fue tanto su dolor que enfermó de pena, desesperacion y tristeza, y como ya era viejo y débil adoleció, y murió de pesadumbre (2) á pocos dias dias de esta derrota. Escribió Temim esta gloriosa victoria al rey su hermano, de las mas venturosas que tuvieron los Muzlimes.

1109 En el siguiente año de quinientos dos salió de Valencia Muhamad ben Alhag de órden de Temim, y entró en tierra de Zaragoza con pretexto de ayudar al rey Almostain ben Hud. Este virtuoso y esforzado rey hacia correrías y cabalgadas en las fronteras de los Cristianos, talaba sus campos, ar-

(1) Aquí hay una contradiccion. Si Temim la tomó antes ¿cómo la entra ahora espada en mano?
(2) Dice Abdel Halim, á veinte dias.

rancaba sus plantíos, y les quemaba los pueblos. El rey Alfonso aunque muy ocupado en guerras con otros Cristianos entró por riberas del Ebro, y tomó Tauste, Burgues y Magalía, y sus campeadores hacian notable daño en los campos de Zaragoza: llegó el caudillo de los Almoravides Aben Alhag, y los Cristianos levantaron su campo, y entró con su hueste en Zaragoza, y desde allí escribió su victoria al rey Ali (1). Desconfiando el rey Almostain de la buena fe del caudillo de los Almoravides, y receloso de que se apoderase de su persona y le enviase á las torres de Agmat, sin decirle nada se partió de la ciudad, y se retiró á ciertos fuertes de frontera en aquella comarca, acompañado de los mas nobles de su reino. Aben Alhag conforme á la órden que llevaba salió poco despues á correr la tierra de Barcelona, y las algaras fueron muy venturosas, y en su ausencia tornó el rey Almostain Aben Hud á Zaragoza, y los Cristianos cada dia le talaban la tierra, y era tal su osadía que llegaban hasta las puertas de la ciudad. El caudillo de los Almoravides Aben Alhag volvia de su expedicion, y traía muy ricos despojos y muchos cautivos que habia hecho: dirigia estas presas por los caminos mas grandes y fáciles, y con su gente iba por ciertos atajos y veredas de montaña, tierras ásperas y fragosas; pero pobladas de alquerías de Muzlimes. En este camino áspero de guajaras que llevaba Aben Alhag, que no habia pasado por allí otra vez, estando enmedio de aquellas fragosidades le acometieron los Cristianos que estaban allí emboscados, y asaltaron á su gente tan de improviso y con tanto furor, que no tuvo lugar de ponerse en mediana ordenanza, y los Muzlimes huyeron con mucho desórden, y padecieron

(1) Dicen algunos que iba Aben Alhag con órden de permanecer en Zaragoza, como wali de ella por los Almoravides.

cruel matanza, tanto que perecieron casi todos los caballeros de Lamtuna, ó quedaron heridos y cautivos, y allí murió peleando como bueno el caudillo Muhamad ben Alhag, y se salvó huyendo en una ligera yegua el alcaide Muhamad Aben Aixa, que no fue poca fortuna. Cuando la nueva de esta desventurada algazia llegó al amir Ali pésóle mucho de ella, y fue muy sentida la muerte de Aben Alhag, y nombró el rey en su lugar á Abu Beker ben Ibrahim ben Tafelut, que estaba entonces en el waliazgo de Murcia, y partió sin tardanza á las fronteras de Zaragoza, pasando por Valencia, Tartuxa y Fraga, y corrió la tierra de Barcelona, y taló sus campos, quemó las alquerías, y robó los ganados y frutos en veinte dias que campeó sus comarcas, hasta que volviendo á tierra de Zaragoza le salió al paso Aben Radmir con mucha gente de Bazit Barcelona, y Velad Araguna, y trabaron sangrienta y reñida batalla, en que murieron muchos Cristianos, y como setecientos Muzlimes lograron la corona del martirio.

CAPITULO XXV.

Tercera venida de Ali; que sitia á Toledo y no pudo tomar. Victorias del rey Radmir. Correrías de Mezdeli.

Entendiendo el rey Ali que era necesaria su presencia en España determinó pasar á ella en el año qui-
1109 nientos tres, con próposito de asistir en persona á la sacra guerra: pasó desde Ceuta

en 15 de la luna de muharran de dicho año. Traia para este fin un poderoso ejército de cien mil caballos, y llegó á Córdoba, y se detuvo en ella un mes, de allí salió á la algazia, que fue cruel, entró por fuerza de espada la ciudad de Tabut, y veinte y siete fortalezas de la comarca de Toledo, y fue tal el estrago y espanto que causó en aquella tierra, que los pueblos huian de sus casas, y se acogian á los fuertes y á las ciudades y montes ásperos é inaccesibles, de suerte que toda la tierra quedó asolada y como desierta. Puso cerco á la ciudad de Toledo y estuvo la gente delante de el'a un mes, y hubo sangrienta pelea en Bab Alcantara, y la ganaron los Muzlimes con gran matanza de Cristianos, que no osaron salir mas aunque se puso el campo á sus puertas. Fuera de la ciudad se tomó la Almunia, y viendo que se perdia el tiempo, porque la ciudad es tan fuerte que no era posible entrarla por fuerza, se corrió la tierra y se entró en Magdit y Guadilhigiara. Luego pasó la hueste contra Medina Talbira y la cercó, y dió tan fuertes combates que fue entrada por fuerza de armas, con tanta matanza de los Cristianos que habia en ella, que no quedó uno á vida: y con esto el rey se volvió triunfante y contento con esta venganza, y pasó á Africa. Al mismo tiempo el virtuoso y esforzado rey de Zaragoza Ahmed Abu Giafar Almostain Bila Aben Hud, salió contra los Cristianos que tenian puesto cerco á la fortaleza de Tudila, que está á la ribera del Ebro, y con escogida caballería fue á socorrer á los suyos, los Cristianos les dieron batalla delante de la ciudad que fue muy reñida y sangrienta, y peleando el rey Aben Hud valerosamente por su persona le pasaron el pecho de una lanzada, y cayó muerto de su caballo: cuéntalo Abdala ben Aita que se halló presente en la batalla con el sabio Asafir de Gien. Con la muerte de su esforza-

do rey y caudillo los Muzlimes cedieron el campo, y la ciudad fue entrada por los Cristianos: acaeció esta derrota y grave pérdida para el Islam el año quinien-
1110 tos tres. Los Muzlimes llevaron su cuerpo á Zaragoza, y se le enterró con sus propias vestiduras y con sus armas como estaba, acompañando su féretro toda la ciudad que le lloró mucho tiempo. Y luego fue en ella proclamado rey su hijo Abdelmelic ben Ahmed Abu Meruan llamado Amad-Dola, que era muy esforzado caballero, si bien menos político que su padre para mantenerse entre tan poderosos y ambiciosos vecinos: ya habia dado claras muestras de su valor en la batalla de Huesca, y en las algaras de Tauste y de Lerida.

Por otra parte el caudillo de los Almoravides Sir ben Bekir que andaba en Algarbe de España, tomo las ciudades de Zintiras, Badajoz, Jabora, Bortecal y Lisbona, y todos los pueblos que tenian ocupados los Cristianos, ó no habian tomado la voz de los Almoravides: y escribió el estado de aquella frontera al rey
1111 Ali en la luna de dilcada del año quinientos cuatro.

En tanto que con varia fortuna peleaban los Almoravides en las fronteras contra los Cristianos, cuidaban los nobles jeques de Lamtuna, que tenian los gobiernos y alcaidías de ciudades y fortalezas, de ganar la estimacion y voluntad de los pueblos; pero estos mas los miraban como tiranos opresores que como auxiliares amparadores y amigos; pero el temor de la caballería y gente de guerra que de contino estaba en España, y la que cada dia desembarcaba de Africa, tenia á los naturales en obediencia de estos nuevos señores. Los cadíes, jueces y letrados que terminaban sus causas eran todavía mas insufribles que aquellos caudillos nacidos y criados en los desiertos entre leones y

hambrientos tigres; porque por lo comun era gente sencilla y franca, enemiga de engaños y vilezas, y no tan codiciosa como los cadíes que los engañaban, y á su sombra oprimian á los pobres desvalidos, y se aprovechaban del fruto de sus trabajos regado con el sudor de sus rostros. Los recaudadores de las rentas solian ser por lo comun Judíos, que las tenian en cabeza de Muzlimes y de Cristianos, que no eran sino ministros de la avaricia y codicia insaciable de los otros.

El caudillo de los Almoravides Sir ben Abi Bekir, que habia vuelto de sus expediciones de Algarbe á Sevilla enfermó en ella, y se le fue agravando su dolencia tanto que como era ya muy viejo no le sirvieron los recursos de la medicina, y pasó á la misericordia
1113 de Dios el año quinientos siete y fue sepultado en aquella ciudad. En su lugar se dió aquel gobierno á Muhamad ben Fatima, que lo tuvo tres años, que no vivió mas tiempo.

En este mismo año el caudillo Mezdeli corrió las comarcas de Toledo con espantosas algaras, talando y quemando los campos y alquerías de aquella tierra hasta la misma ciudad, derribó el fuerte de Servand y el de Azquena, y combatió la ciudad ocho dias con muchos ingenios, y en los fuertes degolló cuantos Cristianos habia en ellos, hasta las mugeres y los niños. Como la nueva de estos estragos y del apuro en que estaba la ciudad llegase á oidos de Albarhanis rey de los Cristianos, vino á su socorro con poderosa hueste. Mezdeli cuando entendió su venida levantó su campo y talando la tierra salió como á su encuentro, pasó por delante de él una obscura noche, y sin ser sentido pasó hácia Córdoba vencedor y cargado de despojos. Luego mandó llevar la guarnicion á Arahina y la fortaleció, y puso en ella caballeros y ballesteros,

y mucha gente de guerra. Entonces supo Mezdeli que el conde Garcís señor de Guadalgiara, estaba sobre Medina Celim, y partió con escogida gente contra él, y como tuviesen aviso cierto de su ida los del conde Garcís, luego levantaron su campo y huyeron abandonando el cerco, y no se engañaron en esto, que luego poco despues llegó el Mezdeli, y se apoderó de sus bagages y máquinas que habian traido. En el año
1114 siguiente de quinientos ocho murió este esforzado caudillo gobernador de Córdoba, y fue su muerte gloriosa en una escaramuza que trabó en ocasion de cierta entrada contra los Cristianos, en que pereció peleando como bueno. Se escribió su muerte al rey Ali ben Juzef, que sintió mucho la pérdida de tan valeroso caudillo, y dió el waliazgo de Córdoba al hijo del mismo llamado Muhamad ben Mezdeli, no menos esforzado y ardiente que su padre, y por desgracia no le duró el gobierno ni la vida mas que tres meses, pues deseoso de vengar la muerte de su padre salió á las fronteras, y murió en aquella cabalgada contra Cristianos, con el mismo valor y destino que su padre.

1115 En el año quinientos nueve envió Juzef sus naves á las islas de oriente de España, porque habian entrado en ellas los Cristianos robando y matando á los Muzlimes, y de sola la fama de que se acercaba la flota de los Muzlimes, huyeron de ellas los Cristianos, que no osaron esperar que los echaran por fuerza de armas, y se llevaron mucha gente cautiva, y mataron no poca con extraña crueldad.

Abu Muhamad Abdala ben Mezdeli pasó desde Granada con buen número de tropas de caballería á Valencia, entró en ella y descansó, y de allí pasó el año
1116 quinientos diez á Zaragoza, que la tenia en gran aprieto el rey de los Cristianos Aben

Radmir, que la cercaba con sus gentes y talaba sus campos: tuvieron muy reñidas batallas, y le forzó á levantar el cerco y salir de la tierra y comarcas de Zaragoza. El rey Amad-Dola Aben Hud desconfiando del caudillo de los Almoravides luego que tuvo descercada la ciudad, se retiró con su familia y riqueza á la fortaleza de Rot-Alyehud, y falto de consejo no sabia si allegarse á los enemigos Cristianos y valerse de ellos, ó ponerse en manos de los Almoravides de su misma ley y sus auxiliares; y el diablo le cegó para que tomase el peor camino, y se concertó con los Cristianos que seria su aliado y amigo contra los Almoravides. Dice Alcodai que disgustados los de Zaragoza de esta alianza de su rey, escribieron á Muhamad ben Alhag caudillo Lamtuni, que era wali de Valencia, que vino á ellos y toda la tierra se declaró por los Almoravides, y que dió batalla cerca de Zaragoza, y venció á los Cristianos año quinientos doce, en cuatro de ramazan. El rey Aben Radmir concibió grandes esperanzas de su amistad, y allegó gran número de tropas, y volvió con todo su poder contra Abdala ben Mezdeli que defendia la frontera de Zaragoza: encontráronse en cercanías de aquella ciudad, y se dieron sangrienta batalla en que el valeroso Mezdeli murió peleando con los mas nobles caudillos de los Muzlimes, que fueron derrotados con grave matanza, y los Cristianos los persiguieron algunos dias. Entonces pasaron los Cristianos á Lérida, y la tomaron, y otras fortalezas del Guf de aquella tierra: y despues que fue deshecho el ejército de los Almoravides volvió el rey Amad-Dola Aben Hud á entrar en Zaragoza, concertando su alianza y pérfido trato con Aben Radmir.

La noticia de estas pérdidas excitaron el ánimo del rey Ali, que dispuso pasar á España el año quinientos
1117 once; pero sin perder tiempo ordenó á su hermano Temim, que mandaba en la Axar-

kia de España, que reuniese muchas tropas y fuese á socorrer á los Muzlimes de las fronteras de Zaragoza y de Lérida que estaban en mucho peligro de perderse. Y cuenta Yahye que Ali pasó á España, y corrió y taló la tierra de Galicia, y tomó por fuerza de armas la ciudad de Calambria, y habiendo hecho grandes extragos se volvió á Ceuta: esto el año quinientos once, y que dejó por largo tiempo claros rastros de aquella terrible entrada. Entretanto congregadas las tropas de Andalucía se juntaron con Temim ben Juzef en Valencia, y salió en su compañía Abu Yahye ben Taxfin su pariente gobernador de Córdoba, y Muhamad ben Alhag wali de Valencia, y muchos nobles jeques de Lamtuna, y los caballeros Almoravides, y mucha gente de guerra, corrieron á tierra de Lérida, y huyó de ella Aben Radmir para evitar que la cercaran, y le encontraron y se dieron sangrienta batalla, que fue de tanta pérdida para los unos como para los otros, y Temim viendo tan disminuido su ejército tuvo por conveniente el suspender aquella jornada, y se volvió á Valencia con poco mas de diez mil hombres.

Cuando esto vió Aben Radmir despreció los conciertos que tenia con Amad-Dola, y le pidió que le dejase la ciudad de Zaragoza. El rey Amad-Dola se vió cogido en las redes que él mismo habia ayudado á tender, y no sabia que partido tomar: y sin responder al rey Radmir cuidó de fortificar la ciudad cuanto fue posible, y proveerla para el cerco que esperaba. No se descuidó Aben Radmir en buscar gentes de los montes de Afranc, y con infinita chusma de gente que parecian hormigueros, ó tropas de langosta, vinieron á cercar la ciudad de Zaragoza, y ordenaron sus combates, y labraron torres de madera que conducian con bueyes, y las acercaban á los muros, y ponian sobre ellas truenos y otras veinte máquinas, y tenian espe-

ranza cierta de tomarla, y así apretaron el cerco, y la pusieron en tanto estrecho que perecia de hambre la mayor parte de la gente, pues como la ciudad era muy poblada y de mucha gente, no bastaron las provisiones que se habian podido llevar antes del cerco: y así enviaron á tratar de avenencia con el rey Radmir, que ya no esperaban socorro sino del cielo: el rey Radmir les ofreció seguridad en sus vidas y haciendas, y que fuesen libres en morar en aquella ciudad, ó retirarse á otra parte: y con esto se entregó la ciudad, y muchos nobles Muzlimes pasaron á Valencia y á Murcia: esto pasó el año quinientos doce: el rey Amad-Dola se retiró con toda su familia á la fortaleza de Rot-Alyehud. Pocos dias despues de entrada la ciudad de Zaragoza, llegaron diez mil caballos que enviaba de Africa el rey Ali, y como entendiesen que ya la ciudad estaba en poder de los Cristianos se detuvieron antes de llegar.

En el año siguiente ufano el rey Radmir con sus victorias congregó su gente y entró la tierra de los Muzlimes, y envió contra el Temim una florida tropa de caballería y peones: encontráronse con el enemigo de Dios en un lugar llamado Cutanda y se trabó muy reñida batalla en que el enemigo rompió y deshizo á los Muzlimes con cruel matanza, pues murieron veinte mil voluntarios, aunque de los otros ninguno; y huyó el resto del ejército desbaratado á Valencia: murió en esta terrible batalla Abu Bekir ben Alari, y entre otras personas y caudillos de cuenta el alfaki Ahmed ben Ibrahim Abu Ali que era cadi de Jilvis: fue esta desgraciada batalla en juéves diez y nueve de rabie (1)
1120 primera, año quinientos catorce. Con esta victoria el enemigo de Dios entró en Medi-

(1) Otros, veinte y cuatro de rabie postrera.

na Calatayub que está en aquella frontera oriental de España, y desde ella corria y talaba las tierras de los Muzlimes, y se fortificó en aquella comarca sin dejar de hacer sus cabalgadas en tierra de Alguf.

Estas desgracias llegaron á noticia del rey Ali ben Juzef y ordenó el pasar en España con propósito de hacer la sagrada guerra, y mejorar el estado de sus fronteras, y esta fue su tercera pasada á España y pasó con él innumerable gentío de los Almoravides, de Alarabes voluntarios de las tribus de Zenetes y Masamudes y otras de Berberíes, y habiendo pasado venturosamente llegó con su ejército á Córdoba. Allí vinieron á su presencia todos los walíes y alcaides de Andalucía y se informó de ellos del estado de cada provincia y ciudad y de cuanto pertenecia al buen gobierno de ellas: dió el cadiazgo de Córdoba que tenia Aben Raxid al cadi Abul Casem ben Hamid, y partió á tierra de Algarbe, y entró por fuerza de armas en Medina Sanabria (1) matando y cautivando gente, y con la misma crueldad trató á muchos otros pueblos del Algarbe, estragó los campos, robó los ganados y pasó destruyendo y quemando cuanto encontraba hasta que sojuzgó toda aquella tierra, que dejó asolada y como desierta: huian los Cristianos delante de su vencedora hueste despavoridos que no hallaban refugio para defenderse de aquella terrible y fulminante tempestad sino en los montes y castillos roqueros inaccesibles.

(1) Tal vez esta ciudad es la llamada Calambria en la entrada segunda.

CAPITULO XXVI.

Insurreccion en Córdoba contra los Almoravides. Alboroto en Africa. Orígen de Abdala ó el Mehedi.

1121 Al año siguiente de quinientos quince se volvió el rey Ali á Africa dejando encargadas las cosas de España á su hermano Temim que no tuvo hora de reposo.

Dice Yahye que la ocasion de la cuarta venida del rey Ali á España en el año mismo de quinientos quince fue á causa de un alboroto é insurreccion popular que sucedió en Córdoba siendo wali de ella un principal caudillo llamado Abu Yahye ben Tobada. Fue la causa que suscitó el alboroto la insolencia de los Almoravides que componian aquella guarnicion, que hacian todo género de agravios á los naturales y vecinos de la ciudad, pues no solo les robaban sus bienes y estragaban sus jardines, sino que entraban en sus casas y les forzaban sus hijas y mugeres. No bastando quejas ni venganzas particulares para contener la insolencia de aquella tropa de arrogantes africanos los vecinos se amotinaron y tomando las armas á voz de comun acometieron á los Almoravides y mataron muchos de ellos, y como se hiciesen fuertes en casas y torres los cercaron y minaron entrando en ellas con furor y degollaron á cuantos se les ponian delante. La nueva de este alboroto llegó muy presto al rey Ali que estaba en Marruecos, y cre-

yendo que era necesaria su presencia para remediar los inconvenientes que de este suceso podian resultar, si las demas ciudades de España seguian el ejemplo de Córdoba, luego dispuso volver á gran prisa, y para esto congregó mucha gente de guerra de las cabilas de Zanhaga y Zeneta y Masamuda y de los berberíes de las Sierras (1) de Daren y con innumerable gente de á pie y de á caballo pasó á Andalucía, y sin detenerse llegó delante de Córdoba, y encontró las reliquias de la guarnicion y al wali Abu Yahye que habian podido salvarse huyendo del furor y venganza popular. Los de la ciudad como entendiesen la venida del rey Ali cerraron las puertas de Córdoba y barrearon las calles que salian á la muralla, y se fortificaron y apercibieron para esperar un largo y riguroso cerco : asimismo tuvieron su consejo sobre lo que convenia hacer en èstas circunstancias, y como podian obrar contra su rey Ali en aquel caso en que sus propios ministros y soldados les habian dado motivo y causa justa de tomar las armas, y los alimes y alfakies de Córdoba dijeron que convenia hacer saber al rey que aquel alboroto y rebelion no habia sido voluntario en los de la ciudad, sino forzados del natural derecho defendiendo sus propias vidas, sus familias y mugeres, no solo sus haciendas: que el orígen y causa del mal habia sido la insolencia de los Almoravides, y en ellos estaba y de su parte la injusticia del caso: que si el rey Ali, despues de informado de la verdad de aquel suceso, porfiase en ayudar y proteger el partido de los insolentes y soberbios causadores del mal, en este caso los de Córdoba harian justa resistencia al rey Ali en defensa de sus personas, vidas, honras y haciendas, y debian mantenerla hasta que Dios quisiese poner remedio á las desgracias. Con este

(1) Atlas ó montes claros.

parecer los de Córdoba negaron la entrada al rey Ali, que combatió la ciudad por muchos dias hasta que cansados los vecinos de las fatigas é incomodidades del cerco, y de los combates se convinieron en enviar una embajada al rey Alí para rogarle que tratase á la ciudad como suya y se acordase de los encargos que al morir le habia hecho el rey Juzef su padre acerca de Córdoba, que perdonase sus excesos pues si miraba la ocasion de ellos eran harto disculpables. Los enviados fueron los mas nobles de la ciudad, y el rey los recibió bien y se concertó que la ciudad pagase cierta cantidad de doblas para recompensar á los Almoravides que habian perdido sus bienes en la insurreccion, y cuyas huertas y casas habian saqueado. Así se concluyó la avenencia á satisfaccion de todos, y entró el rey en la ciudad y todo quedó sosegado. Pocos dias se detuvo el rey Ali en Córdoba pues le avisaron de Africa que en el reino de Sus Alaksa se habia levantado el Mehedi.

Las asonadas de guerra y levantamientos de gentes en Africa que fueron causa de la partida del rey Ali fueron ocasionadas por el Mehedi cuyo aparecimiento alborotó toda el Africa y la puso en armas por muchos años, y fue causa de arruinar el poderoso imperio de los Almoravides dueños de la principal parte de Africa y de España, y que en ambas regiones apenas habia pueblos que no le obedeciesen y temiesen su potencia. El orígen de estas cosas fue de esta manera.

Un hombre llamado Abdala hijo de Tamurt, que despues tomó el nombre de el Mehedi Africano de la tierra de Sus de la cabila Masamuda partió á oriente y oyó á los sabios de aquella tierra, y en especial al célebre Aben Ahmed Algazali, con el cual estuvo tres años, despues de este tiempo se tornó á Africa y entró en ella al principio de la luna rabi primera del año qui-

1116 nientos diez. Principióse á divulgar su compostura en el vestir, su austera santidad, su enérgica y libre predicacion reprendiendo los vicios del comun y de los reyes, conmoviendo é inquietando los ánimos del pueblo, y dándose el título del Mehedi para atraerse los pueblos ignorantes y supersticiosos que no descubren las intenciones tiránicas de estos impostores.

Como llegase á cierta aldea á confines de Telencen llamada Tejewa encontró en ella á Abdelmunem ben Ali mozo de buena disposicion y hermoso de rostro, que estaba de camino para oriente en compañía de un tio suyo que le llevaba á estudiar. El Mehedi se concertó con él y le prometió que le enseñaria las letras que iba á buscar al oriente, y el tio de Abdelmumen fue contento de esto. Enseñóle cuanto conducia á sus intenciones estando en el arrabal de Melala, y en especial ciertas profecías escritas en un libro que le mostró donde se decia, no se levantará el imperio de la vida y de la ley sino con Abdelmumen luz de los Almoravides. Luego que le tuvo instruido y acomodado á sus designios le nombró su vizir, y partieron á tierra de Beni Jiris, donde le siguió otro mozo llamado Abu Muhamad Bekir, y pasaron juntos á la ciudad de Fez, y desde allí á Marruecos, y en esta ciudad acaeció que un dia de giuma en que todo el pueblo estaba en la mezquita mayor para hacer su azala, este Muhamad ben Abdala se adelantó á la primera hilera delante de todos y en donde solo se solia poner el imam. Todos se maravillaron de esto, y un ministro de la mezquita llegó á él y advirtió que allí solo podia ponerse el rey de los Muzlimes. Aben Abdala volvió á él la cara con mucha severidad y grave reposo y le respondió con estas palabras del alcoran, *inne el mesagide lillahi*, ciertamente los templos son solo de Dios, y prosiguió el capítulo teniendo suspensos á todos, y mirándole todos con ad-

miracion. Como de allí á poco llegase el rey para hacer su oracion todo el pueblo se levantó para hacerle el acostumbrado comedimiento, solo Aben Abdala no se movió del sitio que habia tomado, sin alzar los ojos á mirar al rey ni hacer la mas mínima mudanza, todo lo cual fue muy notable para el pueblo que se maravilló mas de él. Acabada la azala fue el primero que se levantó á saludar al rey, y al fin de su azalam le dijo, remedia los males é injusticias de tus reinos, porque Dios te pedirá cuenta de todos tus pueblos. El rey Ali no le respondió palabra, y las palabras de Abdala causaron el efecto que él deseaba en los ánimos leves del pueblo. El concepto que el rey hizo de él fue que seria algun hombre santo, que debia de haber hecho profesion de morabút austero y celoso, y le mandó decir que si tenia alguna necesidad ó negocio, que lo dijese para que se le despachase á su voluntad, y respondió muy mesurado y vano, que sus negocios no eran de este mundo; sino en cuanto trataba de corregir la liviandad y malas costumbres de los pueblos. Esto puso en algun cuidado al rey Ali, y mucho mas entendiendo que predicaba públicamente contra las profanidades y deleites excesivos así en las plazas como en las mezquitas, haciéndose en todas partes tan notable y llevando tras sí muchedumbre de pueblo que le escuchaba con admiracion. El rey mandó á sus alimes que le tanteasen y examinasen y viesen qué concepto podia hacerse de él, si era sabio, si sus trazas ó intentos eran buenos ó cautelosos, y dignos de atencion. Entre estos alimes habia uno muy principal llamado Abu Abdala Melik ben Wahib Andaluz, y para cumplir con lo que el rey les encargaba conversaron varias veces con mucha cautela con el Mehedi, y trataron con él de ciencias y de letras, y en otras muchas cosas, y al fin enterados del carácter, ánimo é intentos del Mehedi, y

no engañados en sus sospechas, vinieron al rey y le dijeron el juicio que habian formado de aquel hombre, y como entendian que se debia hacer con él. Señor, dijeron los alimes, no hay duda que este trata de seducir y alborotar los pueblos con graves novedades y escándalos, conviene ponerle en prision y apartarle de la comunicacion del ignorante vulgo; y Melik ben Wahib uno de ellos dijo: oh rey, que Dios perpetúe, haz para este hombre una prision de hierro sino quieres que te haga gastar una casa de oro: otros le dijeron: Señor, pon á este hombre en hierros y cadenas, sino quieres que te haga mañana oir los atambores en campaña. En esta junta que el rey tuvo de alimes y de jeques estaba su vizir Otman ben Omar, y pareciéndole mucho temor el de aquellos alimes, y que no debia de dar temor á un tan poderoso rey como Ali un hombre bajo y de ningun valor, solo y mezquino, dijo al rey: oh señor, vano y sin razon es el temor y recelo que manifiestan estos alimes: no cuide vuestra grandeza muy sublimada de poner sus ojos y atencion en un hombre miserable ni en sus opiniones y extravagancias. Con este consejo se sosegó el ánimo del rey que no hizo mas caso por entonces del Mehedi. Este continuaba su predicacion y le dejaron libre divulgando sus opiniones; retiróse á Fez y estuvo en aquella mezqui-
1120 ta cuatro años, hasta el quinientos catorce
en que pasó á Marruecos sin contenerle la presencia del rey y de la corte en sus celosas predicaciones. Entraba en plazas y aljamas siempre acompañado de su vizir Abdelmumen, y con su acostumbrada libertad de filósofo reprendia los vicios y el libertinage, los abusos en el vino y deleites, y rompia lleno de celo los instrumentos músicos que acompañaban los bailes y cantares de disolucion: todo esto sin licencia de los ministros de las aljamas, ni del rey, que solo toleraba

y consentia este escándalo porque se lo ocultaban ó disminuian. Llegó en fin á sus oidos el alboroto é inquietud que este hombre excitaba, y le hizo venir á su presencia, y le dijo: ¡Ola, buen hombre, ¿qué es lo que de ti me dicen? y respondió con mucho reposo y gravedad: ¿qué te pueden decir de mí, sino que soy un pobre que anhela por la otra vida y nada quiere de esta? yo no tengo en este mundo mas negocio que el mio propio, que no es en verdad de este mundo. Maravillóse el rey Ali de su respuesta, y mandó que los alimes disputasen con él en su presencia. La plática fue larga y docta; pero el fin de ella no fue de satisfaccion para el rey, ni de convencimiento para los sabios que repitieron al rey sus recelos, y le aconsejaron que no permitiese que aquel hombre predicase ni enseñase sus doctrinas y novedades: que seria bueno que le hiciese á lo menos salir de la ciudad, porque seducia y alborotaba los leves ánimos del ignorante vulgo. Así lo mandó el rey, y partió con su vizir y amigo Abdelmumen fuera de la ciudad, y no muy lejos de ella: allí entre unos sepulcros hicieron una choza, y allí permaneció, y allí acudia por verle y oirle mucha gente, y tantos venian á buscarle y tantos concurrian, y tal fama se divulgó de su virtud, que le rodeaban de continuo mas de mil y quinientos hombres, dispuestos á seguirle adonde fuese, y prontos tambien á cumplir en cuanto les mandase su voluntad. Aquí principió á ponderar la irreligion y liviandad de los Almoravides, hablando con osadía así de los vicios del comun de ellos, como tambien de los príncipes en que hallaba harta materia, y en este tiempo comenzó á decir que él era el Mehedi prometido por Dios, que venia al mundo á reformar las costumbres estragadas de los hombres, y á darles instrucciones rectas, y encaminarlos en la senda de la verdad y camino de la justicia, y á enseñarles que solo Dios es el verdadero Se-

ñor. Crecia el crédito de el Mehedi y el número de sus secuaces, y el rey Ali temió que se suscitase alguna sublevacion por causa de aquel fánatico, y le envió á decir: que temiese á Dios, que no inquietase al pueblo, que no estuviese mas en la ciudad: y respondió el Mehedi: ya obedecí tu mandamiento, y vivo entre los muertos, en una miserable choza, y no pienso sino en la vida eterna y en no hacer caso de los hereges. Entonces el rey mandó que le prendiesen y le cortasen la cabeza; pero el mandamiento no fue tan secreto como convenia, y avisado de ello el Mehedi se pasó á Agmat, seguido de sus mas fervorosos discípulos, y desde allí pasó á Tinmal en tierra de Suz, y entró allí en la luna
1120 de jewal del año quinientos catorce. Allí predicaba con entera libertad sus nuevas opiniones y ceremonias, siguiéndole muchedumbre de gentes de aquellos bárbaros, y conociendo que ya era tiempo de predicar armas, violencias y guerra á los que él llamaba tiranos y hereges, habló un dia á sus secuaces estas razones. Las alabanzas á Dios que hace su voluntad sin que su cumplimiento pueda resistirle ninguna potencia, ¡ni quién estorvará sus eternos decretos! la gracia de Dios sea con nuestro señor Muhamad su enviado: el cual anunció la venida del Mehedi Iman, que llenará la tierra de justicia y de equidad, en vez de las injusticias y maldades de que está cubierta, arrancará la tiranía que la oprime y hace gemir debajo de sus injustos pies. Enviarále el Señor cuando la verdad esté obscurecida de la falsía, cuando la justicia esté desterrada y suplantada de la iniquidad, y en el trono de la bondad y rectitud esté sentada la tiranía. Su patria será el apartado Sus Alaksa, su tiempo el último, su nombre el nombre, y su empresa la de encaminar como buen encaminador, y este es el intento que me ocupa. Acabadas estas palabras se levantaron

diez varones de los que le seguian, y entre ello su vizir y amigo Abdelmumen, y le dijeron: Señor nuestro, lo que nos acabas de decir, y la descripcion que nos has hecho del prometido Mehedi á ti solo conviene, tú eres nuestro Mehedi, nuestro iman, y á ti juramos cumplida obediencia: y le juraron allí debajo de un algarrobo, prometiéndole de estar siempre aunados con él, y ser sus mismas manos para defenderle y ayudarle haciendo guerra á todas gentes que se le opusiesen, y derramar su sangre en su servicio. Los Berberíes á imitacion de los diez varones se levantaron tambien, y juraron seguirle, defenderle y ampararle, haciendo guerra por su mandado á quien él quisiere, y morir si necesario fuese por servirle, pues él era su Mehedi, sin que les intimidasen los trabajos, muerte y aflicciones que por su causa se les ofrecerian. Los diez varones que primero le juraron fueron estos. (1) Abdelmumen ben Ali, Omar ben Ali, Aznag Abu Muhamad Albaxir, Abu Chiafax, Aben Yahye ben Yanti, Soliman ben Chaluf, Ibrahim ben Ismail Alhezregi, Abu Muhamad Abdel Wahid Aladri, Abu Amran Muza ben Temar, y Abu Yahye ben Jalut.

Despues de estos diez le juraron otros cincuenta, que fueron de los principales, y despues de estos cincuenta se presentaron á jurarle setenta varones, que hicieron los mismos juramentos y ceremonías, que se habian hecho en el dia de la jura comun, y de estos formó dos consejos, que llamó el de los cincuenta y el de los setenta: y para mayor autoridad suya, los negocios mas graves los trataba solo con los diez principales ministros: los negocios de menos importancia los determinaban los del consejo de los cincuenta, y los fáciles y

(1) Hay alguna diferencia en los nombres de estos varones en todos los historiadores.

ordinarios se trataban y decidian en el de los setenta, y en todos era absoluta su potestad. Detuviéronse los que le juraron en Tinmal, hasta la luna de ramazan
1121 del año quinientos quince, y la jura solemne se celebró el giuma quince de dicha luna de ramazan, á la hora de la azala de adohar, y á la mañana del dia siguiente sábado pasó á la mezquita, y subió al almimbar, y les predicó á todos, y confirmó su cargo de Mehedi diciendo: varones de Tinmal, yo soy vuestro Mehedi ó encaminador, que vengo á enseñaros á conocer á Dios, Señor y Criador de todas las cosas, justo juez de todas las criaturas, y los exhortó á seguir sus banderas contra los hereges, y él estaba rodeado de sus diez ministros que tenian desnudas sus espadas. Partió luego por aquellos montes y anduvo vago y errante, predicando y atrayendo así los rústicos moradores de aquellas montañas, de manera que congregó gentío innumerable, y cada dia se acrecentaba viniendo á él gente de todas partes, y todos le admiraban y aplaudian, y le llenaban de bendiciones: sus discípulos enseñaban la unidad de Dios en lengua Bérberi, y como toda era gente muy rústica é ignorante, y su unidad de Dios muy simple y sencilla, que no les hablaba de atributos ni de alcoran, todos los oian con gusto, y se acomodaban á su doctrina: así fue que llevaba tras sí, de la tribu Masamuda mas de veinte mil hombres, y de estos escogió para las armas diez mil valientes, y con la bandera blanca los encargó á Muhamad Albaxir, y pasó con ellos á Medina Agmat.

CAPITULO XXVII.

Guerra entre los Almohades y Almoravides.

Cuando esto supo el amir Ali que estaba en España vino luego á Africa, y envió contra ellos un ejército de los Almoravides, que encargó al wali de Suz Abu Bekir de Lamtuna, el cual fue á buscar al rebelde y alborotador Mehedi, pensando que de una vez acabaria con sus imposturas y escándalos; pero informado de la infinita chusma que le seguia de las cabilas de Herga, Tinmal, Hinteta, Gidmiiua y Hescura, que todas son tribus y familias diferentes de Berberíes, y del órden y disposicion de guerra que traían, temió el pelear con ellos y se retiró, y refirió al rey los que pasaba: que el Mehedi no venia seguido de sola gente mezquina y allegadiza, sino de bien ordenadas banderas de combatientes, que á cada diez hombres de guerra tenia un cabo ú almocaden que los dirigia, bien repartida la caballería, y los tiradores y ballesteros con muchos caudillos esforzados, dispuestos á morir en defensa de su imam. Entónces el rey Ali mandó allegar mas tropas y que unidas á las que tenia Abu Bekir, y acaudilladas todas por su hermano Abu Ishac Ibrahim fuesen en busca de los rebeldes. Encontráronse en batalla campal, y estando los ejércitos en órden de batalla unos enfrente de otros y á punto de acometerse, no se sabe por qué súbito temor, ni qué hubieron de ver los Agemies y demas caballeros que estaban en la delan-

tera, que todos volvieron brida y huyeron á rienda suelta, desordenando y atropellando á todo lo demas del ejército, que tambien hizo lo mismo, y en un punto quedó el campo desbaratado, de manera que sin pelear quedaron vencidos los del rey Ali, pero los del Mehedi que los siguieron ensangrentaron bien sus lanzas en sus espaldas, y mataron muchos de ellos. Se apoderaron del campo y de las riquezas, armas y caballos que traian el tren de pavellones y provision de los Almoravides. Cuenta Abu Jair que no dió tanto pesar al rey la derrota y vencimiento de este ejército, cuanto le entristeció el saber de cierto que se le habia rebelado la tribu de Hinteta, y otros tribus de gente muy esforzada: así que muy encolerizado mandó poner luego en órden otro ejército muy numeroso, y lo encargó á un caballero llamado Syr ben Musladi de Lamtuna, que viniendo á encontrar á los de el Mehedi trabó con ellos muy reñida y sangrienta batalla, y fueron vencidos los Almoravides con horrible matanza. Ufano con estas victorias preguntaba el Mehedi á los suyos, oh Almohades, que así se llamaban sus secuaces, ¡qué dicen de vosotros los de Lamtuna! Y le respondieron que los llamaban por infamarles Abarixes, apóstatas renegados, y les dijo Mehedi: pues con mas razon los podeis vosotros llamar Muxesimines y Zerragines, como apartados de la verdad, y extraviados del verdadero camino. En esta ocasion escribió el Mehedi una carta para los Almoravides llena de soberbia y arrogancia, que decia así: A la gente engañada del demonio, contra quien Dios misericordioso está airado, á la junta y compañía enemiga, á la soberbia gente de Lamtuna: despues de esto: en verdad que os mandamos hacer lo que mandamos á nuestra gente y á nuestra misma persona, así acerca de temor de Dios y de su perpetua obediencia, como para que

creais que el mundo fue criado para despues acabar en nada, y que el paraiso es para los que sirven á Dios y le temen, y Gihenam y sus tormentos de eternidad para los descreyentes que ofenden á su divina magestad: pues es razon cierta segun la ley de nuestro señor y profeta Mahomad, que nos tenemos imperio con derecho sobre vosotros, y que si pagais este derecho, y cumplis esta obligacion tendreis paz; pero sino sabed, que ayudados del invencible poder de Dios, os haremos guerra matándoos y destruyendo vuestras haciendas, hasta borrar del mundo la memoria de vuestro nombre. Quemarémos vuestros pueblos, asolarémos vuestras ciudades, no quedará de vuestras casas ni de vosotros rastro alguno: y sabed que esta carta servirá de disculpa de lo que justamente padeceréis, pues os avisa con tiempo de lo que os conviene, y es bien cierto que se disculpa quien antes avisa: salud en cuanto permite la ley que os salude; pero ésta no concede ni consiente que os demos salud de amistad.

Cuenta el Hedaiki que al rey Ali dieron gran cuidado las victorias del Mehedi, que estaba triste y muy solícito sin poder deshechar de su corazon el deseo de venganza que le atormentaba, y traia á todas horas en su imaginacion mil pensamientos y trazas para acabarle y vencerle: así que, luego dispuso nuevo ejército que fuese contra él, y escribió á los pueblos y cabilas que todavia no estaban rebelados, exhortando á todos á que hiciesen guerra al rebelde. En tres de jaban
1122 del año quinientos diez y seis, se juntó un nuevo ejército con órden de que peleasen de poder á poder con los rebeldes Almohades. Encontráronse los ejércitos y trabaron cruel batalla; pero los enemigos que tenian mucha y buena caballería los rompieron y desbarataron, de manera que entró en los Almoravides tal espanto y temor, que estaban atónitos y atemori-

zados que no osaban esperar el encuentro de los enemigos, y todos llegaron á sospechar un desventurado suceso de aquella revolucion y alzamiento de él, y cuenta el Zuhairi que se halló presente en Marruecos, y vió salir un florido ejército, que el rey Ali envió á las montañas contra los Almohades, que iba por caudillo de la hueste Abu Tahir Temim su hermano, caudillo de tanto valor y esperanza, que este poderoso ejército subió las sierras en busca del enemigo, y estando al pie de los montes en que andaba la gente del Mehedi ordenó Temim sus tropas con sumo concierto, que principiaron á subir la cima de la montaña por diversas partes; pero cuando llegaron á las mayores asperezas y guajaras de aquellos riscos, sin saber por qué á la entrada de la noche se desordenaron y comenzaron á echarse por aquellas breñas y despeñaderos, así los de á pie como los caballeros con tanta precipitacion, que la mayor parte de ellos fueron despeñados y quedaron muertos en los barrancos, y fueron vencidos sin pelear ni ver al enemigo, de suerte que pocos volvieron á Marruecos. Fue esta desgracia cerca de un pueblo llamado Quig. Los Almohades bajaron persiguiendo las reliquias del ejército que habian quedado en compañía de Temim hasta llegar á la sierra (1) de Virikua, allí salió al paso de los Almohades el caudillo Yeti de Lamtuna con tropas de Almoravides, que pelearon con harto valor en ayuda de los suyos; pero al fin fueron vencidos y desbaratados, y el caudillo Yetti murió peleando con muchos nobles de Agmat.

Despues de esta victoria se retiró el Mehedi á Tinmal y dejó aquellos montes, y trató de poner su asiento en aquella fortaleza tan acomodada por su natural disposicion para resistir á cualquiera potencia. Cuando

(1) Está á la parte meridional de Agmat.

llegó repartió las tierras y casas entre sus compañeros y cercó la ciudad de altos y bien torreados muros, y en el monte que está sobre la ciudad y la señorea edificó una fortaleza con muy fuerte muro, y desde aquella alta cumbre dominaba no solo la ciudad y la sierra en que está, sino tambien los campos que tiene á la otra parte, de manera que no se sabe que haya ciudad mas fuerte que la de Tinmal: no puede entrar en ella hombre á pie ni á caballo sino por dos entradas una á oriente y otra á occidente que es como se va desde Marruecos, cada entrada es una angosta senda, de manera que es forzoso apearse para entrar por ella, y es menester ir con gran cuidado para no despeñarse: este camino tan estrecho está abierto á mano y picado en la dura peña tajada y de profundos despeñaderos por un lado, y por el otro altos y escarpados riscos: en partes la senda está cortada con las quiebras formadas de los arroyos y derrumbaderos de agua que bajan de las cumbres; pero estas quiebras y cortaduras de la peña tienen sus puentes de madera dispuestos para que en caso que sea necesario se levanten, y entonces aquel espantoso camino y estrechura queda inaccesible que no es posible pasar adelante, ni volver atrás. La longitud de cada una de estas entradas es camino de un dia, y la ciudad está puesta en lo mas áspero de los montes de Duren, sierras que desde el océano occidental de Africa corren hasta los montes de Telencen dondé se juntan con otras cordilleras de montes, que se dividen en diversos gajos hasta Cabis y Hamano lejos de Trábolos, que es camino de dos meses. Habiendo Mehedi fortificado la ciudad de Tinmal enviaba gentes á correr la tierra, y descendian de sus montes como impetuosos torrentes de invierno y entraban en los campos y pueblos del rey Ali, haciendo en ellos muertes y continuos robos, rebatos y albora-

das. Los pobres moradores de aquella tierra se quejaban al rey de sus daños y continuo desasosiego, y pedian á su rey que los librase de tan crueles enemigos. Habia el rey consumido grandes tesoros en disponer ejércitos para contener á los rebeldes, y deseando atajar sus correrías y que no bajasen de la sierra, consultaba con sus caudillos como seria bien hacer la guerra á estos rebeldes y acorralarlos en su nido de Tinmal: fuéle dicho que en sus cárceles habia un mancebo andaluz llamado Faleki, hombre arriscado y de grande ingenio que estaba preso por famoso ladron y salteador de caminos, que este tal vez cumpliria los deseos de su magestad, ó haria algo de lo que pretendia. El rey le perdonó y le mandó que hiciese como se atajasen las correrías y daños de los de Tinmal. Y el Faleki mandó labrar una fortaleza en tal disposicion que sin mucho riesgo estorvaba las correrías de los Almohades con un mediano presidio de gente de á caballo escogida, y buenos ballesteros, que los asaltaban en las angosturas de los montes y á la venida ú á la vuelta los acometian y desbarataban de manera que por este medio se aseguró la tierra llana de los robos y continuos sobresaltos que sus moradores padecian.

CAPITULO XXVIII.

Continúa la materia del capítulo precedente.

Tres años estuvo el Mehedi sin salir de Tinmal sino á cortas algaras contra los vasallos del rey Ali. Su or-

gullo y vanidad no le consentia estar tanto tiempo encerrado, sabiendo que su nombre era ya tan público y temido por todas partes por sus estrañas victorias y venturosos sucesos, sin haber tenido nunca contraste ni desman notable. Así que pensó que debia esforzarse y salir abiertamente contra el rey Ali, y cercarle en su misma corte de Marruecos. Para este fin escribió á las tribus de su obediencia, mandándoles que viniesen á unirse con él en Tinmal, y luego vino muchedumbre innumerable de diversas partes con gran apercibimiento de armas y caballos, de manera que en pocos dias tenia (1) cuarenta mil hombres la mayor parte de infantería, y nombró por caudillo de estas tropas al jeke Abu Muhamad el Baxir, uno de los diez varones de su compañía, y le órdenó que fuese contra Marruecos con resuelta determinacion de apoderarse del imperio de Africa. No fue el Mehedi á esta jornada porque se sentia enfermo. Venian estas tropas hácia Marruecos y se les juntaron en el camino los de Agmat y las tribus de Hesraga y de Chesm y otras, lo cual sabido del rey Ali mandó alistar un numeroso ejército de cien mil hombres de á pie y de caballería. Encontráronse los ejércitos cerca de Marruecos y los Almoravides acometieron á sus enemigos confiando en su gran muchedumbre, y quiso Dios que fuesen vencidos con cruel matanza y volvieron huyendo llevando sobre sus lomos las espadas de los Almohades que los alancearon hasta las puertas de la ciudad. Murieron muchos de los Almoravides así en la batalla como en el alcance y en la entrada de la ciudad. Cercáronla los Almohades con propósito de no levantar el campo hasta entrar en ella ó morir en la demanda. Salian los Almoravides y les daban recios rebatos y trababan san-

(1) Dice Abdel Halim treinta mil.

grientas escaramuzas con odio y rabia implacable, y quedaba el campo cubierto de cadáveres para sabroso pasto de aves y fieras. Habia en la ciudad cuarenta mil caballos, y de infantería y ballestería muchedumbre sin cuento, y cada dia se iban disminuyendo y apocando. Habia entre los cercados un caballero andaluz llamado Abdala ben Humusquí que era capitan de cien hombres de Andalucía, y era de las compañías del caudillo Abu Ishak, y como estuviese un dia en palacio delante del rey con otros capitanes y caudillos hablando de las cosas de la guerra y de salidas contra los enemigos, dijo al rey: Señor, ninguna cosa nos hace mas despreciables á los ojos del enemigo que el estarnos encerrados detrás de los muros de la ciudad. Rióse el rey de su dicho, y le pareció que aquel mozo no conocia la necesidad de defenderse de aquella manera, habiendo sido ya vencidos tantas veces en campo, y el caudillo Abu Muhamad que tambien tuvo por leve su razon le dijo con sonrisa: piensa el capitan Abu Abdala que pelear con los Almohades es pelear con los Cristianos: y dijo el andaluz, ya conozco el modo de pelear los unos y los otros, y tambien he acaudillado yo á los Masamudes que ahora son nuestros contrarios, y en verdad que si seguimos haciendo como hasta ahora adelantarémos muy poco. Escójase los tiradores que muchos hay entre los nuestros de gran destreza, y no sean muchos que se estorban unos á otros, y estos vengan puestos entre gente escogida de á caballo, que sí como os ruego me concedeis, yo saldré con trescientos Andaluces y número de buenos tiradores, y se verá la razon que tengo. Dióle el rey licencia y escogió trescientos caballeros, y como hubiese visto que los enemigos usaban de lanzas muy largas con las cuales herian de mas lejos, mandó á los suyos acortarlas, y que no tuviesen mas de á seis codos de largo cada

una. Así dispuesta su gente salió contra los enemigos antes del alba, ó no bien entrado el dia acometiólos en su campo y peleó con ellos de manera que los arredró y acorraló en sus tiendas, y antes del medio dia volvieron los suyos con trescientas cabezas de Almohades á la ciudad, hazaña que fue muy aplaudida y puso ánimo en los corazones de los cercados. Viendo el rey Ali y sus caudillos que sus enemigos no eran invencibles, mandó apercibir la gente para salir todos á dar batalla á los Almohades. Encargó la salida al jeke Abu Muhamad ben Bannadin, y al otro dia de mañana salió con buen ejército y acometió á los enemigos: la pelea fue brava y cruel, y los Almoravides se hubieron de manera aquel dia que rompieron y desbarataron á los Almohades, atropellaron sus pabellones y llenaron de confusion, desórden y espanto el campo enemigo, y quedaron muertos cuarenta mil Masamudes que apenas se salvaron cuatrocientos hombres de á pie y de á caballo. Aquel terrible dia murió el caudillo de los Almohades el jeke Abu Muhamad Baxir que era de los Decemviros del Mehedi, y no hubiera quedado hombre á vida de su numerosa hueste sin el amparo del esforzado y sabio caudillo Abdelmumen que mostró en este dia un valor heróico y la constancia mas admirable, y procuró retirar en órden las reliquias de su ejército. Siguieron los Almoravides el alcance hasta Agmat: en la sangrienta retirada murieron otros cinco decemviros peleando como leones acosados de la tropa de ardientes cazadores. El Mehedi cuando recibió la nueva de esta espantosa derrota, como si no cuidara de lo que le decian les preguntó ¿pero no ha muerto Abdelmumen? y como le respondiesen que no, dijo: pues él vive, todavía permanece nuestro imperio. Sin embargo se notó en él gran pesadumbre viendo llegar rotas y destrozadas aquellas tropas tantas veces

vencedoras de sus enemigos, y esta pena acrecentó su enfermedad, y en mucho tiempo no salió de Tinmal
1125 su gente de guerra. Fue la derrota el año quinientos diez y nueve: en esta ocasion volvieron á la obediencia del rey las cabilas de Hinteta, Ganfisa, Hezama y otras que se habian rebelado.

CAPITULO XXIX.

Entrada de ben Radmir en Andalucía.

Con estas guerras y levantamientos de Africa el rey Ali no habia podido atender á las cosas de España y en ella sus caudillos hacian la guerra en las fronteras
1125 con varia suerte, cuando venido el año quinientos diez y nueve llegó á Marruecos el cadilcoda de Andalucía Abul Belit ben Ruxd, persona de tanta autoridad que por honrarle como merecia salió el rey Ali á recibirle. Era la causa de su venida un negocio de suma importancia para el estado y defensa de Andalucía. Trató con el rey acerca de esto y le dió á entender como los Cristianos que moraban libres como vasallos entre los Muzlimes tenian inteligencias con los Cristianos enemigos, les comunicaban el estado de la tierra, la disposicion de las fortalezas, y ademas los solicitaban á entrar y hacer daño á los fieles, faltando á lo que debian como vasallos y quebrantando sus juramentos, y que no solamente trataban con ellos de secreto, sino que tambien en los lan-

ces de algaras y correrías les ayudaban y servian de guías y adalides. Cuando el rey Ali oyó esto fue muy maravillado, y considerada la gravedad del caso consultó con sus wazires, alimes y jeques, lo que convendria que se hiciese para atajar el trato de los Cristianos Muhahidines con los Cristianos enemigos, y evitar los males y daños que de esto resultaban. La resolucion que el rey Ali tomó por consejo de sus alimes fue que se escribiese á los walíes de todas las ciudades y fortalezas de Andalucía, para que con secreto y diligencia sacasen á los Cristianos de las fronteras, y los metiesen en lo interior de Andalucía, y que los dispersasen entre los Muzlimes de ella, y los que estuviese probado que incitaban y llamaban á los Cristianos para que entrasen la tierra, ó se sospechase que habian ayudado en ocasiones á los de su ley, que á estos se les echase de toda Andalucía, y se les enviase á Africa, obligándoles á vender ó dejar sus posesiones y haciendas que tenian en Andalucía, para que así les fuese forzoso vivir y permanecer en Africa, ó en aquella parte que se les señalase: y luego fue esta órden cumplida, y pasaron muchos Cristianos Muhahidines á los confines de Mikenesa, Sale, y otras comarcas: y de estos muchos murieron con la mudanza del clima y aire de Africa. Fue la ocasion de esta novedad la entrada que hizo Aben Radmir de Araguna en tierra de Andalucía, que no pudiera haber hecho si los Muhahidines no le hubiesen ayudado y llamado en su favor, ofreciéndole que fácilmente se apoderaria de toda la tierra. Esto pasó de esta manera. Los Muhahidines de tierra de Granada enviaron sus cartas de secreto al rey Aben Radmir, rogándole que quisiese ir en su favor, y que le harian dueño de aquellas tierras ásperas, y de la costa de Granada. Pusieron en esto gran diligencia; pero el rey Aben Radmir, ó por no tener á punto sus

cosas, ó por dudar de la fe de aquellos traidores Muhahidines, no concedió por entonces aquella entrada. Como ellos viesen su desconfianza y falta de resolucion acrecentaron sus promesas, facilitaron medios, y concertaron servirle públicamente con doce mil hombres escogidos y valientes, y que entendiese que estos eran todos conocidos y vecinos de pocas ciudades, pero que si se determinaba, que muchos millares de ellos esparcidos entre los pueblos de Andalucía alzarian cabeza luego que se viesen auxiliados de un poderoso ejército: y todos juntos le ayudarian á enseñorearse de tan ricas y fértiles tierras, y le hicieron una larga y curiosa descripcion del pais, de sus montes, valles, rios y fuentes, de su abundancia de frutas y hortalizas, herbosos pastos para ganados, y la copia de caza y aves que producia; sin omitir la hermosa situacion de la ciudad de Granada, la fortaleza de su alkazaba, y lo principal de todo, el ánimo y conformidad de los Muhahidines de ella para ayudarle á conquistarla, y desde ella hacerle dueño de otras muchas fortalezas, pues Granada era el alcázar y defensa de aquella tierra bienaventurada.

Tanto incitaron estas promesas y negociaciones el ánimo de Aben Radmir que determinó la entrada. Allegó sus gentes, y escogió cuatro mil caballeros que se juramentaron de seguir su pendon y nunca volver la espalda al enemigo, y de morir ó vencer. Salió Aben Radmir con su gente, y fue por Zaragoza ocultando en ella su resolucion á los Muzlimes, partió de ella en el
1125 fin de la luna de jaban del año quinientos diez y nueve, y pasó por Valencia en donde era wali el jeque Abu Muhamad Yedar ben Birca, con una buena guarnicion de Almoravides, y Aben Radmir la combatió algunos dias, y sin hacer cosa de provecho habiendo corrido la tierra levantó su campo, y

luego vinieron á juntársele muchos Muhahidines, cosa que le animó á pasar adelante, y estos traidores le servian de guías, ó adalides en los caminos, avisándole donde convenia entrar y hacer daño, y de donde era bien guardarse. Llegó por Gezira Jucar, y combatió la fortaleza algunos dias; pero no la pudo entrar, y perdió harta gente de sus cruzados. Llegó á Denia y la dió un fuerte combate en la pascua de Alfitra, salida de ramazan, y despues de algunos inútiles rebatos y escaramuzas con los de Denia, pasó por el Fax de Játiva, corrió hasta lo de Murcia, pasó por Wadilmansora, y llego á Burxana, y despues dió vuelta á pasar por Nahar Taxila, y en estas algaras se detuvo ocho dias. Partió desde allí á Medina Baza, y la cercó pareciéndole que sería fácil cosa el entrarla, porque estaba sin muros; pero sus vecinos la defendieron con tanto valor que le fue forzoso desistir de su empeño, despues de haber padecido harto daño en su gente. Llegó á Badiaza el primer giuma de la luna de dilcada, y dió fuertes combates á la fortaleza por la Almicabira; pero perdió el tiempo y alguna gente: así que, habiéndose ocupado allí hasta el lúnes siguiente pasó á un pueblo llamado Sérida (1) al otro dia; y dispuso emboscadas para atraer á ellas á los vecinos; pero como estuviesen avisados fue inútil su diligencia que no salieron del lugar, ni los Cristianos se atrevieron á entrarle. El miércoles pasó á otro lugar llamado Gayana, que combatió con mucha esperanza de entrarle, porque allí fueron llegando muchos Muhahidines traidores, tanto que apenas quedó uno en toda la comarca que no se descubriese, y no viniese con sus armas y caballo á juntarse con el rey Aben Radmir, y como vió que su hueste se acrecentaba cada dia con nuevas

(1) Sinda.

tropas, se detuvo en Gayana como un mes, (así lo dice el autor de la Bargeliya (1)) y que entonces se vieron claramente las tramas y secretos tratos de los Cristianos Andaluces, en especial de los de tierra de Granada. El wali de aquella ciudad puso mucha diligencia en asegurarlos; pero como entendió que eran en gran número suspendió el encarcelarlos por no alborotarlos mas, y que procediesen con mayor osadía en dar favor y ayudar á los de su ley; y se contentó con sus falsas promesas de fidelidad aunque no las creía, y atendió á fortificar la ciudad y disponer cuanto era conveniente para su defensa; pues bien veía que era necesario guardarse mas de los Muhahidines que de los Cristianos de Aben Radmir. Por todas partes acudian los traidores al ejército de los Cristianos.

Era wali de Andalucía entonces Abu Tahir Temim hermano del rey Ali, el cual tenia su corte en Granada; pero habia pasado poco antes á Africa para ayudar con su consejo á la guerra que traia su hermano contra el Mehedi, y como entendiese el peligroso estado de las cosas de Andalucía, pasó á ella con buen socorro de gente de caballería: así que, en esta ocasion tenia un poderoso ejército en Granada, y dispuso Temim que se acampase á los contornos de la ciudad, la cual quedaba enmedio como el centro de un círculo. Pasó Aben Radmir con sus gentes que ya eran muchas desde Gayana, y asentó su campo en la aldea de Degma cerca de Granada. Tenia mas de cincuenta mil hombres, la mayor parte de caballería, de manera que este poderoso ejército llenó de espanto á los de la ciudad, que no se tenian por seguros aunque sabian las fuerzas y ejército que estaba en su defensa. En todas las mezquitas se hizo la (2) azala del temor, y la gente

(1) Claridad del relámpago.
(2) La azala de temor es en ocasiones de miedo, que cumplen

acudia mas á las armas que á la oracion. Tanto que la azala del miedo se hizo entonces en Granada, hasta el dia de Id-Annaheri, ó pascua de víctimas, que llaman pascua de carneros. Luego movió su campo Aben Radmir, y se pusó sobre el rio Ferdux, luego desde allí á la alqueria de Muzabeca, y desde allí fue á poner su campo á la alqueria de Nibel, y estando en este lugar vinieron grandes lluvias y nieves, que no pudo hacer cosa de provecho, y hubiera perecido con toda su gente si los Muhahidines no los hubieran acudido con las provisiones necesarias. Allí estuvo diez y siete dias incomodado de los campeadores Almoravides, que no cesaban de inquietar su campo con espolonadas y rebatos. Con esto perdió la esperanza de entrar en Granada, y vió que era temeraria resolucion, y mal fundada persuasion la de los Muhahidines, y se propuso satisfacer solo su codicia, y robar y hacer daño en la tierra que no podia conquistar. Levantó pues su campo, y fue á la alqueria de Mersana hácia Venix, de allí partió á Zequia en la tarde á Alcala Yahsebi, de ésta pasó á la aldea de Luc, luego sin detenerse pasó por Vezjana, luego á lo de Vezira, y despues á Cabra y á Alixena, siempre seguido de los campeadores Almoravides que no los dejaba una hora de reposo, haciendo espolonadas y rebatos en su retaguardia, y en ocasiones trabando escaramuzas muy sangrientas en los valles, acometiendo á diversas partes de los costados de su gente, en términos que no podian perder su ordenanza, ni salir á correr la tierra, sino el mal y daño que hacian por donde pasaban que no era poco. Como llegasen de esta manera cerca de Lyrena, los Muzlimes

con abreviar las postraciones y ceremonías, y se asiste menos á la mezquita, ó no se asiste á ella, y se asiste con armas y sangre, como se puede.

deseosos de pelear en batalla campal con los Cristianos, concertaron el acometer á la hora del alba á los Cristianos que iban en la delantera, y fue tanto su ímpetu que los arrollaron y desbarataron, abandonando sus bagajes y aparato de toda la hueste, cebaronse los Muzlimes en la presa y despojos creyendo que ya estaban vencidos y desbaratados todos los Cristianos; Aben Radmir avisado de los fugitivos de su vanguardia ordenó su gente, y acometió de improviso con cuatro batallas de caballería á los desordenados vencedores, y matando muchos de ellos los puso en fuga y los persiguió hasta la venida de la noche. Murieron muchos nobles Muzlimes en esta batalla, procurando esforzar á los suyos y reanimarlos y traerlos á la batalla, y hubiera sido mayor la matanza si la llegada de las almafallas de Aben Radmir no hubiera sido ya á media tarde. Los Muzlimes perdieron sus bagages y aparato, y se recompensaron bien los Cristianos de la pérdida y desbalijamiento del suyo. Desde aquí siguió el rey Aben Radmir, como hácia el mediterráneo, y siempre seguido de los Almoravides, que ya no se atrevian á cortarle el paso que fue abriendo y cortando toda aquella tierra. Al pasar el rio de Motril por aquellas profundas angosturas y cenagosos vados, dijo Aben Radmir á los que les acompañaban de sus mas nobles caballeros en lengua Cristianesca: ¡oh qué gentil sepultura ésta si hubiese quien desde lo alto nos echase tierra encima! Desde aquí se inclinó la vuelta de Velad, y allí en la playa del mar hizo labrar una barquilla, de que se valió para pescar allí, como para cumplir un voto que tenia hecho de llegar con su gente de guerra á la costa de Granada atravesando la tierra, y comer allí de la pesca que hiciese en la misma costa, ó tal vez para dejar esto que contar como si fuera accion muy gloriosa. Despues movió su campo y subió hácia Granada,

y asentó sus reales en la alqueria de Dilar; desde ésta á la de Emidam, y en esta mansion hubo algunas escaramuzas entre los campeadores Almoravides y los de su campo. Luego pasados dos dias entró en la vega de Granada, y acampó en la fuente de la Teja, donde los Almoravides no daban una hora de reposo á los Cristianos, tanto que le fue necesario atrincherarse y forticar su real para que no lo entrasen los campeadores, ó por el temor de estar tan cerca de la ciudad, donde sabia que no faltaba gente de guerra, para no padecer algun imprevisto desman. Desde aquí levantó su campo hácia las Alburagilat, pasó á Lagon, y despues por Guadiaxi, y aquí encontró parte de sus gentes que dejó en una fortaleza, y siguiendo á la parte oriental de España, pasó por donde habia venido por tierra de Murcia y Játiva; que hasta este lugar le siguieron los Almoravides sin perder de vista para evitar que los suyos hiciesen correrías y talas en la tierra, y evitando tambien con no menor cuidado el empeñar batalla con su gente. Dícese que antes de llegar á su tierra perdió mucha gente, porque de los trabajos y fatiga del largo camino enfermaron, y se levantó peste en los suyos, y viendo que la mortandad crecia se dió gran prisa á volver á su tierra. Y en verdad, dice el autor del relámpago, que podia vanag'oriarse Aben Radmir de su atrevida empresa, si bien es cierto que en todo aquel trabajoso y temerario camino no hizo cosa de provecho, sino quemar algunas alquerias, y auyentar á los miserables moradores de ellas, pues no entró ni tomó pueblo cercado chico ni grande, de manera que parece que hizo aquella entrada solamente contra rústicos y pastores de alquerias, aldeas, casas de campo y cortijos. Dice tambien que estuvo el rey Aben Radmir en esta jornada quince meses, y que fue para los Muzlimes mas de provecho que de daño, pues manifestó cla-

ramente los enemigos que tenian en sus mismos pueblos, y les avisó para que se guardasen de traidores.

A causa de esto fue la ida del cadi Abul Belut ben Raxid á Africa, para consultar con el rey Ali como se atajasen estos males que amenazaban á los Muzlimes de España; asimismo hizo presente al rey que sería bueno quitar el reino al rey de Zaragoza, porque no habia defendido aquella ciudad, y en especial por estar confederado con los Cristianos, que enviaba sus dádivas al rey Aben Radmir, y que de esta amistad podia redundar mucho daño á los Muzlimes de España. No pareció mal este consejo al rey Ali, y dijo: que siendo como era confederado de los Cristianos debia perder el reino: así que, sin dilacion dió órden para que el caudillo Abu Bekir ben Tefelit entrase con un buen ejército, y ocupase los estados del rey Aben Hut de Zaragoza, á nombre del rey Ali ben Juzef.

CAPITULO XXX.

Viene á España Taxfin hijo de Juzef. Sus victorias. Otras de los Almohades en Africa, y muerte natural de su gefe.

Como entendiese el rey Aben Hut le determinacion del rey Ali, y como estaba resuelta espedicion contra él, escribió al rey Ali una carta que decia en sustancia: bien sabes señor, que mi padre Almustain Bila escribió al rey de los Muzlimes tu padre Juzef Aben Taxfin rogándole que le consintiese en posesion de sus

estados, y quisiese tener paz y amistad con él para ayudarse recíprocamente contra sus comunes enemigos, y por sus avenencias quedaron confederados, y nuestros mayores lograron no tener guerra entre sí, y disfrutar de los bienes y luz resplandeciente de la paz y del buen consejo que resplandece y alegra los corazones de los pueblos. Así hemos gozado de la paz y de la seguridad hasta ahora de parte tuya; pero desde que en estas tierras han acaecido no sé qué desgracias cuyo principio y ocasion ó le ignoro, ó ha consistido en que malos consejeros han estorvado tus buenas intenciones; desde este tiempo, señor, sopla en esta tierra un vientecillo, ó por decir mejor, un uracan y tempestuoso torbellino que nos atropella y derriba. No será justo, que nos prives de nuestras tierras y estados cuando siempre hemos guardado la amistad sin haber faltado á ella ni por pensamiento, y esto enmedio del abandono aunque involuntario en que nos hallabamos, y seria cierto tenernos por gente vil y despreciable si dejásemos ocupar nuestras ciudades sin razon. No permita Dios que vengamos á este rompimiento y á causarnos males y daños que celebrarán nuestros comunes enemigos, y pues hasta ahora hemos mantenido en público y en secreto la amistad de nuestros antepasados, no des lugar, por malas intenciones ó ignorancia de consejeros, á que esta buena armonía se rompa, que Dios altísimo que penetra los secretos de los corazones sabe mi buena voluntad y pura intencion, nadie puede estorvar lo que Dios tiene determinado, pero llegará el dia en que aparecerá claro el causador injusto de los males y estragos de la guerra, y Dios es el juez y justo juzgador de los que hacen el mal, y de los que ocasionan las desavenencias y discordias entre nosotros: vuelvo á decir que Dios es el justo juez. Salud.

Cuando llegó á manos del rey Ali esta carta de Abu Meruan Aben Hud mudó de parecer y escribió á su caudillo Abu Bekir Aben Tefelit que no pasase contra las tierras del rey de Zaragoza. En este tiempo se ocupaba el rey Ali en fortificar la ciudad de Marruecos, y la cercó toda de fuertes y bien torreado muros, cuya
1126 fábrica se principió en la luna giumadi primera del año quinientos veinte, y se emplearon en ella setenta mil mitcales de oro, y se hizo de todo punto aquella hermosa y durable fábrica en ocho meses, de suerte que quedó acabada y perfecta y una de las mas hermosas del mundo: edificó asimismo la mezquita mayor con su excelsa torre y alminara.

En este año de quinientos veinte falleció en Andalucía Abu Tahir Temim hermano del rey Ali y su naib en España. Sintió mucho el rey la falta de su hermano, que fue siempre su consuelo en sus mayores cuidados, y en quien descansaba el peso del gobierno de todas las provincias de España. Murió en Granada y en ella fue enterrado con mucha honra, y envió el rey en su lugar á España á su hijo Taxfin que pasó á ella con cinco mil caballos almoravides, y congregadas las tropas de Andalucía pasó el amir Taxfin á tierra de Toledo y corrió sus campos, y entró por fuerza de armas la fortaleza de Hacena, y taló toda su comarca. Los Cristianos allegaron numerosas huestes en Galicia y Castilla, ayudando á sus reyes todos los nobles de los Cristianos, y concertaron de hacer entrada en tierra de Algarbe. Cuando tuvieron junta su gente que eran muchos millares, los caudillos cristianos quisieron entrar por la tierra de Mérida, y llevábanlo todo á sangre y fuego, quemando los pueblos, matando las gentes y robando los ganados. Acudió Taxfin con sus Almoravides para amparar la tierra, y llegando á comarcas de Badajoz se encontraron los dos ejércitos, no lejos del

célebre campo de Zalaca, donde su abuelo habia antes vencido á los Cristianos. Cuando estuvieron unos á vista de otros ordenó Taxfin sus haces con mucha destreza, que aunque era muy mozo tenia en esto mucha inteligencia. Repartió su caballería y tiradores en batallas muy bien dispuestas y compartidas, y en la almafallá principal se puso él mismo con los jekes y caudillos principales. Llevaban muy hermosas banderas enastadas, las de los Almoravides blancas con *le ile Alá, le galidi le Alá*. Las dos alas de batalla la formaban los Andaluces, la derecha con banderas coloradas con varias figuras muy elegantes, y los Zenetes y Haximes y gente de los presidios en la izquierda con banderas de colores, y con mucho estruendo de trompetas y atambores se principiaron á mover los dos ejércitos, y con terrible ímpetu y gritería se trabaron en reñida y sangrienta batalla. Pelearon gran parte del dia con suerte igual; pero á la hora de adohar principiaron á ceder los Cristianos. Corria Taxfin á todas partes exhortando á los suyos, y peleando por su persona con admirable valor. Conocieron su ventaja los Muzlimes y proclamaron victoria, con lo cual decayeron de ánimo los Cristianos, y los Muzlimes con mayor esfuerzo cargaron sobre ellos hasta que los echaron del campo, que entonces volvieron la espalda y huyeron con mucho desórden, dejando aquel campo cubierto de cadáveres para pasto de aves y fieras. Siguieron los Muzlimes el alcance hasta la venida de la noche. Fue esta terrible batalla en Fohos Assebab, y volvió Taxfin muy contento á Córdoba y escribió á su padre este venturoso suceso, que fue en el año quinientos
1126 veinte.

Poco tiempo despues volvieron los Cristianos á entrar la tierra con poderosa hueste hácia los montes del Caraz haciendo cruel estrago en pueblos y robos de ga-

nados, que las gentes huian atemorizadas á las fragosidades de las sierras. Cuando Taxfin tuvo noticia de esto, juntó sus caudillos y les preguntó qué ánimo tenian, si pensaban salir contra los enemigos y amparar la frontera? y le respondieron los jekes: Señor, ó el reino es nuestro, ó pensamos abandonarlo á los Cristianos: si es nuestro debemos tratar de defenderlo, y no cuidar de los peligros ni dificultades que para esto puedan ofrecerse, y si pensamos abandonarlo en verdad que Dios os pedirá cuenta. Asimismo consultó á los Andaluces porque la jornada era de mucho peligro, y le respondieron: de tanto mérito es esta guerra que quisiéramos que nos enviaras solos para que nadie tuviera parte en nuestra gloria. Quiso tambien saber la voluntad, ánimo y disposicion de los Zenetes y Haximes, y estos le respondieron: Señor, á las armas: lo que te rogamos es que si por fortuna muriésemos en la batalla que cuides y mires como padre á nuestros hijos huérfanos. Viendo la buena disposicion de su gente les dió á todos gracias, y aplaudió su buen celo y les aseguró que no esperaba menos que una victoria gloriosa para los Muzlimes. Salió con sus huestes, y conducidas de sus caudillos, y avisadas de los adalides y espías fueron á buscar á los enemigos. Trataban estos de fortificarse en Gebel el Cazar, y subiendo la caballería de los Muzlimes con mucho trabajo á lo alto trabaron sangrienta batalla con los Cristianos, que no pudieron mantenerse mucho tiempo en sus ordenanzas, y principiaron á huir por aquellas ásperas cuestas, y cayendo precipitados por las peñas, los Muzlimes siguieron el alcance; pero la fragosidad de la tierra estorbó el hacer en ellos mayor matanza. Abandonaron los Cristianos sus bagajes, tiendas, presas de ganados y cautivos y se rompieron las cadenas de millares de Muzlimes que estaban ensartados de cincuenta en cincuen-

ta. De resultas de esta insigne victoria recobró Taxfin treinta castillos de los buenos de España y escribió á su padre esta venturosa espedicion.

En Africa, pasados tres años en quietud porque el Mehedi no se sintió con fuerzas para salir de Tinmal y de lo alto de sus sierras, volvió á encenderse la guerra con nuevo furor. Nombró el Mehedi á Abdelmumen iman de Azala, y le envió con treinta mil hombres á correr la tierra de Marruecos, volvieron á su obediencia las cabilas de Hinteta, Ganfisa, Hezama y otras berberíes, y acrecentada su hueste entró en cercanías de Agmat: salióle allí al encuentro el amir Abu Bekir hijo del rey Ali con numerosas tropas de las tribus Lamtuna, Zanhaga, Haxima y otras Almoravides, y hubo entre ellos grandes batallas y sangrientas escaramuzas por ocho dias, y al fin ayudó Dios á los Almohades, y Abdelmumen rompió y deshizo á los Almoravides, y siguieron su alcance despedazándolos por aquellos campos, hasta encerrar en Marruecos las reliquias del vencido ejército. Tres dias estuvo Abdelmumen sobre Marruecos, que despues levantó su campo y se volvió á Tinmal: fue esta venturosa jornada de Abdelmumen
1130 en la luna de regeb del año quinientos veinte y cuatro. Cuando los vencedores almohades tornaban á Tinmal salió á recibirlos el Mehedi informándose de sus hazañas y conquistas, y despues de haber alabado mucho su valor y constancia les dijo, que se juntasen todos los del pueblo en la mezquita, y plaza pública que tenia que despedirse de ellos. Todos fueron muy maravillados de esta resolucion porque no podian persuadirse que pensase dejarlos: otros tomaron gran cuidado viendo como habia crecido su enfermedad, y recelaban que la despedida fuese para el otro mundo. Congregado todo el pueblo vino el Mehedi y les predicó exhortándolos á que creyesen en un solo

Dios, que esta es obligacion de toda criatura desde que tiene uso de razon, que le amasen de toda buena voluntad y con todo su corazon, que pidiesen al Señor todos los dias que les ayudase á guardar su fé por su misericordia, y dijesen: O señor Alá, el mas misericordioso de los misericordiosos, tú sabes nuestros pecados, perdónalos; tú sabes nuestras necesidades, cúmplelas; tú conoces nuestros enemigos, aparta de nosotros el mal que pueden hacernos, y basta contigo pues eres señor nuestro, basta contigo pues eres nuestro amparo y nuestro criador. Y despues de otras amonestaciones y buenos consejos les dijo como se despedia de ellos para la eternidad, que él debia morir muy presto. Todos lloraron al oir estas palabras con amargas lágrimas, y él los consoló y dijo que se conformasen con la voluntad de Dios, que todo lo dispone para mayor bien de sus criaturas, y con esto los despidió muy tristes. Luego se fue agravando su enfermedad hasta que pasó á la misericordia de Dios dia (1) juéves
1130 veinte y cinco de ramazan del año quinientos veinte y cuatro. Dícese que le avisó su muerte un personage desconocido veinte y ocho dias antes, y durante su enfermedad hacia Abdelmumen oracion pública por él. Cuando conoció que su muerte se acercaba llamó á su vizir Abdelmumen y le hizo diferentes encargos, le dió el libro Algefer que él habia recibido del iman Abu Hamid Algazali. Asimismo le encomendó lo tocante á su funeral y á su mortaja, y le previno que le lavase por sus manos, y que no le pusiese vestidos en la sepultura, y que hiciese por él la azala. Encargóle tambien que ocultase su fallecimiento algunos dias hasta que hablase al pueblo de parte suya, y todo se hizo y cumplió como habia mandado.

(1) Dice Yahye lúnes catorce.

Lloráronle todos, y muchó mas que todos Abdelmumen; pues habia vivido tanto tiempo en su compañía, desde que muy mancebillo todavía andaba á la escuela en Tahara, aldea de Hanciz, adonde le enviaba su padre Ali ben Zali ben Meruan á la mezquita á aprender á leer; y cuando despues volvió de oriente el Mehedi, y le encontró con su tio, por ciertas señales que notó en él de talento y buena disposicion le tomó por su vizir, y fue siempre la persona de su confianza: así que, dió mayores muestras de su profundo sentimiento: fue la hora del alba cuando espiró. Su forma era de mediana estatura, caritostado, color aceitunado, barbilampiño, cabello negro, ojos hermosos, austero y cruel, derramador de sangre humana, así de los enemigos como de sus propios vasallos: usaba el enterrar vivos á los que queria matar con crueldad: en las batallas animaba su gente para pelear diciéndoles: oh Almohades, vosotros sois el ejército de Dios y los defensores de su ley y de su verdad, y si quedais muertos en el campo de batalla conseguiréis premios deliciosos, tales que ni vieron ojos, ni oyeron oidos, ni cabe en corazon humano. Propuso á los suyos una sencilla exposicion de fé, y muy fácil práctica de azala sin arrakeas ó postraciones, de manera que podian hacerla caminando y peleando para no perder tiempo.

CAPITULO XXXI.

Orígen de el Mehedi. Eleccion de Abdelmumen.

Abu Ali ben Raxid cuenta su descendencia desde Abu Talib tio del profeta. Tambien la trae Aben Catham, y despues la abrevió Abu Meruan hijo del autor del Salat, y dice que su nombre propio fue Muhamad, que de sobre nombre se llamó Abu Abdala, que á su padre llamaban los Berberíes Thumur y tambien Enigar, y por mote le decian Asifu, que en lengua berberí quiere decir luz, porque acostumbraba su padre dar luz ó encenderla en la mezquita: que el Mehedi no tomó este nombre hasta que principió á levantar los pueblos con su predicacion y nuevas doctrinas, y cuando ya le seguia mucha gente, y le obedecia como á señor. Aben Cutham tratando del orígen y cosas de Mehedi dice: que salió de Herga, pueblo de donde era natural, que está en Suz Alaksa, y pasó á Andalucía
1107 en el año quinientos para estudiar ciencias en Córdoba, que despues se embarcó en Almería en una nave que pasaba á oriente, que allí oyó al imam Abu Abdala el Hadrami, que en el Cairo oyó al imam Abul walid de Tortosa, y en Bagdad oyó al gran filósofo Abu Hamid Algezali, autor del libro Hiiao Ulumi- Edinni, en que enseñó cosas contrarias á las opiniones ortodoxas, libro que condenó la académia de

Córdoba despues de bien examinadas sus doctrinas, y el que primero las reprobó y llamó heréticas fue el cadi de la aljama de Córdoba Aben Hamdin, y fue tanto su celo, que logró con su autoridad que se declarase por herege al mismo Algazali: y se dió cuenta al rey Ali, que aprobó y autorizó esta condenacion de las obras del filósofo de oriente, y mandó recoger todos los libros que se pudieron hallar en España y en Africa de este sabio, y se quemaron públicamente, y eso mismo mandó hacer en todos sus reinos con rigurosas penas á los que los guardasen y enseñasen sus doctrinas, para que no quedase memoria de aquellos errores. El autor del Salat cuenta, que era opinion de algunos, que la ruina de los Muzlimes de occidente procedió de esta condenacion de las obras de Algazali, y refiere que llegó á Bagdad en donde enseñaba Algazali un hombre que entró en su escuela sin barba, y con un bonete de paño en la cabeza, que luego le miró Algazali fijando en él sus ojos, y conociendo que era forastero le saludó, y preguntó ¿de que pais era? y le respondió: de Suz Alaksa en tierras de occidente. Y entonces le preguntó: que si no habia pasado por Córdoba la escuela mas célebre de todo el mundo? y el forastero le respondió que sí. Le preguntó Algazali de algunos doctos famosos de ella, y á vuelta de estas preguntas le dijo: ¿si tenia noticia de su libro *de la resurreccion de las ciencias y de la ley*? Y respondió que sí: y entonces le pregunto ¿qué se decia de aquella obra en Córdoba y demas tierras de poniente? á lo cual el forastero no se atrevió á responder, y su vergüenza y encogimiento excitaron mas la curiosidad de Algazali, y le instó que le dijese con franqueza lo que se decia, y cuanto pasaba acerca de su libro. El forastero le refirió como su libro se habia declarado herético, y se habia quemado públicamente despues de grande exá-

men y consulta de doctos, por órden del rey Ali ben Juzef, así en Córdoba como en Marruecos, y en Fez y en Cairvan, y otras diversas académias de occidente. Al oir esto Algazali se le mudó el color, y tendiendo sus manos al cielo, con temblantes labios hizo oracion á Dios contra los consultores y contra el rey que habia mandado quemar sus libros, y que respondieron todos sus discípulos, amen: y cuenta que la oracion que hizo contra el rey, que decia: ¡oh Dios mio, despedaza y destruye sus reinos como él ha despedazado mis libros, y quítale el señorío de ellos! Y que á estas palabras respondió Abu Abdala el Mehedi, que estaba presente entre sus discípulos: ruega á Dios, oh imam, que por mis manos se cumpla tu peticion: y dijo Algazali, así sea Señor Alá por manos de éste. Que poco despues partió Mehedi de Bagdad para venirse á su patria, y traía muy en memoria la oracion de Algazali, confiando mucho que por su medio se habia de destruir el imperio de los Almoravides en Africa. Que luego que llegó á Mahedia principió á predicar y enseñar sus nuevas opiniones, y á inquietar los pueblos de aquella tierra, por lo cual quiso castigarle Acis ben Nacir; pero no pudo haberle á las manos, pues avisado de que intentaban prenderle huyó á la ciudad de Bugia, donde tambien predicó y causó mucho escándalo: quiso prenderle Aben Hamid wali de aquella ciudad, y castigarle por alborotador del pueblo, y entonces el Mehedi se ocultó y estuvo harto tiempo escondido, hasta que pudo huir, y pasó á Melala, y en ella en una aldea encontró á su discípulo y sucesor Abdelmumen. Toda su gente la tenia dividida en diez clases: la primera y mas principal era la compañía de los diez varones: la segunda el consejo de los cincuenta varones; la tercera el consejo del comun de los setenta: la cuarta era el grado de los alimes y gente docta: la quin-

ta era de Hafizes, ó tradicioneros: la sexta era una gerarquía de nobles de su familia; y la sétima naturales de Herga su patria: la octava la gente de Tinmal, la novena la de Chirniba: la décima la gente de guerra de las cabilas Ganfisa, Hintiba y otras así de caballería como ballesteros y peones, que cada clase tenia su lugar apartado en las juntas de paz y de guerra, en las marchas y acampamentos, sin que se perturbára este órden y concierto durante la vida y gobierno del Mehedi, que fue desde que le juraron obediencia los Almohades hasta el dia de su muerte ocho años y ocho meses y trece dias, segun Yahye. Se le atribuyen ciertos libros, y unos versos en alabanza de su vizir y sucesor Abdelmumen.

Los compañeros del Mehedi que eran cuatro los que de los diez quedaban, pues los otros seis habian muerto en batalla contra los Almoravides, convinieron despues de su muerte en confiar el mando de todos ellos á uno solo, para que mas fácilmente los gobernase y mantuviese en el estado que con tantas fatigas y sangre habian establecido, á pesar de la potencia del rey de Marruecos: así que, hubieron sus consejos con los caballeros de las dos principales de los cincuenta y de los setenta, y todos por comun consentimiento eligieron por su rey y señor al vizir Abdelmumen ben Ali, uno de los cuatro de la compañía del Mehedi, y la causa de que en esto no hubiese desavenencia ni discordia consistia así en las excelentes virtudes de Abdelmumen, como tambien por la memoria del Mehedi, que como ellos muchas veces habian visto honraba y distinguía sobre todos á este Abdelmumen, y engrandecia sus hazañas, y en presencia de todos habia manifestado las grandes esperanzas que en él fundaba, asegurando que mientras viviese Abdelmumen nada temia de la suerte de su imperio. Todos pues como por di-

vina inspiracion le acogieron por su caudillo y absoluto señor, y le llamaron allí con los augustos títulos de califa amir Amuminin, ó príncipe de los creyentes: y luego le juraron obediencia los tres compañeros, y despues los cincuenta y los setenta y todos los Almohades.

El abreviador de las historias de Africa cuenta esta eleccion con harta diferencia, y por ser de tanta autoridad entre los Arabes no quiero omitir su relacion, aunque no la estimo tan cierta como la de Yahye. Dice pues: en Africa despues de la muerte de Mehedi, que estuvo oculta mucho tiempo conforme ordenó el mismo Mehedi, ó por industria de su vizir Abdelmumen, que este propuso á los del consejo de los diez que le proclamasen por sucesor, que así lo mandaba Mehedi, y que los del consejo vinieron en ello, aunque otros autores dicen que no se conformaron, que cada uno pretendia que le declarasen sucesor del Mehedi, y que hubo entre ellos mucha desavenencia, y se dividieron las tribus en bandos, hasta que recelando con razon que estas discordias fuesen causa de la ruina del estado se convinieron en la eleccion de Abdelmumen. El autor del libro de los príncipes cuenta que esto pasó de esta manera. La muerte del Mehedi estuvo oculta tres años, pues sobrevivió muy poco á la gran derrota y vencimimiento que padecieron los Almohades, que su mal se agravó con aquella pesadumbre, y creció su dolencia y murió: que esto lo sabia solamente Abdelmumen que gobernaba como en su nombre, y como si todavía fuese vivo el Mehedi: que en este tiempo enseñó un leoncillo que criaba á que le alagase mucho; y tomó un pájaro y le enseñó á decir en arabigo y en berberí estas palabras: « Abdelmumen es la defensa y apoyo del estado; » y como ya tuviese perfecta su enseñanza así en el habla del pájaro como en los

halagos del leon, hizo en una casa fuera de Tinmal una gran sala y en ella puso una columna, y encima de ella colocó la jaula del pájaro, y á esta sala congregó las juntas de los varones, principales jeques Almohades, y enmedio de la sala en lugar acomodado encerró el leon. Cuando la gente y ayuntamiento estuvo congregado en la sala, subió Abdelmumen al mimbar que estaba en la sala para las arengas, y al mismo tiempo servia de jaula secreta al leon. Habló Abdelmumen, dió gracias á Dios, bendijo al profeta, y la buena memoria del Mehedi, y imploró la divina misericordia sobre él y sobre ellos, y les anunció su muerte, y los consoló de tan grave pérdida, y fue muy grande el llanto que todos hicieron, y les dijo: ya el imam está en mas venturoso estado, y solo desea que no haya entre vosotros discordia ni desavenencia, que no cedamos á nuestras pasiones ni particulares intereses, que seamos verdaderos Almohades, que convengamos en la eleccion de un califa amir que nos defienda y gobierne para que nuestros enemigos no puedan destruir nuestro imperio. Calló en esto, y mientras estaban todos en silencio y los jeques perplejos y suspensos, el pájaro dijo en claras y distintas palabras: auxilio, victoria y poder á nuestro señor el califa Abdelmumen príncipe de los fieles, apoyo y defensa del imperio.

Al mismo tiempo alzó Abdelmumen la puerta disimulada de la jaula del leon, que luego salió enmedio de la sala, del cual todos quedaron muy espantados viendo que mostraba sus dientes, se azotaba con su cola, y que sus ojos centelleaban como fuego, querian huir y atemorizados no podian moverse. Entonces Abdelmumen se presentó con mucha serenidad al leon, el cual conforme á su enseñanza se fue llegando á él humildoso y coleando hasta halagarle y lamerle sus manos mansa y apaciblemente. Los Almohades que esto

vieron á una voz le proclamaron su amir y absoluto señor, diciendo que no se podia ni debia esperar mas clara muestra de la voluntad de Dios y de su imam el Mehedi, y le juraron obediencia y fidelidad en el mismo dia, y aquel leon seguia á Abdelmumen á todas partes, y hasta en la azala le acompañaba, y fue instrumento de la exaltacion de un príncipe que ensalzó despues el islam. Este suceso dió ocasion á excelentes versos de Abi Ali Anas, que decia:

Fiero leon con erizado cerro
Fue tu auxiliar para subir al trono:
Las avecillas con humanas voces
Pregonan tu virtud, y amir te llaman:
Bien mereciste Bimrala llamarte (1).

Fue su jura particular en los consejos el juéves trece
1130 de ramazan del año quinientos veinte y cuatro, y la solemne y pública dos años despues en el dia giuma veinte de rabii primera del año quinientos veinte y seis, y le juraron primero los cincuenta jeques Almohades, y despues todo el pueblo en la aljama de Tinmal, se celebró la fiesta con venturoso agüero, y en aquel dia se obscureció la estrella de la felicidad de los Almoravides y los abandonó su fortuna: pues este ínclito príncipe consiguió de ellos insignes victorias, y se apoderó de sus estados con mucha gloria conquistando toda la tierra de Almagreb y Yelad Africa hasta Barca, y toda la tierra de España, y sus dependencias, y en todos estos climas fue proclamado sobre sus almimbares.

(1) Amir Bimrala, rey por mandado de Dios, ó por la gracia de Dios.

CAPITULO XXXII.

Victoria del rey Alfonso sobre los Muzlimes. Epistola consolatoria de Zacaria á Taxfin que se libró de la muerte.

Entre tanto en España continuaba Taxfin la guerra contra los Cristianos con varia suerte, y en una reñida y peligrosa batalla fue vencido del rey Alfonso de los Cristianos, que muy pocos Almoravides escaparon aquel dia de su vengadora espada. Los Cristianos se apoderaron del real de los Muzlimes, y el esforzado Taxfin se mantuvo con pocos de los suyos sufriendo con admirable constancia los mas peligrosos encuentros de la caballería enemiga cubierta de hierro y broncineas armas; que á pesar de su valeroso ánimo no le fue posible el restaurar la batalla, y sin atemorizarle el horror de la cruel matanza, ni el riesgo de su propia persona se retiró peleando como un bravo y herido pardo á quien persigue ardiente tropa de cazadores. Con ocasion de esta sangrienta batalla le escribió el Faki Abu Zacaria su Alcatib una larga casida de elegantes versos en que le consuela del vencimiento y desgracia de aquel dia, y le da el parabien de haber salido con vida, y pinta la variedad y vicisitudes de la fortuna de las armas, sus riesgos y estratagemas con muchos avisos militares.

DE ZACARIA.

Inclito rey en armas poderoso,
¿Quién de vosotros hay tan denodado

Y diestro y animoso en los combates,
Que al enemigo acometer intente
Con viva fuerza ú cautelosa maña
Al asomar de la rosada aurora,
O en la tiniebla de la obscura noche,
Sin que pavor ni timidez invada
Su corazon, cuando á los mas valientes
De sobresalto y de temor palpita?
Los caballeros en la lid sangrienta
Su valor muestran y ánimo constante,
Y heridos y de sangre y polvo llenos,
El pundonor los vuelve á la batalla,
Y la siguen en noche triste obscura,
Obscura no, que el fuego de las armas
Y el resplandor de los ilustres hechos
Tornó la noche como clara aurora,
Y ellos con clara luz resplandecian:
Fuego de santo celo los guiaba
A pelear con las infieles hazes
En batalla campal y descubierta,
O en cauteloso ardid y en emboscadas.
Solos cuarenta las espaldas vuelven,
Y en torpe fuga buscan salvamento,
Por eso de la muerte atropellados
Fueron dos mil, y mas de mil cayeran
Sin el amparo de otros campeones,
Que como montes al encuentro salen,
Y el ímpetu rechazan del corriente
Arrebatado del bridon contrario.
Trábase nueva lid, espesos golpes
Se multiplican, recio martilleo
Estremece la tierra, y con las lanzas
Cortas se embisten, las espadas hieren,
Y hacen saltar las aceradas piezas
De los armados, y al sangriento lago
Entran como si fuesen los guerreros
Camellos que la sed ardiente agita,
Cual si esperasen abrevarse en sangre
Que á borbollones las heridas brotan
Fuentes abiertas con las crudas lanzas.
Las gotas de la fresca húmida noche
Que los floridos prados rociaba
Causan dolor á las sangrientas bocas,

En ella hambrientos y feroces lobos
Con los valientes osos combatian.
Por afirmar sus pies en la pelea
En la vertida sangre resbalaban :
Entre los altos pabellones vienen
Y las tiendas traspasan arrojando
Agudas lanzas que las armas rompen ,
Y con ellas tambien los fuertes pechos.
De sangre y confusion llenan el campo ,
Estratagema usada de batalla ,
Que en las batallas el engaño es bueno.
Ni te parezca, oh rey, que no es loable
El engañar con arte al enemigo ,
Ni cosa desusada entre la gente.
En todas las batallas hay engaños ,
Cada dia se ven sucesos nuevos
En las crudas batallas por destreza
De animosos caudillos avezados
A los sangrientos juegos de la muerte.
Capitanes cual tú los inventaron ,
¡ Oh el mas valiente en todos los valientes
Cuántos aquella noche te seguian !
Hoy eres ya mas sábio y esforzado
Que fuiste ayer , y crece cada dia
En tí el valor , el ánimo y destreza.
Oye , mi rey , de la experiencia y uso
La utilidad : en los primeros años
El que ha de caudillar cuando mancebo
En huestes se acostumbre y ejercite
A mirar los encuentros sin espanto
Las contrapuestas haces y el combate ,
Que oiga sin turbacion ni cobardia
Aquel clamor confuso y alarido
De los varones que el furor de guerra
A brava lid incita y arrebata :
Que no le dé pavor el duro estruendo
De las crugientes y vibradas armas
Ni aquel ruido é ímpetu brioso
De feroces caballos que revuelvan
A todas partes bravos campeones ,
Que la pelea cruda ardiente incitan
De polvo y sangre y de sudor cubiertos.
Lo que decirte quiero , rey , ahora

Consejos son de guerra, estratagemas
Que usaron otros grandes capitanes
Y reyes á las armas inclinados,
De ánimo como tú noble y guerrero,
No porque yo me precie de caudillo
Y práctico en batallas los recibas,
Sino porque varones muy famosos
Y diestros en la guerra los usaron,
Y en ocasiones grandes venturosas
A nuestros fieles fueron de provecho.
Por eso, rey, te doy estos avisos,
Tú benigno mi dádiva recibe.
Procura siempre ventajoso campo,
En sitio, espacio, entradas y salidas,
Y si temieres el rebato y fuerza
De los contrarios, cerca de honda fosa
Tú campo todo: si en campaña rasa
Siguiendo vas al enemigo, ú viene
En tu seguida, los vecinos campos
Con veloces algaras tala y roba,
Y destruye sus pueblos y alquerias.
Finge asonadas falsas y rebatos
Con buen ardid, de noche muchos fuegos
Encenderás, y espesas ahumadas
De dia en atalayas y altas cumbres,
Que el engañar en esto no es dañoso,
Y es util dar temor al enemigo,
Y á sus gentes continuo sobresalto.
Así pierde osadia, y no prosigue
Y menos adelanta sus algaras.
Nunca en tus haces desmandada gente
Quieras llevar, ni traigas á pelea
Sino la gente buena, fiel y honrada
Que espera del valor galardon justo,
De mano de su rey, y en la otra vida
Del paraiso la delicia eterna.
Antes que al enemigo des batalla,
En campo llano dispondrás tu gente
Escogiendo el mas ancho y escampado,
O con propio lugar para emboscadas.
Nunca tu gente en estrechura pongas
Ni donde falte campo á tus caballos,
O estorben y atropellen tus peones.

En todos cuatro lados fortifica
Tu hueste , sin dejar la retaguardia.
Enmedio es lugar propio del caudillo
Que da vigor y movimiento al cuerpo
Como hace el corazon al cuerpo humano ,
Los capitanes á la frente envia
Que son los ojos guias de la hueste ,
Y con ellos la gente denodada
Y mas valiente y práctica en la guerra
Insignias de tu estado conocidas
No conviene vestir en la batalla ,
Pues basta que los tuyos te conozcan
Y los que han de llevar tus mandamientos.
Oculta tu poder al enemigo
Cuando es mayor , y con ficcion le engaña ,
Y recela emboscadas enemigas
Que el infiel usa mucho de este engaño.
Al principiar de la cruel pelea
A espaldas de tu campo nunca tengas
Raudo rio ú pantano cenagoso ,
Lugares fuertes haya sin peligro.
Y al retirarte cuida de la zaga ,
La retaguardia cubra diligente,
La retirada en órden y concierto ,
Y en retirada vence al enemigo ,
Que así lo hicieron nobles capitanes.
Cuando de tu poder desconfiando
Recelares del fin de la batalla ,
Procúrala escusar con arte , y nunca
Muestres temor , y dala por la tarde
Y en el trance no muestres cobardia ,
Que si los tuyos tu flaqueza vieren ,
Desmayarán y cederán el campo.
Cuando en estrechas y apiñadas haces
Mirares tú la selva de enemigos ,
Ensancharás tu gente concertada :
Y en buen órden las últimas hileras ,
Esten así mientras el duro trance
Con furia igual mil muertes repartiendo ,
Fieros golpes , heridas , sangre y polvo
Que se enciende cual fuego , y nubes de humo
Espadas que deslumbran como rayos
Y las herradas puntas de las lanzas ,

Cuando se despedazan como lobos
Y fieros osos con rabiosa saña.
Y tú con diligencia á todas partes
Proveheras lo que mejor conviene
Como caudillo diestro y animoso
Para llegar á la elevada cumbre
De la victoria, fin de tu deseo.
Si algun siervo te falta mal su grado
En la batalla á lo que tú quisieras
No le trates con saña, ni le mires
Con torva faz que el corazon lastima
De los valientes el mirar airado
De su caudillo, y si de aquel no esperas
Servicio grande ni admirable hazaña
Confia de los otros generosos,
Y tu airado semblante y torvo ceño
Del ánimo turbado claro indicio
No les muestres jamás, que los prudentes
Con palabras agudas y cortantes
Como espadas que hieren y lastiman
Dirán despues: su turbacion notamos;
¿Cuándo tuvistes tú pavor ni miedo?
¿Cuándo al pavor tu corazon dió entrada,
O de Sanhaga estirpe generoso?
¿Y cuando estás en salvo y sin peligro
Muestras temor, decid, no sois vosotros
Los leones que á todas partes giran,
Que acechan vigilantes emboscados
En el verde cañal de espesa selva?
¿Qué pudo ser lo que adeshora vino
A vuestro rey, y con descuido tanto
Faltasteis de su lado en la defensa?
El caudillo prudente y valeroso
Que lo vé todo, y todo lo previene
Nunca ocasion tendrá de torpe miedo,
Ni vergonzosa fuga: adverso lance
Alguna vez como ésta sobrevino,
Que no siempre el mortal es venturoso,
Que la fortuna estable y permanente
Solo á Juzef tu abuelo fue debida,
Que la victoria siempre fue colgada
De sus banderas en famosas lides,
Fortuna que tambien Alá concede

Que siga Ali tu padre y no otro alguno,
Con vestigios que nunca el tiempo borre;
¿Cómo á Taxfin el noble y generoso,
Que liberal, benéfico y humano
A todos hace bien, faltar pudisteis?
Así tuvo ventaja su enemigo:
Vuestros ojos lloraron la desgracia,
Mas su valor disimuló su pena,
Y no visteis en él su sentimiento.
¿A quién no admira que en sus tiernos años,
En su florida edad tan triste lance,
Y matanza cruel y atroz pelea
No le turbase, y con sereno aspecto,
Con fuerte y libre corazon mandase,
Y en apuros seguro dispusiese
Lo conveniente á la ocasion terrible?
Despues ya del suceso á los culpados
Perdonó generoso, ínclita muestra
De su grandeza de ánimo, pudiendo
Justa severidad usar al punto.
Conviene ó Taxfin que algunas veces
En tu campo divulgues falsas voces,
De nocturna incursion y violencia,
Y fuerza superior del enemigo.
Así verás los tuyos avezados
A despreciar temores verdaderos,
Y entradas y rebatos valerosos.
Cuando de noche en la tiniebla obscura,
Asaltó el enemigo tus estancias,
Llenando de pavor tus campeones,
Con la feroz y brava acometida
De sus fuertes caballos, y espantados
Huyeron del esfuerzo de tus lanzas,
¿Cuántas victorias y sucesos grandes
En sus pueblos y tierras has tenido?
¿Cuántas veces huyeron sus valientes
De tu valor y generoso aliento?
¿Cuántas veces sus nobles capitanes
A tu espada rendidos se humillaron
Pidiéndote merced? ínclito jóven,
Tu vida es nuestro bien, en ti consisten
Los triunfos y victorias, y tú solo
Eres bien y alegría de tu pueblo:

Eres tú su contento y sus delicias,
Y á todo el mundo, á los nacidos todos
Les doy el parabien de verte salvo:
El color de las alas ví mudarse,
Y pudo ser el caso duro y fuerte,
Que los riscos y montes conmoviera,
Las águilas y buitres carniceros
Acudieron al punto, no dejarán
En toda España quien á Dios loase.
¡O no permita Alá que tú nos faltes!
Que en tí consiste el bien, salud y amparo
De sus pueblos y ley, Dios te prospere,
Guardete Dios, que guarda al que le invoca,
Y pone en él su bien, y su esperanza.

CAPITULO XXXIII.

Guerras entre los Almohades y Almoravides en Africa, y en España entre Muzlimes y Cristianos. Elogio poético de los Almoravides y de sus gefes.

1130 En Rot-Alyehut fortaleza de España oriental falleció este año de quinientos veinte y cuatro, en la luna de jaban el rey de Zaragoza Abu Meruan Abdelmelic llamado Amad-Dola. Este príncipe vivia en aquella inaccesible fortaleza, asilo y comun retiro de los reyes sus antecesores; por sus pactos y alianzas con el rey de los Cristianos Alfonso ben Remund Asulatain, estaba muy aborrecido de sus vasallos que no podian llevar con paciencia que le enviase sus dádivas, y que le favoreciese en sus espediciones contra los Almoravides. Sucedió á su padre en el estado y en

el mal consejo su hijo Abu Giafar Ahmed llamado Sait-Dola, que en tres años acabó de ceder al enemigo las fortalezas que todavía conservaban las fronteras orientales de España: apellidábase Almostansir Bila y Almostain Bila; pero no quiso Dios ayudarle ni favorecerle por sus torpes alianzas con los Cristianos, de suerte que en él acabaron los reyes de Beni Hud, tan poderosos en otros tiempos.

En Africa se comenzó de nuevo la guerra entre los Almoravides y Almohades. Abdelmumen habiendo ordenado lo perteneciente al buen gobierno de Tinmal, y de las tribus que le obedecian escribió sus cartas á los jeques, congregó sus gentes para salir á la santa guerra contra el rey de Marruecos. Consultó con sus caudillos adonde convendria emplear sus armas que hiciesen mas venturosa la espedicion, y determinaron entrar las comarcas de Alziga. Partió Abdelmumen de Tinmal con treinta mil hombres en dia juéves veinte y cuatro de rebie primera del año quinientos veinte y seis, y vencieron y sojuzgaron aquellos pueblos, allanando y venciendo las tribus que se resistian victoria tras victoria, y conquista tras conquista. Entraron en tierra de Tesala, ocuparon la ciudad de Deraa, sujetaron los moradores de Velad Tifar, Velad Fezan, Velad Guyuza y otras tierras, y pasando adelante se pusieron sobre la ciudad de Marruecos, y asentaron su campo delante de ella, en la luna de jewal del mismo año. Combatió sus muros algunos dias, y luego levantó el cerco y pasó á Velad Tedula, y la entró por fuerza, siguió á Derat, y de esta ciudad partió para la de Sale. Los vecinos cuando entendieron que se encaminaba contra su ciudad, salieron de paz á rendirle obediencia, y se pusieron bajo su fé y amparo, y entró en aquella ciu-
1132 dad dia sábado á veinte y cuatro de dilhagia del año quinientos veinte y seis. Al año si-

guiente de quinientos veinte y siete, continuó sus conquistas el victorioso Abdelmumen, y sojuzgó toda la tierra de Teze.

En España continuaba el amir Taxfin haciendo guerra á los Cristianos en todas sus fronteras; pero el astuto Alfuns ben Remund, logró con malos tratos que Almostansir ben Hud Saif-Dola rey de España oriental, cediese la fortaleza de Rot-Alyehud, y otras muy importantes que tenia, dándole en cambio muchas posesiones en Toledo, y la mitad de aquella ciudad. Estos conciertos se hicieron en dilcada de aquel
1132 año de quinientos veinte y siete (1), movióse á esto Saif-Dola porque temia que sus mismos vasallos entregasen sus fortalezas á los caudillos Almoravides, porque aborrecian sus tratos y alianzas con el rey Alfonso ben Remund, y por otra parte no confiaba mucho poderlas mantener si este tirano se apartaba de su alianza como le amenazaba muchas veces. Ufano con estas ventajas el enemigo de Dios Alfonso ben Remund, que le hacian muy poderoso en las riberas del Cinga y del Seguire, salió con buena hueste de Mekineza, y vino á poner cerco á Medina Fraga. Esta ciudad es de gran fortaleza por su natural disposicion del sitio rodeado de quiebras, y puesta sobre tajadas rocas: así por esto como por el valor de los Muzlimes que la defendian no hacia cosa de provecho, y se alargaba el cerco. Salian los Muzlimes algunas veces contra el campo de los Cristianos, y se trababan reñidas escaramuzas. Como el wali Aben Gania que estaba en Lérida entendiese lo que pasaba en el cerco de Fraga, salió con una escogida compañía de caballeros á correr

(1) Así Abdel Halim aunque alcodai dice que estos conciertos fueron año quinientos treinta y cuatro; pero entonces ya no vivia Alfonso ben Remund.

la tierra, y estorvar las provisiones que se conducian al campo de los Cristianos, y quiso Dios que estando los Muzlimes de Medina Fraga en recia escaramuza con los Cristianos en su propio campo, sobrevino la caballería y gente de guerra que traia Aben Gania. El rey Alfonso viendo aquel tropel de caballeros que venian á toda rienda á herir en los suyos, sacó parte de su batalla, y les salió á encontrar; pero no fueron poderosos para contener el ímpetu de la caballería de Aben Gania. Aquellos valientes Almoravides rompieron y atropellaron á los Cristianos que huyeron vencidos despues de horrible matanza, que pocos escaparon de la muerte, y entre ellos y de los primeros murió el rey Alfonso, cruel enemigo de los Muzlimes. El campo quedó cubierto de cadáveres para pasto de aves y de fieras. Los Muzlimes robaron el campo de los Cristianos, en donde hallaron muchas riquezas, y persiguieron las miserables reliquias de sus vencidas gentes. Entonces Aben Gania escribió esta gloriosa victoria, y venturoso suceso de sus armas al amir Taxfin, que holgó mucho de ello, y fue famoso el dia de Fraga, que
1134 no le olvidarán los Cristianos. Fue esta gran batalla año quinientos veinte y ocho.

Como la fortuna de las armas fuese tan contraria al rey Ali ben Juzef de Marruecos, y á sus caudillos Almoravides contra Abdelmumen príncipe de los Almohades, las continuas derrotas de sus ejércitos, las provincias conquistadas, y las calamidades inseparables de una guerra desgraciada acabaron los grandes tesoros del rey Ali, menguaron las rentas y frutos con la pérdida de tantas tribus, y se siguió mucha carestia en toda la Mauritania, y declarado descontento en los ánimos de sus oprimidos pueblos. En este triste estado aconsejaron algunos nobles Almoravides á su rey Ali, que declarase por futuro sucesor del imperio á su hijo

el príncipe Taxfin, que como todos sabian era muy esforzado y de grande entendimiento, y muy famoso ya por sus gloriosas hazañas y grandes hechos de armas en Andalucía, del cual decian todos que era tal su valor y esperiencia en las cosas de la guerra, que si le hubieran enviado algunos socorros de gente de Africa, hubiera sojuzgado á toda España de mar á mar; y que en tódos los encuentros y batallas que habia dado á los Cristianos, que habian sido muchas, sola una vez le habian vencido, y eso por casualidad, y con grave daño de sus enemigos. El rey vino en ello y le mandó enviar sus cartas para que pasase á Africa, porque las necesidades de la guerra lo pedian para que se opusiese al nuevo rey de los Almohades, que andaba triunfante y victorioso.

1134 En el año de quinientos veinte y ocho celebró Abdelmumen la fiesta solemne de su jura, y se congregaron en Tinmal los jeques de todas las tribus que le obedecian, y le aclamaron amir Amuminin, y mandó labrar su moneda, y en honra del Mehedi ponia en ella su nombre, y en la de plata mandó escribir por un lado. « No es Dios sino Alá, el imperio todo es de Dios. No hay potencia sino en Dios;» por el otro: « Alá es nuestro señor, Muhamad nuestro apóstol, el Mehedi nuestro imam, ó príncipe,» y por diferenciarse de los Almoravides la mandó labrar cuadrada. Luego partió á tierra de Teze, y en el

1135 año quinientos veinte y nueve mandó edificar la ciudad de Rabat Teze, en lo que se ocupó todo el año.

En España continuaba el príncipe Taxfin sus espediciones contra los Cristianos con harta ventura, y en el año de quinientos treinta tuvo una sangrienta batalla con ellos en Fohos Atia, y los desbarató y venció con horrible matanza, y tomó muchos cautivos y des-

pojos, y recobró muchas fortalezas que habian ocupa-
1136 do los Cristianos. En este mismo año de qui-
nientos treinta el wali de Granada Muhamad ben Said ben Jaser, que la tenia por los Almoravides, labró en ella una magnífica casa toda de mármol que parecia un alcázar, con hermosos jardines y fuente muy abundantes en pilas de jaspe, y de alabastro.

1137 En el año quinientos treinta y uno el prín-
cipe Taxfin corrió la tierra de Huebte y Alarcon, y como se resistiese la ciudad de Cuenca entró en ella por fuerza de armas, y degolló á sus moradores sin perdonar vida, porque se habian rebelado contra los Almoravides que la guarnecian: y en este tiempo le llegaron nuevas de Africa del mal estado de las cosas de los Almoravides, y las cartas en que su padre le enviaba á llamar confiando que su valor mejoraria el estado y fortuna contraria de sus armas.

En este tiempo Abu Talib Abdel Gebar de Jucar, hizo unos versos (1) en que elogiaba á los Almoravides, y en especial al ilustre príncipe Taxfin, y por su excelencia merecen ser conocidos en la posteridad.

Cuando Alá eterno y poderoso quiso
Que su divina ley fuese ensalzada:
Los ánimos unió de los mortales,
Para elegir un adalid valiente,
Que acaudillase del Islam las tropas.
Este fue de Taxfin noble pimpollo,
De tan insigne planta procedido:
Al mundo pareció cual clara aurora
Que á la tiniebla de la noche sigue,
Puro y resplandeciente como el agua,
De clara fuente que aura matutina
Orea y esclarece, y nunca admite
Mancilla en sí que su cristal enturbie.

(1) Parece que estos versos se hicieron despues de la muerte del rey Ali.

Abu Jacub fue tal, y su venida
Fue de águila caudal, su presto vuelo
Hácia Zalaca encaminó, la espada
Allí esgrimió la diestra vencedora,
Dia feliz y campo venturoso,
Lo que nos diste tú, ¿quién nos ha dado?
Vuelve otra vez, señor, tan fausto dia,
¡Oh célebre giuma, dia dichoso!
Cuando la santa ley, atropellada
Del arrogante infiel, con victoriosas
Armas se levantó, y á los infieles
Dia de juicio fue, y allí quedaron
Como viles y míseros terrones.
No te valió aquel dia tu potencia
Soberbio Alfonso, pues allí cumplióse
Lo que grabado en tablas de diamante
La eterna voluntad de Dios tenia,
Y protegió con su divina sombra
La gente fiel, y el rayo de la guerra
Abrasó á los infieles como fuego:
Aseguró el Islam cual otras veces,
En los antiguos tiempos venturosos,
Y en todas partes libres y seguros,
A la alba, á mediodia y á la noche,
Y en su tiniebla escura sin temores
Andaban por dó quiera los Muzlimes.
Despues tomó las riendas del estado
El hijo de Juzef, el animoso
Ali, sabio, prudente y justiciero;
El cual siguiendo las paternas huellas
Alcanzó su virtud, no su fortuna.
Hubo despues las riendas del imperio
Su hijo Taxifin el esforzado,
Como bravo leon, leon rabioso
Cercado de crueles cazadores:
Tiranos ambiciosos á porfia,
Sus estados invaden, los rebeldes
Su señorío usurpan, tantos males
Y sinjusticia, violencia y robo
De vos, potente Alá, remedio esperan.

CAPITULO XXXIV.

Levantamiento en Algarbe, en Sevilla, en Valencia y otras partes.

Despues de la partida del amir Taxfin ben Ali á Africa, se principió á suscitar en España el fuego de la insurreccion contra los Almoravides: y en la parte de Algarbe se encendieron las primeras chispas, y la ocasion y primeros movimientos fueron de esta manera. Ahmed ben Husein ben Cosai natural del campo de Jilbe, llamado tambien Abul Casim Rumi, en su primera juventud vendió sus bienes, peregrinó á diversas partes, oyó en Almería el celébre Alarif, tornó á su aldea, y predicó en ella la doctrina de Algazali, condenada en España por el gobierno: juntó taifa de socios y secuaces, y se llamó iman. Pasó á Sevilla y acre-
1144 centó el número de sus discipulos, y entrado el año quinientos treinta y nueve se unió con todos los suyos al bando de Muhamad ben Yahye de Saltis, conocido por Aben Alcabela, que asimismo se llamaba Mustafa, y tenia tambien gran número de secuaces y admiradores. Comunicaban estos sus doctrinas y designios con los principales mancebos de Algarbe, y éste Aben Cosai persuadió á los suyos á apoderarse por engaño ó por fuerza de Calat Mertula, el mas fuerte castillo de Algarbe. Escondieronse en los arrabales como setenta hombres, entraron de noche y disimulando sus intentos, y á la hora del alba del dia juéves doce de safer del dicho año, acometieron las

puertas de la fortaleza, las rompieron y entraron en ella, atropellando y matando á los que la tenian en guardia. Vino en ayuda de Aben Cosai como estaba concertado, la gente de Jabura y de Jelbe, acaudillada por Muhamad ben Omar ben Almondar Abul Walid, mancebo de la principal nobleza de Jelbe, que desde pequeño se habia criado en Sevilla, y por su doctrina y nobleza (era hijo del Mezuar de Jilbe su patria) estaba tambien tan dado á las nuevas doctrinas y secta de Algazali, que en el fervor de su juventud se retiró á la soledad de un yermo, á orillas del mar en Rabat Raihena, y dió de limosna sus bienes, y era de los mas ardientes secuaces de Ahmed Aben Cosai, y seguia su bando, y le fomentaba en su patria. Ayudábales Abu Muhamad Sid-Rai, hijo del wazir de Jabura, que ya de antes eran todos amigos. Uniéronse públicamente todos estos con Aben Cosai, un mes despues que se apoderára de Calat Mertula, esto es en principio de la luna de rabie segunda del
1144 año quinientos treinta y nueve. Como era gente tan principal llevaron tras sí muchos del pueblo, que estaban oprimidos y descontentos de las insolencias de los Almoravides, y con ellos emprendieron la conquista de otros fuertes, pasaron á Hisn Mergec, fortaleza de tierra de Jilbe, donde se habian fortificado los Almoravides, y Aben Cosai acaudillando á los suyos con mucho valor y conocimiento los venció, mató muchos de ellos, y se apoderó de la fortaleza entrandola espada en mano, y huyeron los pocos que la defendian á Medina Beja. Viéndose los Almoravides que habia en aquella ciudad amenazados de la misma suerte, pidieron seguro de los del mismo pueblo para pasar á Sevilla, y despues que ellos salieron entró en ella Omar ben Almondar con la gente que le habia confiado Sid-Ray, hijo del wazir de Jabura. Estaban en esta ciu-

dad algunos parciales suyos, entre otros su hermano Ahmed y Abdala ben Ali ben Samail. No tardó en juntarse con ellos el gefe de la insurreccion Aben Cosai, y el mismo Sid-Ray el hijo del wazir, y á este por su autoridad y política dió Aben Cosai el mando de Beja, y á Omar ben Almondar la walia de Jilbe. Hubo luego entre estos dos caudillos alguna desavenencia y ciertos disgustos, y Aben Cosai los emplazó á Calat Mertula, y se dieron satisfaccion, y se compusieron ó disimularon sus pasiones: y Omar volvió á su lugar y allegó gente de Oksonoba con la que tenia de Jilbe, y mucha de Mérida que se le juntó, y se volvió á reunir otra vez con Aben Cosai que le hizo adelantado en toda su tierra, dándole parte en su estado y mando, y le llamaba Aziz Bila. Con la fortuna de estas primeras empresas tomaron osadía para mayores cosas; y determinaron entonces pasar con su gente el Guadiana, y fueron sobre Welba y la cercaron, y sin mucha resistencia la entraron. Pasaron de allí á Libla y la pusieron cerco y la combatieron con muchas máquinas, y vino al campo en su ayuda nueva gente de Algarbe, y despues de recios combates la entraron por inteligencia y favor de Juzef ben Ahmed el Pedruchi, un alcaide de los rebeldes y descontentos de aquel tiempo, que les entregó una de las torres que defendia por los Almoravides.

Este venturoso suceso puso mayor esfuerzo á los de Aben Cosai, y les dió ánimo para correr con algaras la comarca de Sevilla, que estaba en poder del amir que la fortificaba y defendia. Partió el ejército de Libla hácia Sevilla, y entró las fortalezas de Hisn Alcázar y de Tolliata, que son de las principales de aquella Amelía. Era ya en este tiempo muy numerosa la hueste que llevaban, y se habia divulgado en toda España la fama del levantamiento del Algarbe. Llegaron

á Hisn Azahar, corrieron las cercanías de Sevilla, y entraron y ocuparon á Atrayana. Como esta novedad fue sabida del mayor jeneral de las tropas Almoravides de España Abu Zacaria Yahye ben Ali Aben Gania que se hallaba en Córdoba, al punto congregó sus tropas para remediar y contener los desórdenes de Algarbe: y con la nueva de la entrada en Libla luego se puso en marcha para la Gazua de aquella tierra. Antes que este wali llegase á Sevilla fueron avisados los rebeldes que estaban en Atrayana de su venida, que en todas partes tenian parciales de su bando. Llegó este wali Aben Gania á Sevilla, y Omar ben Almondar con sus rebeldes se retiraron sin osar esperarle, y repasaron el Guadiana huyendo. Siguiólos Aben Gania y los alcanzó, y les dió batalla en que los rompió y desbarató, y mató mucha gente de ellos, los persiguió y cautivó muchos.

Omar ben Almondar llegó aquella noche á Libla y la fortificó dos dias, y se juntó en Jilbe el alcaide Juzef Pedruchi. Llegó Aben Gania y puso cerco á la ciudad, que se defendia bien haciendo salidas y rebatos en que habia sangrientas escaramuzas; pero los de Aben Gania estaban á la inclemencia del tiempo, que era enmedio del invierno, y padecian mucho; á los tres meses del cerco llegó nueva al campo de Aben Gania como en Córdoba habian asesinado al cadi, y se habia levantado en la grande aljama en dia juéves cinco de
1144 ramazan del año quinientos treinta y nueve Abu Giafar Hamdain ben Muhamad ben Hamdain, y se habia apoderado de la ciudad apellidándose amir Almansur Bila. Con esta novedad le fue forzoso levantar el campo de sobre Libla, y partió hácia Sevilla: y en el camino oyó que tambien se habia alborotado el pueblo de Valencia, donde estaba de wali su sobrino Abu Muhamad Abdala, hijo de su her-

mano Muhamad ben Ali Aben Gania, que le escribia que ni por si pudo nada ni por la autoridad del cadi de aquella ciudad Meruan ben Abdala ben Meruan Abul Melic, que era alli cadi puesto por Taxfin ben Ali el Amir en veinte y cuatro de dilhagia del año quinientos treinta y ocho, que subiendo á la tribuna habló al pueblo con mucha energía ponderando los grandes méritos y santas guerras que se habian debido á los Almoravides contra los Cristianos, el auxilio que habian dado á Gezira, los socorros y libertad de Valencia, que sus esforzadas tropas habian sacado de mano de Infieles; pero que todas sus exhortaciones fueron vanas, y como predicar en desierto, que no habia sido posible sosegar al alborotado pueblo, ni él habia conseguido contenerlos con sus Almoravides, de manera que le habia sido forzoso escapar de noche con su familia á uña de caballo en la noche del miércoles diez y ocho de ramazan, y se habia acogido á Játiva donde habia llegado al amanecer, y se fortificaba en ella con los suyos. Estas cartas y las que fueron llegando del levantamiento de Murcia, de Almería y de Málaga, donde el pueblo forzó á los Almoravides á retraerse á la alcazaba con su wali Almanzor ben Muhamad ben Alhag, y le pusieron riguroso cerco, que duró siete meses, y de otras principales ciudades, dieron mucho cuidado al caudillo Abu Zacaria Yahye Aben Gania, y no solo perdió la esperanza de acabar por entonces la guerra y allanamiento del Algarbe, sino que temió que se perdiese toda España para los Almoravides, viendo las turbaciones y movimientos que en todas las provincias resultaban. Así que, luego escribió á su hermano Muhamad ben Ali Aben Gania, que partiese de Sevilla con las naves y gente de los Almoravides, que tomase tambien las que estaban en Almería, y se fuese á fortificar y apoderar de las islas

Mayorcas, que en España no habia seguridad, y su hermano lo hizo sin pérdida de tiempo. Con motivo de salir de Sevilla las naves y gente de los Almoravides, se levantó con el mando en aquella provincia Abdala ben Maymon alcaide de su frontera, y con pérfidos tratos se apoderó de la ciudad, y degolló en ella muchos Almoravides, y no pocos vecinos que se quisieron oponer á sus tiránicas violencias. En Almería con la misma ocasion se levantó Abdala ben Mardanis, y se hizo dueño de la ciudad. En Córdoba el tumultuario y alborotado pueblo depuso á los catorce dias al rebelde wali Hamdain, movido de las tramas y liberalidades de cierto bando que allí se suscitó á favor de Seif-Dola Ahmed Aben Hud, el que estaba en la frontera de Toledo favorecido de los Cristianos. Su real prosapia, su política y grandes riquezas facilitaron esta novedad en el populacho de Córdoba, y lo proclamaron llamándole Almostansir Bila; entró en Córdoba y fue muy aplaudido; pero á los ocho dias le fue forzoso salir de Córdoba, porque el pueblo se cansó de él y de las violencias de los suyos, y se retiró al fuerte de Foronchulios, y su wazir Samche que se quedó en la ciudad fue despedazado por el inconstante pueblo. La partida de Abu Zacaria Yahye Aben Gania del cerco de Libla animó á los rebeldes de Algarbe, y sabiendo tambien los alborotos de Córdoba pensaron alzar alli su bando, y ordenó Aben Cosai que Omar ben Almondar y su gente con su secretario Muhamad ben Yahye el Saltixi el llamado Alcabela, que era persona de su confianza fuesen á Córdoba presumiendo que lograria entrar en la ciudad, y harian valer su partido en ella, esperanzas que les ofrecian algunos parciales suyos que moraban en el arrabal de la Axarkia de aquella ciudad, y eran gente principal en ella, como Abul Hasan ben Mumen, y otros. Los caudillos Omar ben

Almondar y su socio el Saltixi Alcabela con las tropas de Jelbe y Libla se pusieron en camino; pero antes de llegar supieron como los habia prevenido el político Seif-Dola y los de su bando, y que los de la ciudad estaban por él, y que en varias ciudades le proclamaban.

Entre tanto Abdala el sobrino de Aben Gania hacia desde Játiva grandes algaras y correrías en Valencia y talaba sus campos, y amenas huertas. Los de Valencia para defenderse de sus entradas y contener sus estragos acudieron al ilustre caudillo Abu Abdelmelik Meruan Aben Abdelaziz rogándole que los amparase y defendiese; pero este noble jeke se escusó porque recelaba de la inconstancia del pueblo, y de las intenciones de los principales; y como el pueblo persiguiese á los Almoravides que quedaban en la ciudad despues de la fuga del wali Abdala el sobrino de Aben Gania Abdelaziz se ocultó y huyó con los suyos á Játiva que muchos le seguian, hasta que lograron persuadirle Abdala ben Mardanis, y Abu Muhamad Abdala ben Ayadh alcaide de las fronteras, persona de mucho crédito y autoridad. Estos consiguieron que cediese al bien comun su comodidad particular y aceptase el peligroso mando que el pueblo le ofrecia y así movido de tantas instancias vino á Valencia y le proclamaron en ella en

1144 tres de jawal del año quinientos treinta y nueve, y encargó el cuidado de las fronteras y su comarca al alcaide Abdala ben Ayadh, que se ocupó desde luego en asegurar las suyas propias y las de su yerno Abdala ben Mardanis contra los Lantunies que hacian gente en tierra de Albacite, y se hacian fuertes en sus fortalezas.

CAPITULIO XXXV.

Continúan los alborotos de los Múzlimes en España.

Hamdain habiendo logrado ganar segunda vez el pueblo de Córdoba volvió á entrar en ella doce dias despues de su salida, que fue en diez de dilhagia del año quinientos treinta y nueve y le proclamaron con general movimiento y alegría del pueblo, y sus parciales y parientes le proclamaron en varias ciudades de Andalucía. Su alcatib ó secretario Achil ben Edris de Ronda le hizo proclamar en su patria, y á su nombre ocupó la inaccesible fortaleza de aquella ciudad, y asimismo se apoderó de Arcos Jeris y Sidunia haciéndole proclamar en todas ellas. En Murcia entró Abdala el Trogray alcaide de Cuenca luego que oyó la rebelion de Hamdain en Córdoba, y salió con ánimo de unirse á su bando, y al llegar á Murcia trataba el pueblo alborotado ya desde el dia diez y siete de ramazan de proclamar allí por adelantado á cualquiera de sus principales jekes ó á Muhamad ben Abderraman ben Tahir el Kisi que era de la nobleza de Tadmir, ó á Abu Muhamad ben Alhag Lurki, ó á Abderraman ben Giafar ben Ibrahim. Habia el pueblo proclamado á Hamdain de Córdoba, y pusieron por su adelantado á Muhamad ben Alhag, y este no queria aceptar este encargo por moderacion. Con la entrada del alcaide de Cuenca Abdala ben Fetah el Thogray mudaron de faz las cosas, y el bando de este nombró cadi de Murcia á Abu Giafar

ben Abi Giafar, y el dia mártes quince de jawal del año quinientos treinta y nueve entró á Giafar la codicia del mando y excitó un alboroto popular contra los Almoravides, y por causa suya asesinaron en Auriola alevosamente á los Almoravides que bajo de palabra de seguro habian entrado en ella: y conforme á la instruccion de los caudillos de aquella parcialidad entró la gente de las aldeas y campos en Murcia y proclamaron por su amir á Abu Giafar ben Abi Giafar, y cadi á Abu Alabas ben Helal, y por alcaide de la caballería al Thogray, y nadie se les opuso, y así este caudillo con pretexto de proclamar á Hamdain se proclamó á sí mismo, y ocupó el alcázar, y se apellidó amir Anasir Ledinala, pero le duró muy poco el imperio como diremos.

En Valencia formó hueste Aben Abdelaziz para salir contra los Almoravides de Játiva que fortificados en su alcazaba y acaudillados de Abdala el sobrino de Aben Gania corrian y talaban la tierra hasta la ciudad de Valencia, robaban y quemaban las alquerías y cautivaban las mugeres, y por esto allego sus gentes y salió de Valencia, y en 28 de jawal fue sobre Játiva: asimismo envió á pedir socorro al wali de Murcia Abu Giafar Muhamad ben Abdala ben Abi Giafar, y en postrero dia de jawal cercó á los Almoravides en la fortaleza de Játiva que se defendian con admirable valor. En Murcia los del partido de Abdala el Thogray y de Aben Tahir alborotaron el pueblo y proclamaron á Seifdola en fin de jawal del año 539, y hubo pelea entre los bandos de Aben Giafar y del Thogray y este caudillo y otros de su parcialidad fueron presos y encarcelados, y se dió la alcaidía de la caballería á Zoamun de Auriola, y se salieron de la ciudad Aben Tahir y Aben Alhag: y en esta ocasion se apoderó mas del estado el faki Abu Giafar Muhamad ben Abdala

ben Abi Giafar el Chuseni, y se hizo dueño de Tadmir lo restante del año, y como dos meses del siguiente. Decia que no se movia á tomar el mando sino por conservar su libertad al pueblo; y luego dispuso su partido para socorrer á Meruan ben Abdelaziz contra los Almoravides de Játiva. No bien habia llegado al cerco, y apenas sus gentes se habian mezclado en las escaramuzas que cada dia se trababan cuando le vino aviso de nuevos alborotos en Murcia, que el bando de Aben Tahir conmovió la plebe y sacaron de la prision al Thogray: al punto partió con su caballería del sitio de Játiva y con presurosas marchas llegó á Murcia y entró en la ciudad por inteligencia, y se apoderó de la fortaleza otra vez, pero no pudo haber á las manos al Thogray que escapó de secreto respirando venganzas: sosegó el alboroto, y se volvió al cerco de Játiva.

En este tiempo los secuaces de Hamdain que moraban en Granada alborotaron al pueblo contra los Almoravides, sin que fuese parte para contenerlos la autoridad y presencia del wali de aquella ciudad Ali ben Abi Bekir hijo de una hermana del rey Ali, llamado del nombre de su madre Aben Finwa; pero las novedades de Algarbe tenian ocupado á su caudillo Abu Zacaria Yahye ben Ali Aben Gania, y buena parte de las tropas Almoravides, que componian su ejército. Esto facilitó al cadi de la ciudad Abu Muhamad ben Simek el levantamiento del pueblo contra los Almoravides de la guarnicion, y la tumultuosa proclama de Hamdain de Córdoba. Los caudillos Almoravides no pudiendo contener el alborotado pueblo las fue forzoso retraerse á la alcazaba y asegurarse en aquella fortaleza. En los ocho primeros dias del motin hubo continuas y sangrientas peleas entre los Almoravides y los vecinos. Los del pueblo daban recios combates al fuerte, y los valientes Almoravides hacian frecuentes y sangrientas sa-

lidas contra ellos. En una de estas terribles escaramuzas murió el cadi ben Simek, y los vecinos y parciales de Hamdain nombraron por sucesor á Abul Hasan ben Adha. Este era muy político que mantenia su opinion con ambos partidos; pero en esta ocasion sirviendo á las circunstancias, y siguiendo al aire de la fortuna que soplaba se declaró contra los Almoravides, y pidió auxilio contra ellos á los cadíes rebeldes de Córdoba Gien y Murcia para que le ayudasen á echar de Granada á los Almoravides.

CAPITULO XXXVI.

Guerra en Africa entre Almoravides y Almohades. Muerte desgraciada de Alí.

Entretanto no iban mejor en Africa las cosas de estos; esperaba el rey Ali que la fortuna y valor de su hijo Taxfin remediaria la suerte de la guerra que le hacian los Almohades, que andaban victoriosos y triunfantes apoderándose de sus tierras y estados; pues en diez años de implacable y porfiada guerra no habia conseguido ventaja contra ellos, antes le vencian y tomaban sus pueblos, y señoreaban las provincias en que moraban las cabilas de Ateza, Gebala y Gieza. Pasó como digimos el príncipe á Africa llevando en su compañía la flor de la caballería de los Almoravides, que hizo notable falta para las revueltas y turbaciones que en España se suscitaron con su ausencia: y asimismo llevó cuatro mil mancebos cristianos de Andalucía,

muy diestros en las armas que servian en la caballería de su guardia. Cuando llegó á Marruecos al punto se dispuso para salir contra los Almohades, y juntas numerosas tropas, salió á buscar á sus enemigos; pero no tuvo su primera espedicion la misma felicidad que antes habia tenido en Andalucía; pues muchas veces quedó vencido perdiendo mucha gente de los suyos, esperimentando cada dia mas contraria la fortuna. El rey Ali su padre, como viese fallidas sus esperanzas, y no recibiese sino nuevas de vencimiento y derrotas de su campo, tomó de ello tanto pesar que adoleció de grave enfermedad nacida de su profunda tristeza y despecho, y fue recreciendo su mal con las continuas pesadumbres que recibia hasta que se le acabó la vida
1144 en la luna de regeb del año quinientos treinta y nueve, despues de haber reinado treinta y nueve años y siete meses. Acaeció su muerte en su alcázar de Marruecos; su hijo se hallaba en Aceya, y estuvo oculta la muerte del rey mas de tres meses.

Publicada la muerte del rey Ali fue proclamado rey de los Muzlimes su hijo Taxfin, príncipe jurado sucesor del trono de los Almoravides. Escribió á todas las provincias su proclamacion, exhortando á los pueblos á la continuacion en su obediencia y lealtad; asimismo escribió á los principales caudillos almoravides de España Abu Zacaria Yahye Aben Gania, á Ozman ben Adha, y á su tio Ali ben Abi Bekir, que luego le enviaron sus cartas de parabien y enhorabuena, y desde entonces se oyó su nombre solo en las oraciones públicas de las mezquitas. Deseoso de contener la soberbia de Abdelmumen príncipe de los Almohades allegó grandes huestes para ir contra él: pues viéndose Abdelmumen poderoso de gentes se atrevió á descender de los montes de Tedula y sierras de Gomera con numeroso campo talando la tierra llana, cautivando y ma-

tando y haciendo grandes estragos por todas partes. Encaminóse esta desoladora tempestad á las sierras que están entre Fez y Telenzen, corriendo al mismo tiempo con algaras de veloces caballos todas las cabilas moradoras de uno y otro lado: alcanzó el rey Taxfin estas sangrientas tropas que como hambrientos tigres desolaban cuanto delante se les ofrecia, y rodeándolos con la muchedumbre de su caballería hizo en ellas horrible matanza, y los Almohades huyeron dejando los campos cubiertos de cadáveres para agradable pasto de aves y fieras. Por este desman fue forzoso al príncipe Abdelmumen subirse á los montes y encaramarse en la fragosidad de aquellas sierras; y el rey Taxfin le seguia por las tehamas y espaciosos llanos. De donde procedió que los Almohades, aunque menos en número se defendian de la muchedumbre con la fortaleza y fragosidad de los montes, y al mismo tiempo abundaban de provisiones y mantenimiento, que escaseaban mucho en los llanos casi desiertos, para bastecer tantas tropas. Los Berberíes de aquella sierra estaban á devocion de Abdelmumen y no conducian provision á los Almoravides. Asentó su campo en los montes de Gomara, despues pasó á los de Telencen atrayendo de paso á su obediencia las cabilas zenetes que están en aquella comarca. El rey Taxfin que los perseguia llegó con su campo á Wadi Tehlit, y como fuese ya muy entrado el invierno asentó allí su campo y se detuvo dos meses, que fueron de tan gran frio, que fue forzoso quemar las cabañas y casas, y hasta los palos y hastas de lanzas y pabellones para repararse y no perecer helados. Luego enderezó Abdelmumen hácia los montes de Telencen, siempre siguiendo los montes y tambien volvió el rey Taxfin á perseguirle: Abdelmumen puso su campo en la cumbre de los montes que están sobre Telencen, y desde ellos descendian sus algaras á cor-

rer la tierra. El rey Taxfin habia pedido ayuda de gentes á los Beni Amat de Sanhaga que comarcaban al oriente de Africa, y le enviaron una poderosa taifa de caballería y peones. Llegó esta gente y salió á recibirla el rey Taxfin con todos sus principales caudillos. Reunidas estas tropas con las suyas llenaban aquellos campos, y parecian tendidas bandas de langosta en que bien se echaba de ver el poderío de los reyes de Marruecos: alegre, maravillosa y estupenda vista, sino estuviera tan cercana la destruccion de tanta grandeza. Recibió el rey Taxfin á los caudillos con mucha honra, y les habló de la satisfaccion que le causaba la vista de tan hermoso campo, y trató con ellos de sus intentos de acometer al enemigo, y de socorrer y fortificar la ciudad de Telencen que era la que estaba amenazada. Por otra parte Abdelmumen estaba oteando desde las altas cumbres de los montes cuanto pasaba en los llanos, y no temia de tan numerosas huestes ni le ponian pavor sus infinitas banderas de diferentes colores, ni el estruendo de sus atabales que estremecian la tierra y hacian retumbar los apartados montes.

Mandó el rey Taxfin que ciertas tropas ligeras subiesen hácia la sierra donde estaban los Almohades, y subieron por la parte de Wbad, que está cerca de Telencen, y por ciertos atajos fueron contra los enemigos. Los Almohades bajaron al encuentro, y la batalla fue muy sangrienta en aquellos ásperos collados; pero los Almohades rompieron y desbarataron á estas tropas, que descendieron despeñándose por aquellas quebradas, y los que pudieron descender á los llanos llenaron de espanto á la muchedumbre del rey Taxfin, de manera que no fue parte su valor y destreza, ni los esfuerzos de los nobles caudillos para mantener en órden á la multitud que huyó vencida mas de su propio temor que del ímpetu de los enemigos. Los Almoha-

des aprovecharon la ocasion de este desórden y terror pánico, y mataron mucha gente á los Almoravides, y los persiguieron á lanzadas por aquellos campos.

Despues de esta desgraciada batalla escribió el rey Ali á todas sus provincias para que viniesen á servirle en aquella guerra, y no tardó en llegar nueva gente de Sigilmesa, de Bugia, y poco despues llegó tambien de Andalucía su hijo amir Abu Ishac Ibrahim, con escogida caballería de Almoravides y Cristianos de su guardia en número de cuatro mil caballeros. Mandó el rey hacer reseña de todas sus tropas, y dividió y repartió en escuadrones aquella infinita muchedumbre que ocupaba tanta tierra, que causaba admiracion el ver así la innumerable gente de armas de caballería y de infantería, como el grande aparato de provisiones y de tiendas, pastores y rebaños de ganados de toda especie, de manera que parecia estar allí junto todo el poder y gente de Africa. Hízose el alarde fuera de Bab Carmedin, y se estendia la gente y los apiñados escuadrones hácia la sierra por todos aquellos campos, hasta el pie de los mismos montes que están enfrente. Cuenta Aben Izá que este fue el último esfuerzo de los príncipes almoravides. Luego movió su campo Abdelmumen caminando como hácia Telencen, y asimismo siguió Taxfin con su innumerable ejército procurando atajarle, y obligarle á venir á batalla: tanto le inquietaban los campeadores de Taxfin, que le obligó á descender á lo llano caminando como hácia las tierras de los Zenetes, y acosado en su retaguardia se resolvió á dar batalla á los Almoravides.

Como Abdelmumen era inferior en número de infantería y de caballos, para pelear y defenderse dispuso una sola batalla de toda su gente en forma cuadrada, y á cada lado sus hileras de valientes con lanzas muy largas que apoyaban de pies y de manos; detras

de estas hileras de lanceros habia una de escuderos con espadas y grandes pavesas y rodelas para cubrirse de los tiros de los contrarios, y detras de estas órdenes de armados, habia dos hileras de honderos y ballesteros, y en el centro y medio de este cuadro quedaba una gran plaza y espacio en que puso toda la caballería, quedando asimismo señaladas y abiertas calles donde se debia abrir salida de cada parte á la caballería para salir y entrar contra los enemigos, sin daño ni desórden de la infantería. Como Taxfin no deseaba sino la batalla luego ordenó sus haces, y mandó acometer á los Almohades con su mayor caballería. El ímpetu y tropel de los Almoravides fue terrible; pero la defensa de las muy largas lanzas impidió que rompiesen el fuerte escuadron, muchos caballos y caballeros quedaron espetados en ellas, volvieron sus caballos los Almoravides para tornar á acometer, sin cesar la espesa nube de los honderos y de la ballestería, y en este punto saliendo los caballeros Almohades por ambos costados los alanceaban en las espaldas, y luego se retraían al centro y plaza de su escuadron, donde se guarnecian como en firme alcázar, huyendo el tropel de la gran caballería de sus enemigos. Así continuó todo el dia esta sangrienta batalla, y la pérdida de los Almoravides fue tanta que no pudieron mantenerse en la pelea. Toda la caballería estaba herida, y muertos los mas valientes soldados: así que, la victoria y el campo quedó por los Almohades. Acogióse Taxfin á Telencen con mucha diligencia, desconfiando ya de la fortuna de sus armas: reparó sus muros y fortalezas, y cuando el victorioso Abdelmumen fue con su hueste contra la ciudad, la halló muy bien guarnecida y fortalecida: la cercó y no cesó de dar recios combates, ni se apartó de ella hasta que cansado de la resistencia de los Almoravides y de sus rebatos y salidas en

que los suyos recibian mucho daño, levantó su campo y partió hácia Medina Whran, dejando alguna gente que mantuviese el cerco de Telencen. Tenia el rey Taxfin muy fortificada la ciudad de Whran, y la miraba como el único asilo que le podia quedar en el mal estado de sus cosas, para en caso necesario hacerse allí fuerte y pasar á España, y habia escrito á su alcaide de Almería Abdala ben Maymon, para que le tuviese siempre apercibidas diez buenas naves en el puerto grande de Whran para lo que pudiese ofrecerse. Puso Abdelmumen su campo sobre una sierra alta que está sobre Whran, con ánimo de cercar aquella ciudad y fortaleza. Luego el rey Taxfin con escogida gente salió de Telencen, rompió el campo de Almohades que cercaba la ciudad, y fue á socorrer su asilo y ciudad de Whran. Llegó á las cercanías de ella y asentó su campo á vista de sus enemigos, tuvieron muchas escaramuzas en que se peleaba con varia suerte, aunque las mas veces con mayor pérdida de los Almoravides. Dice el autor del Fen Imamia por referencia de Aben Matruc Alkisi, que el rey Taxfin penetró y rompió el campo de los Almohades, y logró entrar en Whran; pero como viese que el cerco iba largo, que sus salidas y rebatos no hacian mudar de propósito á su enemigo que le apuraba con recios combates, perdió la esperanza de poderse sustentar en el reino de Marruecos: así que, falto de consejo y desesperado se salió de secreto y de noche de la ciudad, con ánimo de pasar á la fortaleza del puerto grande que tenia muy fortalecida, donde esperaba que vendrian sus naves para pasar á España: salió pues en una yegua suya muy generosa y célebre por su ligereza que se llamaba Rahihana, que no tenia par entre todas sus yeguas y caballos. Era la noche muy obscura, y el rey iba harto turbado temeroso de caer en manos de sus enemigos, y llegando á

una alta y atajada barranca parecióle con la obscuridad que toda la tierra era igual, y se despeñó de allí á bajo, ó tal vez la yegua se espantó, y asombró del mar con las sombras de la noche, y así murió, donde fue hallado á la mañana hecho pedazos, y tambien la yegua allí orilla del mar. Lleváronle á Abdelmumen que le mandó clavar de un sauce, y envió la cabeza á Tinmal: los Almoravides no supieron esto hasta que lo oyeron de sus enemigos, con esto cayeron de ánimo, y pocos dias despues (1) entró Abdelmumen por fuerza

1145 de armas en Whran, en el mes de muharram del año quinientos cuarenta. La resistencia fue grande y no la hubiera entrado tan presto sino les hubiera apurado de sed, que les cortó el agua que iba á la ciudad, y así muchos perecieron de sed, que no pudieron hacer mucho en su defensa. Entró la mañana de pascua de Alfitra segun Yahye, y pasó á cuchillo á los Almoravides que en la ciudad halló, y muchos de los vecinos. Fue el tiempo del reinado de Taxfin despues de la muerte de su padre hasta el dia en que tan sin ventura murió dos años y dos meses: y segun este mismo autor murió en fin de ramazan del quinientos treinta y nueve: y cuenta tambien que habia ya hecho jurar por su sucesor á su hijo Abu Ishac Ibrahim el año que vino de Andalucía.

(1) Dide Yahye tres dias.

Advertencia.

Cuando emprendimos la impresion del primer tomo de la Historia de los Arabes en España, estábamos bien distantes de creer que al empezar la del segundo no habia de existir su autor. Pero la adorable Providencia lo arrebató temprano, y dejó con esto comprometido nuestro empeño. Sabiamos que la obra estaba acabada, pero no enteramente limada. Sin division de capítulos, sin la correspondencia de los años, y sin otras perfecciones que ordinariamente dejan los autores para la precisa, ¿quién supliria la falta de Conde, de Conde empapado en la materia de su obra, y de cuyos conocimientos se debia esperar no solamente exactitud, sino luces nuevas en todos los puntos que toca? Pero no debíamos sin embargo dejar burladas las esperanzas del público en cuanto á lo esencial. Hemos hecho lo que ha permitido el tiempo para dar menos desaliñados los dos tomos póstumos; y para la correspondencia de los años nos hemos valido con desconfianza de los mas exactos cronólogos. A pesar de esto necesitamos la indulgencia de los lectores, que la concederian mas pronto si viesen los originales seguidos religiosamente.

Al dar la serie cronológica de los reyes árabes nos hemos visto en un laberinto. La multitud de sus nombres y apellidos, su número mismo, y las deposiciones de reyes y usurpaciones de reinos nos haria abondonar el pensamiento de colocarlos aquí, sino fuera porque el autor dejó sobre esto apuntes aunque informes. Los hemos comparado con la serie que estampó el Masdeu en su tomo XV, y ni aun en los nombres hay uniformidad. ¿Cómo la habrá en la cronología? Dejamos á los sabios la rectificacion de los yerros que necesariamente deben resultar en materia tan complicada.

De Badajoz.

Sabur, persa.
Abu Baker Abdala.
Muhamad Almudafar.
Omar Almetuakel. 487

De Azahila y Aben Razin.

Abu Meruan. 401
Muhamad Gesan Daula. 476
Abelmalek ben Gesan.
Yahye ben Gesan. 483

De Almería y Denia.

Cairan Eslabo.
Zoair Eslabo. 444
Muhamad ben Man. 484
Obeidalah Moez-Daula. 484

De Carmona y Ezija.

Muhamad ben Abdala.

De Huelba y Libla.

Abdelaziz Albecri. 456
Abdala ben Abdelaziz. 487

De Lorca.

Abu Muhamad Abdala. 467
Abul Hasan ben Elisa. 484

De Tadmir y Murcia.

Muhamad Abu Abderraman.
Abderraman ben Taher.
Ahmed Abu Abdala. 508
Aben Ayad. 540
Muhamad ben Juzef. 540
Alwatik ben Muhamad. 540
Abu Abdala Muhamad. 569
Abdalah Althogri. 541
Abul Hasan ben Abid. 542
Aben Hemsek. 560

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

CONTINUACION DE LA PARTE SEGUNDA.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

